

*Una historia de
hadass, humanos
y quien sabe qui más*



Beatriz Lopez-Terradas Rodriguez

*Una historia de hadas, humanos y quién sabe
qué más*

Beatriz López-Terradas Rodríguez

© 2019, Beatriz López-Terradas Rodríguez

Corrección: Ramos de Olivo Ediciones

Diseño de cubierta y maquetación: Nerea Pérez Expósito de
www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

Dos seres con aspecto humano, pero algo más grandes, uno con ropas plateadas y otro con ropas doradas, se encontraban heridos en un lugar del universo que estaba a punto de estallar.

—Hermano, pase lo que pase, siempre estaremos juntos —dijo el de ropas doradas.

—Siempre. Si no es ahora, en el resto de la eternidad. No dejes que nada ni nadie corrompa lo que de verdad eres.

—Tranquilo. Adiós, hermano. Espero que pronto nos volvamos a ver.

Nada más terminar de hablar, el de ropas doradas lanzó muy fuerte al de plateado utilizando un gran poder que emanaba de sus manos. Y aquel ser vestido de plateado fue a parar a un lugar donde nunca había estado: al Reino de las Hadas.

Ese mismo día, un poco después de que sucediese aquello, un hada volaba cerca de su casa cuando, de repente, un ser cayó del cielo a un metro de donde ella se encontraba. No se trataba de otra hada, sino de alguien que nunca había estado en aquel lugar, en el Reino de las Hadas.

—¿Quién eres? —le preguntó el hada asustada.

—Me llamo Shidón y procedo del planeta Esterion.

—Lo suponía. Eres mucho más grande que yo y no tienes alas. Mi nombre es Virginia. Te voy a llevar a mi casa a ver si puedo curar esas heridas, porque en menuda pelea que te tienes que haber metido. Pero tú tranquilo, que vas a salir de esta. Bueno, eso espero. Veré qué puedo hacer.

—Muchas gracias. Vengo directo de una guerra. Así que sí, me he metido en una buena pelea.

Por lo que, sin que nadie la viese, ya que aquel ser tenía innumerables heridas por todo el cuerpo, la joven hada lo llevó a su palacio. Allí le curó las heridas y lo cuidó hasta que el ser se recuperó por completo. Pero aquella recuperación no sucedió de un día para otro. El hada lo cuidó durante varios meses, dando lugar a que entre ellos surgiese una fuerte relación de amistad, y quién sabe si algo más.

Capítulo 1

Había una vez un palacio en el que vivían las hadas. Era un palacio inmenso y estaba en lo alto del cielo, por encima de las grandes nubes. Sus paredes estaban pintadas de color blanco y de color dorado; este parecía oro de verdad, pero no lo era, se trataba de pintura. Además, el palacio tenía grandes y preciosos jardines tanto dentro como fuera. Estaban repletos de enormes árboles y magníficas plantas y flores de todos los colores. Había hasta flores de color dorado, que combinaban muy bien con las paredes del palacio. También había flores de color morado, azul, rojo, blanco, amarillo, rosa..., y de más colores que no los voy a escribir para no aburrirlos. Toda esta vegetación llenaba al palacio de una grandísima variedad de colores. Este también tenía unas habitaciones bastante coloridas y grandecitas, ya que las hadas preferían vivir en grandes espacios.

Las mentes de estas hadas y las del resto que habitaban los demás palacios que existían en el cielo eran mentes llenas de abundancia y belleza, lo que hacía también que ambas cosas impregnasen completamente sus vidas. ¿Para qué iban a elegir vivir a lo austero pudiendo elegir vivir a lo grande?

Estas hadas tenían un poder, por llamarlo de alguna manera: llenaban de belleza cada sitio por el que pasaban. Transformaban totalmente la energía de cada zona que pisaban. Por ejemplo, si pasaban por algún lugar en el que la vegetación estuviese malherida, simplemente con su presencia se producía la sanación. Este gran poder hacía que su misión fuese muy importante.

Todas y cada una de ellas, que habitaban en los palacios de todos los cielos que rodeaban el planeta, tenían la misión de llenar de amor a todas y a cada una de las personas que habitaban en la Tierra. Pero no podían ser vistas por los humanos, al menos de momento, realizando así su misión a distancia.

Cada una de ellas guardaba sus lágrimas en un frasco y, en el momento en el que percibían que algún ser vivo de los que habitaba en la Tierra necesitaba su ayuda, las dejaban caer sobre el cielo para ayudarlos. Y como era arriba, es decir, en los palacios donde vivían las hadas, era abajo, es decir, en la Tierra, donde vivían las personas y el resto de los seres vivos. Eso hacía que la Tierra también estuviese bastante llenita de belleza y abundancia.

La Tierra era un mundo en el que absolutamente nadie pasaba hambre, a no ser que la persona se hubiese pasado con la comida y quisiese ponerse a dieta para estar sano y tener un cuerpazo para ir a la playa. Pero, en general, gracias a las hadas, la gente solía gozar siempre de muy buena salud y apenas existían enfermedades; había alguna de vez en cuando, pero con muy poca frecuencia. Solo pasaba cuando un hada se despistaba y no hacía sus deberes.

Las personas de la Tierra, al igual que todas las hadas, aunque tenían sus momentos de bajón, tristeza y de menos energía, solían ser la mayor parte del tiempo gente muy feliz y sonriente.

Y ahora que os he contado eso, voy a describir un poco a las hadas: eran físicamente igual a los humanos. Lo que las diferenciaban eran sus alas doradas y que todas vivían en un palacio sobre el cielo. Las hadas no tenían por qué tocar el suelo si no querían, es decir, podían volar. Por otro lado, al igual que los humanos, cumplían años y estudiaban las cosas que les gustaban. Las pequeñas iban a la escuela unas poquitas horas a aprender y después se tiraban muchas más horas en los jardines de los palacios corriendo y jugando entre ellas, además de tener actividades

extraescolares. A unas les encantaba la pintura; a otras, tocar instrumentos; a otras, la interpretación; a otras, las artes marciales... y, a otras, una mezcla de todo.

Después, conforme se iban haciendo mayorcitas, se cambiaban de escuela e iban a otra donde se especializaban en aquellas cosas que más les gustaba, las cuales, en la gran mayoría de los casos, tenían que ver mucho con aquellas actividades extraescolares que habían hecho de pequeñas. Eso sí, a partir de los 21 años todas y cada una de ellas tenían la misión de comenzar a lanzar sus lágrimas sobre la Tierra para ayudar a todas las personas.

Con esta misión, junto con las actividades a las que decidían dedicarse cada una, no ganaban absolutamente nada de dinero, ya que no lo necesitaban para vivir. Para alimentarse solo tenían que chiscar los dedos y se les aparecía toda la comida que querían. Hacían todo aquello porque se sentían realizadas y porque les encantaba, disfrutaban como nadie haciendo lo que hacían.

Mientras que los humanos, por otra parte, sí que necesitaban el dinero para vivir, por lo que aquello a lo que decidían dedicarse, aparte de sentirse realizados con ello y divertirse, también les servía para ganar dinero y así alimentarse, viajar, comprar cosas y vivir grandes experiencias. Era un mundo muy feliz y alegre en el que cada persona vivía su vida con mucho entusiasmo e ilusión.

Ahora voy a pasar a describir a un personaje muy especial para mí, Shiada, que, por cierto, soy yo y es nombre de chica.

Yo era una de las hadas que vivía en uno de los palacios que poblaban el cielo. Era muy curiosa y acababa de cumplir los 21 años, por lo que me había llegado el momento de ayudar a las personas a ser más felices.

Estaba muy nerviosa aquel día. Hacía siete días que había sido mi cumpleaños y había llegado el momento en el que el consejo de las hadas me entregaría el frasco sagrado donde iba a comenzar a guardar mis lágrimas para después lanzarlas sobre la Tierra. Siempre nos habían dicho que las lágrimas liberaban el alma. Así que, aquel día, me levanté muy emocionada. Debido a la euforia que tenía en el cuerpo cuando me acosté la noche anterior, apenas había dormido por la noche. No me parecía una cosa nada extraordinaria, ya que era algo que todas las hadas hacíamos a los 21 años, ni era uno de mis grandes sueños, pero yo era muy de emocionarme por las cosas, y más si era algo nuevo que hasta ahora nunca había hecho.

—Buenos días —le dije a mi madre cuando entré en el salón de mi casa, que formaba parte del gran palacio.

—Buenos días, Shiada —me contestó. Por cierto, mi madre se llamaba Virginia—. ¿Estás preparada para el gran día?

—Pues no sé qué decirte. Con lo nerviosa que me acosté anoche, apenas he dormido, así que a ver si tengo un rato libre y me echo la siesta. Aunque, bueno, de momento no me siento nada cansada.

—Hija, pues hay que descansar más por la noche, y más siendo un día tan importante como el de hoy, que después de la ceremonia serás ya toda un hada.

—¿Y qué te crees?, ¿que lo he hecho aposta? Ya sabes que siempre que tengo al día siguiente algo que me parece un pelín excitante, del subidón que me da, me cuesta mucho dormirme. De todos modos, qué más dará que esté cansada. Lo único que tengo que hacer es ir bien vestida y tener buena cara, que eso con el maquillaje es muy fácil de conseguir, sobre todo en mi caso; para otras personas menos guapas puede ser más difícil. Ya me dirás tú qué más cosas tengo que hacer. Bueno, dar las gracias y estar sonriente todo el tiempo, porque si uno no quiere no hace falta dar ningún discursillo.

—Pero tú me dijiste que querías dar un discurso.

—Una cosa es lo que te diga y otra es lo que me dé por hacer al final, pero creo que sí que diré alguna cosa. Si eso improviso a ver qué me sale.

—Ya sabes que casi todas las hadas, siempre que les dan su frasco, dan algún discurso.

—Sí, ya lo sé. Y seguro que se lo preparan y todo. Yo paso de prepararme nada. Mejor voy a lo que me salga, que así se me ve más espontánea.

—Luego no me digas nada si te pones nerviosa por no saber qué decir.

—Tú cállate, que eso no me va a pasar. Y si me pasa, pues no digo nada y punto. Bueno, puedo decir de forma cursi: «Muchas gracias. Espero poder ayudar a muchas personas del planeta Tierra».

—Bueno, desayuna, que luego te tienes que arreglar.

—Sí, que hoy es un día muy especial y tengo que quedar como una princesita —dije irónicamente.

Fui a la cocina, chisqué los dedos para que apareciese la comida y me preparé uno de los desayunos que solía tomar con más frecuencia: una ensalada de aguacate y tomate. Después de eso, me tomé un vaso de leche de arroz, que era mi leche favorita. Solía desayunar siempre en el comedor del salón, al igual que mis padres. No me gustaba nada desayunar en la cocina, prefería un sitio mucho más amplio.

Al terminar, fui a mi habitación a vestirme. Por cierto, mi habitación era gigantesca y preciosa, y lo que más me gustaba era el vestidor, que era otra habitación. Se entraba al vestidor desde mi habitación por un marco de color dorado sin puerta, y este era casi más grande que mi propia habitación.

El vestidor estaba formado por siete filas de estanterías de color dorado llenas de ropa, y las paredes estaban recubiertas totalmente por espejos, los cuales en realidad eran armarios. Por ejemplo, abrías un armario y te encontrabas con la mayor variedad de cinturones que te pudieses imaginar; abrías otro y había una inmensa variedad de gafas de sol; otro y veías los zapatos más bonitos y llamativos del planeta; otro y había perfumes; otro con bolsos, otro con gorros, maquillaje... Eso sí, de joyas no había, ya que no me gustaban nada, ni siquiera tenía agujeros en las orejas para los pendientes.

Mi habitación comunicaba con mi cuarto de baño. Abrías la puerta del baño y eras consciente de lo inmenso que era. A la izquierda, te encontrabas con unos muebles de color dorado y rosa, ya que eran mis colores favoritos, y encima de estos muebles había un espejo precioso y enorme, que debería medir unos cinco metros cuadrados. A la derecha, te encontrabas con una ducha de hidromasaje. Un poco más adelante estaba el bidé y después el váter. Y si seguías caminando de frente, subías dos escalones y ahí te topabas con un redondo y precioso *jacuzzi* de color dorado. Más allá del *jacuzzi*, a la izquierda, había una piscina para nadar, muy estrecha, pero medía quince metros de largo. A mí me gustaba mucho hacer ejercicio, aunque precisamente la natación no me gustaba tanto.

El palacio tenía un único gimnasio para todas las hadas, pero este gimnasio era inmenso y muy bonito. Los que lo habían diseñado, tengo que decir, tenían muy buen gusto. Tenía un total de cuatro plantas. Casi todas sus paredes eran transparentes y las que no eran transparentes eran de color dorado, y el techo y el suelo eran de color rosa fuerte. El gimnasio tenía para hacer escalada, una piscina, un *ring* de boxeo, se podían practicar muchos tipos de artes marciales, había una cuerda de veinte metros de largo colgada del techo, todo tipo de máquinas, salas para clases colectivas, aparatos y pesas. Se trataba de un gimnasio muy completo ya que, a todas las

hadas, bueno, a la mayoría de nosotras, nos gustaba estar en forma. En mi caso, quitando la piscina, hacía un poco de todo, aunque lo que más me gustaba eran las artes marciales.

Para este día tan especial había escogido un vestido azul muy bonito que estrenaba. Me miré en el gran espejo de mi habitación, a ver qué tal estaba, y me vi divina; además, el vestido hacía juego con mis preciosos ojos azules, y si me hubiese teñido el pelo de color azul, pues también, pero tenía el pelo morado, así que nada. Me dejé el pelo suelto, no me gustaba nada llevar coleta y menos para una ocasión tan especial.

Éramos diez las hadas a las que nos tocaba dar el gran paso de empezar a ayudar a las personas de la Tierra: siete chicos y tres chicas. Todos vivíamos en distintos palacios del cielo, no nos conocíamos y habíamos nacido el mismo año.

—Bueno, hija. ¿Qué tal vas? —me preguntó mi madre mientras entraba en mi habitación—. Que ya va siendo hora de irse.

—Ya estoy lista.

—Vale, pues nos vamos. Estás muy guapa.

—Gracias.

Para ir a la ceremonia teníamos que cambiarnos de palacio e ir a otro que estaba relativamente cerca del nuestro; era el palacio de ceremonias que nos pillaba más cerca.

Había numerosos palacios por todo el cielo. La mayoría eran palacios en los que vivíamos las hadas, pero también había plataformas flotantes que, por ejemplo, eran en realidad un gran parque de atracciones; unas eran gigantescos centros comerciales, con cines, restaurantes y tiendas de ropa; otras eran naturaleza en estado puro, y bueno, en esos casos, te encontrabas en medio del cielo grandes montañas acompañadas de lagos muy bonitos; otras plataformas eran para esquiar; otras de deportes acuáticos y tenían las olas más grandes del mundo; otra era simplemente un gigantesco gimnasio. Creo que era hasta cinco veces el nuestro y allí sí que te podías encontrar absolutamente de todo lo que te pudieses imaginar que podía tener un gimnasio. Yo había ido allí unas cuantas veces, pero tampoco solía ir por costumbre, ya que el de mi palacio me pillaba mucho más cerca.

Así estaba el cielo, con mucha variedad de lugares. Los habitantes de la Tierra no tenían ni idea de lo que había encima de sus cabezas, ya que, gracias a Dios, los aviones volaban demasiado bajos como para encontrarse con estas plataformas gigantes y también habíamos hecho que estas fuesen invisibles a los ojos de los humanos.

Mis padres y yo, por cierto, soy hija única, fuimos volando hacia el palacio donde se realizaban las ceremonias. Por el camino pasamos por alguna que otra plataforma, así que, aunque volando podíamos alcanzar velocidades de hasta quinientos kilómetros por hora, cada vez que pasábamos por una plataforma que a mí me gustaba, me paraba y aprovechaba para contemplarla desde arriba. Había algunas que tenían un paisaje precioso, como la que he nombrado de las montañas con los lagos, o la que era un parque de atracciones, y también hay otra por la que pasamos que era una piscina gigante con distintas islas y puentes dorados que unían una piscina con otra. Con mis amigos solía quedar de vez en cuando para ir a esa plataforma. También había otra por la que pasamos, donde también solía quedar muy a menudo con mis amigos y estaba dividida en veinte videojuegos gigantes, y cada videojuego tenía unos paisajes muy bonitos y diferentes. Si tenías que pelear con alguien, tu contrincante, que era uno de los muñecos del videojuego, no te hacía daño, simplemente, cada vez que te daba, salían de ti monedas indicando que estabas perdiendo puntos y, cuando te mataban en el videojuego, salía de ti un numerito indicando que tenías una vida menos. Así que ese sitio también me parecía muy divertido para quedar con mis amigos, sobre

todo por los paisajes tan bonitos que tenía y por las aventuras tan emocionantes que podíamos vivir dentro del videojuego. Había un videojuego que iba de matar a unos monstruos que tenían una forma muy parecida a una araña gigante; en otro éramos superhéroes y teníamos que ir pasando por plataformas y luchando contra los malos; en otro, éramos aventureros en busca de un tesoro; en otro, detectives que investigaban un asesinato; en otro, jugadores profesionales de fútbol... Mis favoritos eran el de los detectives y el de los superhéroes, que este último nos servía también para practicar las artes marciales.

—Shiada, no te entretengas tanto —me dijo mi padre cuando llevaba ya más de un minuto parada contemplando la plataforma de los videojuegos—. Aquí ya vienes con tus amigos siempre que te apetece.

—Vale, ya voy. Ni que fuésemos a llegar tarde.

Por cierto, mi padre se llamaba Miguel, que hasta ahora no lo había dicho. Mis padres eran muy deportistas. Mi madre tenía el pelo negro con los ojos verdes, y mi padre marrón con los ojos de color avellana, y ambos eran bastante altos, pero más mi padre que mi madre.

Finalmente, llegamos al palacio de las ceremonias, donde se iban a realizar tres ceremonias a la vez, pero en recintos diferentes. Estaba todo adornado con vegetación que tenía los frutos del bosque. Había frambuesas, moras y arándanos, que eran mis favoritos, así que aproveché para tomarme alguno. Al palacio lo habían dividido en tres colores: azul, magenta y amarillo. Cada uno correspondía con una ceremonia, y a mí me había tocado el azul, así que por eso llevaba puesto ese precioso vestido azul. Nuestros familiares llevaban la ropa que querían, por lo que cada uno iba vestido de diferentes colores. Pero mis compañeros, que iban a dar el gran paso igual que yo, también iban vestidos de distintas tonalidades de azul. Como ya he dicho antes, no conocía a ninguno de ellos y creo que ellos tampoco se conocían entre sí. Era la primera vez que nos veíamos las caras.

Las diez hadas nos colocamos formando un círculo alrededor del gran cuenco sagrado, que era el lugar donde se creaba el frasco sagrado, donde, posteriormente, cada hada guardaría todas sus lágrimas. Por otro lado, las hadas del consejo se colocaban en línea recta por fuera del círculo, quitando el hada que hablaba, que se encontraba dentro de nuestro círculo, justo al lado del gran cuenco sagrado.

—Buenos días a todos —comenzó hablando el hada que estaba al lado del gran cuenco sagrado, que se llamaba Florilea—. Hoy es el gran día de estas diez hadas preciosas. Hoy darán el gran paso de sus vidas y comenzarán a formar parte de la ayuda a la Tierra. A partir de hoy, estas hadas comenzarán a compartir sus maravillosos dones, logrando así una preciosa contribución al mundo entero. Hoy es el día en el que pasáis a ser hadas de verdad. A partir de hoy comenzáis a formar parte de algo mucho más grande que vosotras mismas. A partir de hoy comenzáis a servir a la Tierra. Aunque las personas nunca lleguen a saber de vuestra existencia, ayudaréis a muchas de ellas. A partir de este día comenzáis a realizar vuestro verdadero propósito, la misión para la cual habéis nacido. Y todas y cada una de las hadas tenéis una gran misión: vais a dejar que la gran consciencia cósmica sirva al mundo a través de vosotras. Así que, me imagino que, en este momento, todos y cada uno de vosotros estaréis muy emocionados, porque hoy es el día más importante de toda vuestra vida. Hoy es el día en que se producirá el mayor cambio de vuestras vidas. Así que haced más pequeño vuestro círculo y daos las manos.

Las diez hadas hicimos un poco más pequeño el círculo y, nada más darnos las manos, una poderosa luz blanca se creó entre nosotros, formando el mismo círculo. Subió al cielo, donde se unieron en un punto las diez líneas rectas que correspondían a cada uno de nosotros y, desde allí,

en línea recta, cayó sobre el gran cuenco sagrado. En ese momento, el hada del consejo encargada de hablar comenzó a recitar unas oraciones en un idioma que, quitando al resto de hadas del consejo, ninguno de nosotros entendía. Se trataba de oraciones sagradas que daban las gracias porque las diez hadas que formábamos el círculo íbamos a comenzar a trabajar para la luz a gran escala.

Una vez terminaron las oraciones de Florilea, la luz que caía sobre el cuenco desapareció, y Florilea comenzó a llamarnos de uno en uno para que fuésemos recibiendo el frasco sagrado.

—Luis —citó en voz alta.

Un chico alto, con el pelo marrón y unos preciosos ojos verdes, se acercó al cuenco sagrado. Metió la mano, mientras todos presenciábamos cómo el gran cuenco sagrado se iluminaba con una luz verde y, posteriormente, Luis sacaba de aquel cuenco un precioso frasco reluciente también de color verde. El chico dio un pequeño discurso dando las gracias por el gran paso que iba a dar a partir de ahora

Luego llamaron a la segunda hada, Marina y, esta vez, la luz del cuenco y el frasco fueron de color naranja, y la chica optó por no dar ningún discurso. Luego a Alberto, que le tocó el color rojo y tampoco habló; después a Sebastián, que su color fue el amarillo y este sí que habló diciendo que cumpliría lo mejor posible con su misión. Y, finalmente, llegó mi turno y mi color fue el violeta, que qué curioso que justo hacía juego con el color de mi pelo. Era tremendamente parecido y yo en ese momento decidí no hablar porque, justo cuando iba a pronunciar la primera palabra, me di cuenta de la cantidad de ojos clavados en mí; me entró el miedo escénico y, para no hacer el ridículo, decidí no decir nada, así que simplemente eché una sonrisa a la gente que me estaba mirando y volví a mi sitio.

Los colores de los frascos representaban los colores de los siete chakras más importantes, porque cada chakra tiene un color diferente. El que me había tocado a mí era el color del chakra de la corona, y la verdad es que no tenía ni idea de si eso significaba algo.

Una vez cada hada hubo recogido su frasco, el hada Florilea continuó hablando:

—Ya tenéis cada uno vuestro frasco sagrado. Espero que cuidéis de él lo mejor posible y que vertáis en él todas vuestras lágrimas, porque solo así ayudaréis de verdad a todo aquel que lo necesite. Sentiros orgullosos, porque acabáis de dar un gran paso en vuestro camino. Ahora, sin ninguna duda, ya sois verdaderos trabajadores de la luz. Confiamos en vosotros y en el resto de las hadas que ya han dado el gran paso para que cumpláis lo mejor posible con vuestra gran responsabilidad, y el mundo por lo menos continúe siendo tan increíble como lo ha sido hasta ahora, o incluso más. La vida es nuestra, así que mejor hacer cosas que hagan que nos sintamos orgullosos. A este mundo no hemos venido a sacarnos los mocos, a este mundo hemos venido a seguir creciendo y evolucionando. Hemos venido a disfrutar de cada experiencia y a vivir la vida plenamente; no importan las cosas que vivamos, lo que de verdad importa es cómo las vivamos.

Cuando Florilea acabó su discurso, las diez hadas que acabábamos de dar el gran paso aprovechamos para saludarnos y conocernos un poco, ya que era la primera vez que nos veíamos. Después, una vez terminadas las tres ceremonias que habían tenido lugar en aquel precioso palacio, nos reunimos todos y tuvo lugar una bonita fiesta de celebración por el gran paso que acabábamos de dar. Así también teníamos una gran oportunidad para conocer a más hadas, ya que en mi caso casi todos mis amigos eran hadas que vivían en el mismo palacio que yo. Bueno, quitando a alguna excepción que había conocido al ir a otras plataformas gigantes. Había conocido a más hadas sobre todo en la plataforma de los videojuegos, que ya la había comentado antes, en la de las piscinas gigantes con las islas y los puentes, y en otra que todavía no había

hablado de ella, en la que toda la plataforma gigante era una inmensa discoteca de una sola planta y al aire libre, lo que hacía que por la noche se pudiesen ver todas las estrellas; era uno de mis sitios favoritos para salir de noche con mis amigos. A lo mejor, este día, si convencía a algunos cuantos, podía ser que acabásemos yendo a ese lugar. La ceremonia en la que estábamos, como había comenzado temprano, a las 12 de la mañana, la fiesta acababa a las 5 de la tarde, así que todavía iba a quedar mucho día por delante.

—Hola, ¿qué tal? —comenzó hablando Luis a un grupillo de los que estábamos allí, en el que estaba yo también—. ¿Estáis contentos con el gran paso que hemos dado?

—Pues yo la verdad es que estoy como siempre —le contesté—. No sé qué tiene de especial. Es algo que a los 21 años hacemos todas las hadas, así que tampoco es que le vea mucha dificultad. Aunque esta noche y por la mañana estaba muy emocionada y apenas he podido dormir.

—A mí también me ha costado coger el sueño. Y sí, eso es verdad, no conozco a ningún hada que a los 21 años no haya hecho lo mismo que acabamos de hacer nosotros.

—Pero, a partir de hoy, nuestra vida será diferente de cómo ha sido hasta ahora —dijo Marina—. O sea, que podremos seguir haciendo las cosas que hacíamos antes, pero además tendremos la oportunidad de ayudar a todas aquellas personas que necesiten nuestra ayuda en la Tierra.

—Pues nada, ¡a llorar todo lo que podáis! Ya sabéis que las lágrimas liberan el alma —dijo Alberto.

—Yo más que de tristeza se me suele dar mejor llorar de risa, así que a ver si estos días me pasan cosas muy graciosas. Y, bueno, de emoción y de felicidad también lloro a veces —dijo Eduardo, que era otra de las diez hadas que habían cogido su frasco sagrado.

—A mí también se me da mejor llorar de risa y de emoción —dije yo—. Si queréis, podemos ir un día a la casa de la comedia.

La casa de la comedia era otra de las plataformas que había por el aire, donde las hadas más cómicas del mundo iban a hacer monólogos y todo tipo de obras cómicas de teatro. Allí hadas de todo el mundo compartían con la gente uno de sus mayores dones, que en su caso era hacer reír. Lo bueno de aquel lugar era que, como iban hadas de todos los sitios, estaba abierto las veinticuatro horas del día. Otra plataforma que había bastante similar a esta era una llena de musicales de todo tipo y para todas las edades. Sin embargo, esta no estaba todo el día abierta, sino que la gente podía ir a ver sus espectáculos de 10 de la mañana a 12 de la noche. Por cierto, en el cielo donde vivíamos no existía el dinero, no había que pagar absolutamente nada. Como este era un mundo lleno de abundancia, como ya he dicho, cada hada hacía lo que hacía totalmente gratis. Y ya que no necesitábamos el dinero para nada, cada hada solo se solía dedicar a hacer aquellas cosas que más le gustaban. Cosa que en alguna ocasión no pasaba en la Tierra. Ahí la gente también se movía un poco por el dinero que iba a ganar en cada sitio y, en ocasiones, elegían estudiar carreras que les gustaban menos que otras que apenas tenían salidas, pero que les gustaban más y a la larga podían hacer más satisfactoria su vida. Pero nosotros, en esos casos, no podíamos hacer nada, ya que las personas de la Tierra eran totalmente libres de hacer lo que quisiesen con sus vidas. Nosotras, las hadas, no estábamos ahí para dirigir ni controlar la vida de nadie. Estábamos simplemente para ayudarles en los momentos que más nos necesitasen. Ayudábamos a que en sus vidas existiese más amor y plenitud, aunque en muchos casos el miedo conseguía meterse en alguna persona e influía en las decisiones que tomaba.

—Me parece buena idea —dijo Luis—. Si queréis, una vez acabe esto, o un poco antes, podemos ir a lo de los monólogos y luego a Estrella.

Estrella era la plataforma que acabo de mencionar, la discoteca gigante al aire libre.

—Por mí genial —dijo Marina.

—Y por mí también —dije yo—. Mi plan era conocer hoy a bastantes más hadas e irnos todos a Estrella.

—Pues fíjate que bien. Justo lo vamos a hacer, más el extra de los monólogos —dijo Alberto.

A todos nos pareció bien la idea de ir a los monólogos y luego a la discoteca. Aunque no hubiésemos hecho prácticamente nada, acabábamos de dar un paso muy importante en nuestras vidas y lo mejor que podíamos hacer en ese momento era celebrarlo en condiciones. Así que nos juntamos con hadas de las otras dos ceremonias para ver si decidían apuntarse a nuestro plan, y la verdad es que tuvimos suerte, porque todos decidieron apuntarse.

Casi todas las hadas teníamos nuestras cosas, pero éramos bastante activas y a casi todas nos iba la marcha, y más en un día que se suponía que para cualquier hada era el día más importante de su vida. Desde ese momento, hasta el final de nuestras vidas, ayudar con nuestras lágrimas a la gente de la Tierra pasaría a ser nuestra mayor prioridad. Y, bueno, también las relaciones y las cosas que más le divierten a cada uno que, en mi caso, lo que más me divertía eran las artes marciales, hacer ejercicio, la interpretación y montar a caballo. De hecho, había una plataforma solo para montar a caballo, que incluía hasta una pequeña montaña y un gran circuito para que nuestros caballos entrenasen. A mí me pillaba bastante lejos de mi palacio, pero, aun así, intentaba ir allí una vez a la semana o por lo menos una vez cada quince días, ya que solía tardar en llegar unos cuarenta y cinco minutos volando a mi máxima velocidad que, como ya he dicho antes, podíamos alcanzar velocidades de hasta quinientos kilómetros por hora.

Así que estuvimos un buen rato en la ceremonia bailando y comiendo, porque, aunque como ya os he dicho, las hadas, con solo chiscar los dedos, éramos capaces de crear comida, pero ahí habían puesto mogollón de comida para quien le apeteciese, y a mí por lo menos me apetecía y mucho, porque tenía todo una pinta increíble. Sobre todo, la gran cantidad de tartas y de pasteles que había. Porque, a ver, yo soy un hada que siempre se ha alimentado de manera muy saludable, pero cuando salgo por ahí me gusta disfrutar a tope de todo lo que hago, así que aprovecho y de vez en cuando me doy algún premio. Como ese día, que se suponía que era un día muy importante, así que el premio sería mucho más grande.

Aproveché un descanso en el que los músicos dejaron de cantar y corrí a la zona de las tartas; cinco compañeros de los que acababa de conocer también se animaron a acompañarme. Cogí dos platos bien grandes y me los llené hasta arriba de los trozos de tartas que más me llamaron la atención, porque encima estaban mis tartas favoritas, que eran la de queso con arándanos, la de zanahoria y la de chocolate. Así que me cogí de esas tres y de otras dos que tenían una pinta muy chula; una parecía que era de menta y la otra de coco, que eran cosas que también me gustaban mucho.

—Esta noche lo tendrás que dar todo en la discoteca, ¿no? Porque con lo que te estás metiendo ahora... —me dijo Luis, que se había quedado con la boca abierta con todos los trozos de tarta que me había cogido.

—Sí, a mí siempre me gusta darlo todo. Pero, vamos, esto simplemente es un premio que me hago, ya que, al ser un día tan importante, aprovecho y me doy un premio en condiciones.

—Claro, como debe ser. Los días tan importantes hay que celebrarlos como se merecen.

Mis nuevos compañeros también cogieron algún trozo de tarta, pero muchísima menos variedad que yo. Encima, yo, de la buena pinta que tenían aquellas tartas, fui capaz de comerme todo lo que había en los dos platos. Eso sí, después intenté hacer un poco la digestión antes de volver a bailar, porque la tripa se me había quedado muy pesada. Así que aproveché y me quedé charlando un

poco más con la gente que todavía seguía comiendo. Se quedaron Alberto, Marina y Luis a hacerme un poco de compañía.

—¿Y vosotros a qué os dedicáis aparte de a las lagrimitas a las que nos vamos a tener que dedicar a partir de ahora? —les pregunté.

—Yo a vivir la vida —dijo Marina—. Me gusta mucho salir a las otras plataformas a conocer gente y a hacer cosas divertidas. Y, bueno, también me gusta tocar la guitarra y estoy estudiando diseño de moda.

—¡Hostia! ¡Qué guay! —exclamé yo—. Eso tiene que molar un huevo. A mí porque no se me da bien dibujar, pero, si no, lo mismo también me habría apuntado.

—Sí, eso tiene que estar chulo —dijo Luis—. Yo estoy estudiando Arquitectura. Me gustaría construir plataformas muy chulas, tengo muchas ideas.

—Pues yo soy entrenador personal —dijo Alberto—. Bueno, estoy en camino, que estoy terminando los estudios, igual que vosotros. Me encanta estar en forma y ayudar a que otras personas también lo estén.

—Eso está muy bien. La salud es muy importante —dije yo—. Pues a mí me encantan las artes marciales, montar a caballo y estoy en mi último año de interpretación. Me encantaría trabajar en la plataforma de los musicales y hacer películas también.

—Son cosas chulas —dijo Luis—. A mí también se me dan bien las artes marciales. Si quieres un día echamos un combate.

—Ah, pues yo encantada, que me molan mucho los combates. Sobre todo, cuando gano. Como me ganen ya no me hace tanta gracia.

—Ja, ja, ja. A mí me pasa lo mismo, pero también hay que saber perder.

Al terminar la ceremonia, me despedí de mis padres, y las treinta hadas nos fuimos volando directas a la plataforma donde actuaban los monologuistas. Por suerte no estaba demasiado lejos de donde nos encontrábamos, así que no tardamos más de diez minutos en llegar al lugar. Cuando llegamos, como era un sitio tan grande, y como ya he dicho estaba en funcionamiento las veinticuatro horas del día, no tuvimos ningún problema en sacar las entradas. Sin embargo, al ser tantos, nos tuvimos que dividir por grupos de unas cinco o siete personas y fuimos a ver a los monologuistas que más nos gustaban. El que escogí yo me hacía mucha gracia. Era un chico joven que siempre hacía de cómico en las series de televisión, era algo que se le daba bastante bien. A mí también me molaría dedicarme a eso más adelante, ya que me encantaban ese tipo de cosas y, por otro lado, podía quitarme el miedo escénico que tenía. Yo era un hada a la que le encantaba brillar, pero al mismo tiempo eso era algo que me asustaba, tenía un poquito de miedo a mostrarme. Así que creo que la mejor manera de superar aquel miedo era enfrentándome a él, y así lo podría trascender, ya que cada cosa que trascendemos nos hace más libres. Las hadas, aunque teníamos el poder de llenar de belleza cualquier sitio, obviamente no éramos perfectas, también teníamos nuestros miedos y nuestras cosas.

El espectáculo que fui a ver con Alberto, Marina y otros dos chicos de las otras ceremonias, Carlos y Rafael duró aproximadamente dos horas. La verdad es que fue muy gracioso. Estuve muchísimo rato llorando de la risa, era increíblemente bueno ese chico. Ya me gustaría a mí llegar a ser tan graciosa como él, o incluso un poquito más si podía ser.

—¿Qué tal? ¿Os ha gustado? —preguntó Carlos una vez hubo terminado el espectáculo.

—Sí, a mí me ha encantado —dijo Marina—. Muy gracioso. Es que este tío es muy bueno. Yo estaba que me moría de la risa. Bueno, igual que todos, que ya os he escuchado los gritos.

—Para mí ha sido una obra maestra —dije yo—. Además, me gusta ver a la gente que hace las

cosas que yo quiero llegar a hacer cuando sea un poco más mayor. Es muy motivante.

—Sí, eso es verdad —dijo Carlos—. Yo, que soy acróbata, me encanta ir a la plataforma de los circos. Acabo de empezar a trabajar ahí, por si alguno tenéis interés en ir a verme. Os puedo asegurar que os va a encantar y que vais a salir de allí con la boca bien abierta.

—Yo a la plataforma del circo he ido solo tres veces, pero la verdad es que me gustó mucho. Lo único que desde aquí pilla un poquito lejos. Yo creo que tardaríamos unas dos horas o así en llegar —dijo Rafael.

—Sí, queda lejos. Yo tardo hora y media en llegar, y estoy de lunes a viernes de cuatro a ocho de la tarde, pero os tengo que decir que, sin ninguna duda, esas cuatro horas son mis mejores momentos del día.

—Pues eso está guay —dije yo—. La verdad es que yo no he ido al circo en mi vida, pero sí que me molaría ir. Tengo ganas de hacer cosas que no he hecho hasta ahora.

—Pues ya sabéis. La siguiente quedada que hagamos será en el circo que, aunque pilla lejos, un día es un día. Nos ponemos musiquita durante el camino. Yo al circo solo he ido una vez y tenía cinco años —dijo Marina.

—Hay tantas plataformas con tantas cosas distintas que es imposible aburrirse. Yo me acuerdo, por ejemplo, que de pequeño mis padres me llevaban a la plataforma de los pasteles y los dulces; hace muchos años que no voy —dijo Alberto.

—¡Hostias! —exclamé extrañada—. ¿En serio que eso existe?

—Sí. Mis padres de pequeño me solían llevar una vez cada quince días. Te enseñaban a fabricar tus propios pasteles. Chiscabas los dedos, creabas los ingredientes que ellos te decían y luego ibas siguiendo la receta que te iban contando. Había tartas, pasteles y dulces de todos los tamaños y de todos los colores. Aunque, eso sí, luego salías bastante lleno y hasta con dolor de tripa.

—Bueno, eso es algo normal —dije yo—. En cuanto llegue a mi casa les voy a decir a mis padres que me parece una vergüenza que no me hayan contado nada de la plataforma esa de los pasteles, con lo golosa que soy yo y con lo que me gusta comer... ¿Y a cuánto está de aquí?

—Como a una hora o así.

—Mira. Pues muchísimo más cerca que lo del circo. Pues un día de estos voy ahí sí o sí, aunque sea voy yo sola, si nadie más se apunta. Que con lo que me gustan a mí esas cosas... Pero, vamos, que yo me cuido, ¿eh? Mirad qué cuerpazo tengo. Quitando los pasteles y esas cosas, que solo los como cuando estoy fuera de casa y me quiero dar algún caprichito, el resto como muy sano. Sobre todo, en mi casa, porque como la comida se crea así de la nada...

—Yo no soy nada pastelera —dijo Marina.

—Pues, hija. ¡Qué suerte que tienes! Porque anda que no engordan esas cosas —dije yo.

—Soy más de salado.

—A mí me va todo un poco.

—Ese sitio hasta tiene casas de chocolate. Hay hasta castillitos de princesas que parecen de juguete, pero son de chocolate, gominolas y todo tipo de dulces. Hay cualquier cosa que os podáis imaginar: montañas rusas, coches de carreras, cuadernos, peluches... Y todo hecho de la mayor variedad de dulces del mundo.

—Yo también he estado ahí alguna vez —dijo Carlos—. Y la verdad es que mola el sitio. Pero, eso sí, cuando vayas procura no haber comido nada antes.

—Sí, procuraré hacer un día entero de ayuno.

Ya era de noche cuando salimos de la plataforma de los monólogos. Durante el camino hacia la discoteca también pudimos ver las estrellas, porque en el cielo, tan arriba donde estábamos, sin

nada de contaminación, no os podéis imaginar lo bien que se veían. Se apreciaban todas y cada una de las constelaciones, que yo, de hecho, me había aprendido bastantes. El poder de volar y disfrutar de aquellos paisajes era una de las cosas que más agradecía de ser un hada. Cada vez que volaba por el aire, a la velocidad que yo quería, era una sensación de libertad absoluta. Creo que los humanos, si supiesen que existíamos, lo mismo hasta nos tendrían envidia por tener ese poder. Así que, durante el camino a la discoteca, disfrutamos de un paisaje bastante bonito.

Fuimos las treinta hadas en manada, por lo que aprovechamos para irnos conociendo un poquito más. Y, como ya íbamos bastante elegantes de la ceremonia, no tuvimos que volver a casa a cambiarnos de ropa. Yo llevaba maquillaje en mi bolso, por lo que, si veía que me hacía falta, me podía retocar la cara en el baño.

Llegamos a la discoteca sobre las doce y media de la noche. ¡Menudo día más intenso que llevábamos! Desde por la mañana, ninguno de nosotros había vuelto a pisar su casa, pero la ocasión lo merecía, ya que ese momento tan importante que acabábamos de vivir ya no volvería a ocurrir nunca más en nuestras vidas. Sin embargo, yo no estaba tan alegre ni tan contenta como me había imaginado que estaría. Se me había pasado un poco la emoción que había sentido por la mañana y por la noche del día anterior. Aunque también, como ya he dicho, lo que acabábamos de hacer no era algo difícil que nos pudiese diferenciar del resto, sino que era un acontecimiento que todas las hadas debíamos hacer a los 21 años. A no ser que a algún hada le diese por irse por otro camino, cosa que según nos habían educado, no sucedía casi nunca. Pero, aun así, ese día no solo no me sentía muy motivada, sino que tenía la extraña sensación de que algo no tan bueno estaba a punto de pasar, cosa que no había sucedido hasta ahora. Hasta ahora mi vida siempre había sido de lo más divertida, ya que podía hacer todo lo que quisiese y disfrutar de absolutamente todo lo que nos ofrecía aquel mundo tan bonito que había en el cielo, aunque a veces echaba en falta algo más de emoción.

Entramos todos en la discoteca, aunque por las horas que eran todavía estaba vacía, pero al ser treinta no tuvimos ningún problema. La discoteca era un sitio gigantesco que, como ya he dicho, ocupaba la plataforma entera, y esta no era tan grande como muchas otras, pero aun así era bien grande. La discoteca tenía dos escenarios, muchas zonas donde se servían las bebidas; por cierto, las hadas por lo general no solíamos beber alcohol. También había tres grandes piscinas, dos con forma de hada y una con forma de mariposa, decoradas de manera muy señorial y con el fondo de la piscina de tres colores: dorado, plateado y magenta. Además, tenía distintas zonas: una, con muchos sofás; otra, donde estaban las piscinas, con mesas para tomar algo; zonas privadas donde ni siquiera desde el aire se veía lo que había dentro; un precioso jardín con árboles y flores. El resto de la discoteca era para bailar.

—Tengo que decir que, sin ninguna duda, esta es mi plataforma favorita —dijo Estela, que era un hada de la ceremonia de color amarillo.

—Es que es bestial este sitio. Yo vengo aquí cada noche que puedo —dijo Luis.

—Sí, es muy bonito —dije yo—. Además, mola mucho bailar en el aire mientras estás volando.

—Sí, está guay —afirmó Estela—. A mí me parece una de las cosas más mágicas que podemos hacer las hadas.

Aprovechamos para ir por las distintas zonas de la discoteca. Primero estuvimos en el jardín, donde aprovechamos para hacernos fotos chulas que, con la noche, las estrellas y las flores, la verdad es que quedaban preciosas. Luego fuimos a las mesas a tomarnos algo y a conocernos un poquito más y, finalmente, a bailar, que para mí era lo más divertido, sobre todo si me ponían

música muy fuerte, que siempre me ha gustado bailar deprisa y con mucha intensidad, sobre todo si era volando por el cielo.

Pero, de repente, ocurrió algo que nadie parecía esperarse. Algo que mi intuición me había estado diciendo, pero que yo había pasado de hacer demasiado caso. Desde hace muchos años ya sabía que aquel día iba a cambiar mi vida, pero nunca había sido consciente de hasta qué punto la cambiaría.

Capítulo 2

Mientras bailábamos, entre la música, las risas y las conversaciones, se escuchó un fuerte ruido. Sonó como un gran golpe y, de repente, una potente luz roja apareció sobre el cielo. Poco a poco, cada vez fue haciéndose más y más grande, hasta que nos pudimos dar cuenta de que en realidad se trataba de un gigantesco ser mitológico que no habíamos visto nunca, ni siquiera en los cuentos ni en las películas de ciencia ficción. Era todo de color rojo y brillaba de una forma muy intensa. Tenía forma de humano, sin alas, pero con unos largos cuernos en la cabeza y una gigantesca cola que acababa en un puñal, e iba vestido con un traje con pinchos de color negro. Su cara no era nada agradable, es más, parecía estar enfadado.

—Buenas noches para los que es de noche y buenos días para los que es de día —comenzó hablando el ser, con una voz tan potente que creo que era posible escucharle en el mundo entero—. Llevo bastantes años observando cómo os comportáis y ya tenía ganas de venir y cambiar un poco las cosas, ya que no me gusta demasiado vuestra forma de actuar. No os preocupéis por los humanos, porque ellos no pueden verme ni escucharme. Solo vosotras, las hadas, sois las únicas que vais a oír lo que os voy a decir. Ya es hora de que cambien aquí un poquito las cosas. Estoy demasiado harto de ver siempre tantísima belleza y tengo ganas de que este planeta comience a cambiar un poco, sobre todo que por lo menos se haga un poquito más oscuro. De verdad que me estoy aburriendo y me estoy poniendo malo de veros, me estáis poniendo de los nervios. Así que simplemente voy a meter mucha más marcha a este sitio. Y qué mejor forma de meter marcha a la Tierra que haciendo que vosotras no volváis a intervenir en ella, aunque los humanos no lo sepan. Creo que les estáis tocando demasiado las narices, así que, como soy alguien amable, les voy a ayudar un poco, porque no creo que vosotros les estéis ayudando mucho. Voy a quitarles toda esa belleza que han tenido siempre, voy a hacer que ningún hada vuelva a intervenir nunca sobre un humano. Así a ver si aprendéis y dejáis en paz a las personas. Porque, anda que no tenéis vosotras cientos y cientos de cosas que hacer en vuestro mundo. Yo soy vosotras y sería totalmente incapaz de aburrirme. Pero a vosotras os gusta meter las narices donde nadie os ha llamado.

En ese momento, aquel ser tan monstruoso sacó de él una gigantesca lanza, también roja, y la lanzó sobre la Tierra, lo que hizo que un gigantesco escudo de energía la envolviese por completo.

—Nunca más volveréis a verter vuestras lágrimas sobre la Tierra. Nada puede traspasar el campo de fuerza que acabo de crear sobre ella. Cómo volváis a tocarme lo que vosotras ya sabéis, por no decir alguna palabrota, habrá graves consecuencias, os lo aviso.

Nada más decir eso, aquel ser de color rojo se marchó por donde había venido con una inmensa ola de viento que desapareció a los pocos minutos, dejándonos con la boca abierta.

Todos nos quedamos paralizados. No éramos capaces de aceptar lo que nos acababa de suceder. Durante toda nuestra infancia siempre nos habían dicho que lo mejor que puede hacer un hada por el mundo es, mediante sus lágrimas, ayudar a las personas de la Tierra. Siempre nos habían dicho que esa era la principal razón por la que estábamos viviendo allí, en aquellos palacios que flotaban sobre el cielo. Nos habían contado que nuestra mayor misión era ayudar a las personas que vivían en la Tierra y que esa era la principal razón por la que habíamos nacido. Y, justo en este instante, ese ser gigantesco con pinta de diablo raro que nunca habíamos visto, nos acababa de decir que, a partir de ahora, ni una sola hada iba a poder cumplir con su misión; acabábamos

de perder la principal razón de nuestro nacimiento. El camino que toda hada debía seguir durante su vida acababa de desaparecer y, encima, todo aquel suceso había ocurrido en un pequeñísimo instante. Así que, desde ese día, todas y cada una de las hadas que habitábamos los cielos que había alrededor de la Tierra, no tuvimos ninguna duda de que nuestra vida cambiaría por completo y nunca volvería a ser la misma.

—¿Nadie quiere comentar nada? —preguntó Luis nada más irse el ser rojo, viendo que todos nos habíamos quedado callados—. Porque, no sé vosotros, pero yo me acabo de quedar flipando. ¿Alguien había visto antes a este bicho tan grande?

—Yo no. Es la primera vez —dijo Marina—. Y no creo que le resulte muy fácil esconderse.

—Lo mismo viene de otro mundo mucho más grande que este, donde su tamaño se acerca un poco más a la normalidad. Pero vamos, que ni idea, ¡eh! —dije yo—. Simplemente era por decir algo.

—Yo siento decirlo que me acabo de quedar en *shock* —dijo Alberto—. Soy incapaz de creerme lo que acaba de pasar.

—Yo también —afirmé—. Tenía unas ganas de llorar y lanzar todas mis lágrimas... Aunque si os soy sincera, tampoco es que este día me pareciese tan especial. Lo que sí que me ha parecido ha sido una noche muy sorprendente.

—Ya te digo. Yo me habría conformado con muchas menos sorpresas como esta que acabamos de vivir —dijo Luis.

—¡Pues vaya putada! —exclamó Carlos—. ¿Y qué hacemos ahora?

—Si queréis, seguimos bailando —dije yo para intentar calmar un poco la situación.

—¡Cómo coño vamos a seguir bailando después de que nuestros mayores sueños hayan sido destruidos! —exclamó Marina de muy malas maneras.

—Oye, a mí no me hables así, ¿eh? Que me acaba de pasar lo mismo que a ti y no se acaban de destruir nuestros mayores sueños.

—¡Las hadas no pintamos nada aquí si no ayudamos a la gente de la Tierra! Esa es nuestra mayor misión —exclamó Alberto defendiendo a Marina.

—Es la misión que nos han dicho, no la que nosotros hemos elegido —le contestó Luis.

—¿Y qué pasa? ¿No crees que hayamos nacido para ayudar a las personas de la Tierra? —le preguntó Alberto.

—No me preguntes, que no me siento en un momento adecuado para contestarte.

—Yo creo que, por si acaso, podíamos probar a lanzar alguna lagrimilla a la Tierra a ver qué pasa, porque lo mismo resulta que el tío se lo ha inventado todo y que solo venía a dar el espectáculo —dijo Carlos.

—Sí, yo creo que es buena idea —afirmé.

Intentamos llorar que, por lo que acababa de ocurrir, la verdad es que no nos supuso ninguna dificultad, hasta que conseguimos la primera lágrima, que fue mía, por cierto. La lanzamos a la Tierra a ver qué pasaba y, cuando esta cayó sobre el campo energético, una fuerte luz roja se encendió, rodeando a todo el planeta, y la lágrima, por lo visto, rebotó sobre el escudo de energía y me dio en la cara. Lo bueno es que no me hizo apenas daño; debía ser que las lágrimas no dolían mucho.

—Pues no funciona —dije—. ¿Probamos otra cosa a ver qué pasa?

—¿Y qué quieres que probemos? —preguntó Marina.

—Podemos intentar atravesar nosotros el escudo de energía, porque el ser ese solo ha hablado de lágrimas, no ha dicho nada de ninguna otra cosa.

—Me parece muy buena idea —dijo Rafael—. ¿Pero quién es el listo o la lista que lo intenta?

—A mí no me importa —le contesté—. Ya que ha sido mía la idea...

—¡Bien dicho! Las damas primero —dijo Alberto.

Todos estaban expectantes para ver qué sucedía cuando llegase al escudo energético.

Me preparé para lanzarme, pero, justo antes de empezar a volar, me vino a la cabeza la posibilidad de que mi cuerpo se podía destruir o electrocutar nada más entrar en contacto con esa sustancia. Y la verdad es que me entró un poco el pánico, porque no tenía ninguna gana de morir tan joven; para eso que se hubiese lanzado mejor el hada más anciana del lugar. Pero bueno, eso era una posibilidad entre muchas otras. Además, a mí siempre me habían encantado los retos y la incertidumbre, así que intenté no pensar y me dejé llevar. Cogí toda la carrerilla que pude y me lancé a toda velocidad contra aquel escudo de energía. Tengo que decir que, hasta ahora, nunca en mi vida me había hecho tanto daño en la cabeza; me salió un buen chichón después del golpe que me di. Parecía que había chocado con una pared de piedra o, bueno, tampoco voy a exagerar tanto, porque si hubiese sido así, fijo que me habría matado. Así que, después de darme aquel golpe tan fuerte, me quedé mirando al escudo energético, mientras veía la Tierra a través de él. Muy despacio, intenté introducir mi dedo índice de la mano izquierda, que el de la derecha me parecía más valioso. Y poco a poco conseguí que una parte de mi dedo pasase al otro lado, pero el hecho de hacer eso me produjo una sensación de que mi dedo se estaba quemando que, del dolor tan fuerte que sentí, lo saqué enseguida y, por suerte, al sacarlo, comprobé que mi dedo estaba bien y que el dolor había desaparecido.

Como ya habíamos comprobado que el escudo de energía no nos mataba, decidí intentarlo alguna que otra hada más. El siguiente fue Luis, luego Rafael, luego otra chica que no había mencionado y que se llamaba Lucía y era una de las de la ceremonia de color magenta... Sin embargo, como ya habían visto lo que le había pasado a mi cabeza, esta vez no fueron tan deprisa y, al llegar, hicieron lo mismo que hice yo con mi dedo. Pero, al igual que yo, debido al dolor y a la gran fuerza que tenían que hacer para que este entrase, que eso no lo había dicho antes, acabaron sacando el dedo. Aunque Luis llegó a meter la mano entera, pero la sacó rápido, porque se sintió incapaz de seguir aguantando más.

—¿Algún otro plan? —preguntó Marina.

—Podríamos tirar una bomba, a ver si la cosa esa estalla, o lanzar varias granadas —dijo Carlos.

—Sí, por probar no perdemos nada —dijo Lucía.

—Yo creo que todo a la vez mejor —dijo Luis—. Menudo escudito de energía ha creado el ser ese.

—Sí. Nos ha hecho una gran putada ese tío —dije—. A ver cómo solucionamos esto. Por cierto, espero que, si lo conseguimos abrir, no vuelva el tío de repente y lo vuelva a cerrar con la misma facilidad.

—No hay que ser tan pesimista en esta vida. Eres un hada y nos estás dejando fatal —dijo Marina en un tono acusador.

—Mírate al espejo y verás quién nos está dejando fatal de verdad. Estoy viendo que eres la persona más borde, más estúpida y más subnormal que he conocido en mi vida —le dije con rabia.

—Bueno, chicas. No estamos para discusiones tontas. Vamos a centrarnos en lanzar bombas —dijo Rafael.

Obviamente, ninguno de nosotros tenía a mano ninguna granada ni ninguna bomba, por lo que nos

tocó volar muchos kilómetros para conseguir las. Cada una de las hadas que estábamos en aquella discoteca echamos a volar en busca de todo tipo de artillugios que pudiesen estallar.

Yo decidí volver al palacio donde vivía. Cuando llegué, me encontré con mis padres que, al igual que yo, habían contemplado todo lo que había pasado. Las hadas de mi palacio me dieron todas las granadas que tenían. Me quedé flipando, porque teníamos hasta tres granadas y yo pensaba que no habría ninguna. Mis padres decidieron venir conmigo a la plataforma Estrella, a ver si entre todos conseguíamos hacer estallar aquel escudo energético.

Cuando llegamos allí había muchas más hadas que antes de irnos a buscar cosas que explotasen; creo que éramos el doble de hadas, unas setenta aproximadamente. Y todos estábamos preparados con distintos artillugios que explotaban.

—Cuidado no se os caiga nada y explotemos nosotros —dijo Luis de broma.

—Oye. ¿Sabéis qué puede estar pasando en el resto de palacios y de plataformas flotantes? —preguntó Alberto.

—Pues, ¿qué va a estar pasando? Lo mismo que aquí. Seguro que también se les ha ocurrido la idea de lanzar granadas —le contestó Marina.

—Pues nos podemos sincronizar para tirarlas todos a la vez —dije yo.

—¿Y cómo nos vamos a sincronizar si se puede saber? —me preguntó Marina con mala cara.

—Sí, yo lo veo un poco complicado —dijo Luis.

—Somos las hadas que ayudan a la gente de la Tierra, no entiendo cómo no nos podemos sincronizar entre nosotros. Pero, bueno, no pasa nada. Seguramente no importará que unos actuemos antes y otros después —dije yo.

Las hadas de este planeta habíamos nacido con el poder de ver lo que estaba pasando en la Tierra. Sobre todo, cuando nos daban el frasco, éramos capaces de ver cómo lo pasaba el grupo de personas que nos habían asignado, y así, cuando sintiésemos que no estaban pasando por un buen momento, al verter nuestras lágrimas, les podíamos ayudar. Sin embargo, entre nosotros, aparte de a través del teléfono móvil, no existía ninguna manera de comunicarnos; en ese aspecto éramos exactamente igual que la gente de la Tierra.

Nos preparamos todos con nuestras armas, contamos hasta tres y lo lanzamos todo sobre el escudo de energía. Se oyó un golpe fortísimo. Vimos fuego ante nuestros ojos y algo nos golpeó, como una especie de ola energética, y todos caímos al suelo. Cuando pudimos, nos levantamos rápidamente y observamos cómo había quedado el escudo de energía; por desgracia, seguía exactamente igual que antes. No había servido de nada lanzar tantos explosivos a la vez.

—Bueno, pues parece que no nos ha servido de mucho lo que acabamos de hacer —dijo mi padre—. ¿Alguien tiene alguna otra idea que crea que puede funcionar?

—Pues no sé —dije yo—. ¿A alguien se le ocurre algo más inteligente?

—Podemos lanzarnos todos de golpe e intentar entrar a la vez, a ver qué pasa, lo mismo alguno lo consigue —dijo Carlos.

—Sí. ¿Por qué no? —dije yo—. Lo máximo que nos puede pasar es que sintamos que nos quemamos vivos. Yo me apunto.

—¿Estás hablando en serio? —me preguntó mi madre un poco incrédula.

—Claro. No nos quemamos de verdad, solo da esa sensación. Sentimos el dolor como si fuese real, con la diferencia de que no lo es.

—Hija, tú siempre has sido muy loca.

—Sí, pero por intentarlo no perdemos nada. Encima, así el dolor nos fortifica.

—Yo también voto por intentarlo —dijo Luis—. Ha sido una sensación bastante desagradable,

pero antes de quedarme parado prefiero volver a intentarlo.

—Muy bien dicho, tío —le dijo Carlos mientras le daba una palmada en la espalda.

Al final todos decidimos volver a pasar por aquella situación tan dolorosa que acabábamos de sufrir. Así que, todas las hadas que estábamos en la plataforma Estrella nos acercamos lo máximo posible al escudo de energía e intentamos traspasarlo. Unos lo intentamos con el pie, como fue mi caso esta vez; otros, con uno de los dedos de la mano, como la vez anterior; otros, con una rodilla, y otros con la cabeza, que a mí esa forma de intentarlo me pareció la más desagradable de todas, pero cada uno tenía sus preferencias. Y otra vez la idea tampoco nos dio resultado. Ni una sola hada consiguió traspasar el escudo. Yo fui capaz de introducir un pie entero, pero llegó un momento en que el dolor era demasiado intenso como para seguir aguantándolo y tuve que rendirme y sacarlo. Parecía que no existía ninguna manera posible de romper aquel escudo; era totalmente indestructible.

—Podríamos buscar al ser que ha creado este escudo —dijo Carlos.

—¿Y tú qué eres? ¿El chico de las ideas? —le preguntó Marina.

—Hombre, pues si tiene ideas, mucho mejor —dije yo—. Ya las podías tener tú.

—Pues de momento no ha servido de nada ninguna de las ideas.

—Ya nos servirá alguna.

—Eso espero, porque, si no, no sé qué sentido tiene nuestra vida.

—¿Cómo que nuestra vida no tiene sentido? —preguntó Luis un poco disgustado por lo que acababa de decir Marina.

—Las hadas solo estamos aquí para ayudar a las personas, no tenemos ninguna otra función en este mundo.

—Porque tú lo digas. Yo tengo derecho a existir, al igual que el resto de las personas que habitan la Tierra.

—Sí, pero nosotros no somos los más importantes. Solo estamos aquí para ayudar a la gente.

—¿Cómo que no somos los más importantes? Tú no te crearás importante, pero yo estoy segurísimo de que yo sí que lo soy.

—Hace unas horas sí que lo éramos, pero ahora hemos dejado de serlo. Si no podemos hacer cosas por otros, no somos importantes. Porque por el simple hecho de ser, no tenemos ningún valor.

—Marina, deja de decir gilipolleces. Por el simple hecho de ser ya tenemos todo el valor. Además, aunque ahora no podamos verter nuestras lágrimas a la Tierra, seguimos siendo los mismos que hace unas horas. O incluso, quién sabe, igual hemos evolucionado.

—No digas tonterías, Luis. Nuestra vida, sin tener ningún contacto con la Tierra, no significa nada para nosotros.

—No significará para ti.

—Para mí tampoco —dijo Alberto que se metió en la conversación.

—Vamos a dejar la conversación, que no quiero seguir hablando con gente que se menosprecia a sí misma.

—Nosotros no nos menospreciamos, somos realistas —dijo Marina—. Eres tú el que se está sobrevalorando.

—Déjalos. Allá ellos si quieren pensar así —le dije a Luis cuando los tres se separaron.

—Sí, cada uno es libre de pensar como quiera. Aunque me da rabia que digan esas barbaridades.

—Hay de todo en esta vida, incluso en los palacios de las hadas, donde se supone que reina la

belleza.

—Sí, aunque en este momento no estoy viendo mucha belleza.

—Porque nunca nos había pasado esto.

—¿Quién será ese ser que apareció? Parece que nadie lo había visto antes, y no es que sea muy pequeño.

—Ni idea. Me molaría que me contestasen a esa pregunta. Y de dónde viene, porque puede que haya más como él. Además, a su lado, nosotros solo somos visibles al microscopio.

—Ya ves. Con ese ser tan cerca me he sentido más pequeño que nunca.

—Yo también. Me he dado cuenta de que no tenemos ni idea de lo que hay más allá de nosotros.

—Ya. A mí me molaría averiguarlo.

Después de aquello, no sabíamos qué otra cosa probar para atravesar el muro, hasta que, a Carlos, que parecía que era el chico de las ideas, aunque yo también tuve alguna, se le ocurrió otra. Esta consistía en construir un aparato para introducirnos dentro de él y, a través de este, intentar atravesar el escudo de energía.

—¿Qué os parece si construimos una nave como las espaciales de las películas y con ella intentamos atravesar el escudo?

—¿Como las que aparecen en las películas? —le preguntó Rafael extrañado.

—Vale. Yo lo veo buena idea. Si los demás también lo veis bien, ya estamos llamando a las hadas ingenieras —dijo Eduardo.

—Yo lo veo buena idea también —dije—. Aunque nosotros no necesitamos fabricar cosas de esas para volar, pero igual para atravesar un escudo de energía sí que nos sirve. Quién sabe.

—Pues si los demás estáis de acuerdo, podemos llamar a los ingenieros. Por cierto, no conozco a ninguno —dijo Luis.

Todos estuvimos de acuerdo en la idea de fabricar la nave espacial, incluida Marina. Así que fuimos visitando los diversos palacios flotantes, buscando a ingenieros interesados en la fabricación de aquella nave espacial. Tengo que decir que nos costó mucho dar con uno, ya que no era una profesión nada común en las hadas; tardamos al menos cinco días en encontrarlo, hasta que al final dimos con él. El hada ingeniera que encontramos se llamaba David, tenía 27 años y vivía en un palacio bastante lejano a donde nos encontrábamos. Era un palacio muy parecido al mío, con sus escuelas, sus viviendas, sus jardines..., muy bonito. Sin embargo, lo que nos había pasado hace casi una semana hacía que no se respirase tanta alegría; en el palacio donde yo vivía empezaba a suceder también.

Desde ese suceso, parecía que para las hadas la vida había perdido un poco de sentido. Toda la energía que teníamos y la belleza que irradiábamos estaban bastante disminuidas. No éramos las mismas hadas que hacía una semana, parecía que habíamos dado un gigantesco paso hacia atrás. Ese cambio tan radical nos estaba produciendo una tristeza y una falta de entusiasmo que hasta entonces nunca habíamos sentido. Pero, bueno, acabábamos de conocer a David y teníamos la esperanza de que él pudiese ayudarnos.

Lo encontramos Luis, Rafael y yo un día de los que volábamos en busca de algún hada ingeniera. Llegamos a su palacio que, como ya he dicho antes, este era muy parecido al mío. Se diferenciaba en el color, ya que las paredes del palacio eran de colores rosas y azul turquesa.

Cuando llegamos, vimos que en el jardín estaban sentadas unas veinte hadas en círculo, hablando acerca de cómo podían solucionar lo que había pasado hacía unos días. Por lo visto, justo se les acababa de ocurrir la misma idea que a nosotros porque, como además tenían a un hada ingeniera...

—Hola, me llamo Shiada, y mis amigos son Luis y Rafael. Estamos buscando a un hada ingeniera que nos ayude en la construcción de una pequeña nave espacial para ver si así conseguimos traspasar el escudo de energía.

—Pues estáis de suerte, porque justo nosotros estábamos pensando en lo mismo. Además, yo soy un hada ingeniera. Sin embargo, como aquí es algo que no necesitamos, nunca en mi vida he construido nada similar, pero estoy seguro de que lo puedo conseguir. Mi nombre es David —se presentó mientras nos saludaba.

El resto de las hadas también se presentaron. Estuvimos un rato hablando con ellos y después nos despedimos y volamos solo los cuatro hacia la plataforma donde teníamos pensado crear la nave, la plataforma Estrella. Al tratarse de una grandísima discoteca, teníamos muchísimo espacio libre.

—¿Vosotros habéis intentado algo más para traspasar el escudo de energía? —le preguntó Luis a David mientras volábamos en dirección a Estrella.

—Simplemente hemos intentado traspasarlo uno por uno, pero el dolor y la sensación de que nos estábamos quemando vivos eran tan intensos que lo dejamos de intentar. Así que, al igual que vosotros, pensamos que, si en lugar de nosotros, es la nave a la que le toca aguantar el dolor, seguramente consigamos pasar.

—Sí, nosotros también pensamos eso —dije yo.

—¿Y cómo piensas hacer la nave? —le preguntó Rafael—. O sea, ¿cuántas personas pueden ir dentro y todo eso?

—Pues justo cuando habéis llegado estábamos acordando que crearíamos una primera nave en la que solo cupiesen tres hadas, por ahorrar un poco de tiempo, y que tres siempre es mejor que una sola. Si después vemos que la cosa funciona y la nave consigue pasar al otro lado, entonces diseñaríamos una nave mucho más grande, en la que pudiesen entrar muchas más personas.

—Me parece muy buena idea —dije—. Crear una primera nave para que ya tres hadas vayan ejerciendo su función y, si la cosa sale bien, crear una mucho mayor.

—Lo que no sé es qué nos puede pasar a las hadas cuando entremos en la Tierra, porque las personas de la Tierra no deberían ver por la calle a otras personas con alas y que pueden volar —dijo David.

—Sí, eso sí. Pero nos podemos esconder y actuar desde las sombras. O, bueno, no sé, ya improvisaremos sobre la marcha. Lo importante es que atravesemos el escudo.

—Sí, aunque una vez lo atravesemos no vamos a saber cómo volver.

—Pues de la misma manera, ¿no?

—No lo sabemos. Así que, como tú dices, iremos improvisando sobre la marcha.

—Una cosa —comencé hablando—. ¿No sería mejor crear de una primera vez una nave grande y luego que uno de los que ha bajado a la Tierra la conduzca de nuevo al mundo de las hadas?

—No, porque como te acabo de decir, no sabemos si la primera nave va a poder regresar. Y mejor vivir en el mundo de las hadas que ocultos en la Tierra. Será un experimento, y los tres primeros que bajemos deben ser voluntarios, ya que esas personas corren el riesgo de no volver nunca más a su verdadero hogar.

—Tío, ¡qué dramático eres!

—No soy dramático. Es la verdad de lo que nos estamos jugando al ir allí.

—¿Y quién crees tú que saldrá de voluntario?

—Pues ya que yo voy a ser el que construya la nave, quiero ser uno de ellos.

—Pues yo quiero ser otra, que siempre me han encantado los cambios y los retos. Ya iba siendo

hora de que me tocase probar cosas nuevas.

—¡Perfecto! Pues solo nos queda un tercero.

—Venga, yo me animo a ser el tercero —dijo Luis—. Siempre me ha encantado la aventura. Y las plataformas, aunque hay cientos por el cielo, pero ya se me van quedando pequeñas.

—Sí, ya va siendo hora de que las hadas bajen a la Tierra —dijo David—. A mí también me van mucho este tipo de cosas.

—Yo os dejo a los tres de voluntarios —dijo Rafael—. Prefiero quedarme de espectador viéndolo todo desde arriba.

Cuando regresamos a la plataforma Estrella le dimos a todas las hadas la buena noticia de que por fin habíamos encontrado a un hada ingeniera. Aunque no sabíamos si la idea de la nave iba a funcionar, todavía había esperanzas de que pudiésemos volver a ayudar a los humanos, todavía había esperanzas de que siguiese con vida el propósito que nos habían contado a todas las hadas durante siglos y siglos, la verdadera razón de nuestra existencia, según nuestros antepasados.

Aunque yo tengo que decir que no sé si era porque yo era un hada muy rara o por qué, pero tenía en duda que ese fuese nuestro propósito y, sobre todo, que siendo hadas tan distintas, todas tuviésemos un mismo propósito. O, mejor dicho, una misma forma de llevar a cabo un mismo propósito.

—¡Qué bien que parezca que todavía hay esperanza para las hadas! —dijo Marina—. Aunque hasta que nadie atraviese ese escudo, no lo sabremos con claridad. Así que yo creo que mejor no dar falsas esperanzas al resto de hadas.

—No son falsas esperanzas —dijo Luis—. Es una posibilidad más. A mí por lo menos me parece una idea mucho mejor que todas las anteriores.

—Hasta que no descubramos si es posible o no, mejor no cantar victoria. ¿Y quiénes serán los tres primeros en volar en una nave espacial?

—David, Shiada y yo.

—¿Y cómo tenéis la cara de decidirlo sin preguntarle al resto? Porque yo por ejemplo quiero ser una de las que vaya a la Tierra.

—Porque yo soy el ingeniero y ellos dos me han encontrado —dijo David entrando en la conversación—. Así que creo que tenemos todo el derecho a ser nosotros tres los primeros en ir. ¿Y por qué tienes tanto interés en ir, si aquí en el Reino de las Hadas tienes todo lo que cualquier persona podría desear y nosotros ni siquiera sabemos si vamos a poder volver?

—Porque le gusta tocar los cojones —contesté yo, antes de que Marina pudiese decir nada.

—¡A ti sí que te gusta tocar los cojones! Yo todo lo que hago tiene una razón y creo que tú sabes cuál es. Debería ir yo en vez de ti, porque yo sí que quiero ayudar a la gente de la Tierra, cosa que a ti te da igual.

—¡Tú no tienes ni idea de por qué quiero ir yo! No tengo que darte ninguna explicación. Luis ya te ha dicho quiénes vamos y David ya te ha contestado a tu pregunta, así que cállate y no malmetas más.

—Yo no malmeto, simplemente digo lo que pienso. Y lo que pienso es que no me parece justo que vayas tú.

—Pues acéptalo porque voy a ir, y nos da exactamente igual lo que pienses; por lo menos a mí.

—Sí, a mí también me da igual lo que piense —dijo Luis.

—Gracias —le dije a Luis con una sonrisa.

Enseguida nos empezamos a organizar para construir la nave. David era el que se encargaba de todo, pero nos iba asignando tareas a los demás para acelerar la construcción. Era algo que nunca

en su vida había hecho, así que tampoco estaba muy seguro de si le iba a salir bien. Pero, bueno, parecía que él era la única oportunidad que nos quedaba, por lo menos para que las hadas pudiésemos seguir cumpliendo con nuestro propósito, porque la verdad es que del resto de cosas no nos faltaba de nada. Como ya he dicho antes, teníamos todo aquello que las personas de la Tierra pudiesen desear. Nuestras vidas siempre habían estado llenas de abundancia. Sin embargo, ahora que nos habían quitado el propósito más apreciado por las hadas, ya no éramos capaces de valorar el resto de cosas, pero, por poder, en el Reino de las Hadas éramos libres de hacer todo lo que quisiésemos. Quitando el hecho de derramar nuestras lágrimas sobre la Tierra, era totalmente posible vivir la vida de nuestros sueños. Si queríamos podíamos ser: actrices o escritoras famosas, grandes atletas de todo tipo de disciplinas, médicos o cualquier otra profesión que tuviese que ver con la sanidad, famosos pintores, grandes cantantes, profesores, *coach*... Podíamos estudiar y dedicarnos a cualquier cosa que quisiésemos porque, al contrario que en la Tierra, no teníamos que pasar por ningún examen para que nos dijese que estábamos admitidos o no. Éramos muy conscientes de que, aparte de que para que vertiesen sus lágrimas, que eso era el mayor propósito que tenían que seguir todas y cada una de las hadas, a no ser que ellas mismas se opusiesen, cada hada había nacido con distintos dones y tenía el derecho de ser libre para conocerse a sí misma. Y, a partir de ahí, descubrir sus verdaderos dones y talentos, potenciarlos y compartirlos con el resto de las hadas.

Por otro lado, también cualquier hada podía vivir con la mayor riqueza y lujo que quisiese, por ejemplo, como ya conté, mi habitación tenía un vestidor precioso a más no poder, y nuestra casa, aparte de ser grande, era una preciosidad.

Por otra parte, quitando lo de la nave que íbamos a usar nosotros para ir a la Tierra, en el Reino de las Hadas podíamos vivir todo tipo de experiencias maravillosas: un día podíamos ser un personaje de un videojuego que va en busca de un tesoro; otro podíamos cantar en un karaoke dentro de un escenario gigante y delante de muchísimas hadas; otro podíamos pasar el día en un lugar hecho de los dulces más buenos que nos podamos imaginar; otro día podíamos esquiar o hacer *snowboard*; otro podíamos hacer surf, submarinismo o cualquier otra actividad acuática; otro podíamos visitar preciosos paisajes y viajar a lugares increíbles; otro ver cualquier tipo de espectáculo; otro salir de fiesta por la plataforma Estrella... y, por supuesto, volar por donde quisiéramos, y todo ello sin necesidad de pagar absolutamente nada porque, como ya he dicho antes, en el Reino de las Hadas no existía el dinero. Todo el mundo tenía derecho a dedicarse y a disfrutar de cualquier cosa que quisiese, ya que las hadas eran conscientes de que este no era un mundo escaso, sabían que la realidad de la Tierra es que este era un planeta lleno de abundancia.

Pero, aun así, como esto era algo que habíamos tenido siempre, parecía que no lo habíamos valorado lo suficiente, por lo que ahora que nos habían quitado algo que para nosotros era muy importante, el resto de cosas y de posibilidades habían pasado a segundo plano. No estábamos valorando todo lo que teníamos, sino que estábamos pendientes de lo que nos habían quitado. Esto nos llevaba a que, de repente, por primera vez en nuestras vidas, comenzásemos a tener una mentalidad de un poquito de escasez.

Como éramos muchas hadas las que había, decidimos turnarnos para repartirnos mejor el trabajo, de forma que, quitando a David, que él decidió trabajar todos los días de la semana, cada hada solo tenía que ir a ayudar un día a la semana, y elegíamos si queríamos que fuese en turno de tarde o en turno de mañana. Yo elegí los martes en turno de mañana. Trabajar por las tardes no me hacía mucha gracia, prefería ir a ayudar primero y así después tener el resto del día libre. A lo que me solía dedicar a hacer el resto del tiempo básicamente era: los lunes, miércoles, jueves y

viernes estudiaba interpretación en una escuela por las mañanas de 10:00 a 14:00. Para ello me tenía que ir a una plataforma distinta que me pillaba bastante cerca. Se trataba de una plataforma donde solo se estudiaban cosas artísticas del tipo: baile, canto, dibujo, cine, interpretación... Por las tardes, los lunes me iba a otra plataforma a montar a caballo. Los martes, jueves y viernes por la tarde tenía primero clases de artes marciales y luego en el gimnasio realizaba entrenamiento de fuerza y resistencia; lo iba variando y combinando según el día. El fin de semana aprovechaba para hacer cosas totalmente distintas a las que solía hacer de lunes a viernes, quitando el entrenamiento de fuerza y resistencia, que también lo solía hacer los sábados o los domingos, según el plan que tuviese para el finde de semana.

Cada día solía ir con mis amigos a una plataforma distinta. Por ejemplo: el sábado íbamos al cine y el domingo al parque de atracciones; el sábado a la plataforma de los videojuegos y el domingo a la de los espectáculos; el sábado salíamos de fiesta por la plataforma Estrella y el domingo íbamos de compras y a cenar; el sábado íbamos a las piscinas naturales y el domingo a disfrutar de la naturaleza... Como volando podíamos alcanzar mucha velocidad, llegábamos rápidamente a los sitios. Todo lo que hacíamos cada una de las hadas, como os podéis imaginar, era muy divertido, por lo menos para mí. Pero, como ya he dicho antes, desde que se creó aquel escudo de energía, la gente ya no disfrutaba tanto con las cosas que hacía. Como acabo de decir, todos empezamos a estar más pendientes de lo que carecíamos que de lo que teníamos. Porque, quitando lo de las lágrimas, mi vida era fantástica. Absolutamente todos y cada uno de los días de la semana me dedicaba a hacer cosas que me encantaban. Todas y cada una de las cosas que hacía en mi vida eran cosas que yo había elegido y que me gustaban. No como lo de verter las lágrimas, que era algo que yo no había elegido, pero sí que me llamaba bastante la atención poder hacerlo. Era algo que durante siglos y siglos siempre habíamos hecho todas las hadas; parecía que mi generación era la única a la que se lo estaban poniendo difícil. Pero así tenía más oportunidades de evolucionar más rápido y vivir más experiencias emocionantes ya que, en todos los miles de años que llevábamos las hadas viviendo en los cielos, era la primera vez que ocurría algo de ese tipo. Vamos, que nosotros supiésemos; si las hadas más antiguas nos habían mentido ya no teníamos ni idea.

Capítulo 3

—¿Cómo vamos con la nave espacial? —le pregunté a David uno de los martes que me tocaba ir a ayudar.

—Bien, yo creo que puede funcionar. De trabajo ya nos queda bastante menos de la mitad.

—¿Y eso cuánto tiempo calculas que es? Porque las hadas últimamente están de un apagado...

—Sí, ja, ja, ja. Es verdad. Pues menos mal que estoy construyendo yo esta nave que, si no, no quiero ni pensar las caras de amargados que llevaríamos todos.

—Ja, ja, ja, ja. La verdad es que nunca en mi vida había visto a las hadas tan tristes. ¿Te has fijado en cómo están los de la Tierra?

—Sí, de vez en cuando me da por echarles un ojo. ¿Y tú los has visto?

—No, a mí de momento no me ha dado por mirar, aunque ahora tengo un poco de curiosidad. ¿Qué tal se lo están pasando en la Tierra?

—Pues siento decirte que bastante peor que nosotros.

—Anda, ¿y eso?

—Debe ser que nuestra ayuda, aunque ninguno de ellos tuviese idea de nada, era bastante significativa. Por primera vez en mi vida he visto a gente pidiendo en la calle. También he visto gente más triste que nunca y muchas más peleas que en todos los años que llevo observando la Tierra. Hasta he visto algún que otro asesinato.

—Jolín, pues sí que ha empeorado la cosa. Y todo por un ser gigantesco que nunca habíamos visto.

—¿Estás de verdad segura de que ningún hada lo ha visto antes?

—Hombre, pues segura no. Porque, que un bicho tan grande haya pasado desapercibido durante toda nuestra existencia, me parece bastante extraño. Pero las hadas más antiguas dicen que no hay ningún registro de él.

—A lo mejor porque alguien quemó esos registros.

—No tengo ni idea.

—Yo no me creo que sea la primera vez en la historia que las hadas vemos a ese ser.

—No sé. Por un lado, me parece muy raro que nunca lo hayan visto, pero por otro lado también me parece muy raro que las hadas más antiguas nos mientan.

—A lo mejor lo hacen para protegernos o para que no tengamos miedo.

—¿Y tú qué miedo crees que nos puede dar el escudo ese de energía?

—El escudo, ningún miedo. Pero el ser ese la verdad es que me asusta bastante. Lo mismo hay algo detrás de todo esto.

—No sé. Tal vez. Quién sabe.

—¿Y no te molaría averiguarlo?

—Sí, me parecería divertido, pero no tengo ni idea de cómo.

—Ya, yo tampoco. Pero bueno, de momento vamos a la Tierra, a ver qué pasa.

—Si es que conseguimos atravesar el escudo.

—No te preocupes, confía en mi nave.

—Una cosa. Si al final conseguimos atravesar el escudo, pero no podemos volver, ¿cómo piensas construir otra nave más si ya no vas a poder ir al Reino de las Hadas?

—Nosotros somos el experimento. Si no conseguimos volver, no se fabricarán más naves. Yo creo que, en ese caso, lo mejor es que los humanos vivan por su lado y las hadas por el suyo, ya que nunca nos hemos juntado y no sabemos cómo pueden reaccionar las personas de la Tierra.

—Sí, yo también creo que es lo mejor. Pero esperemos que no sea esa la única opción.

—¿La única opción?

—O sea, lo de la fabricación de las naves, en el caso de que no se pueda.

—Ah. Tú tranquila, que yo creo que va a funcionar. Pero que podamos volver a casa, no tengo ni idea.

—Así por lo menos podremos decir que hemos corrido un gran riesgo en nuestras vidas.

—Sí, eso sí.

—Por cierto, me acabo de dar cuenta de que en Mundo Libro igual podemos encontrar algún libro que hable del ser ese tan grande que se nos apareció de repente.

Mundo Libro era una plataforma en la que únicamente había bibliotecas y librerías, y todas ellas formaban un inmenso castillo de color morado, el cual era casi del mismo color que mi pelo. Era el sitio donde algunas hadas iban a estudiar, cosa que no era mi caso, a comprar libros o a coger prestado novelas de la biblioteca. Yo solamente lo usaba para comprar novelas que me gustasen. Nunca había cogido ningún libro de la biblioteca, ya que prefería quedarme con las novelas que leía y no tener que estar volviendo a Mundo Libro a devolverlas.

Al igual que las demás plataformas, Mundo Libro también era una plataforma muy bonita; cada librería y cada biblioteca tenían algo especial que las hacía diferentes. Por ejemplo, en una de las bibliotecas, cuyo color era plateado, muchos de los libros que había allí se encontraban flotando por el aire; en otra, que me acuerdo de que sus paredes eran de color rosa fuerte, los libros hacían burbujas de distintos colores; en otra, los libros eran capaces de hablar y se promocionaban ellos mismos para que los comprases. Lo que más solían decir era el tipo de novela que eran, o sea, si eran de fantasía, terror, histórica..., y te decían también el resumen del libro. En otra, los libros tenían caras y gesticulaban... Aunque simplemente era la plataforma donde tenías que ir si querías comprar un libro o cogerlo prestado, para mí era una de las más curiosas, ya que el hecho de que todo eso fuese posible hacía que de verdad sintiese que la vida era totalmente mágica.

—Pues sí, es posible. De hecho, Mundo Libro es una de mis plataformas favoritas.

—¿Eres muy de leer?

—Sí, siempre me ha gustado la lectura. Además, Mundo Libro tiene algo especial. No sé, como que se respira magia ahí dentro.

—Sí, yo también creo en eso de la magia. Sobre todo, porque ese es el único lugar donde los libros pueden volar, hablar, hacer pompas, poner caras y muchas más cosas.

—Ya, y también lo curioso es que una vez los compras dejan de hacer todo eso.

—Será porque solo existe la magia en esa plataforma.

—No tengo ni idea.

—Pues eso. Que si quieres podemos ir allí a echar un ojo, a ver si es posible que encontremos algo.

—Vale, aunque con la de librerías y bibliotecas que hay, lo veo bastante difícil. Pero lo podemos intentar. Yo tengo ganas de revivir un poquito más la magia en mi vida.

—Guay. Yo también tengo ganas de eso.

Decidimos ir a Mundo Libro aquel mismo día por la noche. A mí por lo menos me molaba más que ir por el día y así aprovechábamos para ver las estrellas.

Fui a buscar a David a la plataforma Estrella, donde él continuaba con la construcción de la

nave. Y, cuando terminó, sin hablarle a nadie más nada sobre el tema, los dos nos fuimos a la plataforma de Mundo Libro. A ver si encontrábamos lo que estábamos buscando, que con lo enorme que era aquel lugar no parecía una tarea nada fácil.

—¡Qué aventura, eh! —le dije nada más llegar a Mundo Libro y ver el precioso palacio morado que estaba delante de nosotros.

—Si tú lo dices... La verdad es que es la primera vez que hago esto de ir a buscar a un ser misterioso a las grandes bibliotecas.

—También es mi primera vez, y encima de noche, que yo creo que la noche da más emoción a las cosas.

—Sí, puede ser que las haga más atractivas.

Entramos en el palacio morado y fuimos a la zona donde se encontraba la biblioteca más grande de Mundo Libro y nos dirigimos a la zona de libros antiguos de la historia de las hadas.

—No tenía ni idea de que existía esta sección —comenté algo asombrada.

—Pues ahora ya tienes idea de que existe.

—¿Tú has estudiado algo alguna vez de la historia de las hadas?

—Sí, en la escuela creo que lo estuve estudiando unos tres años o así. ¿Y tú?

—No, nunca en mi vida he estudiado nada de historia. El pasado no me importa, me mola más centrarme en el presente, que es lo único que existe, y si eso también en el futuro, que es algo que me emociona mucho.

—Eso está bien. Cuanto más estés en el aquí y ahora, más vivirás tu vida.

—Sí. Además, nunca sabremos si lo que nos han contado realmente es cierto. ¿Aprendiste algo interesante de nuestro pasado?

—Pues la verdad es que no. Fue hace varios años y se me ha ido olvidando.

—Bueno, pues vamos a ponernos en marcha, a ver si estos libros nos dan alguna respuesta.

Nos pusimos a hojear los libros de aquella sección, la cual era bastante grande, ocupaban cinco largas filas enteras de libros y casi todos los que veíamos se notaba que eran tremendamente antiguos.

—Con la cantidad de libros que hay, ¿crees que vamos a encontrar algo de ese ser? —le pregunté.

—No tengo ni idea, pero, si no lo intentamos, te aseguro que no vamos a encontrar nada.

—Es que aquí hay libros para que nos quedemos un día entero buscando.

—Bueno, podemos venir más veces si quieres. A estas horas, como está totalmente vacía la biblioteca...

—Sí, es verdad. No hay nadie aparte de nosotros y la bibliotecaria.

Algunos de los libros que fuimos leyendo tenían unos nombres muy interesantes: *Cómo se crearon las plataformas gigantes; Los castillos y los palacios de las hadas; Poderes de las hadas; Historia de las hadas; El gran paso de las hadas...*». En el de *Historia de las hadas* podría ser que hablasen de aquel ser, pero me leí el índice y no tenía pinta. Hasta que, de repente, David dio con un libro donde era muy probable que hablasen de la criatura esa tan grande. Se llamaba: *Seres de la luz y la oscuridad*, y era anónimo, por lo que no teníamos ni idea de quién era su autor. La portada era naranja y dorada y aparecían en ella dos seres, uno con pinta de ángel y el otro que parecía un demonio. Miramos bien el libro y vimos que en una de sus páginas aparecía la imagen exacta de aquel ser tan grande que se nos apareció hace varias semanas.

—¡Es este! —exclamé en cuanto lo vi.

—Sí, tiene pinta de serlo.

—Hombre, es el mismo. El dibujo es exactamente igual que el bicho que vimos.

—Sí. Voy a leer lo que pone. «Inderto, ángel caído que consiguió acaparar más poder que ningún otro y decidió revelarse en contra de la luz. Es el más peligroso y el más poderoso de todos los ángeles caídos. Ataca a todos aquellos que trabajan para la luz, ya que decidió separarse de esta. Lo que más le divierte es ir de planeta en planeta entorpeciendo el trabajo de las hadas y oscureciendo a cada ser que habita el planeta. Corrompe todos los lugares por los que pasa y disfruta con la destrucción. Es capaz de cambiar de voz y adoptar la forma y el tamaño que quiera, tanto femenina como masculina, aunque su forma original es la que aparece en el dibujo. Le gusta ir recorriendo los diferentes mundos. Va viajando por todo el espacio hasta que ve un planeta que le llama la atención y entonces decide ir allí y corromperlo. Son muchos los planetas que vivían en armonía y este ser ha conseguido llevarlos al caos. Cómo han acabado estos planetas es un dato que desconocemos. En sus orígenes, Inderto era uno de los ángeles más brillantes que hayan existido. Muchos lo veían como el mejor trabajador de la luz que había habido nunca y esto, poco a poco, fue haciendo que Inderto cada vez deseara ir teniendo más y más poder. Hasta que un día, que nunca sabremos si fue un accidente o fue aposta, Inderto mató a un trabajador de la luz y esto, junto con todo el poder que había adquirido y que estuvo prisionero en el planeta Pinceo durante varios años, provocó que huyese y se separase del camino de la luz. Así fue cómo comenzó su camino de oscuridad. Desde entonces, es uno de los seres más peligrosos que más corrompe el universo. Lo que acabo de escribir ahora todavía no ha pasado, pero sé que dentro de poco este ser aparecerá y poco a poco, debido a las oscuras influencias, se irá apartando de su verdadero camino, olvidará todo aquello que es en esencia, olvidará todo aquello que en un día supo sacar a la luz».

—¡Qué misterio! Ojalá supiésemos quién es el autor —dije con curiosidad.

—Pues sí. Hasta ahora nunca he conocido a nadie que sea capaz de predecir el futuro.

—Sí, muy raro.

Me quedé callada unos segundos y después continué hablando:

—O sea, que el tío este era un ángel bueno que de repente le dio por volverse chungo.

—Sí, eso parece.

—Es que tanto poder requiere mucha responsabilidad y hay que tener la cabeza bien puesta, porque si no a alguno le puede llegar a corromper.

—Sí. Bueno, por lo menos ya sabemos de qué se trata, y que no es alguien desconocido. Aunque parece que no pone nada sobre cómo combatirlo o algún punto débil.

—Como a nuestro planeta todavía no había venido, parece ser que no se han molestado en averiguarlo. No sabía yo que existía la vida en más planetas, ni que allí había más hadas. A ver, me lo imaginaba que sería así, porque no vamos a estar solos en todo el universo, pero no me lo habían confirmado.

—Pues mira, ahora ya sabes que es así.

—Sí, ahora ya lo sé. Y tú, ¿qué pasa? ¿Que ya lo sabías o te lo habías imaginado como yo? —le pregunté con curiosidad.

—Ya lo sabía. Mis padres me lo habían contado alguna vez. Por lo visto cada planeta es exactamente igual que una escuela, pero una escuela de verdad, en la que no todo el mundo tiene que aprender lo mismo, sino que a cada persona le dan exactamente lo que necesita para evolucionar.

—Ah, qué cosas. A mí mis padres nunca me habían contado nada de eso.

—Bueno, pues aquí estoy yo para contártelo por ellos.

—¿Y sabes si las hadas de los demás planetas también viven en palacios en el aire igual que nosotros?

—No tengo ni idea. Nunca he estado.

—Ah, vaya. Pues a mí me molaría visitarlo.

—Sí, pero ahora de momento es imposible, porque, aunque podemos volar muy rápido, están bastante lejos de nosotros; además, no podemos respirar en el espacio.

—Ya, eso sí. Aunque con la nave espacial seguro que podríamos.

—Sí, pero sabes que no la estoy haciendo para eso. Ahora necesitamos estar centrados en otra cosa más importante.

—Sí. Pues cuando solucionemos esa cosa, podríamos probar lo de visitar los planetas del espacio.

—Bueno, cada cosa a su ritmo. Mira lo que acabamos de leer de Inderto. Las hadas dicen que no saben si algún planeta ha conseguido salir del caos que él ha provocado.

—Pues si todavía no ha conseguido salir ninguno, nosotros seremos los primeros.

—Eso espero, porque anda que no ha cambiado el ambiente en poco tiempo.

—Ya. Parece que la Tierra y el mundo de las hadas cada vez se están volviendo más grises, y eso que solo ha cambiado una cosa.

—Ya, pero sabes que esa cosa siempre ha sido muy importante para todas las hadas.

—Sí. La sociedad es la que siempre dice cómo tenemos que pensar. En la Tierra no tienen que hacer esa labor de echar sus lágrimas a nadie y mira qué bien vivían.

—También es que somos seres diferentes.

—No sé, tampoco tanto. A ver, volamos y podemos crear comida de la nada y hacer que florezcan las flores a nuestro alrededor, pero nada más.

—¿Te parece poco?

—No, me parece bien. No me quejo.

—Ja, ja, ja, ja.

Estuvimos un ratillo hablando sobre las cosas que le habían contado sus padres, las cuales yo no acababa de creerme, aunque me gustaba escucharlas. Después, nos llevamos el libro a casa para hojearlo un poco mejor; la bibliotecaria se quedó un poquito extrañada al ver el libro que nos llevábamos. Decidí llevarme yo el libro, ya que David tenía bastante trabajo con eso de construir la nave para ver si así las cosas podían volver a la normalidad, porque menuda cara que llevaban las hadas últimamente. Lo que había hecho Inderto las había dejado hechas polvo. Menos mal que ya nos quedaba poco para que la nave estuviese acabada. Y tengo que decir que la idea esa de que pudiese meterme dentro de una nave y que con otras dos hadas pudiésemos ir a la Tierra y ver en persona a los humanos me tenía muy emocionada. A mí, la incertidumbre desde siempre había sido algo que me había encantado. El hecho de no saber lo que podía pasar después me parecía que le daba un toque más divertido a mi vida, porque yo como hada lo que quería era divertirme, no estar con cara de pánfila todo el día, como hacían últimamente mis compañeros. Y lo de ir los tres a la Tierra en una nave sin saber qué nos podía pasar allí, es más, sin saber si íbamos a poder volver, me parecía un plan muy divertido. Lo único que, en el caso de que no pudiésemos regresar, echaría bastante de menos a mi familia y a mis amigos. Además, eso de que las hadas tuviésemos alas y las personas no, hacía que fuese más complicado que nos relacionásemos con ellos. Lo último que queríamos nosotros era enloquecer a la población de la Tierra, que ya bastante mal lo estaban pasando con eso de llevar varias semanas sin nuestras lágrimas. Yo, por si acaso, no miraba a la Tierra para no escandalizarme, prefería que cualquier otra hada me lo contase.

Capítulo 4

Por fin, después de varias semanas, cuatro en total, un mes se puede decir, David consiguió terminar su famosa nave. Tengo que decir que, aunque no escogió el color rosa fuerte, que es mi color favorito, sino que la pintó de un color azul oscuro metalizado, la nave quedó preciosa. Me emocioné un poco al verla, porque era la primera nave que veía en persona y la primera en la que iba a viajar. Encima, en ese momento me di cuenta de que Luis, David y yo estábamos en un momento histórico, ya que iba a ser la primera vez en la historia que unas hadas iban a viajar dentro de una nave y, encima, si es que al final lo conseguíamos, iba a ser la primera vez que unas hadas entraban en la Tierra.

En todos los siglos de la existencia de las hadas nunca había ocurrido ese acontecimiento, al menos que nosotros supiésemos. Ya si en otro planeta, con eso de que Inderto hubiera ido a hacer de las suyas y hubiese hecho que las hadas entrasen dentro del planeta, ya no teníamos ni idea. Pero, vamos, que por lo menos en nuestro planeta, que nosotros supiésemos, era la primera vez que ocurría. Así que yo, por lo menos, quería aprovechar a tope esa oportunidad que me había ofrecido la vida, ya que aquel día haríamos historia.

—Buenos días —saludé aquella mañana a mis padres cuando entré en el salón con mi desayuno.

—Buenos días, hija —me saludó mi madre—. ¿Qué tal? ¿Estás hoy nerviosa? Ya sabes que, si quieres, puedes decir que has decidido que no vas y que vaya otra persona en tu lugar. Ya sabes que eso es algo totalmente voluntario. Vamos, yo soy tú y es que ni se me pasa por la cabeza ir.

—Sí, pero tú no eres yo. Así que, cállate, que yo sí que quiero ir.

—Es que te metes siempre en unos jaleos que hay que ver. En vez de intentar tener una vida normal como el resto de las hadas...

—¡Que te calles! Yo nunca te digo lo que tienes que hacer en tu vida.

—No, no me callo, porque me parece fatal eso de que te quieras ir tú sola con dos chicos ahí a entrar en la Tierra. Ninguna otra hada ha hecho eso antes.

—Pues así somos los primeros en hacerlo.

—¡Ay, hija! De verdad. Es que nos creas siempre unas tensiones... —dijo esta vez mi padre.

—Pues yo no tengo ninguna tensión, así que, si estáis tensos, eso es cosa vuestra.

—Yo he estado rezando todas las noches de esta última semana para que la nave no consiga atravesar el escudo.

—¿Y tú por qué haces eso? —le pregunté con rabia—. ¿Sabes todas las horas que ha tenido que estar trabajando David para construir esa nave?

—Me da igual lo que le haya costado. Lo que tu padre y yo no queremos es que tres hadas se queden atrapadas en la Tierra.

—A ver. Que no nos vamos a quedar atrapados en la Tierra.

—Eso no lo sabes, hija. Es una posibilidad que hay y que, si os subís a esa nave, puede ser que se haga realidad.

—Bueno. Pues si es así, hacemos un acto de fe en la vida y ya está. ¿No me decís siempre que hay que confiar en la vida? Porque ella mejor que nadie sabe lo que necesitamos para evolucionar.

—Nosotros te decimos que tienes que confiar en la vida —dijo mi padre—. Pero hay que hacer las cosas con cabeza, no a lo loco como haces tú siempre.

—Yo no hago las cosas a lo loco.

—Sí que las haces —dijo mi madre—. Lo que quieres hacer hoy es una completa locura. Correr el estúpido riesgo de no poder volver nunca al mundo de las hadas es la mayor locura que he visto en mi vida.

—Las locuras hacen la vida más emocionante. Además, mi vida es mía, no vuestra. Y haré con ella lo que quiera, porque para eso es mi vida.

—Como viajes hoy en esa nave cometerás un grave error.

—No me importa. Gracias a los errores aprendemos mejor.

—No, si es un error que no tiene solución —dijo mi madre.

—¡Callaos ya de una vez! No me estáis dejando desayunar. Hoy me había levantado muy contenta por este día tan especial, y parece que vosotros me lo queréis estropear todo.

—Nosotros solo queremos lo mejor para ti —dijo mi padre.

—Pues más bien parece todo lo contrario.

Desayuné lo más rápido posible para no seguir con aquella conversación. Después, rápidamente fui a mi habitación y a mi cuarto de baño para ducharme y arreglarme lo mejor posible; quería llevar un aspecto increíble para aquel día tan especial. Únicamente me tenía que arreglar, ya que para ir más ligeros habíamos decidido no llevar nada de equipaje, solo un bolso si queríamos o algo parecido de muy pequeño tamaño. Así que mi única ropa iba a ser la que llevase puesta, por lo que decidí ponerme unos pantalones y una camiseta de lo más elegantes y cómodos. Me duché y luego me dirigí a la habitación donde se encontraba mi gigantesco ropero. Escogí un pantalón azul oscuro, que tenía lentejuelas de colores dorados y era uno de los más bonitos y elegantes que tenía; una preciosa camiseta de tirantes de color dorada, que hacía juego con las lentejuelas del pantalón; unas zapatillas doradas a juego con las lentejuelas y la camiseta; una preciosa chaqueta del mismo color del pantalón, y un precioso bolsito de color dorado, donde únicamente guardé lo imprescindible para ese día tan especial.

Antes de salir de mi habitación, me miré al espejo y observé a una preciosa hada de 21 años con sus grandes alas doradas, muy emocionada por lo que iba a tener lugar ese día, pero a la vez muy insegura por no saber si iba a estar por encima de la opinión de las demás hadas. Todos pensaban que en mi lugar debería ir una persona mayor y más espabilada que yo, ya que yo solo tenía 21 años, aunque bueno, Luis también era de mi edad, pero seguro que a él lo veían más espabilado.

Aparte de Marina, también había escuchado decir a más gente que debería ir otra persona en mi lugar, ya que, según ellos, yo era una chica demasiado tímida y joven y lo que quería hacer en aquel momento me venía demasiado grande. Sin embargo, era mi oportunidad para demostrarles que no era así. Era mi oportunidad para demostrar a las demás hadas que iba a estar a la altura y que iba a sobrepasar todas sus expectativas. Siempre me habían encantado los obstáculos y los retos, y aquel día tenía la oportunidad de superarlos. Bueno, si es que conseguíamos atravesar aquel escudo de energía, si no, tantas emociones y tantas fantasías de aventura se iban a extinguir. Así que, al contrario que mi madre, aquel día frente al espejo, recé para que Luis, David y yo consiguiésemos traspasar aquel escudo. Si después podíamos regresar a nuestro hogar o no ya era cosa de la vida, ya que esta sabe mejor que nadie lo que es mejor para nosotros. Aunque muchas veces no me diese cuenta de ello, estaba segura de que la vida siempre me iba a dar lo que necesitaba.

—Hija, pero ¿cómo te arreglas tanto, por Dios? —dijo mi madre nada más entrar en mi habitación y verme frente al espejo—. Si lo único que vas a hacer va a ser entrar en una nave y para eso no hace falta estar tan arreglada.

—Cállate, que yo haré lo que me dé la gana. Va a ir la televisión y el periódico a vernos, y a mí no me da la gana salir en la televisión con malas pintas. Para una vez en mi vida que salgo en la tele...

—Pero, hija, si tú quieres ser actriz, con esa profesión seguro que sales muchas más veces, sales haciendo anuncios... Quién sabe, lo mismo hasta un día te cogen para una película.

—Para una peli me cogen seguro. Pero esta es mi primera vez y las primeras impresiones son muy importantes. Además, que así, tan bien vestida, le hago un favor al resto de hadas, que seguro que les inspira ver gente así de elegante.

—No sé qué inspiración les puede dar que un hada de 21 años no quiera usar su cabeza.

—¡Que te calles! Me voy ya, que estoy lista.

—Vale, nosotros también estamos ya preparados. Aunque te recuerdo que todavía estás a tiempo de renunciar.

—Que me dejes, que haré lo que yo quiera hacer.

Salimos los tres por la puerta del precioso palacio en el que vivíamos y nos pusimos en marcha hacia la plataforma Estrella, donde se suponía que habíamos quedado todos para poner fin al color tan gris que estábamos tomando todas las hadas.

Por el camino intenté no hablar absolutamente nada sobre lo que estaba a punto de hacer, ya que no quería que mis padres me pusiesen de más mala leche. Por suerte, ellos tampoco hablaron, que ya me habían dicho bastante en casa. Así que la cosa fue bien.

Cuando llegamos a la plataforma Estrella, tal y como yo me había imaginado, estaba completamente llena de hadas, y eso que era un lugar bastante amplio. Estaba todo lleno de cámaras y, como me esperaba, había ido la televisión a grabarnos. Había muchos periodistas entrevistando a las hadas, hasta que vi que estaban entrevistando a David y a Luis. Esto hizo que me empezase a poner nerviosa, ya que, como he contado anteriormente, siempre he tenido mucho miedo escénico y nunca en mi vida había salido en la televisión de las hadas. Por otro lado, lo de salir en la televisión era algo que me atraía mucho y, si quería ser actriz, me vendría bien ir practicando. Entonces, me acerqué a mis compañeros y enseguida los periodistas que me vieron empezaron a rodearme; de lo nerviosa que me puse en ese momento, no sabía ni qué cara poner.

—Shiada, ¿me podría decir cómo se siente en este momento tan importante de nuestras vidas? —me preguntó una de las periodistas.

—Muy nerviosa, sobre todo porque es la primera vez que salgo en la tele.

—¿Por qué ha tomado la decisión de salir como voluntaria? —me preguntó otra de las periodistas.

—Me gustan los retos y las emociones fuertes y así puedo salir un poco más de mi zona de confort. Tengo ganas de visitar otros sitios y viajar a lugares en los que nunca he estado. Y si todavía no han sido pisados por ningún hada, pues mucho mejor.

—Shiada, ¿qué piensa que pasará cuando intenten atravesar el escudo de energía? —me preguntó otra diferente.

—Pues yo espero que lo atravesemos, pero no sé predecir el futuro, así que no tengo ni idea.

—¿No tiene miedo de lo que pueda pasar? —me preguntó esta vez la misma hada.

—No, siempre me ha encantado saltar un poquito al vacío a ver qué pasa. Me parece muy divertido lo que vamos a hacer hoy. De hecho, aparte de estar nerviosa, tengo ahora un subidón de la leche.

—¿Y qué piensan sus padres de la decisión que ha tomado? —me siguió preguntando la misma.

—La desaprueban totalmente.

—¿Y usted no tiene intención de obedecer a sus padres?

—No. Creo que tengo todo el derecho de vivir mi propia vida y ser quien soy.

—¿Y alguna vez había pensado que estaría en una situación como esta?

—Como esta exactamente, no. Pero soy muy soñadora y me encanta imaginarme todo tipo de cosas.

Enseguida, las hadas periodistas dejaron de hacernos preguntas y me reuní con Luis y David; ya quedaba muy poco para que llegase la hora de entrar en la nave.

—¿Qué tal? ¿Es la primera vez que os entrevistan? —les pregunté.

—Sí, es nuestra primera vez —me contestaron los dos.

—Ah, pues la mía también. ¿Habéis estado nerviosos?

—No —contestó David—. A mí siempre me han encantado las cámaras.

—Yo un poquito —dijo Luis—. Al ser la primera vez que salgo en la tele...

—Normal. Yo también he estado un poco nerviosa, nunca en mi vida había hecho estas cosas. Bueno, mejor dicho, he estado supernerviosa, creo que hasta que he tartamudeado un poquito y todo.

—Siempre hay una primera vez —dijo David—. Así, la próxima vez, no te invadirán tanto los nervios.

—Eso espero, porque hace un momento no sabía ni qué cara poner a los periodistas.

—Tú sé natural, que es lo que más mola —dijo David.

—Sí, eso he estado intentando, otra cosa es que me haya salido. Yo tengo muchísimo miedo escénico, eso de hablar en público me cuesta un huevo.

—¿Pero tú no querías ser actriz? —me preguntó Luis.

—Sí, así puedo trascender mejor mi miedo a hablar en público.

—Ah, eso está guay. Aquí ahora también con tanta cámara y tanta gente lo puedes trascender un poco.

—Sí, creo que es cuestión de práctica.

De repente, una de las hadas del consejo, Mayusa, que esta vez fue un hada distinta a la que habló en nuestra ceremonia, comenzó a hablar:

—Buenos días. Todos y cada uno de nosotros estamos viviendo algo que hasta ahora nunca había pasado en la historia de las hadas. Un diabólico y gigantesco ser se presentó en nuestro reino hace algo más de un mes y puso una gran barrera entre las hadas y los humanos. Desde aquel día, nuestras lágrimas son incapaces de ayudar a las personas de la Tierra, ya que no conseguimos que estas atraviesen el escudo de energía. Pero, justo hoy, aquí, en la plataforma Estrella, vamos a presenciar un momento histórico para todas las hadas que habitan el cielo de la Tierra. Hoy, por primera vez en nuestra historia, tres valientes hadas van a montar en esta preciosa nave —señaló la nave— y van a atravesar el escudo de energía, salvando así nuestra preciosa relación con los humanos y haciendo historia, si la cosa funciona como debería, eso sí. Como no funcione, habrá que pensar en otras opciones para salir de esta. Y, una vez salgamos, esperemos que ese ser tan espantoso no se vuelva a entrometer en nuestras vidas. Porque lo que ha hecho esa cosa ha sido impedirnos llevar a cabo nuestro mayor propósito, nos está impidiendo cumplir con aquello para lo que de verdad hemos nacido. Pero hoy, si la cosa funciona, a partir de este día, nuestras lágrimas podrán volver a caer sobre la Tierra y ayudar así a millones de personas. Así que, mucha suerte, chicos. Muchas gracias por vuestra valentía y a por todas, que el mundo de las hadas os necesita. Hoy es el día en el que vais a hacer historia.

Cuando Mayusa terminó su discurso, las tres hadas nos metimos en la nave. David era el que la

iba a conducir e iba en el medio. Luis y yo íbamos cada uno a un lado. Justo en ese momento, cuando por fin nos metimos en la nave, una grandísima emoción comenzó a invadirme. Para mí estaba siendo el día más emocionante de mi vida; nuestra vida siempre había sido de lo más predecible, pero nadie sabía lo que iba a pasar a partir de ahora. Nadie tenía idea de si lo lograríamos. Si no fuera así, nos quedaríamos atrapados para siempre en la Tierra, moriríamos quemados (que eso creo que era lo menos probable. Bueno, espero que fuese lo menos probable). Nadie sabía qué nos depararía el destino a partir de ahora. Estábamos saltando al vacío dentro de una nave.

—Chicos, ¿qué tal? ¿Cómo vais? —nos preguntó David una vez estuvimos los tres dentro.

—Yo muy bien. Emocionado.

—Yo también estoy emocionada.

—Pues yo no os quiero ni contar...

—Hombre, claro. Si esto sale bien, todo el éxito es tuyo —le dije a David.

—Bueno, y vuestro también, que vosotros me encontrasteis y habéis decidido venir de voluntarios a esta aventura.

—Sí, eso sí. Yo ya tenía ganas de poder participar en algo de este estilo —comenté.

David puso la nave en marcha y lentamente nos aproximamos lo máximo posible al escudo de energía. Una vez allí intentamos atravesarlo. Sentimos primero una gran resistencia, pero conseguimos que un pequeño trozo de la nave atravesase el escudo.

—La voy a poner a máxima velocidad —nos dijo David.

El escudo se seguía resistiendo, pero aumentar la velocidad hizo que más parte de la nave consiguiese pasar al otro lado del escudo.

—¡Genial! Por lo menos vamos avanzando —dijo Luis.

David estuvo varios segundos más, incluso más de un minuto, con la nave a máxima potencia, y aunque esta se resistía mucho, poquito a poco avanzaba.

—La nave tiene que estar pasando por un dolor bestial —dijo Luis.

—Es una máquina, así que no creo que sea capaz de sentir mucho —le dijo David.

—Bueno, era una broma. Pero el dolor tan inmenso que sentimos nosotros, y ahora estamos intentando lo mismo y no sucede nada, es un grandísimo avance.

—Sí, a mí también me lo parece, aunque a ver cómo termina la nave.

—Sí, a ver si no le da por empezar a arder de verdad —dije yo.

—Esperemos que no —dijo Luis—. ¿Y si bajas la velocidad y luego la vuelves a subir? A ver si así avanzamos un poco más.

—Buena idea. Lo voy a probar.

David bajó la velocidad notablemente y la nave dejó de avanzar y se quedó parada, pero después la volvió a subir y la nave avanzó algo más que la primera vez.

—¡Toma ya! ¡Lo estamos consiguiendo! —exclamé con fuerza, ya que acabábamos de lograr que más de la mitad de la nave atravesase el escudo.

—Sí, aunque a la nave le está costando resistir —dijo David.

En ese momento comenzó a salir fuego en el exterior de la nave. Menos mal que no era por dentro, que era donde estábamos nosotros.

—¡Hostia! Pues ahora sí que está ardiendo de verdad, menos mal que nosotros no llegamos a arder —dijo Luis.

—Ya os he dicho que le estaba costando.

Entonces, David volvió a disminuir la velocidad y el fuego desapareció.

—Creo que subiendo y bajando la intensidad va a ser mejor —dijo Luis.

—Yo también lo creo —dijo David.

Así que eso fue lo que hizo. Después de bajar la velocidad, la incrementó de repente y, poco a poco, continuamos avanzando. En cuanto aparecía de nuevo el fuego, David disminuía la velocidad rápidamente.

Yo, como no conducía, aprovechaba para rezar para salir de esta y para mirar hacia atrás y ver a las hadas, aquellas que se habían acercado bastante a nosotros y nos observaban en el aire. Estaba todo el cielo completamente lleno de hadas con los ojos clavados en nosotros. Incluso nos estaban grabando para salir en la televisión, ya que muchas hadas tenían sus cámaras apuntando hacia nosotros y delante de ellas había alguna que otra periodista hablando. Escuchamos también frases de ánimo, como, por ejemplo: «A por todas, que os queda poco»; «Estáis a menos de la mitad»; «Confiamos en vosotros»; «Id a por todas, que sabemos que lo vais a conseguir»; «Venga, que vosotros podéis»... Las hadas nos animaron bastante y creo que eso ayudó mucho a David, porque a mí por lo menos me dio un plus de motivación.

Llegó un momento en el que ya habíamos encendido el fuego de la nave tantas veces que este no se apagó, pero en ese momento la mayor parte de la nave ya había conseguido atravesar el escudo.

—¿Qué hacemos? El fuego ya no desaparece —preguntó Luis preocupado.

—Pues tú nada, que el único que conduce aquí es David —le dije yo con la intención de dar una imagen de estar calmada, aunque la verdad es que no lo estaba, porque la idea de morir quemada no me hacía ninguna gracia.

—Como ya no se apaga, voy a aumentar a máxima velocidad —dijo David—. Creo que así conseguiremos atravesar el escudo antes de morir abrasados.

Miré hacia atrás un momento y vi al resto de hadas mirándonos con cara de preocupación, y eso que apenas nos quedaba nada para que nuestra nave atravesase el escudo. Seguían animándonos, pero su cara ya no era la misma de antes.

—Por lo menos el fuego no ha entrado en la nave —dije yo.

—De momento —dijo David.

En cuanto David aumentó la velocidad al máximo, conseguimos que nuestra nave atravesase por completo el escudo, eso sí, ardiendo más que nunca. Lo bueno es que ya estábamos a nada de llegar a la Tierra y tocar su suelo, que era algo que ningún hada había hecho antes, sobre todo porque lo teníamos prohibido.

—¡Busca el agua! —le dije a David con nerviosismo.

—Sí, voy a ir como loco hacia ella, que parece que este fuego va a entrar en la nave.

—¿Y por qué no salimos de la nave y volamos por nuestra cuenta? —preguntó Luis.

—Anda, es verdad. Con tantos nervios no se me había ocurrido.

Así que, en cuanto Luis le dijo eso, David apretó rápidamente uno de los botones de la nave y el cristal principal salió volando por los aires, y pudimos salir.

Ya fuera de la nave, vimos cómo esta caía en picado.

—¿Creéis que sobrevivirá a esto? —les pregunté a los dos.

—Pues me da que no, pero era ella o nosotros —contestó David—. Luego nos va a tocar ir a buscarla.

—Has hecho bien —le dijo Luis—. Yo diría que era nosotros o ninguno.

Nos acercamos al escudo para ver al resto de las hadas que estaban al otro lado y, al hablar, nos dimos cuenta de que el escudo no permitía que nos escuchásemos, no éramos capaces de oír absolutamente nada procedente del otro lado. Cuando todavía no lo habíamos atravesado del todo,

sí que nos era posible escucharlas, pero ahora ya no. Así que hablamos un poquito como pudimos con gestos, nos despedimos y nos pusimos en marcha hacia a la Tierra.

Capítulo 5

—¿Qué tal, chicos? —les pregunté, conforme descendíamos hacia la Tierra—. ¿Estáis emocionados? Va a ser la primera vez en la historia que un hada pisa la Tierra.

—Yo todavía estoy un poco en *shock* por lo de que casi morimos quemados, y también dudo de si podremos regresar, pero por el resto estoy guay —me contestó Luis.

—Tú sé optimista y ya verás cómo todo sale bien —le dije mientras le daba una palmadita en el hombro.

—Sí, eso es lo que llevo intentando conseguir desde hace un mes, ser optimista, pero cuando pasan cosas de estas me cuesta un poco más.

—Tú tranquilo, que acabamos de vivir algo muy emocionante —le dije, ya que estaba bastante emocionada por lo que acababa de pasar.

A mí, que me encantaba vivir experiencias nuevas y emocionantes, aunque había sentido mogollón de miedo porque casi morimos quemados, me había dado un subidón y estaba muy emocionada por lo que nos acababa de pasar. Ahora me sentía con hiperactividad y con ganas de hacer bromas y un huevo de cosas más, aunque a mis dos compañeros los veía un poco más paraditos. Así que, para liberar un poco toda esa energía, comencé a hacer dibujos en el aire y todas las piruetas que se me ocurrieron.

—Shiada, ¿qué te pasa? —me preguntó Luis.

—A mí nada. ¿Qué me va a pasar? ¿A ti te pasa algo? Bueno, ya lo has dicho, que estás un poco en *shock* por lo que acaba de pasar.

—Es que te noto como demasiado hiperactiva.

—¡Hombre! Después de lo que ha pasado, ¿cómo quieres que esté? Menudo subidón que me ha entrado. Me siento ahora con mucha energía, así que a ver si seguimos haciendo cosas chulas.

—Mientras que no sea como lo que acabamos de hacer... —dijo David.

—No, un poquito más seguras si queréis. Yo, antes de morirme, todavía quiero hacer muchas cosas.

—Tú y todos, así que no hace falta que corramos más peligro —dijo Luis.

—¿Y tú qué quieres hacer? —le pregunté.

—¿Cómo que qué quiero hacer?

—Pues no sé. Las metas que tienes, qué cosas quieres hacer antes de morirte.

—Qué cotilla que eres, ¿eh?

—No, si no quieres no me lo cuentes. Era una pregunta como otra cualquiera.

—Pues como ya te conté, estoy estudiando arquitectura, y me gustaría, con la ayuda de un ingeniero...

—Como yo, por ejemplo —dijo David.

—Sí, como tú, si te apuntas...

—¿A qué?

—A construir nuestra propia plataforma en el cielo.

—Suena bien —le dijo David.

—Sería una plataforma con los hoteles que tengan los mayores lujos que jamás hayamos visto.

—¿Pero no es nuestra vida ya bastante lujosa? —le pregunté sin entender mucho—. Vamos. Yo por lo menos vivo en un palacio, con muchas más hadas, eso sí, y vosotros y todas las hadas que conozco, que yo sepa también vivís así. Y a mí no me falta ningún lujo.

—Sí, pero aquí cada hotel representaría un país distinto de la Tierra. Y, aunque somos capaces de crear la comida que queramos, ahí solo comeríamos la comida de ese país y nos empararíamos de sus costumbres y de su cultura. Bueno, eso un poco entre comillas, porque sería de forma muy lujosa. Cada hotel sería un país diferente. Así podremos conocer mejor a las personas que ayudamos.

—Pues me parece una gran idea —le comenté—. Porque existen muchísimas plataformas, pero, que yo sepa, justamente de eso no hay ninguna.

—Cuenta con mi ayuda, que a mí también me parece una gran idea —le dijo David mientras se acercaba a darle la mano.

—Y también me encantaría hacer otra con el edificio más alto, más brillante y llamativo del Reino de las Hadas.

—Lo veo buena idea también —le animó David—. ¿Y qué habría dentro del edificio?

—Serían más viviendas para las hadas. A lo mejor hay alguna que está cansada de vivir siempre en un palacio, pero, en general, un poco de todo, como las personas, no como nosotros, que tenemos una plataforma para cada cosa. En ese caso, en el edificio y fuera de él también habría todo tipo de tiendas, restaurantes, cines, teatros, gimnasios, escuelas, parques de atracciones, salas de conciertos... y todo lo que se nos vaya ocurriendo.

—Me parecen muy originales las dos ideas —le dije—. Seguro que lo consigues.

—Gracias. Y no sé si se me ocurrirá alguna otra plataforma más o algo que no tenga nada que ver con las plataformas.

—Tranquilo, que tienes mi misma edad y somos muy jóvenes, así que ya se te ocurrirán muchísimas más ideas.

—Sí, supongo. Es que hay plataformas tan increíbles...

—Ya. ¿Qué pasa? ¿Ahora que hemos dejado atrás el Reino de las Hadas te acuerdas de ellas?

—Sí, posiblemente. En la Tierra no existen esas plataformas.

—Ya, aunque hay muchas cosas chulas que no conocemos.

—Sí, yo creo que cada sitio tiene algo que lo hace especial y la cosa está en disfrutar de ese algo que lo hace diferente, ya que no lo vas a encontrar en ningún otro lugar.

Por fin, después de tanto rato descendiendo hacia la Tierra, conseguimos aterrizar. Para que la gente no viese nada raro volando por el aire, decidimos aterrizar en una zona que estuviese lo menos poblada posible, y fuimos a parar a un lugar que tenía toda la pinta de ser la selva. Estaba todo el paisaje lleno de árboles enormes con gigantescas ramas que apenas nos permitía ver la luz del sol.

—Chicos, aquí cuidadito, ¿eh? —dijo Luis mientras caminábamos por la selva en busca de la nave—. No vaya a ser que nos encontremos con algún tigre, algún leopardo, una pantera o algo de eso.

—Pues si nos encontramos con ellos echamos a volar y ya está. Aunque a mí la verdad es que me encantaría encontrarme con ellos, que hace como un año que no voy a la plataforma de los safaris, y los tigres son mis animales preferidos.

—Tú no tienes ningún sentido del peligro me parece a mí —dijo Luis—. No hay que ser tan temerario en esta vida. Luego nos puede pasar lo que nos ha pasado antes, que casi morimos quemados.

—Pero no hemos muerto, que es lo que importa —dijo David en mi defensa.

—¡Exacto! A lo mejor es que tú tienes demasiado sentido del peligro —le dije a Luis.

—No creo. Lo mío es más sentido de la realidad.

—La realidad de lo que va a pasar muchas veces no la podemos ni imaginar.

—No sé yo...

—Bueno. Vamos a hacer lo que hemos venido a hacer —dijo David.

—Vale. ¿Y qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Luis.

—Pues de momento buscar nuestra nave, a ver en qué condiciones se ha quedado. Después estaría bien que hiciésemos lo de lanzar nuestras lágrimas, aunque ahora no sea desde arriba como es tradición, pero algo es algo.

—Tenéis vuestros frascos, ¿no? —les pregunté por si acaso a alguno se le había olvidado.

—¡¡Hostia, el frasco!! —exclamó Luis mientras metía una mano en su bolsillo y lo sacaba—. Era una broma. Sabía que lo llevaba.

—Yo también lo llevo —dijo David mientras nos lo enseñaba.

En su caso era un frasco de color rojo.

—¿Y alguno ha metido ya alguna lágrima? Porque yo de momento no he llorado nada —pregunté.

—¿Todavía no has llorado ni un solo día con lo que ha pasado? —me preguntó Luis dando sensación de asombrado.

—No.

—Bueno, yo tampoco, así que no te preocupes. Yo cuando lloro siempre suele ser de risa y este último mes, como la gente estaba todo el rato poniendo caras tan chungas, pues apenas me he reído.

—Igual que yo —dijo David—. La risa y el color gris que hemos estado viviendo estas últimas semanas no son muy compatibles.

—Pues nos toca llorar para ver si funcionan aquí nuestras lágrimas —informé.

—Sí, pero lo primero es la nave —me recordó David.

—¿Alguno de vosotros se ha fijado bien en el lugar en el que ha caído? —preguntó Luis.

—Uy, pues yo con lo emocionada que estaba, tampoco le he prestado mucha atención.

—No te preocupes. Yo, como no estaba tan emocionado, sí que me he fijado —dijo Luis.

—¡Genial! ¿Por dónde ha caído? —preguntó David—. Porque yo tampoco he estado muy atento.

—En la selva, o sea, donde estamos ahora, pero es tan inmensa... Creo que lo mejor es que vayamos volando y desde arriba busquemos. Aunque creo que lo mejor será que vayamos por dentro de los árboles, porque, si no, nos va a ser un poco difícil ver el suelo.

—Sí, me parece buena idea —dije apoyándole.

—Yo también —dijo David—. Además, volando vamos mucho más rápido que caminando, y yo, por ejemplo, me siento mucho más cómodo volando que caminando despacio.

—Nosotros también —afirmé—. Pero aquí no nos queda otra que acostumbrarnos también a caminar al paso de las personas. Por cierto, yo creo que no voy a saber caminar bien, que llevo años sin apoyar un pie en el suelo, así que me tocará practicar un poco. Y tenemos que ver también cómo escondemos nuestras alas. No vale decir todo el rato que estamos en carnavales.

—Creo que con la ropa las podemos ocultar bien —dijo Luis.

—Sí, posiblemente —afirmó David.

—Genial, pues el tema de las alas está solucionado —dije.

—Sí, solo nos queda encontrar la nave, arreglarla y hacer todo lo demás —dijo Luis en un tono

de broma.

—Bueno, chicos —comencé a decir—. Tenemos que estar orgullosos. Hemos logrado algo que ningún hada había conseguido realizar antes en toda su historia y somos las primeras hadas que pisan la Tierra.

—Porque nunca lo había intentado nadie —dijo David con un tono bromista—. Es la primera vez en la historia que nos da por hacer estas locuras.

—Pues a mí me encantan las locuras, así que, ya que estamos en ellas, vamos a disfrutarlas —dije con entusiasmo.

—A ti lo que te encanta son las películas, ¿a que sí? —me preguntó Luis.

—Hombre, claro. Ya os conté que quiero ser actriz. Me parece la profesión más divertida del mundo.

—A nosotros nos parece más divertido construir cosas —dijo David.

—Ya, cada uno tiene sus gustos. A mí las artes marciales, montar a caballo y la interpretación me parecen lo máximo del mundo. Y lo de las lagrimitas tampoco tengo demasiada idea, como nunca lo he probado... Cuando lo pruebe, comprobaré si eso de lanzar lágrimas es algo que también me gusta.

—Y si no te mola tanto lo de las lágrimas, ¿cómo es que te has ofrecido voluntaria si arriba en el cielo ya lo tenías todo?

—Ya os lo he dicho antes, porque me gustan las experiencias y las emociones fuertes. Y lo de las lágrimas no he dicho que no me guste, he dicho que cuando lo pruebe sabré si es algo que también me llena.

—¿Y no intuyes cuál podría ser la respuesta? —me preguntó Luis esta vez.

—Pues a ver. Es algo que, por lo menos, me gustaría hacer una vez en la vida, para ver qué se siente. Pero si tuviera que elegir entre renunciar a las lágrimas, a ser actriz o a las artes marciales, sin ninguna duda renunciaría a las lágrimas. ¿A vosotros os mola mucho ayudar a las personas lanzando lagrimitas?

—A mí, sí —dijo Luis—. Siempre me han dicho que la principal razón por la que he nacido es ayudar a la gente con mis lágrimas. Pero estoy contigo en cuanto a que, si tuviese que elegir entre renunciar a la arquitectura o a lanzar lágrimas, sin ninguna duda renunciaría a las lágrimas.

—Yo también renunciaría a las lágrimas —dijo David—. Pero tanto mi trabajo de ingeniero como el de las lágrimas me gustan, así que lo que más me encantaría serían las dos cosas a la vez.

—Sí, en la vida cada uno se puede dedicar a tantas cosas como quiera. Aunque los humanos, quitando algunas excepciones, suelen tener varios *hobbies*, la mayoría solo suele ganar dinero de un solo trabajo.

—Bueno, más que nosotros, que no ganamos dinero con ninguno —dijo Luis.

—¡Qué gracioso! Porque no existe el dinero en nuestro mundo.

—Shiada tiene razón —intervino David—. Parece que, como el día no dura más de 24 horas, da la sensación de que la mayoría, no todos, eso sí, pero da la sensación de que la mayoría solo se quieren ganar la vida de una sola manera, aunque también puede ser que solo les guste una sola cosa.

—Por poder puede ser todo —dijo Luis—. A mí con la arquitectura y con las lágrimas la verdad es que me basta.

—Sí, también cada uno es como es —dije yo—. Porque a mí por lo menos no me bastaría solo con una cosa. También es que me gusta investigarlo todo. Cuantas más cosas pruebe, más cerca

estaré de mi verdadera vocación. Estoy convencida de que son la interpretación y las artes marciales, aunque nunca se sabe hasta dónde podemos llegar en la vida.

—Yo sí conozco a varias personas que sí se dedican a varias cosas a la vez —afirmó Luis.

—Sí, ¿pero a que no son mayoría? —le pregunté sabiendo ya su respuesta.

—No, no son mayoría.

—¿Y a qué se dedican?

—Una chica que es algo más mayor que nosotros es cantante y escritora de novelas. Otro chico es pintor y diseñador de moda; y otro es periodista y diseñador de videojuegos.

—¡Qué guay! ¡Qué profesiones más chulas! Me llaman un huevo todas, aunque bueno, me gusta más lo mío.

—Sí, a mí también me gustan mucho todas. Pero mejor no abarcar demasiado, que si no resulta muchísimo más difícil llegar a algo realmente grande con alguna.

—Sí, eso sí.

—En nuestro mundo, como no existe el dinero, nos resulta mucho más fácil que a las personas dedicarnos a algo que de verdad nos gusta —dijo Luis.

—Sí. Y como al no dedicarnos a nada no corremos ningún riesgo, estamos más abiertos a investigar qué es aquello que de verdad nos quita el sueño. Y como no existe el miedo, porque con toda la tranquilidad del mundo podemos empezar una cosa y luego dejarla y dedicarnos a otra, creo que nos resulta más fácil hacer con verdadera pasión cada cosa que hacemos.

—Sí, es posible —dijo Luis—. El miedo siempre suele intentar colocar muchas barreras en nuestro camino, y el hecho de trascenderlas hace que seamos más libres.

Estuvimos un largo rato volando por la selva en busca de la nave y, durante ese tiempo, no sé si por suerte o por desgracia, no nos encontramos con ningún tigre, ningún leopardo ni con ningún animal de ese tipo. Aunque sí vi una tarántula gigantesca caminando por el suelo y no me hizo ninguna gracia. Menos mal que nosotros íbamos volando y no nos dio por caminar como hacía la tarántula. También por los árboles vimos alguna que otra serpiente de colorines que nos llamó bastante la atención. Vimos una que era blanca y rosa; una que tenía dibujos geométricos y era de color amarillo, azul y violeta, y otra que era de rayas verdes y rojas.

Por fin, después de unas dos horas volando sin saber muy bien por dónde, logramos encontrar nuestra nave. Esta, desgraciadamente y como nos esperábamos, estaba totalmente quemada y el color azul que tenía en un principio había pasado a convertirse en un color negro apagado. Además, debido a la gran velocidad que llevaba, había dejado un gran agujero entre los árboles, lo que hacía que pudiésemos observar perfectamente desde la tierra el sol y el cielo.

—Me da que no podemos hacer mucho ya por esta nave, ¿no? —le pregunté a David.

—Te da bien. Casi que sería mejor empezar desde cero a construir otra.

—¿Y de dónde vamos a sacar las herramientas? —le preguntó Luis—. Porque para comer no tenemos ningún problema porque podemos crear la comida que queramos, pero para este tipo de cosas de ingeniería no sé cómo lo vamos a hacer.

—No te preocupes. Con paciencia todo se puede hacer —le contestó David.

—Sí, pero los materiales que necesitamos no van a aparecer de la nada.

—Una cosa —empecé a decir, ya que se me acababa de ocurrir una idea—. ¿Y si ponemos un supermercado o un mercadillo de comida y con eso vamos ganando dinero para conseguir los materiales? Como podemos crear la comida que queramos...

—Me parece muy buena idea —dijo David—. Y así, ya de paso, vamos observando cómo les va a las personas de la Tierra y vamos lanzándoles nuestras lágrimas según lo que observemos.

—A mí también me parece una gran idea —afirmó Luis—. Aunque antes creo que, como ya ha dicho Shiada, deberíamos probar a caminar como las personas. Porque yo por lo menos no tengo costumbre de ir caminando a los sitios, y menos si están a más de 1000 kilómetros de distancia.

—Uy, sí. Es verdad —afirmé—. Yo hasta las artes marciales las practico en el aire.

—Yo tampoco es que haya caminado mucho —dijo David—, pero creo que sé caminar bien.

—¿En serio? —pregunté extrañada—. Si las hadas nunca caminamos. Cuando éramos pequeños aprendíamos a volar, no a caminar como hacen las personas.

—Cada hada es diferente. Que tú no hayas caminado nunca o casi nunca no significa que el resto de las hadas no podamos caminar —me contestó David mientras nos mostraba lo bien que caminaba.

—¡Qué fuerte! —exclamó Luis muy sorprendido—. ¿Qué pasa? ¿Que practicabas en tu casa en los ratos libres?

—De vez en cuando, cuando me apetece, voy andando en vez de volando.

—Ah —asentí—. A mí como me gusta más volar que caminar... La tierra solo la toco cuando me siento y cuando quiero dormir.

—Pues aquí ya sabéis. Si queremos pasar desapercibidos, tenéis que aprender a caminar como las personas.

Así que, antes de empezar con la idea de montar un mercadillo de comida, Luis y yo nos pusimos a aprender a caminar. Tengo que decir que fue una sensación que no me gustó absolutamente nada, porque acostumbrada a volar por todos los sitios que a mí me diese la gana y encima a una gran velocidad, caminando me desplazaba demasiado despacio y, además, que el no poder explorar más sitios por los que ir hacía que me sintiese muy limitada. Pero lo bueno era que, cuando ninguna persona me viese, como en ese momento, iba a poder volar y hacer todo lo que quisiese.

—Se os da fatal caminar, pero podemos simular que estáis cojos y así nos centramos en lo del mercadillo. Y de paso aprovechamos para ver qué tal le va a la gente —dijo David después de que Luis y yo llevásemos ya un rato practicando.

—Sí, me gusta la idea. Ya estoy un poco hartito de practicar cómo se camina.

—Pues vamos a montar nuestro primer mercadillo —dije yo.

Después de un ratillo volando, ya que la selva era inmensa, conseguimos salir de esta y fuimos a parar a la ciudad que, por cierto, ninguno de los tres teníamos ni idea de en qué ciudad nos encontrábamos, hasta que en un cartel vimos que estábamos en Miracle. Por lo visto, era una de las ciudades más modernas de la Tierra, donde las personas tenían más dinero, había más lujo y la gente necesitaba menos ayuda, por lo que era uno de los lugares donde menos lágrimas teníamos que lanzar. Pero, sin embargo, como en todas aquellas semanas que habían pasado no me había dado por mirar cómo le estaba yendo a la gente de la Tierra, únicamente lo pregunté alguna vez; me sorprendió mucho lo que vi. Miracle se había convertido en una ciudad llena de desorden. Las calles estaban llenas de todo tipo de basura tirada por el suelo y algunas de las ventanas de los enormes rascacielos que vimos estaban rotas.

—Si esta ciudad está así, no me quiero imaginar cómo estarán las otras —dijo Luis.

—Pues a mí me da que estarán mucho peor —dije yo haciéndome la tonta para intentar poner un poco de comedia.

—No me digas.

Vimos hasta a gente tumbada en la calle y arropada con mantas. Parecía que no tenían casa donde vivir.

—No sabía que el mundo se podía derrumbar tan rápido —dije asombrada por lo que estaba

viendo.

—Siempre hay algo nuevo que puedes aprender —me dijo Luis con una sonrisa.

—¡Todo nuestro trabajo se acaba de ir a la mierda! —exclamó David con una cara que mostraba un poco más de tristeza que de rabia.

—Pero si tú durante estas semanas te has ido fijando en cómo le iba a la Tierra —le dije extrañada por la tristeza que parecía que le acababa de entrar.

—Sí, pero no es lo mismo que verlo ahora desde tan cerca.

—En persona, las cosas siempre chocan más —dijo Luis, que de repente se había puesto a llorar y había empezado a dar patadas y golpes a las paredes.

Yo tengo que decir que siempre me he considerado un hada muy buena, al igual que todas las hadas que conocía, pero en ese momento no sabía muy bien por qué, pero no sentía nada de tristeza. Además, había algo que no entendía muy bien.

—Sí, es verdad —dije mientras lo intentaba calmar un poco—. Pero, chicos, ahora mismo no entiendo nada. Se supone que cada hada de este mundo es capaz de llenar de belleza cada sitio que pisa. Y nosotras encima somos tres hadas y no veo que se esté llenando de belleza nada.

—Sí, es verdad. Es muy raro —dijo Luis con lágrimas en los ojos mientras continuaba dando patadas a las cosas.

—A lo mejor es porque aquí nuestros poderes se distorsionan de alguna manera —explicó David, creo que sin estar muy seguro de lo que decía.

—Ni idea, pero me parece algo muy extraño —dije bastante extrañada—. ¿Creéis que el ser ese tan grande que vimos o el escudo de energía tienen algo que ver con esto?

—Puede ser —dijo David.

—¿Y cómo crees tú que pueden tener algo que ver? —me preguntó Luis.

—Quizás el escudo nos quita el poder de crear belleza, pero ni idea. Por intentar darle un sentido a lo que está pasando...

—Sí, yo lo veo también —afirmó David.

—Chicos. ¿Y si hablamos un poco con la gente para que nos informen de lo que ha pasado en Miracle? —nos preguntó Luis.

—Me parece muy buena idea —le contesté—. Si es que ellos tienen algo de idea de lo que les ha podido pasar.

—Y tenemos que probar lo de las lágrimas también —dijo esta vez David.

—Sí, eso también —afirmé—. Pues empezamos por donde queráis.

—Por mí, por el mercadillo está bien —dijo Luis.

—Por mí también —dijo David—. Así ya de paso también aprovechamos para hablar con la gente.

—Chicos, una cosa. ¿Seguro que no se me notan las alas? —les pregunté un pelín preocupada porque nos descubriesen.

—No, a ti por lo menos no se te notan nada —me contestó Luis.

—Genial, porque a vosotros tampoco.

Así que después de chiscar los dedos muchas veces, creando así muchísima variedad de frutas, verduras, pescados, frutos secos, semillas y quesos, montamos nuestro primer mercadillo en la calle. La gente tardó un buen rato en empezar a venir, pero, una vez empezaron, no paraban de llegar. Por lo visto les atraía tremendamente nuestra comida. Nos dijeron que nunca en su vida habían visto unos alimentos con tan buen aspecto como los nuestros. De hecho, una de las personas que nos compró algo de comida, que era una chica joven de unos treinta años, nos dijo

que le parecía hasta mágico, ya que cada uno de nuestros alimentos tenía un brillo y un aspecto que nunca había visto.

—¿Dónde habéis conseguido estos alimentos? —nos preguntó la chica.

—Es un secreto. Así la magia no se pierde —le contestó Luis.

—Una cosa —me dirigí a la chica—. ¿Qué le ha pasado a esta ciudad? Porque antes no era así.

—Yo me pregunto lo mismo que tú. Lo he hablado con mis amigos y nunca nos habíamos sentido tan mal. Para mí es como si ya nada tuviese sentido, no sé por qué, pero me siento vacía, y eso es algo que nunca me había pasado. A vosotros no se os ve tan apagados como a los demás. ¿De dónde sois?

En ese momento los tres nos quedamos un poco en blanco sin saber qué contestar, hasta que David respondió:

—Somos de Maraxia, pero vivimos en una casa en el bosque, por eso no nos afecta tanto lo que le está pasando a la gente de esta ciudad en estos momentos.

—Pero no es solo esta ciudad. Está pasando en todo el mundo. Ayer salió en las noticias que la tasa de suicidios había aumentado un 90 % en las últimas semanas.

—¡Hostia! —exclamé—. Pues sí que estamos en crisis. ¿Sabes qué edad tienen las personas que se están suicidando? Porque nosotros no somos muy de ver la televisión.

—La mayoría son muy jóvenes. Según salió ayer en las noticias, la gran mayoría tienen entre 20 y 35 años.

—Anda, pues nosotros estamos en esas edades —dijo Luis.

—Yo también —dijo la chica—. Tengo 31.

—Nosotros somos algo más jóvenes —dijo Luis—. Shiada y yo tenemos 21 y él, que es David, tiene 27 años.

—Bueno, 10 años tampoco es tanta diferencia. Pero de verdad que yo soy muy intuitiva y tengo mucha facilidad para notar enseguida cómo se siente la gente, y vosotros, entre la comida que veo que tenéis y que no noto esa tristeza que sí que veo en los demás, me habéis llamado bastante la atención.

—Pues muchas gracias —dijo Luis con una sonrisa—. Yo no entiendo el porqué de tener que sentirnos mal.

—Yo tampoco —dijo la chica—. Pero por lo visto ha sido algo que ha pasado en el mundo entero.

—¿Y nadie tiene ninguna idea de por qué ha podido ser? —le preguntó David.

—No, por lo menos que nosotros sepamos. Ni el gobierno ni nadie nos ha dicho nada. Es como si nos hubiesen robado la inspiración y el entusiasmo por las cosas. Como si ya nada mereciese la pena. Antes me sentía completa y ahora me siento vacía.

—A lo mejor son rachas —dije para quitarle un poco de tensión al tema.

—Estaría bien que solo fuesen rachas. Por cierto, me llamo Cristina, que vosotros ya me habéis dicho vuestros nombres.

—Sí, menos yo, que me llamo Luis —dijo este mientras los tres la saludábamos.

—Pues me alegro de haber encontrado a alguien como vosotros, que parece que no os ha afectado esta energía tan gris que nos ha caído encima. Así que, si queréis que algún día os haga algo de turismo por la ciudad...

—Ah, pues muchas gracias. Yo por mí encantada —dije adelantándome a los otros dos—. Porque acabamos de llegar y no conocemos a nadie. Además, que nos mola eso de levantar el ánimo a la gente.

—¡Genial! Pues si queréis, también os puedo presentar a algunos amigos. ¿Sabéis cuánto os vais a quedar en Miracle?

—No tenemos ni idea —respondió David—. Pero fijo que más de una semana y de dos.

—Y de tres y de cuatro —añadió Luis.

—¡Genial! Pues os doy mi teléfono y quedamos cuando queráis.

Como veníamos del mundo de las hadas, nuestros móviles no los podíamos usar en la Tierra, así que le dijimos que nos lo anotase en un papel para después ir nosotros a una tienda a comprar el móvil. Obviamente, no le contamos eso. En lugar de eso dijimos que nuestros móviles estaban sin batería.

—¿Estáis en un hotel o habéis alquilado un apartamento?

—De momento no hemos hecho nada de eso —le contesté—. Habíamos pensado en quedarnos en un hotel por aquí cerca, pero si conoces de algún sitio que esté bien para que vivamos estas semanas, estamos interesados.

—Pues depende del dinero que os queráis gastar.

—Ahora mismo, la verdad, es que no llevamos mucho dinero encima —dijo David, ya que, el único dinero que íbamos a tener para esa noche era el que sacásemos de la comida que vendiésemos ese día y, cuando pudiésemos, teníamos que ir restando el dinero del móvil, el de la ropa y el de la compra de los materiales para construir la nave.

—O sea, como para un hotel de dos o tres estrellas, ¿no?

—Sí, por ahí —le contestó.

—Pues como a unos quinientos metros de aquí hay uno de dos estrellas. Como esta es una de las ciudades más lujosas, para ser de dos estrellas no está nada mal, y de dinero lo veo bastante barato. Si queréis un poquito más lejos, hay uno de tres.

—Para esta primera noche el de dos está bien —dijo David.

Así que, antes de despedirse de nosotros, nos indicó cómo se llegaba al hotel. Cuando decidimos que ya no queríamos seguir vendiendo más comida, que para ser nuestro primer día vendimos muchísima, nos dirigimos hacia el hotel de dos estrellas, el cual, según nos había dicho la chica, se llamaba Hotel Mira al Cielo. Yo creo que el nombre era bastante apropiado para nosotros.

Cuando llegamos a él, tengo que decir que a ninguno de nosotros nos entusiasmó mucho lo que vimos. Era un hotel bajito; a pesar del nombre no tenía más de cinco plantas. Por fuera era todo de color azul celeste y cuando entramos, las paredes también tenían el mismo color, así que creo que en parte de ahí venía el nombre.

Pedimos dos habitaciones: una doble, donde dormirían David y Luis, y otra individual, donde pasaría yo mis noches. La verdad es que, tanto las dos habitaciones como el hotel en sí, era el sitio menos lujoso en el que habíamos estado en toda nuestra vida. Era la primera vez que íbamos a pasar nuestras noches en un sitio tan cutre, pero eso era otra forma de vivir nuevas experiencias, aunque con lo que nos había pasado en la nave y con el simple hecho de estar en la Tierra ya teníamos bastante. Así que era momento de disfrutar, de relacionarnos un poquito con los humanos, ver si desde la Tierra nuestras lágrimas les surgían efecto, reparar nuestra nave y volver a nuestro verdadero hogar. Aunque no teníamos ni idea de lo que la vida nos iba a enviar.

Capítulo 6

No dormí nada bien aquella noche. Era la primera vez en mi vida que no dormía en mi cama, la cual era muchísimo más grande, más bonita y más cómoda que la cama en la que dormí ese día. Para no tener que gastarme en desayunar el poco dinero que de momento teníamos, simplemente chisqué los dedos y creé mi desayuno, y utilicé unos platos y unos cubiertos de plástico que habíamos comprado el día anterior.

Y, justo, cuando ya había desayunado y me había lavado los dientes, alguien llamó a mi puerta. Eran David y Luis, que ya estaban vestidos y listos para que continuásemos con nuestra aventura.

—¿Qué tal? ¿Habéis dormido bien juntos?

—Las camas estaban separadas, ¿eh? No era una cama de matrimonio —dijo Luis—. Pero no veas cómo ronca David, apenas he podido dormir en toda la noche. Luego a ver si puedo echarme una siesta, porque, si no, no voy a estar al 100 % para vender nuestra comidita.

—No te pases. Es la primera vez que me dicen que ronco.

—¿Y con cuántas personas has dormido para que te digan eso?

—No sé decirte. Tampoco con muchas.

—Ah, claro. Pues sí que roncas, ya te lo digo yo.

—Pues nada. Si queréis, yo me voy a la individual y os dejo la doble a vosotros dos.

—No hace falta —le contesté. Yo prefería dormir sola, que era como estaba acostumbrada a dormir—. Si eso, vamos luego a la farmacia a que Luis se compre unos tapones y ya está todo solucionado.

—No sé si unos tapones serán suficientes.

—Bueno, pues probamos a ver.

—¿No roncarás tú también y por eso no quieres cambiarte de habitación?

—¡No, qué va! Yo no ronco. Por lo menos que yo sepa, porque nunca nadie me ha dicho que ronco.

Me arreglé, que me faltaba vestirme y pintarme un poco la cara, y después salimos los tres del hotel. A ver qué nos deparaba nuestra primera mañana en la Tierra, lejos de todas las demás hadas. Por cierto, ellas desde arriba, si querían podían ver cómo nos iba, pero nosotros no, no teníamos ni idea de lo que estaba pasando en el Reino de las Hadas en aquellos momentos, que lo más normal era que no estuviese pasando nada.

—¿Qué tal? ¿Estáis emocionados? —les pregunté un poco de broma, mientras caminábamos por las calles de Miracle.

—¿Y por qué íbamos a estar emocionados? ¿Tú estás emocionada? —me preguntó David.

—Hombre, claro. Un poquito, que es la primera vez en nuestra vida que estamos en un sitio como este. Aunque, si soy sincera, me mola mucho más el Mundo de las Hadas, porque esa habilidad que tenemos de volar es un puntazo; si las personas también la tuviesen, seguro que les molaría un huevo.

—No me digas.

—Pues yo también estoy emocionado —dijo Luis—. Estamos haciendo algo totalmente nuevo para cualquier hada. Aunque me da mucha pena que al mundo le haya dado por empeorar tanto, creo que hoy es uno de los días más emocionantes de toda mi vida.

—Pues ya sabéis. A ver si llevamos esa emoción a la realidad —les dije yo.

Primero, fuimos a la farmacia a comprar unos tapones para las orejas de Luís, a ver si así conseguía dormir un poco mejor, porque a mí me gustaba tener mi intimidad y prefería no compartir mi habitación. Además, ya iba a estar con ellos el resto del tiempo. A quien de verdad echaba de menos era a mis padres, al resto de mi familia y a mis amigos. Y, bueno, aunque apenas había pasado un día, como no sabía cuándo íbamos a poder regresar, o incluso si íbamos a poder volver, ya que me daba miedo el ser ese tan grande que se nos apareció, también echaba de menos la gran cantidad de actividades increíbles que podía hacer en el Reino de las Hadas. Era la primera vez en mi vida en la que de verdad estaba siendo consciente de que no valoramos todo lo que tenemos hasta que lo perdemos. Hasta ese día no fui totalmente consciente de lo increíblemente afortunadas que éramos todas las hadas. Aunque, bueno, era mi primera vez en la Tierra, así que, ya que de momento no podía disfrutar de todas las cosas que podíamos hacer las hadas, podía volar en las sombras sin que nadie me viese. Iba a aprovechar lo máximo posible mi estancia en la Tierra, ya que, al igual que al revés que me pasaba con el mundo de las hadas, en este caso no sabía cuánto tiempo me iba a quedar. Así que, nada más comprar los tapones de Luís, antes de que nos pusiésemos por segunda vez con nuestro mercadillo, les dije lo siguiente:

—Chicos, he pensado una cosa.

—A ver, ¿qué has pensado? —me preguntó Luis.

—He pensado que ya que es la primera vez en nuestra vida que estamos en la Tierra, podíamos aprovechar para hacer turismo por ella, que, aunque no se encuentre igual de bien que hace unas semanas, podíamos aprovechar para viajar y así también echar nuestras lágrimas sobre cualquier sitio que visitemos.

—¿Tú piensas antes de hablar? —me preguntó David con voz muy seria, como si yo fuese tonta.

—A mí no me hables así, ¿eh? —le dije mirándolo fijamente a los ojos.

—Lo digo porque seguramente todas las hadas de arriba nos estarán viendo y no creo que les haga ninguna gracia que nosotros, que hemos venido a solucionar el problema del escudo, nos pongamos a divertirnos y dejemos de lado nuestra misión. Además, ¿con qué dinero vamos a viajar?

—Sabemos volar —le contestó Luis.

—Es verdad —afirmé yo—. Nos podemos ahorrar el avión. Y también, ya que sabemos volar, podemos utilizar ese don para ganarnos la vida de otra manera.

—¿Y de qué manera, si se puede saber? —me preguntó David.

—Podemos hacer espectáculos, tipo el circo, magia..., y ese tipo de cosas.

—¿Tú quieres que nos descubran?

—No. No estoy diciendo que nos pongamos a volar por todo el recinto. Tú no has visto el circo aquí en la Tierra ni las acrobacias que hacen.

—¿Y tú lo has visto? —me preguntó David extrañado.

—No, no lo he visto, pero mi madre me lo ha contado. Según lo que me ha dicho, podemos usar nuestra facultad de volar para hacer cosas que en la Tierra resultan extremadamente difíciles o incluso casi imposibles.

—¿Como por ejemplo? —me preguntó esta vez Luis con una cara de curiosidad.

—Como, por ejemplo, mover lentamente nuestras alas sin que la gente apenas lo note y sostener todo nuestro cuerpo con un solo dedo o, si no, con dos o con toda una mano, no sea que a la gente le parezca demasiado imposible. También podemos andar sobre una cuerda, hacer todo tipo de acrobacias en el aire, que yo tengo bastante experiencia. Subir por una barra haciendo cosas que

hagan que las personas se queden con la boca abierta. Y, no sé, ese tipo de cosas, lo que se nos ocurra.

—Yo lo del circo lo veo buena idea. También podemos seguir haciendo a la vez lo del mercadillo —dijo Luis.

—Vale, a mí lo del circo también me convence —dijo David mientras me daba la mano—. Pero lo de viajar por toda la Tierra no estoy seguro, porque, aunque también tengo curiosidad por viajar y visitar nuevos lugares, sobre todo, porque nunca he estado en la Tierra, por mucho que nos apetezca, tenemos un gran deber que cumplir y no podemos dar prioridad a algo que es simplemente para nuestra diversión. Porque todas las hadas tienen todos sus ojos puestos en nosotros y confían en nosotros.

—Sí, eso es verdad —dijo Luis—. A mí también me gustaría viajar por la Tierra, pero eso nos puede alejar un poco de lo que de verdad hemos venido a hacer. Porque, ¿cómo vamos a continuar con la construcción de nuestra nave si estamos en continuo movimiento? Creo que lo mejor es que sigamos aquí ganando dinero y construyendo la nave. Bueno, y haciendo lo de las lágrimas, que yo por fin ayer conseguí llorar un poco en el mercadillo de comida que estamos vendiendo.

En ese momento sacó su frasco sagrado y nos enseñó las lágrimas que habían caído dentro.

—¡Genial! —exclamé dejando a un lado lo del viaje—. Pues ya podemos comprobar si funciona lanzar las lágrimas desde tan cerca.

—Sí. La verdad es que con todas las cosas que nos han dicho desde pequeños, siempre he soñado con este momento.

—Y no te lo habías imaginado de esta manera, ¿no? —le preguntó David.

—No. Me lo había imaginado desde la plataforma Estrella, que siempre me ha gustado mucho ese sitio. Y me había imaginado que se lo mandaba a un chaval de 17 años, el cual estaba a punto de terminar el instituto y todavía no tenía ni idea de lo que iba a hacer con su vida.

—¿Y qué te imaginabas? ¿Que tú le darías la respuesta? —le preguntó David.

—No. Como ya sabes, las hadas no podemos hacer eso. Me imaginé que le enviaba amor por la vida, ya que se encontraba justo en un momento en el que esta le estaba abriendo infinitas posibilidades. Aunque la verdad es que siempre tenemos infinitas posibilidades y son nuestras decisiones las que constantemente están marcando cómo va a seguir nuestro camino. Somos libres y gracias a ello podemos equivocarnos y continuar aprendiendo.

—Jolín, tío. ¡Qué profundo te has puesto! —le dijo David mientras le daba una palmada en la espalda.

—Sí. Es que lo de tener mis primeras lágrimas me ha molado mucho.

—Pues, nada. Vamos a buscar a quién se las puedes lanzar.

—¿Qué os parece si se las lanzo a la chica que conocimos ayer?

—A quien tú quieras —le contesté.

—Pues a esa chica, que me cayó muy bien. Aunque estaba triste y todo eso, pero tenía buen corazón.

Como no me hicieron mucho caso con lo de irnos de viaje, ese día volvimos a ponernos con nuestro trabajo de vender la comida. Después Luis fue a visitar a Cristina sin que ella se diese cuenta, ya que solamente lo hizo con su pensamiento. Utilizó el método que aplicábamos desde el cielo, que consistía en pensar en esa persona, verter unas pocas lágrimas del frasco y dejar que estas llegasen hasta su destino.

—¿Crees que ha hecho efecto? —le preguntó David.

—No tengo ni idea. Como solo desde el cielo podemos ver eso... Pero por lo menos las

lágrimas parecen que han viajado hacia su destino.

—Cuando la veamos salimos de dudas —dije, ya que por la tarde habíamos quedado con ella para que nos hiciese un poco de turismo por la ciudad y nos presentase a algunos de sus amigos—. ¿Y qué tal?, ¿cómo te sientes después de tu primera vez?, ¿estás emocionado?

—Me siento bien, pero emocionado tampoco mucho, como solamente he visto que las lágrimas han salido volando... Aunque sí que tengo bastante curiosidad por ver cómo nos la encontramos esta tarde.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta? —le preguntó David.

—No. A ver, la chica es maja y bastante guapa, pero nada más.

—No tiene alas como nosotros —le dije de broma.

—Ja, ja, ja. No, eso no tiene nada que ver. Aunque sí que me hizo ilusión hablar con una humana por primera vez. Como era algo que hasta ahora nunca había hecho...

—A mí mucha ilusión tampoco me hizo. Algo nuevo que hicimos, pero nada más —dijo David.

—Sí, aquí estamos haciendo cosas que hasta hace nada nunca habíamos hecho —dije—, como el mercadillo de comida que estamos vendiendo.

—Sí. Y en cuanto podamos también nos tenemos que poner en marcha con el espectáculo que tú has dicho —dijo Luis.

—Sí, tenemos que conseguir que nos dejen un teatro.

Por la tarde fuimos a casa un ratillo a echarnos la siesta, aunque por lo visto solo se la echó Luis, que era el que estaba más cansado. Yo me quedé en mi habitación leyendo un libro que nos habían mandado leer en clase de teatro y David salió a dar una vuelta por la ciudad. Él había pasado una noche bastante buena, por lo que no estaba nada cansado y tenía ganas de hacer turismo. Así que estuvimos un par de horas cada uno por su lado y a las 7 de la tarde ya estábamos todos listos y arreglados para quedar con Cristina, la humana que habíamos conocido. Habíamos quedado en un centro comercial llamado Plaza Grande, que nos había explicado ella por teléfono dónde estaba. Según ella, era un centro bastante grande completamente lleno de tiendas de ropa y otras cosas, restaurantes, un cine y un parque acuático para los niños. Habíamos quedado en la entrada principal del centro, y la verdad es que nos entretuvimos bastante, porque con eso de que teníamos que ir caminando a los sitios, lo cual era algo a lo que todavía no nos habíamos acostumbrado, llegamos unos quince minutos tarde al sitio. Pero, misteriosamente, cuando conseguimos llegar a la entrada principal del sitio, ella tampoco estaba. Se suponía que ella también había quedado ahí con otros amigos suyos, pero como estaba todo lleno de gente, no teníamos ni idea de quiénes podían ser. Estuvimos esperando unos veinte minutos más, pero Cristina seguía sin aparecer. La llamamos al móvil tres veces, pero nadie contestó.

—Chicos, ¿estáis seguros de que esta es la entrada principal? —les pregunté a los otros dos.

—Sí, segurísimos. Me ha escrito que hay dos entradas y que quedábamos en la que está al lado del parque acuático —me contestó Luis mientras señalaba el gran parque acuático que había delante de nosotros.

La mayor parte del parque acuático eran toboganes de agua, los cuales tenían una altura que si yo no supiera volar me daría mucha cosa tirarme por ahí. Y todos ellos iban a dar a una inmensa piscina que estaba situada en medio de los toboganes.

—¿Y cuánto tiempo más la esperamos? —preguntó David.

—No sé, lo que queráis. Luis, ¿y si le vuelves a echar las lágrimas que te quedan para ver dónde está? —le pregunté.

—Vale. Buena idea. Encima me he dejado unas pocas lágrimas.

Luis sacó su frasco sagrado y se puso a pensar en Cristina, pero para su sorpresa no sintió nada y las lágrimas no salieron del bote.

—¿Qué raro! ¿Cómo es que no funciona? —preguntó Luis extrañado.

—Ni idea —dijo David—. Yo por mí, si queréis, nos vamos, que no creo que ya vaya a venir; lleva ya unos treinta y cinco minutos de retraso y no ha dado señales de vida.

—¿Y si le ha pasado algo? —pregunté muy preocupada. Me estaba dando muy mala sensación que Cristina no apareciese.

—¿Y qué le va a haber pasado? —me preguntó David.

—No sé, pero si queréis podemos ir a su casa para ver si está bien o si simplemente se le ha olvidado quedar con nosotros —dijo Luis.

—Yo lo veo bien —le contesté.

—Yo creo que deberíamos pasar del tema y centrarnos en conseguir un teatro —dijo David.

—Somos dos contra uno, así que vamos a buscarla —dijo Luis—. Además, cuando la veamos sabremos si nuestras lágrimas han surgido efecto.

De este modo, a regañadientes, David nos acompañó a casa de la chica; sabíamos dónde vivía gracias a las lágrimas que le había lanzado Luis. Al ir estas hacia donde la chica se encontraba, le habían dado a Luis la localización exacta de dónde se encontraba la chica en aquel momento en el que la habían llegado las lágrimas para sanarla.

Tardamos unos treinta minutos en llegar a donde se suponía que vivía Cristina. Cuando llegamos nos encontramos con un edificio plateado y transparente de unas veinte plantas de altura. Y, según el sitio al que habían viajado las lágrimas, la chica vivía en la planta número 11. Por si acaso, antes de llamar al timbre volvimos a llamarla al móvil, que continuaba encendido, pero seguía sin contestar nadie. Entonces, llamamos al timbre unas cuantas veces y nada, nadie nos abría ni nos contestaba. Pero tuvimos suerte, porque, a los tres minutos, una pareja de ancianos entró al portal del edificio, y aprovechamos para entrar con ellos. Cuando llegamos a su puerta, llamamos al timbre por si acaso, pero otra vez nadie nos abría. Justo antes de que hiciésemos cualquier cosa, a mí me dio por empujar la puerta y esta se abrió. Pensé que alguien había entrado en su casa a robar.

Lo primero que vimos al entrar en su casa fue un largo pasillo decorado con flores muy bonitas. Mientras atravesamos el pasillo, fuimos viendo las distintas habitaciones que había a los lados, hasta que, finalmente, llegamos a un inmenso salón. Los tres vimos algo que no esperábamos para nada, y me impactó mucho más de lo que me imaginaba: Cristina estaba muerta en el suelo, sus ojos estaban abiertos y sobre ella y gran parte del suelo había una gran cantidad de sangre. Parecía que había muerto de varias puñaladas en el pecho y en el estómago. Yo no supe qué decir en aquel momento, no me salían las palabras, y era incapaz de aceptar lo que estaba viendo. Nunca en mi vida había visto un cadáver, y menos uno tan reciente. Noté que las piernas, las manos y los brazos comenzaban a temblar, y el miedo se empezó a apoderar de mí. En aquel momento, por primera vez pensé que no había sido buena idea venir a la Tierra. Parecía que desde que las hadas habíamos dejado de ejercer influencia sobre este sitio, este había dejado de ser un lugar seguro.

—¿Está muerta? —preguntó David asustado.

—Pues eso parece —le contestó Luis también con miedo.

—Yo, si lo sé, me quedo en el centro comercial. ¿Y cómo ha podido pasar esto? ¿Quién la ha matado? —pregunté yo.

—No tengo ni idea —me contestó David—. No sé si ha sido muy buena idea lo de lanzar las

lágrimas.

—¡Pero cómo no va haber sido buena idea! —exclamó Luis furioso—. Si lanzar las lágrimas ha sido la principal razón por la que hemos venido. Si no, yo no entiendo qué cojones estamos haciendo aquí. Porque prefiero estar viviendo 100 000 veces en el Mundo de las Hadas que estar viviendo aquí, en este sitio en el que no se puede volar y las personas se matan unas a otras.

—Antes de lo del escudo no se mataban —le corrigió David.

—¡Ya lo sé! Se supone que hemos venido a hacer que esto mejore y desde que hemos llegado parece que encima han empeorado las cosas.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Construimos la nave y volvemos a casa o intentamos ayudar a las personas? —les pregunté.

—¿Pero no has visto que no las estamos ayudando? ¿Que todo ha empeorado? —volvió a exclamar Luis.

—¡Que Cristina haya muerto no tiene nada que ver con nosotros! O al menos eso creo... —dije sin estar muy segura.

—¿Estás segura de que no hemos tenido nada que ver? ¿De que no está relacionado el hecho de que yo haya lanzado las lágrimas con que Cristina haya muerto? —me preguntó Luis.

—No tengo ni idea.

—Chicos, ¿y qué hacemos? —preguntó David—. ¿Dejamos aquí el cadáver o llamamos a la policía?

Antes de que nadie contestase, Luis se acercó a Cristina y la observó bien de cerca, fijándose sobre todo en todas las puñaladas que le habían dado. El aspecto que tenía la chica era bastante impactante, sobre todo por la cantidad de sangre que había sobre ella y a su alrededor. Yo opté por no acercarme a ella.

—Mejor vámonos de aquí antes de que venga alguien —dijo Luis mientras volvía a donde estábamos nosotros.

—Sí, que yo me estoy poniendo un poco mala de estar aquí.

En silencio, volvimos los tres al hotel sin apenas decir nada durante el camino. Yo me seguía encontrando tremendamente asustada y ya no tenía ninguna gana de continuar viviendo en la Tierra. Parecía que no íbamos a ser capaces de solucionar lo del escudo de energía, así que lo mejor que podíamos hacer era volver a casa.

Una vez en el hotel, fuimos los tres a la habitación de los chicos y les dije que aquella noche ni de coña dormía yo sola en la habitación de al lado y, como David dijo que a él le daba igual dormir solo, decidimos que a partir de ahora sería él el que durmiese en la habitación individual y yo dormiría en la doble con Luis.

Los tres nos quedamos un buen rato en la habitación doble, intentando hacernos un poco a la idea de lo que había pasado. Luis y yo solo teníamos 21 años, mientras que David ya tenía 27, y la única persona que habíamos conocido en la Tierra acababa de ser asesinada, así que estábamos los tres completamente solos sin tener ni idea de lo que en realidad estaba pasando. ¿Quién habría sido capaz de quitar la vida a aquella chica?

—Chicos, por mí construimos la nave lo antes posible y nos volvemos a casa.

—Por mí también hacemos eso —me dijo Luis—. Después de lo que acabo de ver, no quiero seguir aquí más tiempo. Además, ¿quién la habrá matado?

—No sé, pero espero que sea alguien que yo no conozca —le contesté.

—Hombre, es lo más normal —me dijo David—. Sobre todo, porque no conocemos a ninguna persona más de la Tierra.

—¿Y si ha sido Inderto? —les pregunté. A Luis ya le habíamos contado lo que leímos de él en Mundo libro.

—¿Y tú crees que un ángel caído va a matar a una persona a cuchillazos? —me preguntó David.

—Pues sería bastante raro.

Después de un largo rato hablando, estando completamente de acuerdo, los tres decidimos que a partir de ahora el plan principal sería conseguir el dinero suficiente para construir una nave nueva y así poder volver a nuestro verdadero hogar, al mundo de las hadas. Aunque también llegamos a la idea de que, después de todo lo que ya habíamos hecho, continuaríamos dejando caer nuestras lágrimas sobre la gente de la Tierra, ya que esa era la principal razón por la que habíamos bajado al planeta. Además, lo más normal era que la siguiente persona a la que le echásemos las lágrimas no nos la encontrásemos muerta. Vamos, según mi forma de pensar eso era lo más normal, porque, si no era así, seguramente las lágrimas estarían muy relacionadas con el asesinato de Cristina.

Nos acostamos a la una de la madrugada aquella noche y a las cuatro de la mañana todavía seguía sin poder dormir. Notaba que aquella noche el corazón me latía más rápido que nunca. Era incapaz de relajarme y no había manera de que me llegase el sueño, así que me dio por hablar a Luis en voz baja, a ver si él había conseguido dormirse:

—Luis, ¿estás despierto?

No me contestó, así que me acerqué a su cama y le moví un poco el hombro a ver si se despertaba, porque, con lo que nos acababa de pasar a los tres, no creía que se fuese a enfadar por despertarle.

Nada más moverle un poco el hombro, se despertó y se incorporó:

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —me preguntó medio dormido.

—Con lo que ha pasado no me puedo dormir. Es que no sé qué hacer.

—Tú tranquila. Si no te duermes hoy, ya te dormirás mañana.

—Sí, pero mañana voy a estar hecha polvo.

—Pues así aprovechas para descansar.

—Es que también estoy asustada. No sé cómo tú eres capaz de dormirte con lo que ha pasado.

—Tenía sueño, así que me he dormido. Y bueno, lo sigo teniendo —dijo mientras volvía a tumbarse.

No entendía cómo podía ser capaz de dormirse con tanta facilidad con lo que acabábamos de ver. Así que me inspiré en él para poder dormir también. «Si Luis ha sido capaz de dormirse con lo que acaba de pasar, yo también soy capaz», me dije. Y gracias a decirme eso, al cabo de unos veinte minutos lo conseguí.

A la mañana siguiente, aunque había dormido menos que ningún día, no me sentía nada cansada, porque todavía seguía con la tensión de lo que había pasado. Les pregunté a David y a Luis cómo habían dormido, y estos me contestaron que bastante bien. Como aquella mañana conseguí levantarme con mucho menos miedo que él que había sentido la noche anterior, les dije que quería volver a dormir yo sola en la habitación individual, ya que me había inspirado que los dos hubiesen podido dormir bien con lo que acabábamos de presenciar.

Pusimos la televisión aquella mañana. Tengo que decir que era la primera vez que veía la televisión en la Tierra y lo primero que apareció fue lo que habíamos presenciado en persona la tarde anterior. En la televisión no aparecía el cadáver de Cristina, pero sí que informaban de que un vecino la acababa de encontrar muerta aquella mañana en su casa, y que no tenían ni idea de quién había podido ser ni de lo que estaba pasando con el mundo en aquel momento, aunque al parecer era el primer asesinato que ocurría en la sociedad de Miracle en muchísimo tiempo. En el

último mes se había incrementado notablemente el número de suicidios y parecía como si la vibración de la Tierra hubiese bajado. Nadie tenía ni idea de lo que estaba pasando, y daba la sensación de que la gente había perdido esa felicidad y esa paz interna que siempre habían tenido. Parecía que se había perdido el entusiasmo en el mundo.

—Pues, mirad. Parece que hemos presenciado el primer asesinato que ha sucedido en esta ciudad en mucho tiempo —les comenté—. Así que me estoy sintiendo ahora bastante mal por no haber dicho nada a nadie. Es que, chicos, vimos el cadáver y nos fuimos.

—Nosotros debemos de estar a otras cosas —dijo David—. Nos tenemos que centrar en lo de las lágrimas y, como hemos acordado, también en fabricar la nave y salir de aquí. No nos conviene llamar la atención y menos sin saber lo que quiere hacer Inderto.

—¿Creéis que Inderto se ha enterado de que tres hadas han sido capaces de atravesar el escudo? —nos preguntó Luis.

—No tengo ni idea —le contestó David—. Pero por si acaso no nos conviene llamar la atención. Sobre todo, si no queremos ser las siguientes personas asesinadas que aparezcan en las noticias.

—¡Hala, tío! ¡Qué exagerado! —exclamé—. Si las noticias acaban de decir que ha sido la primera muerte en Miracle desde hace mucho tiempo.

—Y qué casualidad que acabamos de llegar y nosotros hemos sido los primeros en enterarnos —dijo Luis.

—Pues para pensar así, no entiendo cómo habéis sido capaces de dormir tan bien esta noche, y menos tú, David, que has dormido en la habitación individual.

—Soy un tío duro —me contestó.

—Ya veo.

—Tranquila. En cuanto mandemos varias lágrimas a la gente, consigamos dinero y construyamos la nave, volveremos a casa —me dijo Luis para intentar tranquilizarme.

—Eso espero.

Después de esta pequeña conversación y de ver lo que decían en las noticias, mi miedo comenzó a aumentar. No me sentía nada segura estando en la Tierra, quería volver al Reino de las Hadas y no entendía cómo era posible que Luis y David no estuvieran asustados, mientras que yo sí que lo estaba. Siempre me había considerado una persona bastante valiente, pero en aquel momento estaba dudando de si realmente lo era.

Volví a mi habitación, ya que, aunque estaba asustada por lo que había pasado, en ese momento necesitaba tener mi espacio y quería estar sola. Nada más sentarme en la cama de la habitación individual, que en la doble era donde estaban David y Luis, una gran cantidad de lágrimas comenzaron a caer de mis ojos. Aproveché y cogí rápidamente mi frasco sagrado para que las lágrimas cayeran dentro de este. Por lo menos, si íbamos a dejar la Tierra dentro de poco, quería que mi visita sirviese de algo. Esperaba que esta vez no muriese la persona a la que le llegaban las lágrimas. Antes de irme, tenía que ayudar al máximo número posible de personas, ya que lo más probable era que no volviésemos a tener ningún contacto con la Tierra. También, por otro lado, comencé a pensar en cómo era posible que la Tierra hubiese empeorado tanto desde aquel escudo de energía. Era verdad que las hadas hacíamos una gran labor en la Tierra, pero no entendía cómo esa labor podía ser tan grande. Por lo menos para mí no tenía sentido. El mundo había empeorado demasiado en muy poco tiempo.

Según lo que me había contado David, la Tierra, al igual que el Reino de las Hadas, era una de las muchas escuelas que habitaban el universo, y la realidad era que ni la Tierra ni el Reino de las Hadas eran nuestra verdadera casa. David decía que tenía bien claro que la realidad de nuestros

mundos es que estos eran juegos de rol, a los que íbamos para aprovechar esa oportunidad de aprendizaje, disfrutar de la vida y vivirla, y poder dar lo mejor de nosotros mismos. Gran cantidad de almas estaban deseando reencarnarse en vehículos humanos o, en mi caso de hadas, para poder venir a la Tierra o a otro planeta para seguir evolucionando, para abrir más su consciencia y recordar quiénes somos realmente, porque donde más rápido podíamos aprender era en estos lugares. Aquí veníamos olvidándolo todo para, una vez en este lugar, poder volver a recordarlo. Pero no entendía el porqué de este retroceso, tanto en la Tierra como en el Reino de las Hadas. Aunque, claro, estaba también que la evolución no es lineal, sino que a veces es preferible volver hacia atrás para después coger carrerilla y progresar más. Todo eso era lo que pensaba David, y tal vez por eso no sentía tanto miedo en aquel momento. Sobre todo, porque, según él, la muerte no existía, sino que esta era un tránsito hacia otra forma de vida.

«Ojalá estuviesen aquí mi familia y mis amigos, así por lo menos no me sentiría sola», pensé. Como ya dije, siempre me habían encantado los retos y los obstáculos, pero aquella vez, después de que hubiese sucedido un asesinato tan cerca de mí y que me sintiese completamente sola en aquel momento, no sabía si estaba preparada para lo que la vida me estaba ofreciendo, ya que la inseguridad y el miedo se habían adueñado de mí en aquel momento.

Capítulo 7

Pasaron varias semanas desde aquel acontecimiento tan desagradable, durante las cuales, gracias al mercadillo de comida y a que acabábamos de conseguir comenzar a realizar pequeños espectáculos en un teatro de la ciudad, habíamos ganado bastante dinero, aunque todavía no el suficiente como para poder construir la nave.

Yo ya había perdido el miedo que sentí cuando nos encontramos a Cristina muerta y, gracias a las lágrimas que había derramado el día siguiente, había conseguido enviárselas a ocho personas y comprobé que estas personas habían mejorado. No comenté nada de esto ni a David ni a Luis, ya que sentía que había cosas que eran mejor guardármelas para mí sola. Además, y no entendía el porqué, pero, misteriosamente, las personas a las que David y Luis habían enviado sus lágrimas, que contando con Cristina también habían sido ocho en total, habían desaparecido. Nos dimos cuenta de la desaparición porque al buscar a aquellas personas después de esperar unas horas de que hubiésemos lanzado las lágrimas, no habíamos sido capaces de encontrarlas.

Una noche, un par de semanas después de la desaparición de la octava persona a la que le habíamos lanzado nuestras lágrimas, ocurrió algo que me dio bastante esperanza y que, al mismo tiempo, me sorprendió exageradamente y me dejó muy intrigada.

Eran justo las doce de la noche y yo estaba sola en la cama de la habitación individual. Aquella noche me encontraba más cansada que nunca, y decidí acostarme más pronto de lo normal, así que me acosté a las once y media, aunque misteriosamente ya eran las doce y no me había dormido. Parecía que, inconscientemente, estaba esperando a que pasase algo, porque justamente a la hora que acabo de decir, a las doce de la noche, un ser luminoso, que hasta ahora nunca había visto, se presentó en mi habitación. Se trataba de una mujer rubia con los ojos azules cuyos pies, al igual que en mi caso, no tocaban el suelo. Llevaba un precioso vestido azul brillante. No se trataba de un hada, ya que no tenía alas, ni de una persona de carne y hueso, ya que sus pies no tocaban el suelo, y que yo sepa, las personas normales no son capaces de volar por sí solas. La mujer se plantó justo enfrente de mi cama, pero no sentí miedo, ya que transmitía una energía tan armoniosa; en lugar de eso sentí paz.

—¿Quién eres? —le pregunté muy extrañada y sorprendida por lo que estaba pasando.

—Hola, Shiada. Mi nombre es Castea. Estoy aquí para decirte que en esta encarnación que has elegido tienes una misión muy importante que hacer.

—¡Estoy flipando! ¿Y eso? ¿Pero he elegido yo esa misión?

—Sí. Cada alma, antes de reencarnarse en un cuerpo, con la ayuda de seres de luz, según lo que necesita aprender, decide cómo va a ser su vida, dónde va a nacer, quién va a ser su familia, ciertas experiencias que va a vivir... Pero, una vez que nos reencarnamos, olvidamos quiénes somos para después, una vez estamos en un vehículo, ya sea un humano o un hada, como es tu caso, volver a recordarlo, y tenemos libre albedrío para decidir sobre nuestra vida. Somos libres, y también, gracias a eso, podemos aprender.

—Sí. Eso lo he escuchado alguna vez, otra cosa es que me lo haya creído. Aunque después de esto, sí me lo creo un poco. ¿Y qué misión se supone que tengo?

—Estas aquí, y tu alma, que es lo que de verdad eres, fue la que decidió que bajases en aquella pequeña nave para poder venir a la Tierra.

—Sí, pero no me has contestado. ¿Y cómo es que sabiendo lo que iba a pasar y en el momento en el que estoy ahora, mi alma decidió bajar a la Tierra? ¿Qué pasa? ¿Que mi alma es tonta? Si lo único que puedo hacer aquí es lanzar lágrimas y muchas de las personas a las que se las lanzamos, desaparecen; de hecho, a la primera chica que se las lanzamos está muerta.

—Aquí no debes fiarte de nadie, ni siquiera de la gente más cercana. Es muy importante que no le cuentes a nadie que estás hablando ahora conmigo.

—De acuerdo. De todas maneras, nadie se lo iba a creer.

—Verás. Una gran oscuridad quiere gobernar toda la Tierra. De hecho, ya la está gobernando. Tiene en su dominio a todos y cada uno de los países que en ella existen. Se dedica a ir por el espacio creando caos y gobernando todos los planetas que encuentra.

—Te refieres a Inderto, ¿no? Porque me suena mucho todo eso.

—Sí, así es cómo quiere que lo llamen. La vibración de la Tierra estaba aumentando, pero este ser quiere que disminuya, quiere crear una gran oscuridad, muerte y destrucción en todo el planeta, y uno de sus objetivos es controlar cada una de las mentes de las personas que habitan en ella.

—¿Y cómo va a hacer eso si se puede saber?

—Implantando un dispositivo en cada persona y dando a entender que eso es su DNI. Pero quiero que sepas una cosa. La luz siempre será inmensamente superior a la oscuridad y cada cosa que pasa en cada uno de los planetas que habitan el universo es perfecta. Todo es perfecto tal y como es, y cada persona lo hace lo mejor que puede según el nivel de evolución en el que se encuentra. Además, a veces, para evolucionar más, es necesario ir hacia atrás para coger carrerilla.

—Vale. ¿Y cuál es mi misión? Porque en cuanto arreglamos la nave, tenemos pensado volver al Reino de las Hadas, así que me da que, si tengo que estar en la Tierra para llevarla a cabo, no va a ser posible.

—Sí, por eso he venido. Es necesario que estés aquí más tiempo.

—¿Y cómo hago para que nos quedemos aquí más tiempo?

—Por ejemplo, puedes romper la nave sin que ellos te vean. Como duermes sola en la habitación y volando eres capaz de llegar muy rápido a los sitios...

—Sí, eso sí.

—Tienes que impedir que implanten ese dispositivo a la gente. El Gobierno lo venderá como que es nuestro DNI y, aparte de eso, a través de ese dispositivo podrás hablar por teléfono sin necesidad de llevar el teléfono móvil, podrás mirar la hora, ponerte la alarma, ver cualquier película o serie..., y muchas más cosas. Pero la verdadera función de ese dispositivo, aparte de lo del móvil y todo eso, es tener totalmente localizados a cada uno de los ciudadanos de la Tierra, saber cómo se sienten en cada momento y, sobre todo, controlar sus mentes para todo lo que él quiera. Si eso se llegase a producir, la Tierra dejaría de ser una escuela válida para la evolución, ya que no existiría ninguna libertad y, por tanto, nadie aprendería.

—Pues sí que está chunga la cosa, ¿eh? ¿Pero el Inderto ese está en el Gobierno o algo? Porque, aunque sea enorme, solo es un ser.

—Pero es un ser muy poderoso.

—Ya, ya. ¿Y cómo voy a conseguir que no implanten esos dispositivos? Solo soy un hada y me has dicho que no confíe en nadie. Además, que, según tú, aunque la Tierra dejase de ser una escuela válida para la evolución, todo es perfecto tal y como es, así que no sé por qué tendría que hacer algo.

—Porque nadie ha venido a esta vida para no hacer nada. Habéis venido a esta vida a tomar

acción y así evolucionar. No hemos venido a estar encerrados en casa, hemos venido a vivir. Tú eres una guerrera de la luz y, si no haces nada, tendrás que volver a nacer para aprender lo que no aprendiste en esta vida. Me refiero a que a cada persona exclusivamente le sucederán aquellas cosas que necesita para aprender, a nadie le pasará nada que no sea útil para su aprendizaje. Por eso, los mayores retos y los mayores obstáculos que nos proporciona la vida son nuestras mayores oportunidades de crecimiento. Y, a veces, el dolor y la tristeza nos pueden ayudar a abrir los ojos, ya que todo lo que nos suceda será exclusivamente para ayudarnos en nuestra evolución. La vida es un juego y una escuela, y cada uno viene aquí para hacer de un personaje. Pero, más allá de todo eso, se encuentra nuestra verdadera esencia, y eso es algo que nunca nada de lo que pase en esta vida lo podrá dañar, porque, aunque en muchas ocasiones no lo parezca, la vida es un regalo que está hecho para que disfrutéis de él. Lo que más quiere la vida es que la gente sea feliz.

—Sí, todo eso es chulo de escuchar. Pero, a lo que voy, ¿cómo voy a impedir que implanten esos dispositivos si solo soy un hada?

—Porque nosotros te ayudaremos. La luz siempre estará contigo y, como ya te he dicho, es mucho más poderosa que la oscuridad. Cada persona y cada hada que existen en el mundo siempre está acompañada por seres de luz. Nosotros ahora mismo vamos a hacer que seas mucho más poderosa de lo que has sido hasta ahora, y está muy bien que hayas aprendido artes marciales, porque te van a hacer falta. También si quieres podemos entrenar todas las noches.

—¿Entonces cuándo duermo?

—Haremos que no necesites dormir, aunque sí que te irá bien meditar un poco.

—¿Podéis hacer eso? —pregunté sorprendida.

—Podemos hacer cualquier cosa.

—Lo de meditar las hadas lo solemos hacer. Yo, por lo menos por las noches, cuando estaba en el Reino de las Hadas, lo hacía, pero la verdad es que ahora en la Tierra ya no lo estoy haciendo.

—Pues te recomiendo que lo hagas. Meditar es una de las mejores cosas que puedes hacer en la vida. Si lo haces todos los días sería increíble. Es una de las cosas que más nos pueden ayudar a evolucionar y a subir nuestra vibración. Pero eso, como ya te he dicho, no significa que debamos aislarnos de la vida, porque la vida en sí misma es el mayor aprendizaje.

—Sí, si a mí me encanta divertirme y hacer mogollón de cosas. Y no bebo alcohol, ¿eh? Porque no sé si lo sabes, pero a las hadas la bebida no nos sube, así que, ¿para qué me voy a envenenar?

—Haces bien. El alcohol es una de las cosas que más nos apartan de lo que verdaderamente somos.

—Sí, bueno, tampoco nos pongamos tan radicales. ¿Y cómo me vas a hacer muy poderosa? Porque la verdad es que es algo que me encantaría. Me gustan mucho las pelis de superhéroes.

—A mí también me gustan. Y ahora mismo lo vas a ver. Levántate de la cama, cierra los ojos y dame las manos.

Le hice caso y, en cuanto le di las manos con los ojos cerrados, Castea pronunció unas palabras, que no tengo ni idea de en qué idioma estaban porque no entendí nada de lo que dijo. Me recordaron a las frases que dijo el hada Florilea en el momento de nuestra ceremonia. Al terminar, comencé a sentir una fuerte energía en forma de corriente eléctrica, que me entraba por la cabeza y se esparcía por todo mi cuerpo, llegando hasta los dedos de los pies y de las manos; era como si me hubiese metido un chute de energía, pero exageradamente a lo bestia. Nunca en mi vida había sentido tanta fuerza y tanta vitalidad como la que estaba notando en aquel momento. Esa cosa que me entraba por la cabeza hacía que me sintiese alguien totalmente imparables. Esa cosa hizo que pensase que absolutamente nada era imposible, porque sentía que me acababa de convertir en una

persona tremendamente fuerte. Nunca en mi vida había tenido una sensación tan increíble como esa. Lo que hizo que, si en aquel momento había sentido algo de desconfianza hacia esa mujer, se extinguiese por completo. Aunque tengo que decir que había algo dentro de mí que me decía que Castea era alguien en quien podía confiar.

—¡Hostia! Esto es una pasada, ¿eh? —exclamé nada más abrir los ojos, una vez sentí que la energía hubo terminado de entrar por mi cabeza—. Fíjate que es por la noche y tendría que estar dormida, pero ahora mismo estoy con un subidón que lo flipas. ¿Qué poderes tengo? Porque simplemente me has dicho que soy mucho más poderosa.

—Los irás descubriendo poco a poco. Pero el hecho de cómo nos sentimos, por sí solo, ya marca una gran diferencia.

—Ya veo.

—Y ya te digo, es muy importante que no le cuentes a nadie nada de esto, ni siquiera a tus dos amigos.

—Sí, tú tranquila que yo no digo nada. A mí se me da muy bien guardar secretos.

—¿Y ahora te apetece salir a descubrir alguna de tus facultades?

—Ah, claro que sí. ¿Dónde voy a descubrirlas?

—En el ático de este edificio, por ejemplo.

Salimos volando por la ventana de mi habitación y fuimos a la parte más alta del hotel, que tampoco es que fuese muy alta.

—Aquí podemos entrenar todas las noches que quieras —me informó Caspea.

—Vale, me parece bien. ¿Y me vas a entrenar tú o quién? —pregunté, ya que la mujer no llevaba una ropa muy adecuada para entrenar.

—No, te va a entrenar Eric.

—¿Y quién es ese?

Nada más decir eso, apareció un hombre que, tengo que decir, creo que ese tío debía de realizar ejercicio por lo menos unas tres o cuatro horas al día y casi todos los días de la semana, porque estaba tremendamente musculado. Puede ser que se ciclase, no lo sé, en ese momento me dio corte preguntárselo. Era un hombre muy alto y grande y, al igual que Caspea, sus pies no tocaban el suelo. Tenía el pelo corto y de color negro y sus ojos eran verdes; la verdad es que estaba bastante bien el chaval, para mi gusto mejor que Luis y David. Yo le echaba unos veintiocho años o por ahí.

—Hola, Shiada. Encantado. Me llamo Eric —me dijo mientras me saludaba.

—Un placer. ¿Tengo que empezar ahora? —pregunté.

—Si tú quieres, sí —me contestó él.

—Genial, pues vamos a empezar. Que me gustan las cosas que no se planean.

—De acuerdo —dijo Eric.

En ese momento apareció una roca gigantesca. Era como tres o cuatro veces yo y como dos veces ese chico.

—¿De dónde ha salido esa superroca?

—Cógela —me dijo Eric mientras me la lanzaba.

—Estás de coña.

En aquel momento sí que sentí un miedo de la leche. Pensaba que en aquel instante iba a morir aplastada por la roca, pero, para mí sorpresa, cuando llegó a mí, fui capaz de cogerla con las manos.

—Esto no me lo esperaba. ¡Tengo superfuerza!

—Sí, entre otras cosas —me aclaró Castea, que nos estaba observando.

—Pues me encanta, ¿eh? Lo que me habéis hecho. Muchas gracias.

—No hay de qué —me contestaron los dos.

—¿Y por qué me habéis elegido, si se puede saber?

—Porque tu alma lo decidió antes de que nacieses. Eres tú la que se ha elegido a sí misma.

—A mí misma, no sé, un poco raro. Pero vamos, que me alegro de que mi alma creyese tanto en mí, aunque no sé si voy a ser capaz. Porque creo que todo esto me viene bastante grande —comenté, ya que en aquel momento me estaba empezando a sentir muy insegura.

—Si tu alma, que eres tú, creyó tanto en ti, será por algo.

—Yo tiendo a precipitarme y a equivocarme con mucha frecuencia, así que no sé. Lo siento, pero estoy cansada. Me voy a acostar ya que, si no, mañana voy a estar medio muerta y para que no lo noten Luis y David, que como tengo que disimular...

—Tranquila, que te quitamos el sueño, pero acuéstate si quieres. Esta noche ya has tenido muchas sorpresas. Mañana volveremos a verte, siempre y cuando estés de acuerdo —me dijo Caspea.

—Sí, en principio, estoy de acuerdo, aunque tengo que pensar un poco todo esto que ha pasado.

—Lo entendemos.

Me despedí de ellos y me fui a acostar, aunque la verdad era que, con lo que me acababa de suceder aquella noche, no sabía si iba a ser capaz de dormirme. Estaba con un subidón tremendo, incluso más que cuando nos metimos en la nave para atravesar el escudo energético, aunque al mismo tiempo sentía una gran inseguridad y un gran miedo por lo que pudiese pasar. Pero, por lo visto, me habían hecho mucho más poderosa de lo que había sido hasta ahora y me habían dado una fuerza impresionante; era de las primeras veces en mi vida que sentía miedo hacia lo desconocido. Además, veía que todo ese gran poder requería una gran responsabilidad.

Y, como ya me imaginaba, apenas pude dormir aquella noche; no creo que durmiese más de dos o tres horas.

Milagrosamente, al día siguiente me levanté estupendamente, como si hubiese descansado muy bien; me sentía mejor que nunca. Siempre me había sentido una persona muy energética, pero ese día sentí que lo era muchísimo más. Me sentí más poderosa que nunca. Y tenía mucha curiosidad por saber cuáles eran el resto de mis poderes. Aunque tengo que decir que, si tuviese que elegir un solo poder, o bueno dos mejor, que mis favoritos eran dos, elegiría volar, que eso era algo que a todas las hadas nos lo regalaban en nuestro nacimiento y tener mucha fuerza. El resto de poderes, como tener visiones, ser invisible, leer la mente, quemar las cosas, crear escudos energéticos... me atraían bastante menos. Pero, bueno, yo a cualquier poder que me hubiesen concedido le daba la bienvenida. A ver si aquel día descubría algún poder más.

Una vez me hube arreglado, me reuní con David y Luis. Nos tocaba vender comida en nuestro mercadillo y por la tarde realizar nuestras increíbles actuaciones en el escenario que, si las llegásemos a hacer delante de un público repleto de hadas, estas se reirían de nosotros. Por suerte, con los humanos, como no sabían que podíamos volar, se quedaban asombrados. Tengo que decir que estábamos teniendo mucho éxito y eso que hacía muy poco tiempo que habíamos empezado, y que además nos pagaban bastante bien. Ya nos quedaba poco para conseguir comprar todas las piezas y construir de nuevo la nave espacial, así que no me quedaría otra que romperla. Habíamos escondido el material en la selva, en un sitio en el que suponíamos que nadie lo iba a encontrar, así que tenía que hacerles creer que nos habíamos equivocado.

Todo estaba guardado en una pequeña cueva oculta que habíamos descubierto. Y, para hacer más

difícil que nadie la pudiese encontrar, habíamos tapado la entrada con piedras y vegetación lo máximo posible.

—Te veo cambiada hoy —me dijo David justo cuando acabábamos de terminar nuestro espectáculo de aquel día.

—Sí. Yo también te noto diferente —afirmó Luis.

—Hombre, chicos. Es que la gente va cambiando, no somos seres estáticos. Uno, cuando se levanta, no es la misma persona que fue ayer.

—¿Y a ti qué te ha pasado para que cambies tanto? —me preguntó David con bastante curiosidad.

—A mí nada. ¿Qué me va a pasar? No sé. Anoche me acosté y hoy me he levantado. Bueno, y hemos hecho lo de todos los días, lo del mercadillo y el espectáculo este. A mí la verdad es que me gusta más dedicarme a los espectáculos que a vender comida, porque, como que no sé, me parece más emocionante. Y también que lo de los espectáculos me recuerda más a ser actriz que lo de vender comida. Aunque, bueno, que hagamos las dos cosas a la vez le da un poco más de variedad a nuestro día a día, que ya nos queda poco para irnos.

—Te gusta cambiar de tema, ¿eh? Cuando no quieres hablar de algo... Pero si no nos lo quieres contar, no nos lo cuentes. Es cosa tuya —me dijo David.

—Se te da muy mal mentir —me dijo Luis.

—Si no estoy mintiendo, simplemente me ha dado por comentar algunas cosas. Solo digo que la gente cambia, no me voy a comportar exactamente igual todos los días. Y menos con todas las sorpresas que estamos viviendo últimamente: que si nos crean un escudo energético y no podemos ayudar a las personas, bajamos a la Tierra por primera vez en la historia de las hadas, asesinan a la primera chica que conocemos, otros chicos a los que lanzamos lágrimas desaparecen, nos dedicamos a vender comida y a dar espectáculos a la gente... Queráis o no, son muchas cosas, y hay días en los que una se levanta con la cabeza un poco extraña.

—No sé, pero, aun así, Luis y yo te hemos visto bastante distinta.

—¿Y en qué sentido me habéis visto distinta? Porque, a ver, la verdad también es que hoy estreno este traje que me compré la semana pasada —dije refiriéndome a los pantalones morados y la camiseta dorada que llevaba.

—Ja, ja, ja, ja —se rieron los dos.

—Diferente en cuanto a que, yo por lo menos, te veo como más poderosa, más grandiosa —me dijo esta vez Luis.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué cosas me decís! Que me vais a sacar los colores. Que yo ya sabéis que soy de ponerme roja enseguida. Y muchas gracias, que es lo más bonito que me has dicho en todo el tiempo que te conozco.

—Ja, ja, ja, ja. Nada. Pero es la verdad.

—¿No habrás tomado alguna pócima secreta que te haya hecho invencible? —me preguntó David.

—Ja, ja, ja. No he tomado nada de eso, aunque sí que me molaría. Yo creo que tiene que molar mucho sentir ese tipo de cosas.

—Tú crees que tiene que molar mucho muchas cosas —me dijo David.

—Bueno, a mí me mola probar cosas que me gustan.

—Vamos a dejarlo, que está visto que no nos quiere contar lo que le pasa —dijo Luis.

—Que a mí no me pasa nada. ¿Me veis cara de estar triste o qué?

—No, tú siempre sueles estar alegre, o al menos das esa sensación. Es algo diferente a la alegría

y a la tristeza. Es lo que ha dicho Luis, que te vemos más poderosa. Pero vamos a dejar el tema, que ya vemos que no nos lo vas a contar.

—Digo que no tengo nada que contar, pero ¿de qué queréis hablar?

Tengo que decir que estaba un poco nerviosa, porque parecía ser que eso de ocultar las cosas no se me daba tan bien como yo creía. En el Reino de las Hadas estudiaba interpretación, tenía que usar mi vena de actriz, que con tanta historia no me había dado cuenta.

—Mejor, vamos a cambiarnos de ropa y vamos al hotel, que tenemos que seguir con la construcción de la nave —me contestó David.

—Sí —afirmó Luis—. Ya nos queda poquito y yo tengo unas ganas de volver al Reino de las Hadas... Porque anda que no echo de menos todo lo que podíamos hacer allí. Allí éramos totalmente libres de vivir la vida de nuestros sueños. Pero no éramos capaces de valorarlo, yo por lo menos.

—Suele pasar. Hasta que no perdemos algo, no lo empezamos a valorar —le dijo David.

—Pero en la Tierra, aunque no haya plataformas, hay otras cosas —dije yo.

—Claro, hay asesinatos, suicidios, hoteles, mercadillos, nuestros espectáculos, basura por las calles... Un poco de todo —me dijo Luis con algo de ironía en su voz.

—Solo hemos presenciado un asesinato. No sabemos qué ha sido del resto de personas—aclaré.

—Pues seguramente lo mismo que la primera. Pero, bueno, es verdad que no lo sabemos. Solo sabemos que desde que les lanzamos las lágrimas desaparecieron. Y no es por nada, pero eso hace que tenga algo de miedo porque, ¿y si somos nosotros los siguientes en desaparecer?

—No creo que nos vaya a pasar nada —le dije para tranquilizarlo, aunque la verdad era que yo también estaba algo asustada por lo que nos pudiese pasar.

Todavía no había conseguido que la imagen del asesinato de aquella chica se borrara de mi cabeza. Sobre todo, porque estaba convencida de que aquel asesinato tenía mucho que ver con nuestra presencia en la Tierra. Seguro que había alguien a quien no le estaba haciendo ninguna gracia que lanzásemos nuestras lágrimas a las personas.

—¿Y cómo estás tan segura de eso? —me preguntó David.

—Porque confío en la vida. Aunque la verdad es que estoy un poco asustada, no os voy a mentir. Todavía no he conseguido que se me borre de la cabeza el asesinato de esa chica.

—Yo tampoco he conseguido que se me borre de la cabeza —dijo David.

—Y yo por supuesto que tampoco.

Nos arreglamos, volvimos al hotel a descansar un rato y, después, sin que nadie nos viera, ya por la noche, nos fuimos volando a la selva, a la cueva que había mencionado antes, para, una vez allí, continuar con la construcción de la nave. Yo estaba un poco nerviosa, porque eso de que tuviese que ir como un agente secreto a romperla sin que nadie me viera, y encima a la selva, me emocionaba mucho. Y, bueno, lo que hacíamos de ir a construirla a aquel lugar, me parecía una experiencia muy excitante también. Porque, aunque echase de menos las cosas tan increíbles que se podían hacer en el Reino de las Hadas, la Tierra también tenía su encanto. Y, a pesar que desde lo del escudo se había estropeado mucho, podíamos hacer cosas muy divertidas como construir la nave, el mercadillo, los espectáculos tan chulos que hacíamos, que luego nos aplaudían muchísimas personas y eso me recordaba mucho a mi sueño de ser actriz; ir al cine, que era algo que siempre me había gustado; conocer nuevos lugares; rodearnos de naturaleza, que a las hadas eso era algo que siempre nos había encantado; conocer gente nueva, aunque como estábamos tan metidos en nuestras cosas, tampoco es que nos hubiésemos relacionado con muchas personas; hacer ejercicio, que yo la noche anterior había comenzado algo que me tenía tremendamente

emocionada... En fin, que si nos olvidábamos de lo que no teníamos y dejábamos a un lado aquel miedo que sentíamos, también podíamos disfrutar mucho de aquella vida en la Tierra. Faltaban mi familia y mis amigos, pero estaba segurísima de que nos íbamos a volver a ver.

—¿Cuántos días calculas que nos faltan para poder irnos? —le pregunté a David mientras estábamos en la cueva de la selva haciendo lo que David nos decía para construir la nave.

—Yo creo que en unas dos semanas o así nos podremos ir.

—Ah, pues no queda ya mucho —le dije, sabiendo que antes de ese tiempo tenía que haber roto la nave.

—No, queda mucho menos de lo que llevamos aquí —dijo Luis que se acababa de acercar a nosotros—. Dentro de nada vamos a poder dejar este sitio atrás. Porque parece que no nos ha servido de mucho venir hasta aquí.

—Bueno, hemos conocido un lugar nuevo —dije yo—. Y gracias a eso ahora valoramos más el vivir en casa.

—Sí, eso sí —dijo Luis algo pensativo.

Capítulo 8

Aquella noche me acosté más emocionada que nunca. Sabía que, en un rato, cuando mis amigos ya estuviesen dormidos, aparecerían Caspea y Eric y volveríamos a entrenar. A ver si descubría nuevos poderes, porque durante el día me había sentido tremendamente bien, pero aparte de la superfuerza, no tenía ni idea de cuáles eran el resto de mis poderes.

Desde el principio de la noche ya supe que apenas iba a poder dormir, porque siempre que he estado emocionada ha sido muy difícil que me aparezca el sueño. Siempre me habían encantado las películas de superhéroes; de hecho, por eso en parte realizaba artes marciales. Y ahora estaba teniendo la oportunidad de ser una de ellas, de ser uno de esos personajes tan increíbles que veía en el cine. El único problemilla es que veía que todo eso me venía muy grande. En aquel momento, aparte de estar emocionada por cómo era mi vida en aquel instante, sentía una inseguridad de la hostia. No me veía para nada capaz de hacer lo que Caspea me había dicho que tenía que hacer. Era una idea que me encantaba, pero la veía muy por encima de mis posibilidades, la veía muy por encima de quién era yo en aquel instante. Yo siempre había sido una simple hada que vivía con sus padres en uno de los palacios que poblaban el cielo. Mi mayor sueño siempre había sido ser una grandísima actriz y saber artes marciales mejor que nadie. Lo de superheroína nunca se me había pasado por la cabeza, principalmente porque era algo que me parecía un poco imposible. Aunque creo que, en parte, para eso estaba viviendo, para darme cuenta de que lo imposible en ocasiones llega a hacerse realidad.

Cuando llevaba ya como unos cuarenta y cinco minutos metida en la cama, pensando en cómo me estaba yendo la vida, aparecieron Caspea y Eric:

—¿Qué tal, Shiada? ¿Tienes ganas de entrenar? —me preguntó Eric nada más aparecerse junto a Caspea.

—Sí, sí. ¡Tengo unas ganas de la leche! —exclamé mientras me levantaba inmediatamente de la cama—. Del subidón que tenía ayer, no me pude dormir en toda la noche, aunque sí que es verdad que, como me dijisteis, no me levanté nada cansada, sino que me levanté muy energética. Así que, vamos, que me tenéis que decir cuáles son el resto de mis poderes. Lo de tener fuerza me encanta, me parece el mejor poder del mundo, junto con lo de volar, que ese poder ya lo tenía.

—Los poderes los irás descubriendo por ti misma —me dijo Caspea—. Pero aparte de los poderes que descubras, tú ahora eres mucho más poderosa de lo que has sido hasta ahora en esta dimensión. No se trata solo de tus poderes porque, por ejemplo, aunque no lo hayas probado nunca, en este momento las balas no pueden atravesarte.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! Pues mira, ahora estoy más tranquila, porque con el asesinato de Cristina, estaba yo en la Tierra un poco asustadilla.

—Ja, ja, ja. Te entendemos —se rio Eric.

—¿Te hace gracia que me haya encontrado con el cadáver de una chica con la que había estado hablando antes? —le pregunté con cierta seriedad.

—No, me ha hecho gracia cómo lo has dicho. Es importante, para ti y para cualquier hada o persona, que no permitáis que el miedo os paralice. Cada ser que hay aquí se ha encarnado con una misión y el miedo no puede ser ningún obstáculo en vuestro camino. Así que me alegro de que ahora estés más tranquila.

—Pues también ahora estoy bastante insegura, ¿eh? Porque siento que todo eso que me dijisteis la noche anterior me viene bastante grande. ¿No puede ser que os hayáis equivocado de persona? ¿Que yo no sea esa alma que pensáis? ¿No puede ser que esa alma haya escogido un vehículo distinto?

—No, esa alma eres tú —me dijo Eric—. Tranquila, esa inseguridad es muy normal. Ahora estás en un momento de tu vida muy nuevo para ti, estás en algo que desconoces. Nunca habías salido tanto de tu zona de confort. Estás dando un gran salto y es normal que aparezcan todos esos miedos y esas inseguridades. Pero lo que no puedes permitir es que estos te detengan.

—Decirlo es fácil, pero en la práctica, las cosas suelen costar bastante más.

—Por eso estás aquí —me dijo Caspea—. Cuanto más practiques, menos te costará.

Después de charlar un poquito en mi habitación, fuimos volando hasta lo alto del hotel y, una vez allí, comenzaron a entrenarme. Por lo visto a Eric, que no era de extrañar con el aspecto físico que tenía, se le daban tremendamente bien las artes marciales y, al igual que yo en aquel momento, también tenía una grandísima fuerza. Así que, lo primero que me tocó hacer fue luchar contra él, primero cuerpo a cuerpo y luego con espadas de madera, que las rompíamos cada dos por tres, y Caspea nos tenía que dar otras. Yo, la lucha cuerpo a cuerpo con todas las artes marciales que practicaba en el Reino de las Hadas, pensaba que las tenía bastante dominadas, pero pareció ser que no las dominaba tanto, ya que Eric me metió una gran paliza. Y ya no os quiero ni contar cuando comenzamos a practicar con las espadas, que eso además era algo que nunca en mi vida había hecho. Sin embargo, cada vez que estas me daban, apenas sentía dolor, y eso que Eric tenía una fuerza que no era humana, pero era como si mi cuerpo se hubiese hecho mucho más resistente a cualquier cosa. Parecía que en ese momento no existía nada capaz de atravesarme.

Caspea simplemente se dedicaba a observarnos, a darnos más espadas cuando las necesitábamos, ya que en la mayoría de las ocasiones las espadas se rompían al ser impactadas contra mí, y de vez en cuando me decía alguna cosa para ayudarme a pelear mejor. Como, por ejemplo, que me concentrase más y cosas de esas.

—Menos mal que eres alguien que se supone que no va a hacerme daño —le dije a Eric, ya que veía que estaba siendo tremendamente bestia conmigo en el entrenamiento, porque menuda paliza me estaba metiendo... Era muchísimo más duro que mis antiguos entrenadores de artes marciales.

—Lo siento, pero no tenemos mucho tiempo y necesitas estar bien entrenada. Los seres que sí que pueden querer hacerte daño, serán mucho más bestias que yo.

—¿Quién quiere hacerme daño? —pregunté asustada.

—De momento apenas nadie, pero cuando vayas en contra de ellos, muchos seres se pondrán también en tu contra.

—¿Qué quieres? ¿Meterme más miedo y que abandone o qué?

—No, solo quiero ser sincero contigo. No tengas miedo, porque estás protegida, siempre vamos a estar a tu lado. Como ya te hemos dicho, nadie está solo en la vida. Pero tu misión es muy complicada y para llevarla a cabo necesitas convertirte en una gran guerrera, por lo que tendrás que luchar y entrenar más duro que nunca.

—¿Y qué pasa si me niego? —pregunté amenazante.

—No pasa nada. Eres libre de tomar cualquier decisión. Que lleves a cabo o no tu propósito de vida, solo depende de ti. Tú eres la que decide.

—¿Y qué consecuencias puede tener que decida no llevar a cabo mi supuesta misión?

—Si cuando te vayas no has aprendido lo que has venido a aprender a esta vida, tendrás que volver a nacer para aprender lo que no aprendiste la vida anterior, y tu misión no tiene por qué ser

la misma, a lo mejor es una más fácil. La vida sabe hasta dónde podemos llegar, por eso nunca nos va a exigir de más.

—Pues no sé qué hacer. Pero, bueno, vamos a seguir entrenando, que me gustan los entrenamientos duros.

—Lo sabemos —dijo Caspea sonriendo.

Estuvimos como una hora y media más o así entrenando, y una vez terminamos, tengo que decir que, a pesar de lo poderosa que me habían hecho, acabé reventada y sin haber descubierto ningún otro poder, quitando que ni las balas ni las espadas de madera me podían dañar. Así que nos despedimos y lo único que hice después fue ducharme y acostarme en la cama. Por supuesto, aquella noche, con lo que me había dicho Eric, tampoco fui capaz de dormirme. En lugar de eso, estuve pensando en todo lo que había cambiado mi vida en aquellos meses. Nunca me habría imaginado estar donde estaba hoy. Mi mente todavía no era capaz de creerse lo que estaba viviendo y el miedo seguía intentando apoderarse de mí.

Cuando era pequeña me encantaba soñar con cómo sería mi futuro. Siempre me había imaginado a un hada actriz que se dedicaba a hacer películas de acción en las que tenía que sacar a la luz mis artes marciales. Siempre había soñado con que mi vida estaría llena de acción y aventuras. Y ahora me estaba dando cuenta de hasta qué punto ese sueño se estaba haciendo realidad. Ya no necesitaba ser actriz para vivir aquellas experiencias, porque estas realmente me estaban sucediendo.

Así que esta fue mi nueva rutina, que me encantaba. Lo de entrenar siempre me había gustado y pensaba que el hecho de estar en la Tierra me iba a hacer que lo dejase de lado, pero ya vi que me equivocaba, porque, además, el entrenamiento en la Tierra era mucho más duro y más intenso que el entrenamiento que tenía en el Reino de las Hadas, incluso con los nuevos poderes que me habían dado. Y como ese tipo de entrenamiento y ese poder tan enorme que tenía eran algo muy nuevo para mí, poco a poco iba mejorando.

En cuanto a nuestra sociabilización de David, Luis y yo con el resto de personas que vivían en el planeta Tierra, parecía que desde aquel asesinato, o sea, prácticamente desde el comienzo de nuestra estancia en la Tierra, nos habíamos aislado un poco del resto de personas. Hablábamos un poco con la gente, pero no surgía la amistad, y para salir no solíamos quedar con nadie, únicamente salíamos nosotros tres y hacíamos cosas diferentes a vender comida en un mercadillo y dar espectáculos en un precioso escenario. Utilizábamos los fines de semana: unos días íbamos al cine, porque como ya he dicho, a mí eso de ir al cine es algo que siempre me ha encantado y también es una de las cosas que más me inspira, sobre todo si iba a ver películas de acción, aventuras, fantasía o historias reales que, si son motivadoras, también me suelen gustar bastante. Otro día solíamos pasarlo en la selva, donde caminábamos descubriendo paisajes increíbles que había en la Tierra y saltábamos al agua desde lo alto de grandes cascadas. Porque, como podíamos volar, no sentíamos vértigo. Otras veces nos daba por salir de fiesta e íbamos a distintas discotecas, pero no bebíamos, eso sí, que eso también lo había comentado anteriormente. A mí las discotecas que más me gustaban eran aquellas de gran tamaño, aunque no encontramos ninguna tan grande como la plataforma Estrella, ni con la música tan cañera, ya que yo siempre había sido una persona muy enérgica y me gustaba moverme de manera intensa. Otro día íbamos a algún concierto, otro a algún parque de atracciones, otro hacíamos turismo por distintas ciudades, ya que intentando que nadie nos viese, echábamos a volar, alcanzando así altas velocidades y llegábamos enseguida a las ciudades. Estas estaban incluso peor que Miracle, que desde que llegamos a aquel sitio el mundo no había mejorado nada, por lo que parecía que nuestra labor en la Tierra no estaba

sirviendo de mucho. Al caminar por las calles siempre nos encontrábamos ventanas rotas, tanto de los coches como de las casas; la basura por los suelos; gente pidiendo dinero por las calles y, de vez en cuando, en la televisión aparecía algún que otro suicidio o asesinato. Además, la gente que veíamos solía tener una cara muy apagada y caminaban torcidos mirando hacia el suelo. Mientras que nosotros, en cambio, parecía que vivíamos en nuestra propia burbuja, ya que, por lo menos, nuestro aspecto y nuestra energía parecían mucho más felices que las del resto de las personas. Por eso, sí que es verdad que la gente se nos solía acercar bastante, pero nuestra relación nunca llegaba ni siquiera a una amistad, solamente nosotros tres éramos amigos, aunque yo les escondiese las cosas que hacía por las noches. La verdad es que no me sentía nada bien haciéndolo y mucho menos bien me iba a sentir cuando les tuviese que romper la nave. Pero, de momento, como además me estaban entrenando gratis y me habían hecho superpoderosa, mantenía mi promesa de no contar a nadie ese tipo de cosas, sin entender muy bien que me hubiesen dicho que no podía confiar en nadie.

Un día, al acabar nuestro espectáculo, justo antes de que fuésemos a los camerinos a cambiarnos, se nos acercó un chico para hablar con nosotros. Era un chaval bastante joven, debería ser más o menos de nuestra edad. Tenía el pelo negro y era alto y delgado, bastante guapo de cara, aunque no aparentaba tener mucha fuerza. Se trataba de uno de los espectadores que nos acababa de ver y por lo visto nos quería dar la enhorabuena por el espectáculo que había visto.

—Hola, me llamo Leo —nos dijo el chico—. Me ha encantado vuestro espectáculo. Lo que habéis hecho me ha parecido algo que no sabía si quiera que era posible que las personas hiciesen. Me ha parecido totalmente mágico.

—Pues muchas gracias, Leo —le dijo Luis—. Nos alegramos de que te haya gustado tanto.

—Sí, me ha encantado. Hasta que me ha inspirado y todo.

—Vaya, muchas gracias —le dije yo—. Nos alegramos mucho. Que alguien te diga que le ha inspirado lo que has hecho es algo precioso.

—Además, que se os ve bastante jóvenes. ¿Qué edad tenéis?

—Luis y yo, 21. Él, que es David, 27.

—Pues yo tengo 22, así que más o menos somos todos de la misma edad. Yo siempre he querido trabajar en el circo, pero a mis padres eso nunca les ha hecho ninguna gracia, porque dicen que eso solo es un *hobby*, no es algo con lo que yo me pueda ganar la vida. Además, que la gran mayoría de la gente estudia una carrera y yo no puedo ser menos.

—Vaya, pues lo siento —le dije.

—Así que estoy estudiando la carrera de económicas, que justo la acabo ya este año.

—¿Y te gusta esa carrera? —le preguntó David.

—Pues como todavía no me estoy dedicando a ella, no te sé decir del todo. Y en cuanto a lo que estoy estudiando, no es algo que me apasione demasiado, aunque sí que es verdad que en la universidad me lo paso bastante bien y he conocido a muchas personas.

—Pues eso está muy bien. Hay que conocer a gente —le dije—. No como nosotros, que cada día nos ven muchísimas personas, pero lo que es conocer, apenas conocemos a nadie.

—Anda, ¿y eso? —me preguntó asombrado.

En ese momento, justo antes de contestarle, me di cuenta de que a lo mejor había metido un poco la pata, ya que no le iba a contar al chico que en realidad éramos hadas que vivíamos en palacios en lo alto del cielo. Así que le contesté:

—Pues ya ves, cosas de la vida.

—Ah.

—De pequeños éramos personas bastante tímidas a las que les costaba relacionarse con los demás y siempre hemos tenido bastante miedo escénico también —le dijo Luis—. Así que por eso ahora nos dedicamos a dar espectáculos, porque queremos vencer ese miedo.

—Ya veo. Pues tiene mucho mérito lo vuestro. Porque, además, no os he visto nada nerviosos durante las actuaciones.

—No, es que no lo estábamos —dijo Luis—. Ya nos hemos acostumbrado. Siempre tenemos esa primera emoción que se tiene antes de salir a un escenario, pero una vez estamos en él, lo que hacemos es empezar a disfrutar.

—La vida nos parece más mágica si estamos subidos a un escenario —comentó David, que creo que le quedó un poco cursi.

—Y si os ve gente, ¿no? Porque si no hay nadie...

—Sí. Si no hay espectadores, nuestro trabajo no tiene mucho sentido. Vivimos del público —le contesté.

—Sois muy buenos, así que me imagino que viviréis muy bien.

—Sí, no nos podemos quejar —dijo David.

—Una cosa y ya no os entretengo más, que me imagino que os tendréis que cambiar y tendréis bastantes cosas que hacer.

—Sí, no te preocupes, que no tenemos prisa —le dije.

—Durante la carrera, mis padres no me han dejado estudiar nada relacionado con el circo, solo me han dejado ir al gimnasio, que no lo suelo pisar mucho, y salir con mis amigos. Dicen que una vez termine la carrera ya haré lo que quiera con mi vida.

—¿Y quieres que nosotros te enseñemos a hacer lo que hacemos? —le preguntó David como si ya supiese la respuesta.

—Sí. Bueno, no hace falta todo, porque lo que hacéis vosotros ya os digo que me parece imposible, pero sí un poco. Estoy dispuesto a pagaros lo que sea. Me ha encantado lo que he visto. Llegar a dónde habéis llegado vosotros es uno de mis mayores sueños.

Cuando dijo eso, yo me quedé un poco sin saber qué decir ni qué decisión tomar. Ya que por un lado me encantaría ayudar a aquel chico, sobre todo porque me parecía muy buen chaval y se le veía una persona muy decidida, pero, por otro lado, nosotros éramos unos farsantes, yo en mi vida había estudiado nada que tuviese que ver con el circo. Sí que es verdad que en nuestros espectáculos utilizaba mucho mis conocimientos de artes marciales, pero todo lo que hacíamos lo hacíamos gracias a que podíamos volar. Y no era plan de contarle eso.

—Lo siento, pero estamos muy ocupados y no tenemos tiempo para enseñar a nadie —le dijo David—. Además, en una semana, más o menos, tenemos planeado irnos.

—Vale, no pasa nada —dijo el chico, que mostraba una gran decepción y sorpresa en su cara—. Pero ¿ir a dónde? ¿A dónde os queréis ir?

—Queremos irnos de esta ciudad y de este país —le contestó David—. Vamos a ir a vivir a Malsea.

Malsea era un país que estaba como a unas tres o cuatro horas en avión de Miracle.

—¿Y seguiréis haciendo allí vuestros espectáculos? —nos preguntó el chico.

—Sí, tenemos pensado seguir con ellos —le contesté para intentar que se sintiese lo mejor posible, ya que me estaba poniendo un poco mala de las mentiras que le estábamos contando.

—Vais a tener muchísimo éxito, estoy seguro.

—Oye, ¿y si nos damos los teléfonos? Porque me has caído bastante bien. Y así, si quieres, aunque estemos en otro país, podemos seguir en contacto. Además, que hasta que nos vayamos, si

quieres un día de estos nos podemos ver —le dije al chico, ya que sabía que nos íbamos a quedar allí bastante más tiempo del que pensaban Luis y David.

—Sí, sí. Yo encantado —me contestó el chico muy contento—. Si queréis, os doy mi número y me dais un toque para que tenga el vuestro.

—Vale —le contesté.

Nos dimos los números, bueno, él nos dio el suyo y el chico solamente se quedó con mi número, ya que al final nos habíamos comprado un móvil para cada uno, y Luis y David dijeron que con que tuviese mi número ya valía. Así que quedamos en vernos durante aquella semana.

—No hemos hablado apenas con nadie durante todo este tiempo y, justo cuando nos quedan pocos días para irnos, le das tu móvil a un chico... ¿Qué pasa? ¿Que te ha gustado? —me preguntó David con algo de enfado en su voz.

—¿Tú sabes lo mal que me sienta tener que mentir a la gente fingiendo que somos estrellas, cuando la realidad es que solo somos unos mentirosos?

—Esto que estamos haciendo es simplemente para que podamos volver a casa —me contestó Luis—. Así de paso estamos haciendo que miles de personas salgan de aquí inspiradas y emocionadas. Mentir no tiene por qué ser siempre algo malo, sobre todo si la intención es muy buena. ¿No te parece, por ejemplo, que es bonito que los niños pequeños crean en Papá Noel? ¿Que tengan esa ilusión y esa emoción de levantarse por la mañana para ver qué regalos les ha traído? ¿O simplemente lo ves una mentira?

—No me pongas ese ejemplo, que eso es algo muy diferente.

—Yo no lo veo tan diferente. Muchas personas se ponen límites y tienen creencias limitantes, porque otras personas les han hecho creer que no es posible aquello que quieren hacer. Pero cuando nadie te dice que algo es imposible o, incluso, cuando ves que se ha hecho realidad aquello que pensabas que era imposible, la magia puede surgir. Así que igual más adelante vemos a alguien que de verdad está logrando lo que nosotros fingimos hacer en el escenario.

—Eso ya lo sé. Pero sabes que no llevo nada bien el tener que mentir y que no suelo aguantar las mentiras.

—Sí, ya lo sé que eres así.

—Además, simplemente le he dado mi número, no tengo pensado contarle que los tres somos hadas. Se le ve buen chico y yo prefiero tener a buenas personas a mi lado.

—Sí, eso sí, pero te estoy contestando a lo de que los tres somos unos mentirosos.

—Porque es lo que me ha venido a la cabeza en ese momento. He visto a ese chico que tenía tanto interés en aprender, que me ha dado rabia que no le podamos enseñar.

—Sí, te entiendo. Pero ten en cuenta que lo que acaba de ver le ha inspirado para querer llegar a hacer cosas que él pensaba que nunca podría hacer.

—¡Que sí! Bueno, vamos a dejar ya el tema —le dije a Luis, ya que me estaba cansando de la discusión y nunca me había gustado reconocer que yo estaba equivocada y la otra persona tenía razón.

—Sí, mejor vamos a dejar el tema, que ya va siendo hora de volver a casa.

Nos cambiamos de ropa y volvimos los tres a nuestro hotel, donde ya nos conocía todo el personal, aunque tampoco hablábamos mucho con ellos. Esa noche fue muy especial para mí, no tanto como cuando se me apareció Caspea por primera vez delante de mi cama, pero sí que descubrí algo que me dejó con la boca abierta.

Capítulo 9

Como siempre, vinieron a visitarme a mi habitación Caspea y Eric y, posteriormente, en vez de llevarme a entrenar a lo más alto de nuestro hotel, decidieron llevarme a un lugar que hasta ahora nunca había visto. Volamos los tres a gran velocidad, atravesando toda la ciudad, hasta llegar a la selva, incluso pasamos de largo el lugar donde estaba nuestra nave escondida.

—¿A dónde me lleváis, si se puede saber? —les pregunté con mucha intriga.

—Espera y verás —me dijo Caspea—. Hoy te vas a llevar una gran sorpresa.

—Pues a ver qué sorpresita es esa, porque me tenéis hoy con una intriga... ¿Hoy vamos a entrenar en la selva?

—No exactamente —me contestó Eric—. Hoy vas a entrenar en un sitio que nunca habías visto.

—Pues mientras sea un sitio bonito, yo encantada. Aunque por la noche no se ven mucho las cosas.

Finalmente, llegamos a una grandísima cascada, que debería tener unos setenta metros de altura y daba a un precioso lago de aguas azules. La verdad es que no era la primera vez que estaba allí. Ya había ido ahí con Luis y David porque nos parecía uno de los sitios más bonitos que había en la selva y nos gustaba mucho eso de saltar por la cascada.

—En este sitio ya he estado más veces, y la verdad es que, de lo que conozco de la selva, es mi sitio favorito. Ahora por la noche, como no está iluminado ni nada, no se ve muy bien.

—Pues ahora vas a ver que en este lugar hay más cosas de las que parece —me comentó Eric.

—Pues a ver qué me enseñáis.

Fuimos volando hasta lo más bajo de la cascada, donde se encontraba aquel lago tan bonito. Una vez allí me dijeron que les siguiese. Por uno de los lados de la cascada, para que no les diese el agua, se metieron dentro de esta y por lo visto había una cueva inmensa, el techo debería medir casi los setenta metros de altura que tendría la cascada. Aunque nada más meterme dentro de la cascada, no pude ver muy bien lo que había, porque estaba todo muy oscuro. Pero, enseguida, Caspea dio dos palmadas en el aire y el lugar se iluminó. Lo que vi fue un gigantesco túnel con todas las paredes llenas de tierra y raíces. Fuimos volando a través de aquel túnel y enseguida llegamos hasta una gigantesca puerta de color dorado.

—¡Hostias! —exclamé nada más ver la puerta—. ¿Y aquí dentro qué hay?

—Ahora mismo lo vas a descubrir —me contestó Caspea.

Caspea se quitó un colgante que llevaba en el cuello, el cual tenía forma de hexágono, y lo puso en un espacio que había en la puerta exactamente con la misma forma. Entonces, el colgante comenzó a girar él solo y la puerta se abrió. Lo que vi fue algo que logró maravillarme todavía más. Se trataba de un espacio inmenso y el techo estaba más alto que en el túnel. Había una grandísima cantidad de seres y creo que la gran mayoría de ellos, por no decir todos, no eran personas. Había algunos mucho más grandes que yo que, en vez de tener una cara humana, tenían la cara de un tigre y las manos terminaban en poderosas garras. Otros parecían la evolución de los vegetales, ya que todos ellos eran de color verde y en vez de pelo tenían ramas y hojas de los árboles. Otros tenían un aspecto un poco más parecido a los humanos y a las hadas, pero todos ellos eran de color azul claro y, por detrás, la cabeza era mucho más grande que la de un hada o un humano; parecía que les salía un huevo gigante por detrás del cráneo. Otros tenían un aspecto más

acuático, porque su cara era la de un pez. No había ni un solo hada ni ninguna persona o, por lo menos, alguien con cara de humano. Pero había muchos más tipos de seres, que ahora tampoco voy a describirlos todos, que no quiero aburrirlos.

También me fijé en que en aquel lugar había muchos edificios, por lo que supuse que la mayoría de esos seres vivían allí. Además, vi que aquel lugar estaba repleto de unas máquinas muy extrañas, que hasta ahora nunca había visto, y muchos de los seres que había allí, en ese momento, las estaban utilizando para entrenar.

—¿Y estos seres y estas máquinas tan raras de dónde han salido? —les pregunté bastante asombrada por lo que estaba viendo.

—Casi todos ellos llevan mucho más tiempo que tú en la Tierra —me contestó Caspea.

—Me imagino. Yo tampoco es que lleve mucho. ¿Y por qué están todos aquí en este sitio tan secreto? Porque da la sensación de que muchos de ellos viven aquí.

—Sí, la mayoría de ellos viven aquí. Otros viven en sus casas y hasta hay alguno que vive en un hotel como tú. Pero todos ellos vienen aquí a entrenar. Al igual que tú, son seres con mucha fuerza y alguna que otra facultad más.

—¿Y qué pasa? ¿En los gimnasios, las máquinas que hay no son lo suficientemente buenas para que entrenen? Y como no se disfracen, no sé cómo van a vivir en un hotel como yo.

—No, no lo son. Y la razón principal es que no queremos que las personas los conozcan, al menos todavía. Suelen ir tapados con máscaras muy buenas.

—¿Y están entrenando por la misma razón que me estáis entrenando a mí?

—Sí. El objetivo de este entrenamiento no es luchar para producir una guerra, sino luchar para evitar que esta se produzca. Como acabas de comprobar, no eres la única a la que entrenamos. Con ese microchip del que te hablé, pretenden que todos los pueblos, todas las ciudades y todos los países de la Tierra luchen entre sí y que solo los más fuertes sobrevivan. No sois los primeros seres que llegáis a la Tierra, durante muchos años han estado viniendo seres de muchos planetas diferentes. Aunque sí que es verdad que sois las primeras hadas en llegar.

—Entonces, si esta misión ya la habíais planeado desde hace tanto tiempo, ¿cómo es que la Tierra ha comenzado a empeorar ahora? Porque Inderto creó ese escudo energético hace unos meses, no hace muchos años. Lo que le ha pasado a la Tierra es algo muy reciente.

—Lo que vosotros habéis visto acerca de lo que le ha pasado a la Tierra sí que es algo reciente, pero no lo que se ha estado planteando en la oscuridad durante muchos años. Cuando Inderto creó el escudo no fue la primera vez que vino a la Tierra, él ya llevaba varios años influenciando a los seres del planeta Tierra, lo que pasa que lo hacía de tal manera que las hadas no os dabais cuenta. Como ya te dije, él puede tener el aspecto que quiera tener, incluso el tamaño que quiera; es uno de los seres más poderosos que hay en el universo. Pero como ya te dije, la luz siempre será más poderosa que él.

—Sí, ya me dijiste. ¿Y estos seres eran ya así de poderosos? O, al igual que a mí, ¿habéis sido vosotros los que les habéis dotado de esa gran fuerza?

—También les hemos dado poderes como a ti. Antes de eso eran seres normales de su planeta. Pero como en tu caso, por alguna razón que ellos mismos desconocían, fueron a parar a la Tierra, con la misión de ayudar al planeta. La luz, a Eric y a mí, nos ha dado el privilegio y nos ha transmitido el poder de ir haciendo más poderosos a aquellos seres destinados a serlo. Y poco a poco os estamos reuniendo a todos.

—Ah, pues qué aventura. ¿Y yo he sido la última en llegar o todavía faltan más por venir?

—Tú has sido la última —dijo esta vez Eric, que hasta ahora había estado callado

escuchándonos—. De momento no vendrán más seres a ayudar a la Tierra. La luz ha sido muy selectiva a la hora de decidir a quién van esos poderes. Porque no cualquiera está preparado para recibirlos.

—Ah. ¿Y a todos nos han transmitido los mismos poderes o cada uno tenemos cualidades diferentes? —pregunté con mucha intriga.

—La fuerza y la facultad de que vuestro cuerpo resulte mucho más difícil de ser atravesado por cualquier elemento, es igual en todos. Aunque también esta fuerza es mayor o menor según la forma física que teníais anteriormente.

—Ah, pues genial. Yo siempre he hecho mucho ejercicio y he comido de una manera muy saludable.

—Sí, la alimentación también es tremendamente importante, incluso ahora que sois tan poderosos —me explicó Eric—. Pero, aparte, cada uno de vosotros tiene un poder más que es diferente en cada uno. Bueno, y también todos tenéis el poder de volar, que eso en las hadas es algo normal.

—Pues yo todavía no sé cuál es ese otro poder que tengo, así que, ¿cuándo me lo vais a decir? ¿O es que todavía lo tengo que adivinar?

Eric y Caspea se miraron en aquel momento, me imagino que para decidir si me lo decían o no. Caspea le hizo un gesto con la cara a Eric y este me dijo que le siguiese. Dejamos atrás aquel lugar tan lleno de gente y me condujo a través de un túnel de piedra iluminado con grandes antorchas hasta una inmensa piscina que en aquel momento se encontraba con unos cuantos seres similares a los que acababa de ver, tenía pinta de ser un balneario.

—¿Podéis salir todos un momento, por favor? Tengo algo muy importante que mostrarle a esta chica —dijo mientras me señalaba—, y puede ser un poco peligroso que os quedéis.

Todos aquellos seres recogieron rápidamente sus cosas y enseguida nos quedamos Eric y yo completamente solos en aquella piscina.

—¿Y ahora qué hacemos aquí? —le pregunté—. ¿Mi poder tiene que ver con el agua?

—Ahora mismo lo vas a descubrir.

Hizo una pausa y siguió hablando:

—Intenta ahogarme utilizando toda el agua que hay aquí.

—¿Cómo? —le pregunté muy extrañada sin acabar de entender lo que me decía.

—Que me intentes ahogar.

En ese momento se abalanzó sobre mí y comenzamos a luchar.

—¿Qué coño estás haciendo? —le pregunté muy enfadada sin entender nada.

—Intenta ahogarme.

Así comenzamos una lucha cuerpo a cuerpo y, como de momento él estaba más entrenado que yo, comenzó ganando, a pesar de que yo, sin hacerle mucho caso a lo de intentar ahogarlo, daba lo máximo posible de mí. Si en aquel momento yo fuese el hada que era antes, me estaría dando una gran paliza, pero al haberse hecho mi cuerpo mucho más fuerte, apenas me enteraba de los puñetazos ni de las patadas.

Después de uno o dos minutos, sentí como si el agua de aquella piscina comenzase a llamarme. Me dio la sensación de que me estaba ofreciendo su ayuda. Acto seguido, sin darme apenas cuenta, comencé a hacer movimientos con las manos y con los brazos y toda aquella agua emergió de la piscina y comenzó a envolver completamente a Eric. Lo elevó en el aire cubriéndolo por completo, hasta que me dio la sensación de que este estaba haciendo señas de que se iba a ahogar.

Entonces, otra vez con las manos y con los brazos, siguiendo mi intuición, hice que el agua dejase de intentar ahogarlo, volviese a la piscina y todo quedase exactamente como estaba antes.

Cuando vi que Eric había conseguido recuperar la respiración normal, le di un puñetazo en la cara que hizo que cayese al suelo. Sabía por qué había hecho eso, pero no me había hecho ninguna gracia que utilizase aquellas maneras para mostrarme mi poder. Me había parecido una falta de respeto.

—¿Por qué coño has hecho eso? —le pregunté enfadada mientras este se levantaba del suelo.

—Lo siento. Sabía que te ibas a enfadar, pero sentía que era la mejor forma para que descubrieses el poder que tienes con el agua.

—Vale. No pasa nada. Yo casi te ahogo, así que también lo siento —le contesté ya más relajada.

—Sí. Menudo puñetazo que me acabas de meter, ¿eh? —me dijo con una sonrisa—. Me he caído al suelo y todo.

—La rabia del momento. Bueno, aunque haya sido de malas maneras, gracias por mostrarme mi nuevo poder. Me mola la idea de poder controlar el agua, aunque sería más guay si estuviésemos cerca del mar. Perdona también por el puñetazo.

—No pasa nada, no me has hecho daño. El control del agua es el poder que te ha sido dado, así que por alguna razón será. Además, que puedes coger agua de cualquier sitio de este planeta. Y no tienes por qué verlo para saber que hay agua cerca de ti.

—Ah, pues que sea de cualquier sitio de este planeta está guay. ¿Y qué poderes tienen los demás seres? Si es que lo puedo saber.

—Son poderes muy variados, pero, por ejemplo, hay otro que maneja la tierra, otro el aire, otro el fuego y a ti te han asignado el agua.

—Bueno, el agua me gusta. En mi carta astral de lo que más tengo es de agua y luego de fuego.

—Puede tener que ver. Otros son capaces de mover objetos sin tocarlos; otros son muy rápidos, son capaces de hacer en un segundo lo que tú y yo hacemos en media hora; otros se pueden transformar en lo que ellos quieran; otros se comunican con los animales y estos les ayudan en todo lo que necesitan; otros pueden adquirir el tamaño que quieran. Y hay muchos más. Cada uno tiene sus poderes.

—Son chulos todos los poderes, aunque a mí lo que más me gusta es lo de tener mucha fuerza. Es muy emocionante toda esta situación. De verdad, tío. Perdona por el puñetazo, que me he pasado; me he dejado llevar por la rabia del momento.

Me pasaba algunas veces, que me dejaba llevar por mi impulsividad y después tenía remordimientos.

—Tranquila, que no pasa nada. Ya te digo que no me has hecho daño. Y sí, son chulos los poderes. ¿Algún día se te pasó por la cabeza que llegarías a la situación en la que estás ahora?

—No, en el Mundo de las Hadas esta situación en la que estamos parece casi imposible, no es nada realista.

—Si todo fuese realista sería más difícil que el mundo avanzase. Las personas que más lejos han conseguido llegar no creo que fuesen personas realistas. No solo existe lo que vemos con los ojos, más allá hay muchísimo más.

—Sí, yo creo que todo es salir un poco de nuestra zona de confort. Y una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Puedo respirar bajo el agua?

—Sí, el agua es tu elemento de poder, así que puedes respirar debajo de ella.

—Ah, ¡qué guay! Pues tiene que molar eso de respirar bajo el agua. Así no puedo morir

ahogada. ¿Y me puedo comunicar con los tiburones y con los peces?

—No, eso ya no lo puedes hacer.

—Ah, vale. Pues me han encantado mis poderes.

Enseguida volvimos a donde estaban todos aquellos seres que habían venido de otros planetas. Caspea nos seguía esperando en el mismo lugar.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado tu nuevo poder? —me preguntó Caspea.

—Ay, sí. Me ha encantado —le contesté bastante emocionada—. Eso de poder manejar el agua mola mucho.

—Me alegro.

—Aunque la forma en la que lo ha descubierto no le ha gustado mucho —añadió Eric—. Menudo puñetazo que me ha metido después.

—Ya me imagino —dijo Caspea con una sonrisa.

—Bueno, entonces aquí se supone que he venido para conocer este sitio secreto. ¿Y para qué más?

—A partir de ahora entrenaremos aquí —me contestó Eric.

—Anda, ¿y ese cambio?

—Ya estás bastante más avanzada que en tu primer entreno y te has tomado bien todas las cosas que te hemos contado, así que ya es hora de dar un paso más.

—O sea, que todavía me vais a exigir más, ¿no?

—Sí —me contestó Caspea.

—Me parece bien. Todo lo que sea esforzarse, a mí me mola. Aunque ya me habías podido decir antes que éramos muchos los seres con una misma misión.

—No tenéis la misma misión. Lo que vais a hacer es una labor conjunta para ayudar a toda la humanidad. Vais a trabajar juntos hacia un mismo fin. Pero los dones que tienes tú o cualquiera de ellos no son los mismos.

—Sí, pero me teníais que haber dicho antes que no estaba sola en esto.

—Te dijimos que nunca ibas a estar sola, pero preferimos no contártelo todo de golpe. Para que no fuera todo tan chocante.

—Lo ha sido igualmente, pero no pasa nada.

—Vamos a empezar —dijo Eric.

Dentro de aquel recinto tan grande me llevaron a la zona de entrenamiento donde pude comprobar que los seres que estaban allí entrenando todavía estaban en mejor forma física que yo. Había unos cargados de peso alrededor del cuerpo que subían por cuerdas muy largas que colgaban del techo; otros no paraban de hacer flexiones y dominadas con una mano cargando además con más de 200 kilos; otros estaban realizando en el aire combates cuerpo a cuerpo entre ellos, mientras que otros los combates los realizaban con espadas o con cuchillos; otros practicaban el disparo; otros nadaban y buceaban en una piscina especial que por lo visto ofrecía mucha resistencia; otros corrían a grandes velocidades cargando con muchísimo peso a sus espaldas, y otros utilizaban máquinas que hasta entonces nunca antes había visto. Una de ellas consistía en un robot con pinchos que luchaba contra su oponente; otra en diferentes barras también con pinchos que giraban alrededor de un eje y los participantes las tenían que saltar o se tenían que agachar para que estas no les golpearan, y otras eran máquinas para realizar trabajos de fuerza, pero con unos pesos descomunales, había hasta cargas de 70 000 kilos.

—Estoy flipando —les comenté a Eric y a Caspea mientras contemplaba cómo entrenaban los seres de aquel lugar—. Pensaba que yo estaba tremendamente en forma, pero estoy viendo que hay

seres que todavía están muchísimo más en forma que yo.

—En esta vida hay un poco de todo —me dijo Eric—. Pero, tranquila, que ellos llevan entrenando y siendo así de poderosos mucho más tiempo que tú. Así que no te preocupes, porque dentro de poco estarás todavía mucho más en forma de lo que estás ahora. Porque eso de que hayas hecho siempre tanto ejercicio y que hayas comido tan sano, te está ayudando mucho.

—Sí, a mí es que me encanta cuidarme. La mayoría de las hadas solemos ser seres muy sanas.

—Sí, no como en la Tierra, que la gente cada vez está estropeando más su alimentación y cada vez realizan menos ejercicio físico. Parece que no saben lo tremendamente dañino que es eso para todos ellos.

—Ya, esperemos que mejoren sus hábitos.

—Mejorarán. Lo que hace falta es que las personas sean conscientes del daño que se hacen a sí mismas al comer productos en vez de alimentos. Las personas serían mucho más felices y tendrían una mejor calidad de vida si eliminasen o disminuyesen notablemente los alimentos ultraprocesados de su dieta. Parece que todavía muchos no saben hasta qué punto los alimentos que ingerimos pueden influir en nosotros mismos, ya que estos influyen en nuestra conducta, en nuestras emociones, en nuestra salud, en el que tengamos o no tengamos aquellas enfermedades a las que estamos predispuestos genéticamente... La genética predispone, pero no determina.

—Sí, que si queremos evolucionar lo máximo posible y ser la mejor versión de nosotros mismos, más nos vale comer bien.

—Exactamente, porque, si no, será imposible.

Eric se calló unos segundos y después continuó hablando:

—Vamos a empezar. Ahora ya sí que sí, que nos hemos entretenido bastante.

Caspea se fue a otro lado para hablar con el resto de seres, y Eric y yo nos quedamos entrenando.

Para mí, aquella noche, junto con la noche en la que conocí a Eric y a Caspea, estaba siendo una de las noches más emocionantes que había tenido nunca. Todo lo que estaba viviendo en aquel instante me parecía totalmente mágico. A pesar de que me encontraba a muchísimos kilómetros de distancia de mis seres queridos y que hacía bastante tiempo que no tenía ningún contacto con ellos, aquel momento estaba siendo uno de los más divertidos y felices de toda mi vida. Aquel instante me estaba ayudando a ser consciente de que es verdad que no hay que ser realista, porque la magia siempre existe en nuestra vida. Lo que pasa es que, como no paramos de ponernos límites a nosotros mismos, nos cuesta mucho más darnos cuenta de que todo aquello con lo que siempre hemos soñado ya está en nosotros mismos. La vida de nuestros sueños siempre ha estado a nuestro alcance, lo único que tenemos que hacer para estar en ella es quitarnos todas nuestras barreras mentales, dejar a un lado todos nuestros miedos y abrir los ojos. De este modo nos daremos cuenta de que somos nosotros los que la estamos creando. La vida, lo que más ha querido siempre es que seamos felices; así que hagámosle caso y sigamos siempre las pistas que esta nos manda.

Fue un entrenamiento increíble. Sin ninguna duda el que más disfruté de todos los días que llevábamos entrenando. Si el sitio en el que nos encontrábamos ya era increíble, el entrenamiento lo fue aún más. Siempre he sido una persona que ha disfrutado tremendamente con el esfuerzo, y como aquella noche me esforcé tantísimo, sobre todo porque estaba muy motivada, también disfruté muchísimo. Primero me presentó a alguno de los seres que se encontraban allí entrenando; luego me enseñó cómo se utilizaban cada una de las máquinas que había allí y, por último, pasamos a la acción. Realicé un entrenamiento de fuerza utilizando mi propio cuerpo y, sobre todo, una gran cantidad de peso que me pusieron encima para realizar cada ejercicio. Estuve

haciendo flexiones con una sola mano y con 250 kilogramos sobre mi espalda, sentadillas con 2000 kilos y sentadillas con salto con esa misma cantidad de peso, y algún que otro ejercicio más de ese estilo. Después de eso, me explicó cómo se utilizaban aquellas máquinas para trabajar la fuerza y me puse a utilizarlas. Tengo que decir que, a pesar de la fuerza física que me habían otorgado, me costó bastante subir el peso de aquellas máquinas. Finalmente, después de mi gran subidón de adrenalina, realicé un combate con Eric, primero con espadas y luego cuerpo a cuerpo. Y como yo ya estaba cansada de la paliza que me acababa de meter, no se me dio muy bien aquel combate, así que me llevé otra buena paliza.

—Claro. ¡Qué cara tienes! —le dije mientras luchábamos—. Cuando ya me he machacado lo suficiente, entrenamos. Tú no has hecho nada de lo que hice yo antes.

—Lo que tiene ser tu entrenador. Pero, tranquila, que habrá varios días en la semana en los que solo realizaremos combates entre los dos.

—Ah, guay. Así me puedo vengar de la paliza que me estás dando hoy. ¿Entrenas a más de estos seres o solo a mí?

—Sí, entreno a otros tres más, cada uno en un momento del día diferente.

—Pues con todos los que somos, habrá muchos entrenadores, ¿no?

—No te creas. Contándome a mí, solo somos siete entrenadores en total.

—Ah, ¿y cómo es que hay tanta gente?

—Porque solo entrenáis con nosotros al principio, los primeros meses. Una vez os hemos enseñado lo suficiente, os damos una tabla de ejercicios que os la cambiamos cada cierto tiempo y os dejamos que entrenéis por vuestra cuenta, y los combates los realizáis entre vosotros.

—Ah, vale.

—Pero, tranquila, que a ti no te va a dar tiempo a entrenar por tu cuenta, porque queda muy poco para que salga a la luz todo aquello que la oscuridad ha estado realizando en las sombras. Mucho menos de lo que piensas.

—O sea, que nos queda poco para la acción.

—Sí, muy poco. Y como tú has sido la última guerrera elegida por la luz, tu entrenamiento es mucho más duro que el de los demás.

—Ah, pues por mí genial, ¿eh? A mí me encanta entrenar duro. Cuanto más duro entreno, la satisfacción con la que salgo después es mucho mayor.

—Lo sé —me contestó Eric con una sonrisa—. Pero ten en cuenta que cada día vamos a ir aumentando la dureza de cada entrenamiento porque muchos de los que están aquí llevan ya años entrenándose. Por eso es necesario que lo des todo en cada entrenamiento, porque en unos meses tienes que conseguir lo que la mayoría ha logrado en años.

—Sí. Aunque yo, durante muchos años de mi vida me he estado entrenando en artes marciales.

—Sí, y eso es un puntazo. Puede que esa sea la razón de por qué la luz decidió dejarte para el final.

—Lo bueno se hace esperar —le dije de broma—. ¿Y la oscuridad también tiene un ejército o ese ejército solo lo tenemos nosotros?

—La oscuridad también tiene uno, los llamamos los oscuros. Ellos lo que quieren es que los humanos se maten los unos a los otros y que solo sobrevivan los más fuertes, y a esos poder dominarlos. Para eso, como entenderás, no hace falta ningún ejército. Pero la oscuridad no se fiaba de que la luz le dejase todo el camino libre y, por eso, también ha creado su propio ejército.

—¿Y ese ejército está formado por extraterrestres como nosotros o solo por personas?

—Está formado por extraterrestres, y estos llevaban viniendo a la Tierra mucho más tiempo que

nosotros. Los oscuros son seres a los que siempre les ha encantado el caos y la destrucción, y han venido aquí a meter más follón. La oscuridad les ha estado llamando desde hace muchísimo más tiempo. Ha sido hace poco cuando los extraterrestres, con propósito de ayudar, habéis comenzado a llegar a la Tierra. Pero los seres que solo quieren destrucción comenzaron a llegar hace siglos, incluso ya estaban aquí en los inicios de la Tierra, mucho antes de que Inderto naciese y se fijase en este planeta.

—¿Y cómo es que las hadas no nos hemos enterado de eso?

—Porque no han querido dejar que lo vierais. Todo lo que han hecho, lo han hecho en las sombras. No han dejado que seáis conscientes de la cantidad de personas que desaparecen cada año ni de cómo es la educación en cada lugar de este planeta. Aquí cada persona no es educada para que desarrolle todo su potencial, sino que es educada para que se autolimite a sí misma y obedezca.

»Desde el nacimiento de cada niño de este planeta, la sociedad le ha educado para que siempre esté buscando la aprobación de los demás, para que no pueda tomar ninguna decisión por sí mismo, sino que sean los demás los que le tengan que dar el visto bueno. Esta sociedad no les ha permitido que desde pequeños puedan llegar a algo solo por ellos mismos, no les ha dejado que sean libres ni que saquen toda esa creatividad que llevan dentro. Además, no paran de envenenarlos con la cantidad de contaminación que introducen en el planeta con las sustancias que meten en cada producto y en cada alimento. Han hecho que la comida de verdad pierda sabor y que los alimentos ultraprocesados cada vez les gusten más, lo que también ha hecho que coman más de lo que necesitan. Hoy en día, la mayor parte de la población de la Tierra come sin tener hambre, porque cuando dicen que tienen hambre, en realidad no es un hambre real.

—Vaya, pues menos mal que las hadas no vivimos aquí y somos capaces de crear nuestra comida.

—Sí. Pero, como ya te dijo Caspea, cada cosa que pasa tiene un sentido, lo que no quiere decir que tengamos que quedarnos parados. La vida quiere que despertemos, que tomemos acción y evolucionemos; por eso nos pone obstáculos en nuestro camino. Y a cada uno le pone los suyos.

—Sí, eso lo entiendo. Pero entonces nosotros no estamos aquí para evitar una guerra, estamos aquí para que esa guerra no tenga lugar entre las personas de la Tierra, sino que seamos nosotros los que la tengamos que ganar en la oscuridad, sin que la gente se dé cuenta.

—Exactamente. A no ser que uno de los dos bandos decida no luchar, o la oscuridad entre en razón y comprenda que es imposible lo que quiere hacer.

—No sé. Que seres así entren en razón, lo veo difícil.

—Yo también.

Por fin terminamos el entrenamiento y volvimos a casa que, como era de noche, Eric y Caspea decidieron acompañarme. Aunque antes de llegar a mi casa, bueno, a nuestro hotel mejor dicho, nos detuvimos en la cueva donde se encontraba escondida la nave.

—Si quieres, esta es tu oportunidad de destruir la nave —me dijo Caspea—. Parece que ya os queda muy poco para ponerla en marcha.

—Sí, no creo que nos quede más de una semana. Pero me da pena hacerlo.

—Es tu decisión. Como tú veas —me dijo Eric esta vez—. Puedes volver con ellos al mundo de las hadas y seguir con tu vida de hada como si no hubiese pasado nada. Eso sí, te tendremos que quitar los poderes. O puedes formar parte de algo tan grande como lo que te acabamos de mostrar. Tú eliges qué camino seguir.

En ese momento levanté del suelo una roca tan grande como yo y la lancé sobre la nave,

haciendo que esta quedase totalmente destrozada.

—Me gustan los retos, así que ya sabéis qué camino elijo.

—Así me gusta —dijo Eric mientras me daba la mano para que la chocase—. Si te parece bien, desde esta noche podemos empezar a quedar en el escondite de la cascada; a partir de ahora será nuestro nuevo lugar de entrenamiento.

—Me parece bien.

Aquella noche mi vida volvió a dar un gran cambio. Acababa de tomar una decisión que probablemente sería la más importante que había tomado hasta ahora. Acababa de perder la oportunidad de volver al Mundo de las Hadas, dejando atrás todo lo que nos había pasado en la Tierra. Acababa de perder la oportunidad de volver a la vida que había tenido hasta ahora. Y la verdad es que estaba muy orgullosa de haberlo hecho. Aunque estaba asustada por lo que me podía pasar a partir de ahora, también estaba a la vez tremendamente emocionada. Había dado un paso más en mi camino. Al tomar esa decisión había vuelto a salir de mi zona de confort y me estaba volviendo a adentrar en lo desconocido. No tenía ni idea de si la decisión que había tomado había sido la correcta, pero sí estaba segura de que el camino que acababa de escoger era el que más me iba a ayudar en mi evolución. Así que, por muy mal que lo pudiese llegar a pasar, creo que sí que había tomado una buena decisión.

Cuando me reuní aquella mañana con Luis y David, volvimos a nuestra rutina de siempre. Por la mañana trabajamos en nuestro mercadillo y por la tarde dimos nuestro espectáculo de todos los días. Yo estaba algo más nerviosa de lo normal, ya que sentía que les estaba ocultando algo y que de alguna manera les había traicionado. Aunque parecía que, por suerte, no se daban cuenta de ello. Cuando terminamos con nuestra actuación, fuimos a nuestro escondite de la selva, donde se encontraba nuestra nave. Tengo que decir que, en aquel momento, según nos íbamos acercando al lugar, cada vez me iban entrando más y más nervios, aunque yo hacía todo lo posible para que no se me notase.

—Shiada, ¿qué te pasa? —me preguntó Luis un poco extrañado mientras volábamos hasta nuestra nave.

—A mí nada. ¿Qué me va a pasar? ¿A ti te pasa algo?

—Es que te noto un poco más rara de lo normal. Estás como nerviosa —me contestó.

—No sé, yo creo que son cosas tuyas. Es que me emociona que ya nos quede muy poco para volver a casa. O sea, al Reino de las Hadas.

—Yo también te he notado hoy más nerviosa —me dijo David.

—Pues ya os digo que yo creo que son cosas vuestras.

—Shiada, estás más nerviosa —me dijo Luis—. Reconócelo. Aunque seas actriz, siempre se te notan mucho las cosas. Lo de mentir es algo que no llevas muy bien.

—A ver, yo no estoy mintiendo a nadie. Solo que entender todo lo que nos ha pasado desde que hemos llegado aquí, sobre todo que nada más llegar nos encontramos asesinada a una persona de nuestra misma edad... ¿Vosotros no tenéis miedo de que podamos ser los siguientes? Porque también, justo todas las personas a las que les hemos lanzado las lágrimas han desaparecido misteriosamente.

—Es verdad —dijo Luis—. Yo también estoy algo asustado y tengo días en los que me cuesta un poco dormir, pero no quiero que se me note.

—Yo también, chicos —dijo David—. Pero nos queda muy poco para volver a casa. Y si de verdad alguien quisiese matarnos, yo creo que ya lo habría hecho.

—Sí, eso es verdad —afirmó Luis—. Aunque no entiendo ni el asesinato de Cristina ni todas las desapariciones que hubo hasta ahora.

—En la vida hay muchas cosas que no se entienden —le dije—. Pero sí, eso me tiene un poquito asustada.

Por fin llegamos a la cueva donde estaba nuestra nave y nos la encontramos totalmente destrozada. Bueno, todo se encontraba exactamente igual a como lo había dejado yo.

—¡Qué coño significa esto! —exclamó Luis muy asustado.

—Parece que hay alguien que no quiere que nos vayamos —dijo David muy serio, como si se estuviese conteniendo la ira.

—Y a lo mejor ese alguien está detrás del asesinato y las desapariciones —dije yo.

Según me habían dicho Caspea y Eric cuando se lo pregunté, ellos no estaban detrás de las desapariciones, pero debido al camino que por lo visto yo había escogido antes de nacer, no era algo en lo que me fuesen a ayudar, por lo que no me iban a contar nada. Así que parecía que lo de las desapariciones eran un tema aparte, o al menos eso pensaba yo en aquel momento.

—Pues espero que no, porque como sea así me da un infarto —dijo Luis muy preocupado.

En ese momento, parecía que David se llenó de rabia porque, como un loco, comenzó con todas sus fuerzas a dar patadas a lo que quedaba de la nave. Era la primera vez que lo veíamos tan enfadado. Hasta ahora nunca se había puesto así.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora? ¿Construirla otra vez? ¿Por tercera vez tengo que construir la nave para que encima me la vuelvan a romper?

—Tiene que haber otra solución —le contesté para intentar calmarlo, ya que me sentía responsable de su reacción.

—¿Y qué otra solución crees que puede haber?

—No lo sé —le contesté muy dudosa—. No tengo ni idea de qué significa todo esto. Pero sé que en esta vida nada sucede por casualidad. Así que, si nos ha pasado esto, tiene que haber una razón.

—¿Y qué razón crees tú que tiene que haber? Porque a ti te divierten mucho los espectáculos que hacemos todos los días por la tarde, porque eso tiene bastante que ver con tu sueño de ser actriz. Pero los estudios que tiene Luis y los que tengo yo no tienen nada que ver con lo que estamos haciendo aquí. Nuestra vida aquí, por lo menos para mí, no tiene ningún sentido.

—Simplemente dije lo de hacer espectáculos porque me pareció la mayor oportunidad que teníamos para ganar dinero en poco tiempo. Pero yo quiero volver al Reino de las Hadas tanto como vosotros.

—Yo no sé qué hacer, chicos —dijo Luis—. Estábamos a punto de terminarla y parece que otra vez vuelta a empezar.

—Sí. Y lo mismo, si la vuelvo a empezar, cuando esté a punto de terminarla, me la vuelven a romper y otra vez a construirla, y así toda nuestra puñetera vida.

—Pues esperemos que no pase eso —añadí.

—Eso ya te digo yo que no va a pasar, porque paso de perder el tiempo en fabricar otra nave. Ya bastante que he fabricado dos.

—Entonces, ¿qué quieres? —le preguntó Luis—. ¿Quedarte toda la vida a vivir en la Tierra? Porque si tú quieres tirar tu vida a la mierda, muy bien, pero nosotros no queremos eso.

—¿Perdona? —exclamó David muy furioso mientras se abalanzaba sobre él.

Los dos comenzaron a pelear, pero por poco tiempo, porque intentando que no se diesen cuenta

de mi superfuerza, los conseguí separar.

—¿Qué pasa? ¿Os ha dado por volver a la infancia? —les pregunté intentando calmar las cosas.

—Shiada, menuda fuerza que tienes —me dijo Luis muy sorprendido—. Se nota un huevo que estás muy bien entrenada.

—Ya ves. Lo que tiene hacer tantas pesas y tantas artes marciales.

—Bueno, vamos a centrarnos —dijo David, que parecía que ya se había calmado un poco—. ¿Qué hacemos a partir de ahora? Porque ya os digo que en este momento no tengo ninguna gana de comenzar a construir otra nave.

—Pues si queréis, damos la vuelta al mundo y así hacemos tiempo para que te vuelvan las ganas —dijo Luis.

—Pero si eso ya lo propuse yo y no quisisteis —comenté, pensando en que, si quería entrenar con Eric todas las noches, esa no iba a ser una buena idea.

—Sí, pero ahora estamos en otra situación —me contestó Luis.

—Yo, la verdad, prefiero quedarme aquí, que ya tenemos nuestro espectáculo montado y todo —dije para ver si le sacaba aquella idea de la cabeza.

—Claro, porque a ti lo que te gusta es que te aplauda la gente —me dijo David en un tono despectivo—. Para qué te vas a mover de aquí, si aquí ya tienes todo lo que siempre has buscado.

—Como me vuelvas a hablar así, te vas a enterar —le dije con rabia—. Además, tú no tienes ni idea de qué es lo que he buscado siempre.

—¿Entonces por qué ya no quieres dar la vuelta al mundo? Si fuiste tú la primera que lo sugeriste.

—Porque las cosas han cambiado. Ahora tenemos hasta dos trabajos a la vez y en este momento no me da la gana de moverme de aquí. Idos vosotros si queréis.

—¿Qué piensas tú, Luis? —le preguntó David.

—¿Te atreves a quedarte aquí sola siendo consciente de todas las desapariciones que hubo hasta ahora? —me preguntó Luis.

—Sí, me atrevo. Iros vosotros si queréis, así David puede despejar su mente.

—Pues, si quieres, nos vamos, tío —dijo Luis—. Cuando volvamos puedes volver a construir otra nave.

—Por mí bien.

—Aunque me da un poco de cosa dejarte aquí sola —me dijo Luis.

—No te preocupes. Yo estoy muy en forma y así por lo menos uno de los tres continúa ganando dinero. De esta manera, cuando volváis, no tendremos problemas para volver a comprar las piezas.

—Pero ¿y el espectáculo y todo? —me preguntó Luis.

—En vez de hacerlo los tres, pasaré a hacerlo sola.

—Como tú veas —me dijo David—. No entiendo por qué no quieres venir con nosotros a conocer la Tierra, pero, bueno, lo que hagas con tu vida solo es decisión tuya.

Estuvimos discutiendo todo un buen rato más hasta que, finalmente, tomamos la decisión de que Luis y David, ya que tenían alas para volar, darían la vuelta al mundo volando por las noches, intentando así que no les viese ninguna persona. Y, mientras, yo me quedaría en el hotel de siempre, dedicándome a los dos trabajos que teníamos. Y, cuando estos regresasen, volveríamos a ponernos manos a la obra para volver a construir la nave de nuevo. A ver si esa vez ya era la definitiva.

Capítulo 10

Aquella mañana me levanté un poco más nerviosa de lo normal, ya que justo era el día en el que Luis y David se iban de viaje a hacer turismo por toda la Tierra. Me dijeron que intentarían regresar antes de veinte días, pero que no estaban seguros del todo ya que no sabían qué se iban a encontrar. Quedamos en que mantendríamos el contacto por el móvil y que me mandarían fotos de todos los lugares que visitasen. A mí, por un lado, me asustaba un poco el hecho de que a partir de ahora iba a estar sola, ya que estaba el misterio de las desapariciones y del asesinato de Cristina y, además, no sabía qué tal me las iba a apañar yo solita con los dos trabajos. Por lo menos en lo del espectáculo ya habíamos avisado de que durante bastantes días yo sería la única que actuaría, por lo que tuve que prepararme una función para mí sola. Mientras que, por otro lado, si me quedaba sola, ya no iba a tener ningún problema de que me pudiesen descubrir por las noches yéndome a entrenar. Y, la verdad, es que tengo que decir que, a pesar del miedo que sentía, sobre todo porque no tenía ni idea de quién pudo cometer aquel asesinato, estaba bastante emocionada. A partir de hoy, otro nuevo cambio iba a tener lugar en mi vida. Además, desde que entrenaba con Eric, como me habían hecho tan poderosa de repente y, con cada entrenamiento, cada día me hacía más fuerte; eso hacía que en aquel momento me sintiese más invencible que nunca. Aunque si me comparaba con mis compañeros los extraterrestres, con los cuales me llevaba muy bien, aunque como entrenaba tan poco tiempo con ellos, todavía no había surgido ninguna amistad. Ellos estaban incluso más en forma que yo ya que, aunque yo llevaba muchos años de mi vida realizando artes marciales, la mayoría de ellos llevaban muchos más años que yo siendo tan poderosos. Eso me hacía pensar que, al igual que Inderto, podía haber otros seres oscuros tan poderosos o incluso mucho más poderosos que nosotros.

—¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros? —me preguntó Luis aquella mañana en el desayuno.

—Estoy segura. Aunque la verdad es que me vais a dar bastante envidia.

—Pues vente.

—Todavía estás a tiempo, si quieres —me dijo David.

—Lo sé, pero ya lo he decidido. Voy a quedarme aquí.

—Que sepas que te vamos a echar de menos —me dijo Luis.

—Hombre, no esperaba menos. Tiene que ser duro alejarse una temporada de alguien como yo —les dije de broma.

—Ja, ja, ja, ja. Tampoco te flipes mucho —me dijo Luis—. Pero, la verdad, es que nos encantaría que vinieses.

—Ya. No me vas a hacer cambiar de opinión.

—Pues no te metas en líos, ¿eh? —me dijo David—. Por mucho que hablemos por el móvil, no vamos a estar aquí para protegerte si te pasa algo.

—No os preocupéis, que estoy muy entrenada. Y, aunque haya algún asesino por ahí suelto, en este momento no me asusta nada ni nadie.

—Por si acaso, cualquier cosa, ya sabes, nos llamas —me dijo Luis.

Cuando terminamos de desayunar, volvimos a las habitaciones del hotel. David y Luis recogieron sus cosas y, antes de que empezaran a volar, me despedí de ellos con un gran abrazo.

—Volveremos aquí lo antes posible —me dijo Luis justo antes de irse—. Contigo todavía nos queda otro gran viaje por hacer.

—Sí, a ver si esta vez no nos destrozan la nave —le contesté.

—Esperemos que no.

En cuanto se marcharon, comencé a sentir una ligera tristeza en mi interior. No iban a estar demasiado tiempo fuera, como mucho suponía que unas tres semanas. Pero, aun así, el hecho de estar de repente totalmente sola en aquel planeta hizo que sintiese una cierta soledad. También comencé a echar más de menos a mi familia y a mis amigos. Esperaba que, dentro de poco, una vez se hubiese solucionado la gran movida que iba a tener lugar en la Tierra, nos pudiésemos volver a ver.

Aquella mañana decidí tomármela de descanso y no trabajar en el mercadillo, aunque por la tarde sí que tenía pensado dar el espectáculo que me había preparado.

Aproximadamente una hora después de que mis amigos echasen a volar, justo en el momento en el que estaba sentada en uno de los sofás de mi habitación pensando en la situación en la que me encontraba en aquel momento, Eric y Caspea se presentaron en mi habitación; era la primera vez que los veía por el día.

—Hola, Shiada —me saludaron los dos nada más aparecer.

—Hola. ¿Qué hacéis aquí? —les pregunté un poco extrañada.

—¿No tienes ganas de entrenar? —me preguntó Eric.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—Esta noche también puedes entrenar si quieres. Ahora que no están tus amigos, si quieres puedes aprovechar para entrenar más horas.

—Pues me gustaría, pero lo tengo bastante difícil porque tengo todas las mañanas y todas las tardes ocupadas, quitando hoy por la mañana, que me lo he cogido de descanso.

—¿Y no te gustaría que alguien hiciese tu trabajo por tí y mientras tú aprovechas para entrenar?

—Hombre, pues si luego me diesen el dinero que han ganado, estaría genial. Pero, vamos, que no me gusta aprovecharme de la gente. Y lo de dar mi espectáculo no quiero que nadie lo haga por mí, porque es algo que me he estado preparando y que tengo muchas ganas de hacer.

—Si quieres yo puedo trabajar en el mercadillo por las mañanas, y así puedes aprovechar también para entrenar con Eric esas horas. Yo luego te daría el dinero que ganase —me comentó Caspea.

—¿En serio? ¿No te importa?

—No, no me importa. Es más, me encantaría. Porque el entrenamiento que estás realizando es para algo mucho más grande que nosotros.

—Oye, pues yo encantada, ¿eh? Muchas gracias. Porque dar espectáculos, sí, pero lo de vender comida en un mercadillo nunca ha sido para mí una vocación. Así que, si lo quieres hacer tú y luego darme el dinero, por mí perfecto.

—¡Genial! Pues si quieres, hasta que vengan tus amigos, podrás entrenar por las mañanas y por las noches. Las tardes las tienes para tus espectáculos, que te continuaremos haciendo lo del sueño, para que no estés cansada.

—Me parece muy bien.trato hecho —le dije a Caspea mientras le daba la mano en señal de acuerdo—. ¿Empezamos ahora a entrenar? Me acabo de quedar sola y me han entrado muchas ganas de hacer cosas.

—Claro, como tú quieras —me contestó Eric.

Así que Eric y yo nos fuimos volando hasta el escondite de la cascada mientras Caspea se

quedaba en el mercadillo vendiendo comida. Era la primera vez que iba a visitar aquel escondite por el día. Tenía que ser algo increíble entrenar ahí de día, ya que así podía contemplar el paisaje tan alucinante en donde se encontraba nuestro lugar secreto.

—¿Qué suerte tienen los que entrenan de día! —le dije a Eric mientras observábamos la cascada tan grande que invadía aquel paisaje.

—Tú ahora vas a entrenar de día.

—Sí, pero ¿y el resto de las personas a las que entrenas?

—Tú tranquila, que tengo tiempo. Y como tú has sido la última en llegar, me quiero centrar más en ti.

—Ah, vale. Pues por mí genial, ¿eh? A mí, además, ya sabes que esto de entrenar me encanta. Cuanto más entrene, mejor.

—Sí, ya lo sé, no hace falta que me lo digas.

Pasamos por dentro de la cascada y llegamos a nuestro escondite, que estaba incluso más lleno que por la noche y había muchísimos más seres entrenando. Aunque, por suerte, como el sitio ese era tan grande, no teníamos problemas para utilizar las máquinas.

Primero hice un circuito de entrenamiento de fuerza que me mandó Eric y luego corrí llevando grandes cantidades de peso sobre mis hombros. Por último, entrené con él la lucha cuerpo a cuerpo. Aunque él me ganó la gran mayoría de las veces, desde la primera vez que entrené con Eric hasta ahora, había mejorado enormemente. Todo el esfuerzo que estaba realizando se notaba con claridad.

—¿Y cuándo llegará ese día en el que nos tocará luchar? —le pregunté a Eric mientras peleábamos.

—Dentro de poco, pero no te puedo decir el día exacto. Lo único que sigas dándolo todo en cada entrenamiento, como estás haciendo ahora. Porque, cuando llegue ese día, lo preferible es que estés lo más entrenada posible.

—Pero ¿tú sabes cuándo va a ser ese día? —le pregunté intrigada.

—No, pero si lo supiese, te diría lo mismo que te acabo de decir.

—Pues vaya —le dije molesta.

—Lo siento, pero no te puedo decir nada.

—¿Tú has visto a los extraterrestres chungos? O sea, ¿has tenido algún contacto con ellos?

—Con los chungos te refieres a los que trabajan para el plan ese que te contamos, ¿no? Los oscuros.

—Sí, a esos me refiero.

—No, no he tenido ningún contacto con ellos ni tengo ninguna intención en tenerlo.

—Pues yo tengo curiosidad.

—Tú tranquila, que seguro que les acabas viendo.

—Pues si los veo, más les vale que no me hagan nada.

—Ja, ja, ja, ja. Bueno, vamos a seguir, que siempre me entretienes con tus preguntas.

Al terminar el entrenamiento, me despedí de Eric y me dirigí al hotel, donde me encontré con Caspea y esta me dio todo el dinero que había ganado en el mercadillo. Por lo visto había hecho récord de alimentos vendidos en una mañana. Así que yo, muy agradecida, le di las gracias. Y como, según ella, vender comida en el mercadillo era una tarea que le gustaba mucho, quedamos en que, hasta que volviesen David y Luís, esa sería su tarea de todas las mañanas. Aunque fuese por un propósito mucho mayor, tanto Eric como Caspea me estaban ayudando tremendamente.

Cuando vino la tarde, llegó mi momento de dar el espectáculo. Como os podéis imaginar, estaba

bastante nerviosa, porque, aunque me lo había preparado y siempre me había encantado actuar en el escenario, era la primera vez que me tocaba hacerlo sola. Y para nada es lo mismo actuar sobre el escenario tú sola que actuar acompañada con más gente. Por lo menos en mi caso. Los nervios eran mucho mayores ahora que me tocaba hacerlo todo a mí sola. Tenía mucho miedo de no hacerlo bien, de no gustarle a la gente y que eso hiciese que me criticasen. Aunque en aquel momento en mi vida había cosas más importantes que dar un buen espectáculo, estaba muy nerviosa.

Así que, antes de salir, comencé a decirme a mí misma todo tipo de frases motivadoras para ver si era capaz de creérmelas. Me dije: «¡Qué más dará lo que piense la gente! Lo único que tengo que hacer es salir ahí y disfrutar»; «No existe ninguna opinión más importante que la mía»; «Es mi oportunidad de hacer algo que me encanta, así que la voy a aprovechar»; «Es una gran oportunidad para superarme a mí misma, para salir de mi zona de confort y superar mi miedo escénico»; «Además, ¿qué sentido tiene estar tan nerviosa? Si lo que tengo que estar es emocionada por este gran regalo que me ha dado la vida para poder brillar un poco más»; «Este es un nuevo reto, así que voy a aprovecharlo para dar lo mejor de mí y así superarme a mí misma un poquito más»; «Esto es una oportunidad para demostrarme a mí misma de lo que soy capaz». Después de motivarme, tengo que decir que un poco más de confianza sí que cogí, y los nervios también disminuyeron un poquillo.

Cuando salí al escenario vi que este estaba tan lleno de gente como siempre, y el hecho de que fuese en un sitio en el que ya estaba acostumbrada a actuar también me ayudó a relajarme un pelín más. Pero eso sí, los nervios de justo el momento de salir, al igual que en todas mis anteriores actuaciones, estaban ahí, pero esta vez se encontraban un poco acentuados.

Realicé mi actuación, para la cual también había incorporado algún momento en el que sacaba a la luz parte de mi fuerza. Como, por ejemplo, en un momento en el que me daba por romper una mesa de madera utilizando solo mis brazos y mis manos. Creo que, en ese momento, muchos de los espectadores pensaron: «¡Qué chica más bestia!». Otra de las cosas que hice fue con una cuerda que había colgada del techo: trepé por ella a toda velocidad, sosteniéndome con las dos manos y luego con una conseguí quedarme totalmente horizontal... También hice todo tipo de saltos y de volteretas en el aire. Además, realicé una coreografía dando patadas y puñetazos en el aire. Y, finalmente, hice ejercicios de equilibrio del tipo caminar por una cuerda que está en el aire. Tengo que decir que me salió mejor de lo que me esperaba y que me quedé bastante satisfecha. Además, creo que al público le gustó bastante mi actuación porque, una vez terminó, estuvieron bastante rato aplaudiendo con mucha intensidad.

Después de cambiarme, nada más salir a la calle, me encontré con Leo, el chico de 22 años que quería trabajar en el circo y que vino a visitarnos por nuestra actuación varias semanas atrás, al cual le había dado mi número de teléfono, pero como no me escribió, desde entonces no había tenido ningún contacto con él.

—Hola, Shiada. ¿Qué tal?

—Muy bien. ¿Y tú qué tal? Desde la vez esa que te presentaste no hemos vuelto a saber de ti.

—Sí, no te he escrito porque he estado muy liado con exámenes de la universidad. Como es mi último año, lo quiero dar todo.

—Haces bien.

—Por cierto, me ha encantado tu actuación. Me ha parecido algo increíble. Has conseguido que me vuelva a emocionar. ¿De dónde has sido capaz de sacar tanta fuerza como para romper una mesa de esa manera?

—Bueno, más que fuerza es técnica y saber dónde le tienes que dar. Y sí, también es que yo soy muy fuerte, me gusta estar en muy buena forma física.

—Eso está guay. A mí me cuesta un poco hacer ejercicio.

—Pues a mí no me cuesta nada, más bien lo que me cuesta es no hacerlo. Y, bueno, me alegro de que te haya emocionado. Es reconfortante que alguien te diga eso. Y más cuando yo estaba un poco insegura con lo que iba a hacer.

—Pues no sé por qué estabas insegura, porque ya te digo que lo has hecho genial, ha sido una maravilla.

—Gracias.

—Una cosa, ¿cómo es que tú no te has ido? Porque cuando me dijisteis que os ibais a ir a Malsea, supuse que os iríais los tres.

—Pues ya ves. Yo he decidido quedarme aquí —le dije sin saber muy bien qué contestarle.

—¿Y por qué no te has querido ir con ellos?

—Soy muy impulsiva. De repente me han entrado ganas de quedarme un poco más.

—Ah.

—Y también quería saber qué se siente al actuar sola porque, claro, no es lo mismo actuar con otras dos personas que yo sola.

—Sí, es diferente. Así has probado hoy una experiencia un poco nueva, ¿no?

—Sí, ha sido la primera vez que he actuado yo sola delante de tanta gente.

—¡Qué guay! ¿Sabes cuántas personas os suelen ir a ver cada día?

—Me parece que son unas setecientas.

—Está muy bien. ¿Y qué te ha parecido la experiencia de hoy?

—Muy chula, me ha gustado mucho.

—¿Entonces ahora estás viviendo tú sola?

—Sí, ahora estoy yo solita viviendo en la habitación de un hotel en el que llevo ya bastante tiempo —le expliqué dándome cuenta de que tal vez le estaba contando demasiado y estaba siendo demasiado confiada. Aunque, por otro lado, con lo poderosa que era en aquel momento tampoco me importaba. Además, quitando a Eric, Caspea y algunos seres del sitio secreto, no tenía relación con mucha gente más. Por lo que también me apetecía conocer a más personas.

—Oye, pues ahora que acabo de terminar mis exámenes estoy más libre, así que si quieres que quedemos o algo dime. Sigo teniendo tu número. O si quieres que demos hoy una vuelta o que tomemos algo. Porque, ahora mismo, lo único que tenía pensado hacer era volverme a mi casa.

—¡Guay! Si quieres podemos dar ahora una vuelta, porque yo también tenía pensado volverme a mi casa. O sea, a mi habitación del hotel.

—Genial, pues damos una vuelta.

Fuimos hasta su moto y dimos una vuelta en ella y me hizo una ruta turística. Quitando un videojuego en el que tuve que usar una de mentira, era la primera vez en mi vida que iba en moto. Y aunque ni mucho menos iba a la velocidad que yo podía alcanzar volando, sin duda me pareció también una experiencia muy bonita. Además, fue una agradable forma de ver el estado tan deprimente en el que se encontraba Miracle. Después de aquel paseo fuimos a cenar a un restaurante; eran las 9 de la noche y yo ya tenía hambre. Me llevó a un sitio de hamburguesas. Nosotras las hadas no teníamos costumbre de comer ese tipo de cosas, aunque, de vez en cuando, para darnos un capricho, sí que es verdad que las tomábamos. Lo único que, como en mi caso, mis caprichos eran más bien los dulces, creo que haría como medio año o así que no me comía una hamburguesa.

—¿Te gustan las hamburguesas? —me preguntó Leo.

—Sí, aunque no tengo costumbre de comerlas.

—Si quieres podemos ir a otro sitio.

—No, que así cambio y como cosas diferentes.

Me pedí una que era de queso filadelfia con cebolla caramelizada, y la verdad es que me encantó, estaba buenísima. Y Leo se pidió una de aguacate, que también tenía muy buena pinta.

—¿Llevas mucho tiempo haciendo espectáculos? —me preguntó mientras cenábamos.

—No, no llevo mucho tiempo.

—Pero llevarás mucho tiempo practicando, ¿no? Porque lo que haces se te da tremendamente bien.

—Sí, practicando llevo desde los 4 años —le dije el primer número que me vino a la cabeza.

—¡Claro! Ya decía yo que tenías que llevar mucho tiempo, porque, si no, me parecía imposible que hicieras esas cosas tan sorprendentes.

—También la forma física hace mucho, ¿eh? ¿Tú por qué no vas mucho al gimnasio?

—Me cuesta bastante ir. Me da pereza. La última vez que fui creo que fue hace un mes y medio o así. Y la anterior a esa hará lo menos dos meses. También que como ahora he estado de exámenes, pues apenas he salido ni nada.

—Pues sí que vas poco. Si quieres estar sano, como no hagas ejercicio, por lo menos caminar o algo de eso, lo vas a tener un poco difícil.

—Ya, si lo sé. Lo que pasa es que me cuesta mucho ir.

—Hasta que cojas el hábito, que entonces te dejará de costar. Las cosas, cuando más suelen costar, es al principio, pero una vez coges el hábito ya no te das cuenta del esfuerzo que te suponía antes. ¿Y no tienes intención de hacer más ejercicio? Porque a mí, antes, cuando empecé, hace ya muchos años, también me pasaba como a ti, que me costaba. Pero una vez cogí el hábito, lo que realmente me costaba era dejar de hacerlo.

—Sí, es verdad. Y sí que tengo intención de empezar a hacer un poco más. De hecho, cuando finalizó el año me lo propuse como objetivo para el año siguiente, pero no lo estoy haciendo.

—Yo creo que una cosa que ayuda, hasta que coges el hábito, es pensar en cómo puede cambiar tu vida para mejor si comienzas a integrar en ella ese nuevo hábito.

—Sí, es verdad.

—En tu caso, si comienzas a hacer ejercicio más en serio, ¿cómo te sentirías? ¿En qué ámbitos mejoraría tu vida?

—Pues yo creo que me sentiría más seguro de mí mismo. Estaría más sano, más en forma y creo que eso me ayudaría a ligar más, porque seguramente también estaría más guapo. También puede ser que me sintiese un pasito más cerca de mi sueño de trabajar en el circo. Y, muy posiblemente, ahí podría conocer a más gente.

—Sí, seguramente. ¿Y tu vida podría empeorar en algo?

—No, en nada.

—Y si tienes tantos factores a favor y ninguno en contra, ¿por qué no lo haces?

—Ya te digo, por pereza.

—Pues cada vez que vuelvas a tener ocasión de hacer ejercicio, pregúntate qué puedes ganar a tu favor y qué puedes perder. A ver si entonces sigues teniendo tanta pereza. Pregúntate cómo mejoraría tu vida y cómo te sentirías si cogieses el hábito de hacer ejercicio. Vamos, si quieres. Que lo que quieras hacer con tu vida es cosa tuya.

—Sí. A partir de ahora me lo voy a preguntar, a ver si consigo ir más.

Estuvimos un rato más charlando sobre diferentes temas y, justo cuando pedimos la cuenta y yo aproveché para ir al baño, ocurrió algo que no me esperaba para nada y que hizo que el hecho de tener tanta fuerza dejase de ser un apoyo para sentirme más segura. Le dije a Leo que fuese pidiendo la cuenta y yo mientras iba a hacer pis, pero, al salir de la zona del cuarto de baño, cuando me estaba lavando las manos, escuché una voz detrás de mí:

—Te estoy observando —dijo la voz, la cual sonaba con un tono un poco terrorífico.

En ese momento, rápidamente miré al espejo y después me di la vuelta, pero en ambos casos no vi a nadie. Luego escuché una risa que me pareció bastante diabólica. Pero al mirar por todas las partes del baño, tampoco conseguí ver a nadie.

—Cosas muy oscuras están a punto de suceder —añadió la voz.

Se trataba de una voz que nunca había escuchado y tenía un sonido tremendamente diabólico.

Pero, justo antes de que decidiese salir del baño, sin que yo lo viese, algo me apuñaló en la espalda. Al tocarme con la mano en la zona, vi que esta estaba llena de sangre, por lo que me di cuenta de que mi cuerpo no era tan resistente como yo pensaba, por lo menos para aquel ser.

—Esto es un adelanto de lo que te puede pasar como sigas metiendo las narices donde no debes.

Yo estaba muerta de miedo y de rabia por lo que me acababa de suceder y, sobre todo, porque no tenía ni idea de dónde procedía aquella voz. No sabía quién estaba detrás de todo. Así que me limpié la herida como pude para que por lo menos no se me notase y opté por salir de aquel lugar lo más rápido posible. En cuanto salí del baño, me encontré con Leo, que me preguntó si estaba bien porque había tardado mucho.

—Pues no. La verdad es que no me encuentro muy allá. No he estado haciendo mis necesidades ni nada, ¿eh? Simplemente que no me siento bien —le contesté—. Creo que ya me voy a ir a casa. Lo siento.

—Bueno, ya hemos terminado de cenar. No pasa nada. Te acerco a tu hotel, ¿no?

—No, no. No hace falta, gracias. Yo sola llego enseguida.

—¿Estás segura? No me cuesta nada acercarte. Y creo que en moto iríamos más rápido que tú andando.

—No te preocupes, que yo llego enseguida. Quedamos otra vez otro día de estos. Vamos hablando por el móvil.

—Sí, seguimos en contacto.

—Muy bien. Hasta luego. Que descanses.

—Hasta luego. Que te mejores.

—Gracias.

En cuanto salí de aquel restaurante, aprovechando que era de noche y que así era más difícil que la gente me viese, alcé el vuelo para llegar al hotel lo más rápido posible. Aquella herida en la espalda me había dejado bastante débil. En cuanto llegué a mi habitación, me tiré sobre la cama y me quedé dormida.

Capítulo 11

Me desperté de repente aquella noche. Al mirar la hora vi que ya eran las 4 de la madrugada, lo que significaba que aquella noche ya no iba a entrenar. A los pocos segundos de que me hubiese despertado, apareció Eric, que venía del baño.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —me preguntó.

—¿Pues tú cómo crees que se siente una persona cuando la apuñalan por la espalda?

—No sé decirte, nunca me ha pasado.

—Pues mejor que no te pase, porque tengo ahora mismo una mala leche que no te haces a la idea. Aparte de que estoy asustadísima. Yo pensaba que lo que me habíais hecho era hacerme superpoderosa, pero hoy en el baño del restaurante ya he podido comprobar que no es así.

—Te hemos hecho muy poderosa, pero eso no implica que existan en la Tierra otros seres tremendamente poderosos, que las hadas y los humanos todavía desconocéis.

—¿Y qué ser era ese que me ha apuñalado por la espalda, si se puede saber? Porque me hablaba, pero yo no veía nada. ¿Y qué tal está mi herida? —pregunté dándome cuenta de que me había desaparecido el dolor.

—Tu herida está bastante mejor. Caspea te ha puesto una pomada que acelera notablemente el proceso de cicatrización.

—O sea, que me va a quedar ya una cicatriz para toda la vida.

—No, no tiene por qué. Y no tenemos claro quién es ese ser. Puede ser Inderto o cualquiera de los seres que luchan a favor de la oscuridad.

—¿Tú crees que puede ser Inderto? Si ese es un ser gigantesco...

—Sí, pero ya sabes que puede tomar todos los tamaños y todas las formas que quiera.

—Sí, eso sí. Pues esperemos que no sea Inderto, porque si es ese bicho, ¡qué mal rollo! Además, me dijo que lo que me había hecho era un adelanto de lo que me podía pasar si seguía metiendo las narices, y yo que sepa no estoy metiendo las narices en ningún sitio. ¿Puede ser que se refiera a los entrenamientos?

—Muy posiblemente.

—¿Y cómo sabe que estoy entrenando?

—No tengo ni idea, pero, como ya sabes, si es Inderto, puede adoptar la forma que quiera.

—Pues se va a enterar, porque me voy a entrenar como una bestia para darle lo que se merece —dije mientras intentaba levantarme de la cama.

—Tranquila, que hoy no vas a entrenar ni mañana tampoco. Mejor quédate en la cama.

—Por las horas que son ya me imagino. Pero ¿y por qué mañana tampoco?

—Porque necesitas descansar para recuperarte. Si no descansas lo suficiente, no vas a poder seguir avanzando.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Me tengo que quedar en la cama todo el día? Menos mal que hoy es sábado, porque, si no, lo mismo me decís que tampoco puedo salir a actuar. Y encima, si vosotros podéis hacer que no me sienta cansada, no sé para qué hoy tengo que descansar.

—Porque te han hecho una gran herida y lo mejor es que descanses para recuperarte lo máximo posible.

—Hola, Shiada. ¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Caspea, que apareció en aquel momento.

—Pues aquí estoy. He tenido días mucho mejores. Eso de que me apuñalen en un baño público no me ha sentado muy bien.

—Te entiendo. Pero, tranquila, que dentro de nada ya vas a estar recuperada y podrás seguir entrenando. ¿Y qué fue exactamente lo que pasó?

—Pues que fui al baño a hacer pis y de repente escuché una voz muy diabólica y terrorífica que comenzó a hablarme. Me dijo que me estaba observando, que cosas muy oscuras iban a suceder y que la herida que me hizo era un adelanto de lo que me podía pasar si seguía metiendo las narices.

—Vaya, lo siento —me dijo Caspea mientras me daba un abrazo—. ¿Y qué tal te encuentras? ¿Estás muy asustada?

—Pues sí, estoy algo asustada, pero, sobre todo, muy cabreada. Eso de que alguien me haya acuchillado no me ha hecho ninguna gracia.

—Normal. Pues no le hagas caso a lo que te dice. Lo único que pretende es meterte miedo.

—Así que, ¿no es verdad lo que dice?

—No, no estoy diciendo que no sea verdad. En cada momento, la vida nos está dando la oportunidad de sacar lo mejor o lo peor de nosotros mismos. Y lo que te ha sucedido esta noche, al igual que todas y cada una de las cosas que nos pasan a todos nosotros a lo largo de nuestra vida, es simplemente esa oportunidad. No olvides lo que te dije de que la vida que estamos viviendo en este momento es simplemente una escuela en la que cada uno de nosotros tenemos un papel diferente. Así que entiende que por muy negras y oscuras que se pongan las cosas, no tiene ningún sentido tener miedo.

—Sí. Pues, aunque me digas eso, ahora mismo sigo asustada y con muchísima rabia.

—Pues ábrete a sentir lo que estás sintiendo.

—¿Qué quieres? ¿Que sienta cada vez más miedo?

—No. Lo que quiero es que seas consciente. Las emociones están para ayudarnos, por lo que, si sientes alegría, miedo, tristeza u otra cosa, ábrete a ello. Muchas personas acaban teniendo una depresión por no permitirse estar tristes, por no permitirse pasarlo mal en determinados momentos. Tenemos que ser sinceros y aceptarnos a nosotros mismos, tenemos que ser auténticos.

—De acuerdo. Pues déjame que me desestrese.

En aquel momento salí rápidamente volando de mi habitación y llegué a una montaña de grandes rocas que había en la selva. Una vez allí, comencé a golpearlas una a una con todas mis fuerzas que, gracias a la dureza que había adquirido mi cuerpo, mis puños no sufrieron ningún daño, aunque todas las rocas quedaron completamente destrozadas. Cuando conseguí desahogarme lo suficiente, regresé volando de nuevo hasta la habitación de mi hotel.

—¿Qué tal? ¿Ya te has desahogado un poco? —me preguntó Caspea.

—Sí, ya estoy algo mejor. Me he ido lejos porque no quería romper la habitación. Por lo menos ahora ya no siento tantísima rabia.

—Muy bien.

—Voy a seguir descansando. ¿Cuándo podré volver a entrenar?

—Cuando sientas que ya te has recuperado.

—¿Y cuánto tiempo voy a tardar?

—No lo sabemos. Depende de ti. No te preocupes. Tú ahora simplemente descansa.

—Vale. Con lo poco que me gusta a mí estar en la cama.

Caspea y Eric se marcharon y me dejaron sola en la cama de mi habitación descansando. Una vez hube meditado un poco más todo lo que había pasado, me empecé a aburrir, así que encendí la televisión, a ver si así me aburría un poco menos.

Seguía tremendamente asustada y muerta de miedo por lo que acababa de pasar. Menos mal que estaban Caspea y Eric y sabía que podía contar con ellos, porque, si no, el miedo seguramente hubiese sido mucho mayor. Pero, bueno, si estaba asustada, estaba asustada, no iba a negar esa realidad. Lo que sí que no iba a permitir es que aquel miedo me detuviese. No iba a dejar que aquel ser desconocido se saliese con la suya.

Aquella herida me había dejado más cansada de lo normal, así que al final hasta el lunes no volví con los entrenamientos y con mi espectáculo; por suerte también pude actuar el lunes que, como ya era mi segundo día, los nervios fueron mucho menores. Este me salió bastante bien, pero no sé, la vez anterior me sentí más contenta conmigo misma. Creo que me vino muy bien descansar, aunque solo hubiesen sido dos días, ya que Eric y Caspea me habían dicho que gracias a los poderes que me habían dado, el tiempo de recuperación que necesitaba era mucho menor que el de un hada o una persona normal. Por eso, a partir del lunes, volví a entrenar con una gran energía.

Durante esos días, aparte de entrenar, ganar dinero, hacer espectáculos y volver a quedar con Leo para tomar algo, también aprovechaba para hablar por teléfono con David y con Luis; hablábamos como un día sí y un día no. Por lo visto, ellos ya habían recorrido muchísimos kilómetros volando, habían visto muchísimos lugares y estaban disfrutando de preciosos paisajes como los que teníamos en algunas de las plataformas del mundo de las hadas. Me dijeron que, en vez de estar fuera 20 días, como les estaba gustando tanto todo lo que estaban haciendo, tenían pensado estar 30 días, y luego, una vez que volvisen, volveríamos a reparar la nave, a ver si esta vez conseguíamos regresar a nuestro verdadero hogar, al Reino de las Hadas. Porque viendo lo que habíamos visto hasta ese momento, ese mundo de verdad sí que era un increíble paraíso. La cosa estaba en que habíamos tenido que pasar por algunas experiencias no muy agradables, como el asesinato de Cristina, para darnos cuenta de ello.

Un día, entrenando con Eric en nuestro escondite de siempre, este me dio algo más de información acerca de lo que querían los oscuros, aquellos seres contra los que habíamos decidido luchar. Por lo visto, la principal meta de todos ellos era el poder absoluto. Una vez consiguiesen que nos enfrentásemos los unos a los otros y lograsen arrebatar nos todo lo que nos quedaba, comenzaría entre ellos mismos la lucha por el poder, lo que podía dar lugar a que el poder absoluto solamente quedase en manos de una persona. Pero, bueno, para eso estábamos allí, para evitar que aquello no llegase nunca a producirse. Hasta ahora, sí que hubo en la historia grandes conquistadores, pero estos únicamente habían logrado gobernar una pequeña parte de lo que es la Tierra. Era ahora cuando por primera vez en la historia podía llegar a producirse que solamente unos pocos pudiesen llegar a hacerse con todo el poder del mundo.

—Pues yo pensaba que era ambiciosa, pero comparada con estos tíos ya estoy viendo que no lo soy tanto —le comenté a Eric mientras me lo contaba.

—Tú tienes ambición de otras cosas, las cuales no suponen ningún daño para el mundo, sino más bien al revés.

—Sí, eso sí.

—Porque, aparte de parar esto, si quieres ayudar a la Tierra, lo mejor que puedes hacer es transmitir paz a cada sitio al que vas. ¿Sigues lanzando tus lágrimas a la gente? Porque, que yo sepa, esa fue la principal razón por la que vinisteis aquí.

—Pues antes sí que mandaba, pero como muchas de las personas a las que se las lanzábamos desaparecían, y como estoy ahora con los entrenamientos, mi espectáculo y ese tipo de cosas, he dejado de lanzarlas.

—Pues te recomiendo que, cuando puedas, las comiences a lanzar de nuevo. Utiliza cada don que tengas para ayudar a la gente. Los dones que tenemos cada uno de nosotros son nuestros por alguna razón, y una vez descubramos cuáles son, lo único que tenemos que hacer con ellos es compartirlos con el resto del mundo. Esa es una de las mejores formas que tenemos de ayudar a los demás.

—Vale. Pues a partir de ahora volveré a lanzar mis lágrimas. Espero que no haya más desapariciones. Aunque las personas que realmente han desaparecido son aquellas a las que Luis y David les lanzaron sus lágrimas; a los que se las lancé yo, nunca llegaron a desaparecer. Y, algún día que les visito, sin que ellos me vean, me doy cuenta de que mis lágrimas les ayudaron de verdad.

—Muy bien. Y, si hay desapariciones, tampoco te frustres. Porque en tu caso, sé que, aunque el resultado no sea muy bueno, cada cosa que haces, la haces con buena intención.

—Sí, eso sí.

—Además, que el hecho de que el mundo se complique hace que cada vez nos sea más fácil conocernos de verdad a nosotros mismos.

—¿A qué te refieres?

—A que es muy fácil ser bueno y amable cuando todo marcha bien. Pero cuando la vida nos golpea, ya no es tan fácil. Y es ahí cuando tenemos la oportunidad de descubrir qué es lo que hay en nosotros.

—¿Y eso qué tiene que ver con que todo el poder acabe en manos de unos pocos?

—Tiene que ver con que ese caos que están creando va a ayudar a que muchas personas despierten. Durante todos estos años, las hadas habéis ayudado mucho a la humanidad. Pero ese escudo que ahora mismo se encuentra rodeando la Tierra está ayudando a las personas a que vayan resurgiendo de sus cenizas. Cuando dejamos de ayudar en exceso a la gente, las personas primero van hacia abajo y tocan fondo, pero luego desde ahí comienzan a ascender. Tienen que darse cuenta de que en realidad no necesitaban que los ayudaseis, porque ya estaba en ellas todo lo que necesitaban. La felicidad viene de dentro, no de algo que es externo a nosotros.

—Eh, no entiendo nada. Entonces, ¿a qué viene que me digas que siga lanzando mis lágrimas?

—Me refiero a que, como ya te dijimos, cada cosa sucede por alguna razón, todo es perfecto tal y como es. Y justo en este momento en el que hay más caos que nunca sobre la Tierra, está bien que eches una mano a las personas que habitan en ella. Está genial ayudar a los demás, lo que no está tan genial es ayudarlos demasiado, de tal forma que, al ayudarlos tanto, les impidamos crecer. Un padre tiene que ayudar a sus hijos, pero no tiene que sobreprotegerles ni impedirles que no logren nada por ellos mismos.

—¿Y las hadas estamos aprendiendo algo con ese escudo de energía?

—Las hadas tenéis que aprender a no depender tanto de ayudar a los demás, ya que no necesitáis ayudar a nadie para sentirnos valiosas. Lo primero es ayudarse a uno mismo y, a partir de ahí, ya nos podemos dedicar a compartir nuestros dones y talentos con el resto del mundo. Tenéis que aprender a valoraros más a vosotras mismas, a subir vuestra autoestima.

—Pues en el Reino de las Hadas, durante toda nuestra vida, nos han estado diciendo que hemos nacido para ayudar a los humanos, que ese siempre será nuestro mayor propósito y la verdadera razón de nuestro nacimiento.

—Ya lo sé, por eso las cosas están cambiando.

—¿Entonces me estás diciendo que ese escudo de energía ha sido un regalo para nosotros y para los humanos?

—Sí, más o menos.

—¿Y todos estos años de generaciones y generaciones de hadas a las que les han inculcado esta idea son años perdidos? ¿Todo este tiempo no ha valido para nada?

—No, claro que ha valido. Seguro que habéis aprendido muchas cosas durante tantas generaciones.

—Sí. Pues no sé el qué. Hemos aprendido a no valorar lo que tenemos, porque yo todavía no, pero todas las hadas, desde que han cumplido los 21 años, han estado totalmente pendientes de ayudar a los humanos.

—Ya lo sé, eso no es un aprendizaje. Pero bueno, vamos a dejar ya esta conversación, que empiezas a hablar y no me entrenas.

—Vale, pero es que menudas cosas que me cuentas. Que me digas de repente que no ha servido de nada que las hadas hayamos estado tanto tiempo ayudando a los humanos, como comprenderás, no es algo que me deje muy bien.

—Sí que ha servido, no te preocupes. Todo es un proceso, y la evolución no es lineal, es circular.

—¿Qué es eso de lineal y circular?

—Que en la vida cuando estamos evolucionando, muchas veces experimentamos momentos de retroceso. Hay veces en las que empeoramos y volvemos atrás. Pero no nos tenemos que preocupar por eso, ya que es algo totalmente necesario para que sigamos avanzando. En vuestro caso, que las hadas ayudasen a los humanos era algo necesario para ambas evoluciones, porque cuando habéis dejado de poder hacer lo que estabais haciendo, poco a poco os iréis dando cuenta de que ni las hadas ni las personas necesitaban a las lágrimas. No te preocupes por las cosas que ya han pasado, no ha sido tiempo perdido; de cualquier cosa siempre podemos sacar algo.

—No. En mi caso, desde luego que no ha sido tiempo perdido, porque yo las pocas lágrimas que he llegado a lanzar han sido en la Tierra.

—Pues en tu caso ha sido porque tenía que ser así. Y, bueno, ahora ya sí que sí, vamos a seguir entrenando. Que al hablar nos desconcentramos de entrenar.

Así que lo que quedaba de aquel entrenamiento lo hicimos sin apenas hablar. Aquella experiencia que había tenido en el baño había aumentado mi miedo, pero también mis ganas de seguir evolucionando. Eso sí, esperaba que aquel ser misterioso y diabólico no fuese Inderto. Prefería que en su lugar fuese algún otro mucho menos poderoso.

Estaba siendo una etapa bastante complicada para mí. Como ya creo que he dicho en alguna ocasión en este libro, nunca pensé que en mi vida llegaría a una situación como la que me encontraba en aquel momento. Lo que me había sucedido desde que habíamos llegado a la Tierra había hecho que abriese mucho más mis ojos. Había dado lugar a que cosas que antes me parecían imposibles ahora me pareciesen algo dentro de la realidad. No tenía ni idea de cómo iba a terminar toda esta historia, pero estaba segura de que lo más inverosímil todavía no había sucedido. Estaba segurísima de que todavía tenían que pasar cosas que no me esperaba. Y esa incertidumbre que por un lado me asustaba, por otro me emocionaba. A mí siempre me había emocionado el futuro, y eso hacía que muchas veces no estuviese tanto en el presente, que es en realidad lo único que existe. Pero el momento en el que estaba ahora mismo hacía que tanto el futuro como el presente me emocionasen más que nunca.

Nunca en mi vida había sentido tanto miedo, pero, a la vez, nunca en mi vida me había sentido tan viva. Eso me hacía ser totalmente consciente de que yo era la única responsable de mi vida y que todas las cosas que me sucedían eran simplemente oportunidades de decisión. Yo era la que

había decidido trabajar en el mercadillo por la mañana y por la tarde dando espectáculos, había decidido no irme de viaje con Luis y David, había decidido llegar a la Tierra, romper nuestra nave, aprender artes marciales y aprender a montar a caballo, y había decidido formar parte del grupo tan numeroso de seres que estábamos dispuestos a arriesgar nuestra vida para evitar que sucediese algo mucho más grande que nosotros. Son nuestras decisiones las que acaban marcando cómo es nuestra vida. Cada decisión comienza con una emoción, esta nos produce un pensamiento y ese pensamiento hace que tengamos una conducta, lo que dará lugar a las decisiones que tomemos. De ahí la importancia de escucharnos a nosotros mismos y ser auténticos. A este mundo hemos venido a ser nosotros. Nunca vamos a poder ser la mejor versión de otro ser, pero siempre podremos ser la mejor versión de nosotros mismos.

Otro día, cuando Luis y David todavía seguían de viaje, pasó algo que tampoco fue muy agradable de ver ni muy alegre de escuchar, más bien totalmente al revés, y nos hizo saber que ya no quedaba nada para que comenzase a pasar lo que Eric y Caspea nos habían dicho que iba a suceder dentro de muy poco.

Era un miércoles por la mañana y yo estaba entrenando con Eric en nuestro escondite de la cascada. Cuando, de repente, comenzaron a encenderse unas luces rojas y a la vez empezamos a escuchar el sonido de una campana.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a Eric nada más ver las luces y oír la campana.

—Que ha pasado algo grave.

—¿Y qué ha podido pasar? —pregunté algo extrañada y asustada.

—No lo sé. Ahora nos dirán.

Acto seguido, escuchamos una voz, era la voz de Marina, una de las entrenadoras, realizaba el mismo trabajo que Eric y, hasta ahora, aunque la había oído hablar, todavía no había hablado con ella:

—Hola, chicos. Siento deciros que el momento para el que llevamos tantos años preparándonos acaba de llegar. Acaba de morir un compañero vuestro a manos de los oscuros, de los que luchan a favor la oscuridad. Su nombre es Samuel y le hemos encontrado esta mañana muerto en su casa.

En aquel momento, nada más pronunciar el nombre de aquel chico, nuestro escondite se llenó de pantallas en las que aparecía a tamaño gigante el rostro de Samuel. Se trataba de un ser bastante joven, aunque creo que no tanto como yo. Su aspecto era una mezcla entre un caballo y un humano, tenía los ojos marrones y el pelo negro, y su cara era bastante agradable, en la foto salía sonriendo.

—Como sabéis, ahora mismo, este ser tan increíble al que yo entrenaba, en este momento estará en algún lugar mejor. Por alguna razón, la vida no ha querido que finalmente participe en lo que sí que vamos a participar todos nosotros. Ha muerto porque le han clavado algo en el corazón de una manera tan profunda que le ha llegado a traspasar el cuerpo entero. Os enseño la imagen.

Y nada más decir esto, la imagen del rostro de Samuel fue sustituida por la de su cuerpo inerte tirado en el suelo. Había sangre en su cuerpo y en el suelo, y tengo que decir que me recordó bastante a la muerte de la chica que conocimos en el mercadillo. El hecho de ver aquella imagen hizo que me pusiese mucho más nerviosa. Quizás, en ambos casos, el asesinato lo había cometido la misma persona. De repente, me entró una especie de ansiedad y me empecé a tensar.

—¿Estás bien? —me preguntó Eric en cuanto se dio cuenta de cómo estaba.

—No, no estoy bien. Me ha recordado a cuando nos encontramos el cadáver de Cristina en su casa.

—Tranquila —me dijo Eric mientras me daba un abrazo para que me relajase—. No tengas

miedo, que estamos contigo.

—También estabais con ese chico y mira lo que le ha pasado.

—Te aseguro que ahora mismo se encuentra en un lugar en el que es mucho más feliz que nosotros. No le tengas ningún miedo a la muerte, porque, como ya te hemos dicho, no existe.

Mientras nosotros hablábamos, Marina continuaba hablando también. De repente, la escuché decir que ese mismo día había salido en las noticias que en dos semanas comenzarían a implantarle a todas las personas del mundo aquel DNI, que en realidad era una trampa para poder controlar a todas las personas de la Tierra. Así que sí que era verdad que ahora sí que sí había llegado nuestro momento de actuar. No íbamos a permitir que todas las personas de la Tierra entera fuesen controladas. Y no podía ser eso de que un porcentaje mínimo de los seres de la Tierra tuviesen mucho más poder que el resto de la humanidad.

—O sea, que ya ha llegado el momento de demostrar lo que me has enseñado —le dije a Eric.

—Eso parece.

—¿Y hay algún plan? Porque de eso no me habéis contado nada.

—Sí, pensábamos contártelo cuando llegase el día.

—Pues parece que el día ya ha llegado.

—Los oscuros tienen una isla privada —comenzó hablando Eric—. Nosotros tenemos este sitio y ellos tienen una isla. Uno de los nuestros lo descubrió hace apenas dos semanas. En esa isla hay una máquina gigantesca, la más grande que ha existido nunca. Se encuentra en esa isla, pero de lo grande que es, la mitad de ella está bajo Tierra. Mediante esa máquina pueden controlar las mentes de las personas de todo el mundo. Y, bueno, también decir que Inderto es el líder de todos ellos.

—Sí, eso último ya me lo imaginaba. Entonces, ¿el plan simplemente es romper esa máquina?

—Sí, pero no es tan fácil, porque esa isla tiene la mayor vigilancia que te puedas imaginar. Además, muchos de los oscuros viven allí.

—¿Y esos oscuros son más o menos poderosos que nosotros?

—Hay un poco de todo. Pero por lo general son bastante poderosos.

—¿Y por qué no atacasteis el sitio nada más descubrirlo?

—Porque eso pasó solamente hace dos semanas y, principalmente, porque queríamos aplazarlo lo máximo posible para que seres como tú, que fuiste la última en llegar, estuviéseris lo mejor entrenados posible para cuando llegase el momento.

—Ah, vale. Y ahora que ha llegado el momento, ¿qué tal me ves?

—Te veo muy bien. Confía en ti y no tengas miedo. Porque eres una gran guerrera.

—Gracias.

Marina se había cayado después de darnos la noticia de que en dos semanas comenzarían con la implantación del DNI. Al cabo de un rato, cuando aproximadamente hubo transcurrido una hora, durante la cual Eric y yo seguimos entrenando, Marina volvió a hablar:

—Hola a todos otra vez. Os hablo de nuevo, porque acabamos de decidir cuándo se va a realizar el día del ataque. Como queremos aplazarlo lo máximo posible, el ataque tendrá lugar dentro de 14 días, justo un día antes de que se produzca la implantación del DNI en el mundo. Así que os recomiendo que aprovechéis estos 14 días para entrenar a tope y para dar lo mejor de vosotros mismos en cada entrenamiento. Lo que haréis dentro de 14 días será algo tremendamente importante para toda la historia de la humanidad. Vais a hacer algo que hasta ahora nunca se había hecho. Nunca en la historia las personas que habitan en la Tierra se habían encontrado con esta situación. Nuestro objetivo es que sigan sin llegar a encontrarse con ella. Nadie nos conocerá

nunca, nadie sabrá nada de lo que hicimos por el mundo, nadie, menos todos nosotros. Así que, si estáis buscando una oportunidad para demostraros a vosotros mismos lo grandiosos que sois, aprovechad esta que tenéis delante, porque será muy difícil que se os presente una mejor. Os aseguro que ninguno de vosotros tenéis la menor idea de lo poderosos y grandiosos que sois. A lo largo de nuestra vida, sin darnos cuenta, hemos dejado que nuestra mente nos haya ido introduciendo todo tipo de creencias limitantes. A lo largo de todos estos años nos hemos ido introduciendo a nosotros mismos todo tipo de limitaciones que realmente no tenemos. Así que es hora de romper con todas esas limitaciones que realmente no existen. Es hora de decirle adiós a nuestro yo del pasado y comenzar a ser quien de verdad somos. Os aseguro que, al igual que yo, todos vosotros tenéis limitaciones, y en esta dimensión tenemos bastantes más que en otras, pero no os hacéis idea de lo lejos que se encuentran todavía. Dicho esto, vamos a por todas, que las personas de la Tierra tienen derecho a ser ayudadas.

Hubo unos segundos de pausa y Marina continuó:

—Y para acabar de hablar, que se me olvidaba, quiero decir que la decisión de actuar o no ante lo que está pasando es totalmente vuestra. Sois libres de decidir si queréis formar parte de esto o no. No os vamos a juzgar por la decisión que toméis. Lo único, eso sí, es que, si decidís echaros atrás ante esta misión que la luz os ha otorgado, os quitaremos los poderes que os dimos en un principio, ya que estos únicamente eran para ayudaros en vuestra misión. Pero os aseguro que no perderéis todo el trabajo de entrenamiento que habéis estado realizando todo este tiempo, eso siempre os pertenecerá. Así que, si cualquiera de vosotros decide irse, que la verdad es que lo entiendo perfectamente, porque no creo que nunca en vuestras vidas os hayáis visto inmersos en una misión de este tipo, tenéis la puerta abierta y podéis iros en el momento que queráis. Por el resto de seres que no están aquí en este momento, no os preocupéis, porque sus entrenadores les irán informando lo más rápido posible de lo que ha pasado. Y nada más. Creed en vosotros, porque si os han dado esta misión es porque sois capaces de llevarla a cabo. Los momentos más difíciles nos dan la oportunidad de sacar lo mejor o lo peor de nosotros mismos, y la decisión de lo que saquéis solamente es vuestra.

—¿Tú qué vas a hacer? —me preguntó Eric nada más terminar Marina su discurso—. ¿Te echas atrás o sigues adelante?

—No me preguntes tonterías. A mí ya sabes que me gustan los retos. ¿Y tú que vas a hacer?

—Yo también lucharé con vosotros. No creo que ningún entrenador se quiera echar atrás, aunque bueno, nunca se sabe.

Observamos a los seres que había en la sala y, por lo menos, en ese momento, parecía que ninguno de ellos había decidido abandonar, ya que no vimos a nadie irse del lugar. Al terminar Marina con su discurso, todo el mundo continuó entrenando. Creo que en parte ahí estaba la razón de por qué nos habían seleccionado a nosotros.

—Luis y David regresan justo cinco días antes de nuestro ataque —le comenté a Eric—. Así que, ¿cómo hago para que no se den cuenta de lo que voy a hacer? Porque, como ya sabes, quitando por la noche, el resto del día estamos siempre juntos.

—Te dijimos que no se lo podías contar a nadie, pero no sabemos cómo va a acabar esto y las normas no siempre están para respetarse. Así que haz lo que quieras, pero te aconsejo que te fíes de tu intuición y que, si al final decides contarles algo de lo que vas a hacer, lo hagas lo más tarde posible, preferiblemente cuando ya haya pasado todo, si es que lo quieres hacer.

—Vale, pues haré lo que sienta que debo hacer, aunque a veces no sé si me estoy fiando de mi intuición o de qué me estoy fiando. No me esperaba que me dijese lo que me has dicho, me has

sorprendido.

—Pero ¿para bien o para mal?

—Para bien, para bien.

—Ah, bueno. Todos tenemos intuición. Y si la que te habla no es tu intuición, será tu mente y ahí sí que puede ser que te equivoques. Pero no te preocupes, que no pasa nada porque te equivoques. Si no nos equivocamos, ya me dirás tú cómo vamos a aprender.

—Sí, eso sí. ¿Y crees que durante estas dos semanas debería de aumentar mis entrenamientos? Lo digo por dejar lo de los espectáculos.

—Como tú veas, es decisión tuya. Pero a mí la verdad es que ya me parece bastante que entres dos veces al día. En total te estás metiendo unas siete horas de entrenamiento, que creo que eso es más que suficiente. De hecho, eres la que más entrena.

—Sí, pero porque también he sido la última en llegar.

—Y en este tiempo has avanzado más que ninguno.

—Vale, pues mejor no renuncio a dar mis espectáculos, que encima es algo que me gusta mucho.

—Muy bien. Pues ya sabes. No te preocupes, que si estás aquí es por alguna razón, así que confía en ti.

Después de decirme eso nos despedimos con un abrazo, y volví volando a mi hotel, que menuda mañanita más intensa había tenido. Aunque sí que es verdad que, quitando ese asesinato que me había puesto tan nerviosa, lo otro era algo que sabía que dentro de poco iba a acabar pasando.

Siempre me había encantado sentir la incertidumbre, no saber cómo iba a seguir mi vida era un auténtico misterio. No saber cómo va a ser mi futuro, no saber quién voy a ser ni dónde voy a estar dentro de x años. Siempre me habían emocionado los cambios, siempre me había encantado adentrarme en lo desconocido y saltar al vacío. Y ahora, que más que nunca me encontraba en una completa incertidumbre, ya que ni siquiera sabía si iba a seguir viva después de que pasase aquello para lo que me había estado entrenando, tenía miedo. Tenía miedo de no poder con lo que la vida me estaba ofreciendo, de no ser tan fuerte como yo me pensaba que era, de no poder con el sufrimiento que aquella experiencia me podía dar, de no sentirme orgullosa de lo que hiciese, de no poder volver a abrir los ojos después de que todo pasase... y, sobre todo, tenía miedo de morir sin que nadie me recordase, tenía miedo de dejar esta vida sin haber logrado todos y cada uno de mis sueños. No quería ser de esas personas, o en mi caso de esas hadas, que justo antes de morir se lamentan por todas aquellas cosas que querían haber hecho en su vida, pero nunca llegaron a hacer, ya fuese por ponerse demasiadas excusas, por tener miedo a fracasar o por no verse capaces ni merecedoras de conseguirlas. No quería ser de esas hadas que no han tomado la acción suficiente para lograr todo aquello que desean. Yo hasta ahora había vivido experiencias que nunca en mi vida me había imaginado que viviría, pero todavía me sentía demasiado joven como para morir en aquel momento. Aún tenía muchas cosas por las que luchar y muchos sueños que cumplir. Así que, aunque estuviese muerta de miedo, iba a hacer todo lo posible por dar lo mejor de mí. Porque, de esta manera, aunque al final muriese ese día, habría muerto satisfecha y contenta conmigo misma, ya que habría dado lo mejor de mí.

Capítulo 12

Por fin llegó el día en el que Luis y David volvieron de viaje. En total estuvieron treinta días justos viajando por la Tierra, y en nuestras charlas telefónicas me iban contando todo lo que veían. Según su opinión, si ahora mismo no existiese tanto follón en la Tierra, esta sería un lugar inmensamente bonito en el que vivir. Por lo que me contaban, había infinitas cosas que hacer y muchísimos lugares preciosos para visitar. Por lo visto, lo que habían visto en la Tierra no tenía nada que ver con lo que veían mirando desde el Reino de las Hadas. Verlo en persona, desde tan cerca, a pesar del desorden, hacía que todo fuese mucho más bonito.

Según me dijeron, a las cinco de la tarde llegarían al hotel, ya que tenían pensado acompañarme en mi espectáculo de aquella tarde. Estaban cansados, pero tenían muchas ganas de volver de nuevo al escenario; lo habían echado de menos al irse de viaje.

Así que, sobre esa hora aproximadamente, mientras yo les esperaba leyendo una novela en uno de los sofás de mi habitación, aparecieron los dos. No entraron por la ventana, sino por la puerta, ya que venían de pedir otra habitación lo más cercana posible a la mía. Así que, cuando escuché unos golpes en la puerta, me imaginé que eran ellos y les abrí.

—¿Qué tal, Shiada? ¿Cómo estás? —me preguntaron los dos mientras me saludaban.

—Muy bien. ¿Y vosotros?

—Nosotros genial —contestó David.

—Hubo momentos en los que me habéis dado un poco de envidia, pero, bueno, aquí también me lo he pasado muy bien. La verdad es que, aunque esto no sea el Reino de las Hadas, me encanta este sitio. Sobre todo, cuando llega la tarde y me toca dar mi superespectáculo que, no es por nada, pero la gente se ha quedado con la boca abierta de las maravillas que he hecho estos días yo solita.

—¿Y qué maravillas has hecho? —me preguntó David.

—Una profesional nunca revela sus secretos —le contesté pensando en la tremenda fuerza que le mostré al público que tenía y que no quería ni que David ni Luis viesen.

—Bueno, pues no nos digas nada —dijo Luis—. Pero el público ya sabe que hoy volvemos también nosotros, ¿no?

—Sí, sí. No te preocupes, que ya he avisado de eso.

—Guay. ¿Y qué tal? ¿Nos has echado de menos? —me preguntó Luis.

—Sí, un poquillo, pero tampoco demasiado. Sobre todo, al principio; luego, como me he ido acostumbrando a estar un pelín más sola, pues bastante menos. ¿Y vosotros a mí me habéis echado de menos?

—Un poquito también —me contestó David—. Pero con lo increíble que era el viaje, tampoco lo hemos pensado demasiado.

—Aunque la verdad es que, si hubieses venido, todavía habría sido más increíble —añadió Luis.

—¿Y os ha dado por lanzar alguna lágrima? —les pregunté acordándome de que, mientras ellos no estaban, yo sí que había continuado lanzando y, por suerte, ninguna de las personas había desaparecido.

—No, porque pensamos que ya habíamos tenido suficientes desapariciones —me contestó David—. Y como no sabemos qué es lo que realmente pasa con la gente que desaparece...

—Sí, eso sí, mejor no arriesgarse —le dije.

—¿Y tú has mandado alguna lágrima? —me preguntó Luis.

—No, a mí tampoco me ha dado por ahí. Eso de que desaparezcan las personas me da un poco de mal rollo.

—Anda, a ti y a todo el mundo —dijo Luis.

—Pues nada, chicos. Ahora que habéis terminado con vuestras vacaciones, a volver a reparar la nave y a regresar a nuestro verdadero hogar. ¿Tenéis ganas de volver a casa? —les pregunté.

—Yo tengo muchísimas ganas de volver a casa —me contestó Luis con mucha rapidez—. Llevo echando de menos a mi familia y a mis amigos bastante tiempo. Así que ya va siendo hora de que nos volvamos a encontrar.

—Yo también tengo muchas ganas —me dijo David—. Tanto tiempo lejos de casa se nota mucho.

—Tú también les echas de menos, ¿no? A tu familia y a tus amigos —le pregunté.

—Sí, también les echo de menos.

—Pues ya somos tres —le contesté sin tener claro si iba a conseguir salir de la Tierra.

—Pues nada, chicos —comenzó hablando Luis—. Si quieres, Shiada, tú que has estado currando, descansa estos días un poco, porque nosotros, como ya venimos de darnos la juega, nos vamos a poner a tope con la reparación de la nave.

—Me parece muy bien —le contesté.

Solo quedaban cinco días para que llegase mi gran día, y como solía pasar tanto tiempo con Luis y David mientras estábamos aquí, estaba segura de que me iban a descubrir. Así que había pensado decirles que iba a quedar con Leo, para que así tardasen un poco más en preocuparse. Porque no tenía ni idea de cuánto tiempo nos llevaría aquella difícil tarea. Tenía que confiar en la vida, porque estaba totalmente convencida de que, detrás de cada experiencia que me sucediese, había una gran oportunidad de evolución y de crecimiento. En la vida nunca pasa nada por casualidad, todo tiene una razón, la cosa está en descubrir cuál es ese para qué. Porque, más allá de todo lo que nos pase a cada uno en nuestra vida, lo que más importa no es lo que nos pasa, sino cómo afrontamos cada una de las experiencias que se van apareciendo en nuestro camino, porque eso es lo que marca quiénes somos de verdad. Y antes de que mi vida termine en este sitio, quiero haber sido alguien que se haya sentido totalmente orgullosa de quién ha sido. Porque sé que tengo muchos defectos, y gracias a ellos, también cuento con innumerables virtudes. La mejor forma de utilizar estos defectos y estas virtudes es la vida.

Así que, por un lado, me encontraba tremendamente asustada, ya que no me sentía capaz de la situación que estaba a punto de afrontar. No estaba preparada para dejar este sitio, había muchas cosas que todavía quería hacer con mi vida. Y no sabía si iba a ser lo suficientemente valiente como para vivir la experiencia que estaba a punto de sucederme. Me recordaba mucho a las películas de acción que las hadas y también los humanos veíamos en la televisión. Siempre me habían encantado ese tipo de películas y había disfrutado mucho viéndolas. Pero ahora que me encontraba viviéndolas, la cosa era muy diferente. El hecho de darme cuenta de que mi vida estaba en juego estaba haciendo que cada vez le abriese más la puerta al miedo.

Pero, bueno, ya que había llegado hasta aquí, en mi mente no existía ninguna posibilidad de echarme atrás. Estaba muerta de miedo, pero no iba a dejar que me detuviese. Nunca la vida me había dado una oportunidad tan grande como la que me estaba dando ahora.

Aquella tarde, los tres volvimos a realizar nuestra actuación de siempre, que nos salió bastante bien y la gente nos aplaudió igual que siempre. Después de eso, David y Luis se fueron a comenzar de nuevo con la reparación de la nave mientras yo me fui con Leo a tomar algo. Era la tercera vez que quedábamos desde aquella situación tan poco agradable que me ocurrió en el baño, de la cual, por supuesto, no le conté nada, ya que no quería asustarle ni que pensase que estaba mal de la cabeza.

Aquel día fuimos a uno de los bares de la ciudad simplemente a cenar y a tomar unas cañas, bueno, a tomar unas cañas solo él, porque como las hadas no solíamos beber alcohol, yo solo pedí agua. Además, que para que tuviese un mayor rendimiento en mi entrenamiento, Eric y Caspea me habían prohibido beber alcohol. Aunque yo no lo solía beber, muchos de los humanos de la Tierra parecían no ser conscientes de lo tremendamente perjudicial que era el alcohol para su salud y lo bebían a menudo cuando salían con sus amigos. Así que, por si acaso, para que no me dejase influenciar, me habían prohibido que lo bebiese.

—¿No te animas a una cerveza? —me preguntó Leo cuando íbamos por la mitad de la cena.

—No, yo es que no soy de esas cosas, me van más las bebidas como el agua, así sin alcohol ni nada raro.

—Ya veo, eres un poco rara —me dijo de broma.

—Sí, me encanta ser rara, y además estar sana.

—Haces bien.

—¿Y tú por qué bebes si sabes que hago bien al no beber?

—Porque la tarde y la noche se me suelen hacer más divertidas si bebo; la costumbre de hacer esto con los amigos.

—Ah. Entonces, si ahora mismo no estuvieses bebiendo conmigo, ¿no te estarías divirtiendo?

—Sí, me divertiría, pero no de la misma manera, un poco menos tal vez. Lo que hacen los hábitos y las creencias.

—Sí. ¿Y no tienes intención de cambiarlos?

—No, estoy cómodo con ellos, aunque solo llevo un año.

—¿Cómo que solo llevas un año? —le pregunté extrañada—. ¿Qué edad tienes?

—Pues si te soy sincero tengo 232 años. ¿A que me conservo bastante bien?

—¿Cómo que tienes 232 años? —le pregunté muy extrañada—. ¿No eres de este planeta o qué?

—No, no soy de la Tierra —me contestó con una sonrisa a mi parecer un poco diabólica.

—¿Y qué haces aquí, si se puede saber? —le pregunté algo nerviosa mientras me fijaba en lo tremendamente tranquilas que se encontraban el resto de las personas que había en el bar.

—¿Quién crees que fue aquella persona tan misteriosa que te habló en el baño la primera vez que quedamos?

En ese momento, de lo espantosamente alterada que me sentí, me levanté de golpe de mi asiento dispuesta a echar a correr o, mejor dicho, a volar.

—Yo que tú no me movería de donde estás —dijo nada más levantarme—. Sobre todo, si no quieres sentirte responsable de la muerte de toda esta gente.

Así que me volví a sentar en la silla. Me encontraba tremendamente asustada, estaba incluso temblado, y no era capaz de comprender cómo aquel chico que aparentaba ser tan majo no era quien yo pensaba. Eric y Caspea tenían razón, no podía fiarme de nadie.

—¿No te parece raro que me esté dando a conocer justo en este momento? —me preguntó con una voz muy misteriosa.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Y quién coño eres?

—Pues siento decirte que no soy alguien de tu bando, y lo que quiero es que no metas las narices donde no las tienes que meter. No sé si sabes que desde el inicio de los tiempos ya está escrito quién va a ganar esta batalla.

—Y si ya está escrito, ¿por qué quieres que no meta las narices? —le pregunté intentando hacerme un poquito la valiente.

—Lo hago por tu bien, para que no tengas que pasar por una muerte indeseada.

—¿Es que has visto el futuro?

—No, no me hace falta verlo. ¿No recuerdas lo que dijo la voz? Cosas muy oscuras están a punto de suceder. ¿No tienes miedo por lo que te pueda pasar, hada Shiada?

—¿Y qué más da si tengo miedo? Eso no va a hacer que me detenga —le contesté, mientras, atravesando la mesa, me tiraba encima de él.

De pronto, todas las personas que acababa de ver tan tranquilas se quedaron sorprendidas y bastante asustadas, ya que fueron conscientes de la fuerza tan descomunal que utilizaba aquel ser para lanzarme contra la pared del bar una vez me hube tirado encima. Me empujó tan fuerte que rompí la pared y caí al suelo de la calle.

—Veo que no escuchas cuando te hablan —comenzó hablando Leo, si es que realmente se llamaba así—. Acabas de perder la gran oportunidad que te había regalado. No entiendo por qué eres un hada tan cabezota, con lo feliz que podías haber sido sin viajar a la Tierra, viviendo una bonita vida en el precioso Reino de las Hadas.

—No habría vivido mi vida —le contesté mientras me volvía a abalanzar sobre él y este me volvía a lanzar por los aires.

—Ya veo que la vida tranquila no es lo tuyo. No tienes ni idea del gran poder que tenemos todos los seres contra los que queréis luchar.

—Si tenéis tanto poder, ¿por qué estáis perdiendo el tiempo conmigo?

—Ya te he dicho que te quería dar una oportunidad y, bueno, también tenía ganas de divertirme un poco.

Una vez en el suelo, alcé la cabeza y vi que ya no estaba hablando con el chico jovencito que había conocido un día, después de dar mi espectáculo. En su lugar había un ser de más de dos metros de alto con una cabeza el doble de grande que la mía y un aspecto de reptil. Parecía una mezcla entre cocodrilo y persona. Sus ojos eran completamente diferentes y en vez de manos y pies, lo que había eran garras.

—Me voy a poner un poco peliculero —dijo mientras se me acercaba—. ¿Quieres decir algo en tus últimos minutos de vida?

—¿Para qué? Si solo me oyes tú.

—No sé. A lo mejor tienes ganas de decir algo de mucha relevancia.

—¿Y qué se supone que eres? —le pregunté—. Porque tienes un aspecto bastante feo. ¿De qué planeta vienes?

—Yo podría decir lo mismo de ti. En mi planeta tampoco serías muy guapa, y vengo de uno que no está tan lejos como piensas.

Me levanté enseguida y volvimos a retomar nuestra lucha, pero esta vez ya sin salir volando por los aires. Aquel ser, para mi gusto, era exageradamente poderoso; de hecho, tenía bastante más fuerza que yo.

—¿Y a ti quién te ha entrenado? —le pregunté un poco flipada por la cantidad de fuerza que tenía.

—Creo que ya lo sabes. ¿Te suena el nombre de Inderto? Ese ser tan grande que ha creado un

escudo energético alrededor de toda la Tierra.

—Sí, sí que me suena. Desde el día en que supe de su existencia, mi vida comenzó a cambiar un poco.

—Y seguro que, si no hubieses sabido de su existencia, no estarías hoy aquí.

—Sí, muy posiblemente.

—Nunca habrías sentido lo que es estar en el planeta Tierra ni lo que te voy a hacer yo ahora mismo.

Nada más decir aquellas palabras, volvió a tirarme al suelo y un gigantesco cuchillo de color plateado apareció en su mano. Se acercó más a mí, me agarró de la camiseta tan fuerte que, aunque intenté soltarme con todas mis fuerzas, no fui capaz. Y justo cuando me iba a clavar ese cuchillo en el pecho, alguien le pegó un disparo que atravesó su gigantesca cabeza y Leo cayó muerto al suelo. Me di la vuelta inmediatamente y ahí estaba Eric, que llevaba una pistola dorada en la mano.

—Gracias —le dije mientras intentaba asimilar todo lo que me acababa de pasar.

—¿Cómo estás? ¿Te ha hecho daño? —me preguntó mientras se acercaba.

—Pues quitando que he atravesado una pared y que he salido volando por los aires, no me ha hecho daño.

—Jolín. Justo acabo de escuchar a unas personas muy asustadas contando que han visto cómo un chico había empujado a una chica tan fuerte contra la pared de un bar que la había atravesado. Y no sé por qué, pero me he imaginado que eras tú.

—Pues has hecho bien en imaginarte que era yo. Aunque no sé si voy a poder servir de algo cuando vayamos a la isla.

—¿Cómo que no vas a servir?

—Este muchacho, bueno, aunque realmente no era un muchacho, era más bien una mezcla entre extraterrestre y cocodrilo, casi me mata sin ninguna dificultad. Sé que los poderes que me habéis dado me han hecho muy poderosa, pero no lo suficiente como para luchar en la isla. Ahora mismo no me siento nada bien como para hacer lo que queréis que haga. Así que lo siento, pero no sé si voy a ser capaz de ir a esa isla.

En aquel momento, a pesar de mis poderes, me sentía más débil e indefensa que nunca. Y si me sentía así con mis poderes, no quería hacerme a la idea de cómo me sentiría sin ellos. Creía que era fuerte y poderosa, pero me acababa de dar cuenta de que no lo era. Pensaba que el miedo, por muy grande que fuese, nunca iba a ser capaz de detenerme, pero este acababa de impedir que quisiese seguir adelante. Sentía que, si iba a la isla, no iba a tener ninguna posibilidad de sobrevivir.

—La decisión de lo que hagas es tuya, nadie te va a obligar a ir si tú no quieres, y mucho menos te vamos a juzgar por la decisión que tomes —me comenzó diciendo Eric—. Pero quiero que sepas que eres una de las personas más poderosas y fuertes que he conocido en mi vida, y no solo estoy hablando de fuerza física. Lo que creo que tienes que hacer es creer más en ti. Te falta confiar más en ti misma. El ser este o lo que sea te estaba ganando porque estabas dejando que el miedo y la inseguridad te dominasen. Bueno, me imagino, tampoco te he visto. Porque cuando no creemos ni confiamos en nosotros mismos, nosotros somos nuestros mayores enemigos, ya que empezamos a introducir en nuestro subconsciente una numerosa cantidad de limitaciones que realmente no son reales.

—¿Cómo voy a creer más en mí ahora? Si han estado a punto de matarme —le dije mientras comenzaba a llorar.

—Te entiendo —me dijo mientras intentaba tranquilizarme—. Desahógate y llora lo máximo posible. Cuanto más te desahogues, más te vas a liberar.

Fuimos a un parque que había cerca y nos sentamos en un banco donde continué llorando. Después de un rato escuchándome y dejando que me desahogase, le pedí a Eric que me dejase sola un ratillo, así que este se fue a dar una vuelta. Parecía que mis lágrimas no se terminaban nunca. Y cuando ya había dejado de llorar y estaba un poco más calmada, Eric volvió a aparecer.

—¿Qué tal? ¿Estás un poco mejor? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—Sí, por lo menos creo que ya no necesito llorar más.

—Me alegro —me dijo con una sonrisa—. Pues cuando consigas desahogarte, aprovecha este momento, porque son los momentos más duros los que nos dan la oportunidad de conocer lo mejor de nosotros mismos. ¿No te gustaban los retos? ¿No te gustaban los obstáculos? Porque se te acaba de poner uno justo delante. Es ahora cuando la vida te está dando una oportunidad para que demuestres lo que hay dentro de ti. Es ahora cuando te están poniendo a prueba para que puedas sacar todo tu potencial. Así que tú decides si vas a dejar que este obstáculo te detenga o vas a utilizarlo a tu favor para crear una versión mucho más increíble de ti misma.

—Pues ahora mismo no me siento capaz de sacarle ningún provecho a lo que me acaba de pasar.

—Te entiendo, porque acabas de salir bastante a lo bestia de tu zona de confort y es algo que te ha pasado hace apenas una hora. No has tenido tiempo para desahogarte del todo. Y ya te digo que, si al final decides no venir a la isla, no te preocupes en absoluto y no te culpes por ello, porque, de hecho, te diría hasta que me parece la opción más inteligente. Y ni yo ni nadie vamos a pensar que eres una cobarde y, aun así, si lo pensásemos, te tendría que dar igual.

—Vale, ni siquiera había pensado en eso. Pero, vamos, que ahora mismo no tengo ni idea de qué decisión voy a tomar.

—No te preocupes, todavía te quedan cinco días. Eso sí, ya lo último, te aconsejo que la decisión que tomes sea pensando en ti. Porque la persona más importante de tu vida y aquella a la que más vas a tener que cuidar y que tratar bien siempre vas a ser tú. Y de verdad, confía en ti, porque todavía no sabes todo el potencial que tienes dentro.

—Gracias —le dije con una sonrisa—. Intentaré creer un poquito más en mí.

Me acompañó a mi hotel volando y me despedí de él antes de que nos viesen David o Luis. Era ya bastante de noche, pero aun así fui a ver a mis dos amiguitos a ver qué tal les había ido con la reparación de la nave.

—¿Qué tal, chicos? ¿Habéis avanzado mucho hoy? —les pregunté nada más entrar en su habitación.

—Sí, hemos estado bastantes horas trabajando —me contestó David—, pero anda que no nos queda todavía.

—¿Estás bien, Shiada? —me preguntó Luis—. Porque te noto algo más apagada de lo normal.

—Sí, estoy bien. Gracias —le contesté intentando fingir.

—¿Leo te ha hecho algo? Si es así, le damos, ¿eh? —me dijo Luis mostrando su puño.

—No, tranquilos, chicos. No me ha hecho nada. Solo que hoy tengo el día un poco de bajón.

—Vaya, justo cuando nosotros llegamos —dijo esta vez David mientras se acercaba con Luis para darme un abrazo.

—¿Y no nos quieres contar lo que te ha pasado? —me preguntó David preocupado.

—Lo siento, es que no me apetece hablar de ello.

No les iba a decir que un extraterrestre con cabeza gigante y cuerpo de cocodrilo había estado a punto de matarme.

—Bueno, como tú veas. Lo que sea mejor para ti —me dijo David.

—Ya sabes que para cualquier cosa aquí estamos —me dijo Luis.

—Sí, ya lo sé. Muchas gracias, chicos. Me voy a acostar ya, que tengo muchas cosas en las que pensar.

Nos despedimos y me fui a mi habitación a ver si era capaz de desahogarme del todo y dormirme.

Estuve un buen rato llorando e intentando asimilar que había estado a punto de morir a manos de un ser que no era quien realmente decía ser. Ahora sí que me había quedado más que claro que en aquel lugar no podía fiarme de nadie. Un chico que pensaba que era mi amigo, resultó que en realidad era un extraterrestre que venía con la intención de matarme. La vida sí que me lo estaba poniendo difícil en aquellos momentos. Me habían dicho que durante nuestra existencia nunca nos pasa nada que no podamos soportar, pero en aquel momento no estaba tan segura de ello. Y todavía no sabía qué decisión iba a tomar. Si iba a decidir dejar a un lado la misión y centrarme únicamente en volver con David y Luis al Reino de las Hadas o, por el contrario, si iba a enfrentarme al acontecimiento de mi vida que más miedo me había dado hasta ahora. Estaba hecha un lío, aunque todavía tenía cinco días para tomar aquella decisión, la cual, estaba segurísima de que marcaría un antes y un después en mi vida. Nunca había tenido la oportunidad de enfrentarme a algo como lo que se me venía encima.

Capítulo 13

Pasaron dos días y todavía seguía indecisa; no sabía qué decisión sería la más correcta. Seguí yendo a los entrenamientos y, cuando hablaba con Caspea y Eric, estos me decían que no querían influirme y que hiciese caso a mi intuición, porque ella era la única que sabía la respuesta. Yo la verdad es que eso de sentir mi intuición no lo llevaba muy bien, ya que no sabía si lo que hablaba era mi mente o mi corazón. Además, como todavía seguía con el miedo y con la inseguridad metidos en el cuerpo, creo que estos me entorpecían bastante en la toma de mis decisiones. También tengo que decir que me hacía sentir algo mal el hecho de no poder compartir ni con David ni con Luis aquellas cosas tan serias, ya que al pasar tanto tiempo juntos les había cogido mucho cariño y habían pasado de ser simples desconocidos a considerarlos personas tremendamente importantes en mi vida. Por ejemplo, me daba rabia que durante esos dos días me habían estado preguntando qué me pasaba y yo no les había podido contar la verdad. Aunque, eso sí, una vez pasase todo, si salía bien y la vida quería que continuase viviendo, tal vez pudiese contarles todo lo que había pasado. Porque para mí todo ese tiempo estaba siendo como vivir una doble identidad.

—¿Qué tal estás, Shiada? ¿Sigues asustada? —me preguntó Eric aquella noche mientras entrenábamos en nuestro escondite de siempre.

—Pues la verdad es que sí, y encima ya solo quedan tres días.

—Normal, incluso yo estoy un poco asustado.

—¿En serio? —le pregunté extrañada.

—En serio. Y todos tus compañeros también están asustados, o por lo menos algo nerviosos o emocionados. Estamos viviendo un momento completamente nuevo en toda la historia de esta humanidad. Nunca en la Tierra ha pasado lo que está a punto de suceder.

—Sí. Eso hace que suba un poquito la emoción. O sea, que dentro de tres días vamos a hacer historia.

—Sí. Dentro de tres días estaremos en la isla de la que te he hablado.

—¿Y si no lo conseguimos?

—No te preocupes de si no lo conseguimos. Sobre todo, porque si no lo logramos, significará que tanto tú como yo y como todos los demás moriremos, así que no estaremos aquí para sentir las consecuencias. Pero lo más normal es que, si ellos vencen, al día siguiente de nuestra lucha implanten el DNI a todas las personas de la Tierra, lo que dará lugar a que sean capaces de controlar todas las mentes que hay en este mundo. Y nosotros, para evitar que esto suceda, lo único que tenemos que hacer es destruir la gran máquina que hay en esa isla. En el momento en que esa máquina sea destruida, desaparecerá esa posibilidad de control.

—Bueno, pues entonces tampoco parece una misión tan difícil.

—Ya, pero el problema es que desde fuera la máquina es resistente a cualquier tipo de bomba, con lo cual, la única forma de destruirla es entrando en ella.

—Sí, eso ya complica un poco más las cosas.

—Y como ellos ya saben lo que vamos a hacer, porque, si no, el chico que conocisteis no habría armado ese numerito, el lugar va a estar completamente plagado de seres muy poco amistosos.

—¿Y cómo es que ellos ya saben lo que vamos a hacer?

—Seguramente por las profecías y porque todo esto en las sombras ya se sabía desde hace mucho tiempo.

—¿Y qué es lo que dicen las profecías? Eso se te había pasado contármelo.

—Sí, no te lo he dicho porque no es seguro que llegue a pasar y, sobre todo, porque es preferible que no lo sepas.

—¿Y por qué es preferible que no lo sepa? ¿Porque ganan ellos?

—Sí —me contestó con voz de lamento.

—Pues vamos a romper esa profecía.

—Eso es que al final te apuntas, ¿no?

—Sí, me apunto. Me ha molado la idea de formar parte de una profecía —bromeé.

Por fin llegó el día de la batalla, por fin llegó el día en el que iríamos a aquella isla. Le había estado dando muchas vueltas a lo que me dijo Eric de lo que decía la profecía, ya que, si resultaba ser verdad que nosotros perdíamos, no entendía a qué vino el numerito de Leo en aquel restaurante, si es que ese era su verdadero nombre. Parecía ser que, aunque la profecía decía que los otros ganaban, ni siquiera estaban seguros de su victoria. Esto explicaba que nuestro destino se va forjando según las decisiones que vamos tomando.

Aquella mañana, gracias a que Eric me hizo lo del sueño para que no me levantase cansada, me levanté con más energía que nunca, y creo que sobre todo fue por la emoción que sentía ante el acontecimiento tan importante que estaba a punto de suceder. Aunque si no llega a ser por lo que me hizo Eric, ese día estaría hecha polvo, porque con los nervios que tenía, fui totalmente incapaz de dormir nada aquella noche; estuve todo el rato en la cama sin apenas moverme, que eso a lo mejor me sirvió para descansar algo.

Habíamos quedado todos a las once de la mañana en el escondite de la cascada para, desde allí, ir a la isla que tanta cosa nos daba. Creo que éramos unos quinientos más o menos, ya que, por lo visto, ninguno de nosotros se había echado atrás con el tema de la isla y, posiblemente, como ya dije antes, creo que esa era una de las razones por las que nos habían elegido. A David y a Luis, para que no se preocupasen, les había dicho que, como ellos habían estado tanto tiempo de viaje y yo no, se me había ocurrido utilizar ese día y lo mismo parte del siguiente para hacer un poquito de turismo por la Tierra, y parece que les había parecido bien la idea. Así que, aquella mañana quedé con ellos para desayunar en el bufé del hotel, como solíamos hacer todos los días. Intenté estar lo menos alterada posible, aunque creo que no logré conseguirlo del todo.

—Sí que te tiene nerviosa lo de hacer turismo por la Tierra, ¿eh? —me dijo Luis mientras estábamos los tres en el bufé del hotel desayunando.

—Ya ves. Es que me excitan mucho los viajes y ese tipo de cosas.

—Ya veo. Pero no entiendo por qué no quisiste venir con nosotros.

—Pues no te rayes la cabeza para entenderlo —le contesté—. Alguien tenía que quedarse aquí para mantener nuestros trabajos y todo eso.

—Sí, eso es verdad —dijo David.

—Y, bueno, ya nos queda poquito para volver al Reino de las Hadas. ¿Cuánto calculas, David, más o menos que nos queda?

—No más de dos semanas, así que dentro de poco nos tendremos que despedir de este lugar. Tenéis ganas de volver, ¿no? Me imagino que tantas como yo.

—Sí. Yo sobre todo tengo muchas ganas de retomar mis grandes aficiones —dijo Luis—. Y también de volver a ver a mi familia y a mis amigos, que llevamos mucho tiempo sin saber nada de ellos.

—Sí, yo igual. Aunque me gusta mucho el espectáculo que hacemos todos los días —dije pensando en que también me encantaban los entrenamientos que hacíamos todos los días.

—Yo, sobre todo, creo que una vez volvamos al Reino de las Hadas vamos a empezar a valorar mucho más todo lo que tenemos allí —dijo David—. Porque no sé vosotros, pero yo por lo menos nunca lo he valorado de verdad. Hasta ahora no me había dado cuenta del inmenso regalo que es vivir allí. Las demás hadas siempre nos han educado para que estemos pendientes de lo de fuera, es decir, de no parar de ayudar a todas las personas de la Tierra sin darnos cuenta del precioso paraíso que tenemos dentro.

—Sí, es verdad —afirmó Luis.

—Esperemos que no se compliquen las cosas y que podamos volver —añadí.

—Sí. Esperemos que esta vez no le dé a nadie por destruir mi maravillosa nave espacial —dijo David.

—No creo. La hemos cambiado de sitio —le tranquilizó Luis.

—Pues esperemos que nadie la encuentre —dijo David.

Aquella conversación estaba haciendo que cada vez me viniesen más ganas de que todo pasase lo antes posible. Sí o sí, quería salir viva de aquella batalla para poder volver después lo más rápido posible al Reino de las Hadas. Tenía unas ganas inmensas de volver a encontrarme con mi familia y con mis amigos y volver a mi vida de antes, porque, después de todo lo que estaba pasando, estaba segurísima de que la Shiada que se había ido sería totalmente distinta a la que volvería, ya que esta Shiada vería su vida de una forma muy diferente.

Finalmente, terminamos de desayunar y me despedí de Luis y David hasta el día siguiente (si es que era capaz de volver):

—¿Estás bien, Shiada? —me preguntó Luis justo antes de que echase a volar por la ventana de su habitación.

—Sí, estoy bien —le contesté intentando parecer calmada.

—Pues tus lágrimas no dicen lo mismo —dijo David, que también se había dado cuenta.

—Es que ya sabéis que vuestra habitación es muy soleada y tengo los ojos muy sensibles al sol.

—Sí, seguramente será por eso —dijo Luis con sarcasmo—. Ya sabes que puedes contar con nosotros para todo lo que necesites.

—Sí, ya lo sé. Gracias —le dije con una sonrisa, y después salí volando por la ventana.

Fui al escondite donde habíamos quedado todos para, una vez reunidos, ir a la isla. Cuando llegué, que creo que me adelanté solo cinco minutos, ya estaban casi todos allí, organizados en distintas filas, y Caspea y Eric, a los cuales saludé nada más llegar, estaban en primer lugar.

—¿Qué tal? ¿Estáis nerviosos? —les pregunté.

—Sí, por lo menos no estamos tan tranquilos como otras veces —me contestó Eric.

—Bueno, pues a disfrutar de esa intranquilidad —le contesté a Eric un poco en broma.

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa! —me dijo con ironía—. ¿Tú qué tal estás?

—Nerviosa también.

—Y yo también estoy nerviosa, así que ya somos tres —dijo Caspea.

—Espero que nos salga bien la cosa —comenté.

—Como salga, nos salió —dijo Caspea—. Aunque muchas veces no lo parezca, pero la vida siempre nos quiere ayudar. Así que no te preocupes por el futuro, no te preocupes por lo que

pueda pasar. Tú simplemente confía en la vida y saca de ella lo mejor que te ofrece. Utilízala a tu favor, ya que la vida es nuestra.

—Vale, gracias. Eso intentaré. A ver cómo sale la cosa.

Me sentía nerviosa, emocionada y a la vez asustada, pero ni de coña me iba a echar atrás. La vida me había dado la oportunidad de ponerme a prueba de verdad, de hacer algo que hasta ahora ningún hada había hecho, y no la iba a desperdiciar.

Capítulo 14

Salimos todos volando en filas en dirección a la isla. Hablé con muchos de mis compañeros y la mayoría estaban igual que yo, muertos de miedo, ya que era la primera vez en sus vidas que se enfrentaban a una situación así. Pero, aun así, aunque estuvieron a punto, ninguno de ellos decidió abandonar.

—Pase lo que pase ahora —comenzó hablando Marina mientras íbamos volando por el cielo—, podéis sentiros muy orgullosos de vosotros mismos. Aunque aparte de nosotros nadie lo sepa, estáis a punto de ofrecer una grandísima ayuda a toda la humanidad, lo que ha hecho que se os ponga por delante una grandísima oportunidad para que podáis dar lo mejor de vosotros mismos. Por alguna razón, habéis sido elegidos entre millones de seres. Así que, si queréis, aunque con vuestros entrenamientos ya habéis demostrado todos de sobra vuestra gran valía, ahora tenéis la oportunidad de demostrarla un poquito más. Ahora tenéis la oportunidad de sacar a la luz todo el trabajo que habéis estado realizando en las sombras. Así que, confiad en vosotros mismos y no dejéis que ni el miedo ni nada os frene. Porque todo se encuentra dentro de nosotros, y la vida lo que más quiere es ayudarnos. Así que, echad a un lado el miedo y todas esas limitaciones imaginarias que a veces sin darnos cuenta nos ponemos, y comenzad a fluir con la vida, porque esta siempre nos irá mostrando el camino. Estad seguros de que nunca dejará que nos pase algo que nosotros no podamos superar. Si estamos inmersos en una situación tremendamente difícil, es porque nosotros podemos con esa situación.

—Pues a ver si soy capaz de quitarme el miedo, porque este no me ha dejado dormir en toda la noche —comentó uno de mis compañeros, que tenía un aspecto entre humano y pez.

—Tranquilo —le dijo Marina—. La mayoría de vosotros, o estoy segura de que todos vosotros, al igual que yo, hemos dejado que el miedo se nos meta en el cuerpo. Pero, aun así, no hemos echado marcha atrás, no hemos dejado que este nos detenga, y eso es lo que de verdad importa. Si tenéis miedo a tomar acción o a hacer cualquier cosa, no pasa nada, hacer las cosas con todo ese miedo. Ya que lo principal es no dejar que este nos paralice.

—Pues ya sabéis, chicos. ¡A echarle huevos! —dijo Eric.

Estuvimos volando aproximadamente una hora hasta que, por fin, llegamos a ver la isla. En aquel momento no se veía tierra por ningún lado, únicamente en aquella isla cercana a la raya del horizonte. A lo lejos solo se veía un color verde, por lo que deduje que la isla debía de tener mucha vegetación.

Era por la mañana. El mar estaba en calma y el cielo se encontraba totalmente despejado, así que decidimos volar bastante cerca del agua. Yo también tenía ganas de ver algún delfín o alguna criatura marina así chula. Y, la verdad, es que tuve suerte, porque, aunque no vimos a ningún delfín, sí que vimos a un gran grupo de orcas. De hecho, yo aproveché para acercarme lo suficiente y tocar a una de ellas, que eso era una cosa que hasta ahora nunca había hecho. En el Reino de las Hadas alguna vez sí que había nadado con delfines, pero nunca con orcas. Pero, vamos, fue solo un momento, que teníamos una cosa mucho más importante que hacer y no queríamos entretenernos. La misteriosa isla ya no se encontraba a nada de distancia.

Por fin llegamos a la isla. Fuimos a parar primero a una playa llena de arena blanca en la que no había nadie más aparte de nosotros. Aunque yo estaba segurísima, y mis compañeros también, de

que nos habían visto, ya que no tenía que ser muy complicado ver a 500 seres juntos volando por el océano, además de que ya se esperarían nuestra llegada.

La isla era gigantesca, incluso más grande de lo que yo me había imaginado. Y como había supuesto al verla desde lejos, estaba completamente llena de vegetación y también de una montaña bastante alta. Parecía uno de esos sitios paradisíacos a los que a la gente le gusta irse de vacaciones. No tenía pinta de guardar una gigantesca máquina capaz de dominar las mentes de todo el mundo.

—¿Y seguro que es esta isla el sitio tan chungo del que nos habéis hablado? —le pregunté a Eric, aunque también me oyeron la gran mayoría de los que estaban.

—Sí, es esta isla. Y precisamente porque no lo aparenta, es más posible que lo sea. En este sitio puede ser que las cosas no sean lo que parecen.

—¿Y cómo es que no ha aparecido nadie? Seguro que saben que veníamos —preguntó otro de mis compañeros, que se llamaba Rell y tenía cabeza de tigre y cuerpo de humano hipermusculado con unas potentes garras.

—Querrán dejar que descansemos un poco y ya de paso que hagamos un poco de turismo por su isla. No tengo ni idea. Lo mismo quieren darnos una sorpresa.

—Pues esperemos que sea una sorpresa agradable —dijo Rell.

—Ja, ja, ja. Lo veo difícil.

—Se han buscado un sitio chulo —dijo Saron, que tenía un aspecto entre águila y ser humano.

—Sí, bastante bonito —afirmó Eric—. Aunque nuestro escondite también está muy bien.

—Sí, pero no es tan grande.

Nos adentramos en la isla donde los árboles que había eran inmensamente altos, por lo que, aunque el cielo estaba totalmente despejado, apenas podíamos ver la luz del sol, ya que las grandes hojas de los árboles impedían la entrada de los rayos.

—¿Y dónde se supone que está la máquina esa que nos habéis dicho? —le pregunté a Eric.

—Justo en el medio de la isla. Así que todavía nos queda un camino por recorrer.

—Bueno, volando tampoco se tarda mucho.

—Sí, y así también disfrutamos del paisaje.

De este modo, continuamos el camino volando, pero esta vez más despacio, no fuese a ser que alguno se perdiese o se llevase algún árbol por delante. De hecho, uno de mis compañeros no se llevó un árbol, pero sí una tarántula gigantesca de color negro, que era tan grande que ocupaba toda su cara.

—¡Ahhhhh! —gritó Lucas mientras se apartaba la tarántula con la mano. Era un ser con un aspecto que era una mezcla entre guepardo y persona—. ¡No me gustan nada este tipo de bichos! Y encima la sinvergüenza se me ha puesto en toda la cara. Me dan mucho asco este tipo de cosas.

—Tranquilo, que ese bicho no puede hacerte tanto daño como el que nos pueden hacer los oscuros —le dijo Caspea.

—Sí, tú danos ánimos —le dijo Lucas—. Así llegamos al combate con más fuerza.

—Ja, ja, ja —se rio Caspea.

Me parecía raro que todavía no hubiésemos visto a ninguno de los oscuros porque, aunque la isla era bastante grande, nosotros, como éramos tantos, ocupábamos muchísimo espacio y, cuando íbamos por el mar en dirección hacia la isla, yo creo que por lo menos alguno de los oscuros nos tendría que haber visto sí o sí. Igual estaban esperando que nos adentrásemos más en la isla, porque podía ser que, así, luchar contra nosotros lo tuviesen más fácil. Pero, vamos, en cualquier

caso, yo estaba un poquito aterrada; aquella caminata me recordaba a las escenas de suspense que ponían en algunas películas. Pero por lo menos éramos muchos para defendernos.

—¿No os parece raro que todavía no hayamos visto a ninguno de los oscuros? —preguntó Patio, que era un ser con cabeza y extremidades de pato.

—Sí, a mí por lo menos me parece bastante raro —dijo Eric.

En ese momento, algo que yo no tenía ni idea de qué era, bueno, supongo que sería algún oscuro, cortó la cabeza a Rell de una manera tan rápida que casi no lo pudimos ni ver. En ese instante, varios de mis compañeros, sobre todo los que como yo nos encontrábamos más cerca de Rell, pegamos un chillido que creo que nos debieron de oír en toda la isla.

En mi caso, ese momento estaba siendo la situación más oscura y desagradable que había vivido hasta ahora. A metro y medio de donde yo me encontraba estaba cayendo al suelo el cuerpo sin cabeza de uno de mis compañeros, que por lo menos no era amigo, solo conocido. Y no teníamos ni idea de qué había sido de su cabeza.

—¿Y su cabeza? —preguntó Tristiana, que era un ser con forma de mariposa, con voz de estar aterrorizada.

—El oscuro se la ha llevado —le contestó Caspea—. Ha ido a una velocidad tan rápida que no le hemos podido ver.

—¿Y cómo es posible que un ser vaya tan rápido y no seamos capaces de verle? —preguntó Patio, también con voz de estar muy asustado.

—Es uno de sus poderes.

Después de lo que acababa de pasar, todos nos habíamos quedado súper asustados. Si ya antes de que sucediese nada me parecía que estábamos en una peli de suspense, ahora me parecía que nos encontrábamos en una película de terror. Menuda barbaridad era lo que acababa de ocurrir.

Ahora ya sí que esperaba que lo que tuviese que pasar pasase lo más rápido posible. Me gustaban las emociones fuertes, pero esa experiencia para mí había sido demasiado desagradable. No tenía que haber decidido ir a aquella isla, sino que tenía que haber hecho lo posible para continuar con mi vida de siempre en el precioso Mundo de las Hadas. Comparado con lo que acababa de vivir ahora, aquel lugar ya sí que sí, me parecía el paraíso.

—Guardad la calma —pidió Eric, ya que vio que todos nos acabábamos de alterar bastante—. Ya sé que es tremendamente duro lo que nos acaba de pasar, pero ahora no nos queda otra que seguir adelante. No olvidéis que en el paraíso siempre es más difícil que crezcan las cosas.

Continuamos caminando y a todos se nos veía bastante asustados. El nerviosismo que sentíamos al principio había aumentado notablemente.

—¿Queda mucho para que lleguemos a la máquina? —preguntó Lucas después de que hubiesen pasado unos siete minutos de la muerte de Rell.

—Todavía queda un rato —le contestó Marina—. Confíad en vosotros mismos, porque os aseguro que ahora mismo Rell se encuentra en un lugar mucho más agradable que todos nosotros.

—Esperemos que sea así —dijo Patio.

—Es así —afirmó Marina—. Y eso sí, estad muy atentos y con los ojos muy abiertos, que ya habéis visto lo que ha pasado. A partir de ahora, cualquier despiste que tengamos puede ser mortal. Pero, aun así, no dejéis que el miedo os domine. Aprovechad esta situación para sacar lo mejor de vosotros mismos.

Yo creo que se estaban pasando un poco con la frasecita de «sacar lo mejor de nosotros mismos»; me parecía ya demasiado repetitivo. Pero, bueno, ahí estábamos en esa isla, a ver qué tal se nos daban las cosas y a ver cómo de emocionante resultaba ser la experiencia, que yo creo

que por lo menos, sin ninguna duda, superaba a los parques de atracciones y a las caídas en paracaidismo en el caso de las personas que, a mí, como sabía volar, eso ya no me daba cosilla.

Continuamos volando por aquella selva plagada de gigantescos árboles hasta que llegó un momento en el que todos estos árboles desaparecieron y en su lugar pudimos ver un profundísimo precipicio de forma circular que rodeaba una gigantesca montaña de color verde.

—Acabamos de llegar al centro de la isla —dijo Eric—. Aquí es donde se encuentra la máquina.

—Pues va a ser que yo solo veo una montaña —comenté.

—Está bajo tierra. Para llegar a ella tenemos que descender por este precipicio circular que rodea la montaña.

—¡Ah, qué cosas! Entonces, ¿todo este precipicio es lo que ocupa la máquina?

—Sí. La máquina está justo debajo, tiene forma de círculo.

—Pues sí que es grande —dijo Lucas—. Les habrá llevado su tiempo construirla.

—Les habrá llevado muchos años —añadió Marina.

En ese momento, mientras observábamos la altísima montaña que se elevaba delante de nosotros, un grandísimo número de criaturas que hasta ahora nunca habíamos visto, comenzaron a salir del gran círculo que había en la tierra. A mí me recordaron un poco a las estampidas de elefantes que había visto en alguna película, aunque, en ese caso, los seres no eran animales y tenían una pinta un poco más chunga.

—Ahora ya sabéis dónde estaban todos —dijo Eric mientras observábamos a la inmensa manada de seres emergiendo del túnel.

Conforme se iban acercando y les iba viendo más de cerca, me iba dando cuenta de que tenían un aspecto bastante menos amistoso que el nuestro. De hecho, creo que quitando uno que se parecía bastante a un cocodrilo y otro que se parecía a un tiburón, la mayoría tenían aspecto de monstruos. Y, claro, después de ver que a uno de mis compañeros le habían cortado la cabeza sin que ninguno de nosotros pudiésemos habernos dado apenas cuenta, pues en ese momento continuaba encontrándome muy aterrada, ya que tenía mucho aprecio a mi cabeza y no quería que le hiciesen eso.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Mateo, que era un ser con un aspecto muy parecido a una mariquita gigante.

—Pues lo que teníamos pensado hacer desde el principio —le contestó Eric—. Entrar en la máquina y destruirla. Así que, lo mejor, es que nos adentremos en el precipicio intentando esquivar un poco a estos bichos.

—Parecen monstruos —dijo Lucas.

—Sí. Parece que los pobres no son muy agraciados, a lo mejor sus padres tampoco eran guapos —afirmó Eric.

—Pues después de esta batalla seguramente lo serán mucho menos —añadí.

—Si es que siguen vivos —añadió Caspea.

Eran muchísimos los que salían de aquel precipicio, incluso más que nosotros. Además, al igual que nosotros, también sabían volar. Así que no tenía ni idea de cómo iba a terminar aquella batalla, lo único que sabía era que tenía unas ganas bestiales de poder salir de allí con vida, ya que, como ya dije, todavía tenía muchas cosas en mente que quería hacer antes de morir.

Capítulo 15

Como pudimos, poco a poco, nos fuimos adentrando por aquel precipicio, aunque hubo algunos de nuestros compañeros que no llegaron a entrar, ya que los monstruos del otro bando acabaron con sus vidas. Pero, por lo menos, creo que fueron una minoría muy pequeña, ya que la gran mayoría sí que conseguimos adentrarnos en el precipicio.

Al entrar por el espacio tan profundo que había, el cual constituía un círculo perfecto en el suelo, lo que vi me recordó mucho a las gigantescas naves espaciales que aparecían en algunas películas. De hecho, pensé que, más que una máquina gigante, se trataba de una inmensa nave espacial. Lo único que no entendía era qué pintaba aquella montaña tan grande encima, a lo mejor estaba para hacer que la isla quedase más bonita. Lo que vimos al descender fue una gran pared negra, que era la que constituía el círculo. Fuimos volando Eric y yo a lo largo del precipicio hasta que encontramos una puerta de entrada a la pared, así que entramos por allí.

—Esperadme, chicos. Voy con vosotros —dijo Lucas justo cuando íbamos a entrar.

—¿Te has fijado en cómo van los demás? —le preguntó Eric.

—Pues me imagino que como nosotros, luchando e intentando entrar aquí.

Entramos por la puerta que daba lugar a un pasillo oscuro, así que encendimos las linternas de nuestros móviles para tener un poquito de luz.

—¿Creéis que aquí dentro habrá oscuros? —les pregunté.

—Es posible, y seguramente los más poderosos —me contestó Eric.

—O sea, que crees que Inderto está aquí dentro.

—Sí.

—Pues sí que ha tenido que empequeñecer el tío, porque con lo grande que era la primera vez que lo vi...

—Ya sabes que puede tomar el tamaño y la forma que quiera.

—Sí, por eso.

—Pues ya podría tomar la forma de una mariposa o algo así —dijo Lucas—. Así le dábamos un manotazo y problema resuelto.

—Ja, ja, ja, ja —me reí—. No creo que le haya dado por ahí.

—Bueno, todo es posible.

Cuando acabamos de recorrer aquel pasillo, que nos llevó unos dos minutos, fuimos a parar a una sala que no era demasiado grande y que estaba llena de puertas; había cinco en total.

—Oye, ¿y esto seguro que es una máquina? —les pregunté.

—No. Yo creo más bien que esto es una nave espacial bastante grandecita y que dentro está la máquina —me respondió Eric.

—Ah, vale. Eso ya me cuadra más.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lucas.

—Pues como no tenemos ni idea de qué puerta nos lleva a la máquina central, lo mejor es que nos dividamos y, si encontramos algo o nos pasa cualquier cosa, nos llamamos por el móvil, que me he fijado y aquí hay cobertura —le contestó Eric.

—Joe, me da cosa eso de que nos dividamos. Espero no encontrarme con ningún rarito —dije un poco por decir algo.

—No pasa nada. Si te encuentras con uno, ya sabes qué hacer —me dijo Eric.

—Lo único que somos tres y aquí hay cinco puertas, seis con el pasillo —comentó Lucas.

—Tres es mejor que uno. Así que intentaremos acertar con la puerta. O lo mismo todas llevan a la gran máquina. No lo sabemos.

—Bueno, pues yo me pido esa —dije señalando a la segunda puerta—. Vosotros elegid la que queráis.

Eric eligió la primera y Lucas la tercera, así que yo la del medio. En aquel momento me seguía encontrando algo asustada, pero a un nivel mucho menor y muy emocionada. Hasta ahora, nunca había salido tantísimo de mi zona de confort y tenía mucha curiosidad por saber qué iba a ser de mi vida a partir de ahora. Como ya comenté, siempre me había inquietado el futuro, lo que pasa que solía ser un futuro muy lejano, pero ahora se trataba de un futuro tan cercano que más bien había llegado al momento presente.

Abrimos las tres las puertas casi a la vez y me volví a encontrar con otro largo y oscuro pasillo, así que de nuevo tuve que encender la linterna de mi teléfono móvil. Una vez lo recorrí entero, tuve que abrir otra puerta, y esta vez me encontré con otra sala que tenía otras dos puertas más aparte de la puerta por la que había entrado. Escogí la de la derecha, que me gustaba más que la de la izquierda. Y otra vez me volví a encontrar con el mismo pasillo de antes. ¡Anda que no tenía pasillos el sitio ese! Ya podían haber ocupado el espacio de otra manera un poco más útil. Cuando acabé de recorrer el pasillo entero, el cual no creo que me llevase más de un minuto, otra vez abrí otra puerta, y esta vez no fui a dar a una sala con muchas más puertas, sino que fui a dar a la máquina tan grande de la que me habían estado hablando. Pero, lo que más me sorprendió, fue el ser con el que me encontré. Nunca en mi vida se me había pasado por la cabeza que me pudiese encontrar con él en este sitio y de esa manera.

—Hola, Shiada —me dijo Luis con una voz bastante menos amigable de la que solía utilizar.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté totalmente desconcertada.

—¿Tú qué crees que hago aquí?

—No lo sé. No me creo que seas un oscuro. Además, que no tienes aspecto raro ni chungo como los demás.

—Tú tampoco tienes el aspecto raro que tienen tus compañeros. Así que, si no quieres, no te lo creas, pero es la realidad.

—¿Eres un oscuro? —le pregunté sin ser capaz de aceptar lo que estaba sucediendo, y ya de paso utilicé mi móvil para llamar a Eric sin que Luis me viese.

—Sí, soy un oscuro. Por lo visto ese es el nombre con el que os ha dado por llamarnos.

—Nunca me habría imaginado esta situación.

—Bueno, pues ya no hace falta que te la imagines, porque ya está ocurriendo.

Se quedó callado un par de segundos y continuó hablando:

—Nunca has sido la única actriz de los tres.

—Es imposible. ¿Y todos los momentos que hemos vivido?

—Pues ha sido divertido. ¿Tú no te lo has pasado bien? Me ha molado bastante hacer que somos amigos. ¿Y quién crees que asesinó a la chica que conocimos aquel día en el mercadillo? ¿Quién crees que es el responsable de que desapareciesen todas aquellas personas a las que David y yo enviamos nuestras lágrimas?

—No puedes haber sido tú. Es imposible.

—Pues siento decirte que sí que es posible, he sido yo. Me cargué a la chica y al resto de personas a las que enviamos nuestras lágrimas. Habría sido muy emocionante que nos hubiésemos

encontrado algún cuerpo más, pero, bueno, la muerte de aquella chica yo creo que subió mucho la emoción a nuestra situación. A mí por lo menos me gustó bastante, le dio un toque más intrigante y de suspense. De hecho, hizo que desde ese momento todo me pareciese más interesante. Nos sirvió un poco para apartar nuestra vida de la desgraciada y deprimente monotonía.

—No lo entiendo. ¿Y todas las veces que has llorado? ¿Todas las veces que de verdad pensaba que éramos amigos?

—Ya te lo he dicho, estaba actuando. De hecho, me parece que soy mucho mejor actor que tú. Así que no es por nada, pero creo que deberías de aprovechar más tus clases y decirle a la profesora que te meta más caña.

—Para mí era como si fueses el hermano que nunca había llegado a tener —dije mientras dejaba caer al suelo alguna que otra lágrima.

—Pues para mí, siento decirte que no ha sido así, aunque, eso sí, me he divertido mucho. ¿Y no quieres recoger esas lágrimas que se te están cayendo al suelo? Se las podías mandar a alguien que, como dentro de muy poco los vamos a controlar, pues tranquila que ya no los voy a matar.

—¿Y dónde está David?

—¿David? ¿Piensas que es un farsante igual que yo?

—Después de lo que acabo de ver, soy capaz de pensar cualquier cosa.

—Pues esta vez de David puedes pensar bien. Era un hada igual que tú. Y, por cierto, ahora ya no está aquí. No sé si le habrán mandado al cielo o al infierno, pero vamos, que aquí no está.

—¿Está muerto? —le pregunté siendo totalmente incapaz de creérmelo, mientras comenzaba a dejar caer al suelo muchas más lágrimas.

—Sí, lo maté nada más irte. Como ya sabía lo que ibas a hacer, ya estaba al loro de tus travesurillas nocturnas y de que ya se me iba a acabar la diversión, pues me dio por quitarlo del medio. Que a mí eso de tener obstáculos nunca me ha gustado.

—¿Quién coño eres? —le pregunté con la cara llena de rabia.

—Muy buena pregunta. Directa, como a mí me gusta. Pues verás, soy el hijo... ¿A que no adivinas de quién soy el hijo?

—¿De quién eres el hijo?

—Adivínalo.

—No tengo ni idea de quién eres el hijo.

—Bueno, te lo diré. De verdad, que sosita que eres. No te gustan los acertijos, con lo emocionantes que son. Soy el hijo de Inderto.

—¿Eres el hijo de Inderto? —le pregunté también siendo incapaz de creérmelo.

—Sí, soy su hijo. Ese ser tan grandioso que creó aquel escudo energético que nos hizo descender a la Tierra.

—No entiendo nada. Entonces, ¿qué hacías en la ceremonia de las hadas?

—Pues lo mismo que tú, recibir el frasco sagrado. ¿Qué iba a hacer? No quería perderme un momento tan trascendente en la historia de cualquier hada. Además, que no quería dar mala imagen.

—Pero tú no eres un hada.

—No, yo no soy un hada. ¿Cómo va a ser un hada el hijo de Inderto?

Se volvió a quedar callado un par de segundos y siguió hablando:

—No soy un hada ni nunca he sido un hada. Aunque, bueno, la verdad es que tengo parte de hada y parte de algo inmensamente poderoso. Inderto lleva pensando en este momento muchos años

atrás y le apetecía meter algún que otro entretenimiento. Así que, un día, decidió bajar al Reino de las Hadas, violó a mi verdadera madre, y de esa violación nació yo.

—¿No me lo puedo creer!

—Pues créetelo, porque es así. Mi padre falso no tiene ni idea de nada; de hecho, continúa pensando que es mi verdadero padre. Pero mi madre sí que lo sabe. Inderto la amenazó diciéndole que, como abriese la boca, mataría a su marido y a todas las hadas del reino. Así que mi verdadera madre siempre ha vivido con ese oscuro secreto.

—¿Y cómo es que tú estás de parte de tu padre después de lo que le hizo a tu verdadera madre?

—¿Quién te ha dicho que estoy de parte de Inderto?

—Ahora mismo estás en el bando de Inderto.

—Yo estoy en el bando del poder, en el bando en el que de verdad somos más fuertes que la mayoría. Cuando tenía 4 años, mi verdadero padre empezó a venir a verme una vez por semana sin que nadie lo viese. Y para que le creyese, me contó todos aquellos poderes increíbles que yo había descubierto que tenía y todavía no sabía si el resto de las hadas del reino también los tenían.

—¿Y qué poderes tan increíbles son los que tienes?

—Pues, por ejemplo, al igual que mi padre, puedo adquirir la forma y el tamaño que quiera. Aunque nunca he tenido una sola forma original. Siempre ha sido esta y otra, que en este preciso momento no me apetece enseñártela.

—Pues no me la enseñes.

—También, al igual que tú, puedo volar y puedo mover cualquier cosa.

—¿Y eres más o menos poderoso que tu padre?

—Esa pregunta no te la voy a contestar.

—¿Y cómo es posible que el hijo del ángel caído más poderoso del universo haya vivido toda su vida en el Reino de las Hadas sin que encima nunca nadie haya llegado a darse cuenta?

—Mi madre y mi verdadero padre me ayudaron a pasar inadvertido. Mi padre me hizo ver todo aquello como un juego. Me prometió que, si pasaba inadvertido, cuando todo pasase gobernaría con él todo lo que quisiese. Yo ya sabía que iba a pasar lo del escudo de energía. De hecho, fue mi padre el que me dijo que, si quería divertirme un poco más, tenía que ser una de esas tres hadas que bajasen a la Tierra. Y tu misterioso amigo Leo, resulta que era más amigo mío que tuyo.

—¿Ya lo conocías cuando se nos presentó por primera vez después de nuestro espectáculo?

—Sí, ya lo conocía. No has sido la única que ha salido por las noches a hacer de las tuyas.

—¿Y cómo es que David no se llegó a dar cuenta?

—Porque le eché un spray para que no se despertase. Mi padre me presentó a Leo una de las noches y quedamos en que iría a hablarnos y se intentaría hacer amigo tuyo. Con todo lo que estabas entrenando, mi padre tenía ganas de darte un susto.

—¿Así que siempre habéis estado al corriente de todo? ¿Ya sabíais que hemos estado entrenando y todo eso?

—Sí, siempre lo hemos sabido todo, siempre hemos ido por delante de vosotros. Y no os hemos parado los pies antes porque queríamos seguir divirtiéndonos.

—No me puedo creer nada de lo que me estás diciendo.

—Pues si no quieres no te lo creas, pero es la realidad.

—¿Y el viaje que hiciste con David? ¿También fue simplemente diversión?

—Sí, tenía ganas de hacer un poco de turismo por la Tierra. Siempre me ha gustado hacer cosas, y también esos días me sirvieron un poco para descansar de mi padre.

En ese momento, nada más acabó de hablar Luís, aparecieron Lucas y Eric.

—Perdona, Shiada. Nos ha costado un poco encontrarte —dijo Lucas.

—¿No era amigo tuyo? —me preguntó Eric refiriéndose a Luis.

—Sí, eso pensaba yo. Pero ahora mismo me acabo de dar cuenta de que no.

—¿Mataste a Samuel? —le preguntó Eric.

—No, eso lo hizo uno de mis compañeros, que es el que ha cortado la cabeza hace un rato a un amigo vuestro. Se llama Ozono y es el más sanguinario y el más rápido de todos. Bueno, ahora que ya somos tres contra uno y que la cosa se ha igualado un poquito más, voy a tener que impedirlos que destruyáis esta máquina tan grandiosa que tengo detrás. Además, a ti, Shiada, ya sé que te gusta mucho eso de destruir cosas. Porque con todo el trabajo que nos costó fabricar la nave... Eso estuvo un poco feo.

—No me quedaba otro remedio.

—Sí que te quedaba. Siempre hay otra opción.

Comenzamos a luchar los tres contra Luis. Yo estaba que no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Me parecía imposible que una persona por la que habría puesto la mano en el fuego sin pensarlo fuese en realidad un terrible asesino que me había estado engañando. A lo mejor por eso no comenzó a florecer la vegetación cuando llegamos a la Tierra, porque Luis siempre había estado cerca de nosotros.

Nada más empezar a pelear, ni siquiera fuimos capaces de llegar a Luis. Este, simplemente alzando las manos, nos elevó a los tres del suelo y, posteriormente, al hacer él un giro con las manos, comenzamos a sentir que alguien nos estaba ahogando; yo dejé de respirar.

—Me parece que ni con tres contra uno está la cosa igualada. ¿Por qué creéis que solo me han dejado a mí defendiendo esta preciosa máquina? La verdad es que estoy bastante emocionado. Solo falta un día para que esta máquina comience a hacer aquello para lo que fue fabricada.

La máquina, que no la había descrito hasta ahora, consistía en un tubo enorme lleno de un líquido dorado que atravesaba el techo, y me daba a mí que también se metía por dentro de la montaña. A lo mejor esa era la razón por la que estaba ahí esa montaña. Aparte del tubo, la parte de debajo de la máquina estaba rodeada de numerosos aparatos negros gigantescos llenos de muchos tipos de botones.

—No os vais a salir con la vuestra —le dijo Lucas como pudo, ya que Luis nos continuaba ahogando.

—¿Cómo que no nos vamos a salir con la nuestra? Pero, chaval, ¿tú has visto en qué situación estamos? Por ejemplo, mira en qué situación más patética estáis vosotros tres ahora.

—Aunque consigáis controlar a las personas, aunque logréis dominar sus mentes, estas siempre encontrarán una salida —dije yo también como pude.

—Bueno, mira, os voy a soltar, porque si os mato así de repente me voy a aburrir. Con la cantidad de seres que han salido a luchar contra los vuestros, no tengo ni idea de cuándo van a llegar los siguientes.

Así que, de repente, Luis dejó de hacer cosas con sus manos y pudimos volver a respirar.

—¿Qué tal? ¿Os ha molado que casi os ahogue?

En ese momento, de la rabia que sentí por todas las mentiras que había vivido hasta ahora y, sobre todo, porque Luis había asesinado a David, me lancé como loca a luchar contra él.

—¡Nunca me habría esperado esto de ti! —le chillé mientras le lanzaba un puñetazo a la cara, que él consiguió esquivar.

—Sí que te has puesto violenta, Shiada. Nunca te había visto de esta manera.

—Yo sí que nunca te había visto de esta manera. Hasta que, si tuviese que sospechar de alguien,

hubiese sospechado antes de David que de ti.

—Pues, ya ves. Las cosas muchas veces no son lo que parecen.

—Ya me he dado cuenta. Por eso me dijisteis que no me fiase de nadie —dije mirando a Eric, el cual también se acababa de lanzar junto con Lucas a luchar contra Luis.

—Sí —asintió Eric—. Pero no tenía ni idea de nada de esto. En todo caso habría desconfiado de tu otro amigo.

—¿Y cómo sabía Inderto que encontraríamos una nave y con ella atravesaríamos el escudo energético? —le pregunté a Luis.

—Porque es lo que decía la profecía —me contestó.

—¿Qué profecía? —preguntó Lucas justo antes de que yo formulase la misma pregunta.

—La profecía que sabían las hadas maestras y nunca nos quisieron contar. La profecía que dice que, por primera vez en la historia, las hadas viajarán a la Tierra y eso será debido a la instauración de algo, que todavía no se sabe el qué, pero sí se sabe que impedirá que sus lágrimas lleguen a la Tierra. O sea, lo que ha pasado. Como puedes comprobar, las profecías se cumplen. Mi padre estuvo avispadillo. Creó el campo ese energético y me dijo que fuese una de las tres hadas que viajasen en la nave. Y la verdad es que me alegro de haberlo hecho, me ha gustado este cambio de vida que hemos tenido. ¿A ti no te ha molado?

—Habría preferido 100 000 veces haber vivido siempre en el Reino de las Hadas sin haberte conocido.

—¡Uy! No me digas esas cosas, por Dios. Con la de tiempo que hemos pasado juntos. Eso me ha dolido, que yo soy muy sensible —me dijo Luis, a mi parecer en broma.

Continuamos luchando los tres contra Luis como pudimos, y esta vez la pelea fue sin utilizar nuestros poderes. Consistió en una lucha cuerpo a cuerpo, lo que hizo que el combate estuviese un poco más igualado. Me di cuenta de que Luis tenía muchísima fuerza, incluso más que Eric. Pero nosotros éramos tres y él solo era uno.

—No os quejaréis, que sois tres contra uno, y encima no estoy usando mis superpoderes.

—Nosotros hasta ahora mismo tampoco los hemos usado —le contestó Eric, que en ese momento utilizó sus poderes para lanzarle contra una pared sin tocarle.

—¿Queréis que me enfade? —nos preguntó Luis de manera amenazante.

No le contestamos. Ya que Eric acababa de utilizar sus poderes, yo aproveché para también utilizar un poco los míos. Mi misterioso poder del agua solo lo había utilizado aquel día en el escondite luchando con Eric. Aunque ahí, que yo me fijase, tampoco había mucha agua, pero, bueno, quién sabe, cada persona está constituida por un porcentaje bastante alto de agua. Así que me dejé llevar por mi intuición y, de repente, los tres vimos cómo comenzaba a salir agua por la boca de Luis.

—¡Qué quieres! ¿Que me deshidrate? —exclamó Luis muy enfadado mientras volvía a hacer lo que había hecho antes para ahogarnos a los tres, aunque esta vez era a mí sola.

En ese momento, nada más Luis empezó a ahogarme, apareció un ser con el cual nunca en mi vida habría querido encontrarme; apareció Inderto. Esta vez apareció con un aspecto físico exactamente igual que el de la vez anterior y con un tamaño notablemente reducido. Como mucho podía llegar a sacarme dos cabezas.

—¿Eres el famoso Inderto? —le preguntó Lucas con una voz que daba a entender que estaba muy asustado.

—Sí, soy yo. Encantado —le contestó mientras le estrechaba la mano.

—¡Ahhhhhhh! —chilló Lucas como un loco, ya que el apretón de manos que le acababa de dar

Inderto había hecho que se le quemase la mano.

—Eso es que no tienes unas manos fuertes —le dijo Inderto—. Los seres fuertes no sentimos el dolor.

—Porque tú lo digas —le contestó Lucas con rabia mientras se miraba la mano.

—¿Y qué tal? ¿Os ha hecho ilusión verme? —nos preguntó Inderto.

—A mí ninguna —le contesté.

—No me digas eso, por Dios, que llevo bastante tiempo observándote. David, que por desgracia ya está muerto, mi hijo, y tú, habéis pasado a formar parte de la historia de las hadas. Por el simple hecho de la decisión que tomasteis de bajar a la Tierra, ya os habéis hecho famosos. Y Luis, como es mi hijo, pues está aquí en este momento. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿No has tenido suficiente con lo de bajar a la Tierra? Porque no sabes el infierno en el que te has metido por el hecho de venir hasta aquí.

—Pues no, parece ser que no he tenido suficiente. Y no sé cuál es el infierno en el que me he metido, estoy aquí para averiguarlo.

—Muy bien. Pero siento decirte que no creo que hayas tomado la decisión correcta. ¿Cómo piensas seguir ayudando a la gente si estás a punto de morir?

—No lo sé. Pero si en esta vida no logro hacer todo aquello que creo que vine a hacer, en otra vida tal vez.

—Pues espero que tengas suerte en otra vida, porque en esta los tres estáis a punto de decir adiós —nos dijo Inderto mientras creaba una gran bola de fuego con las manos.

—Papá, he pensado que prefiero matarlos yo —le dijo Luis a Inderto.

—Como tú quieras, hijo. Estoy orgulloso de ti por tu decisión, y eso que has pasado bastante tiempo con Shiada.

—Gracias, papá. Sé que ya estoy en mi camino, y esta es una forma de demostrarte a ti y a mí mismo lo fuerte que me estoy haciendo. Pero quiero hacerlo solo, así que tú ve a cargarte al resto de seres, que esta labor es mía.

—De acuerdo, hijo. Como quieras.

Así que su padre se fue por donde nosotros habíamos venido, y nos quedamos los tres solos con Luís.

—No voy a mataros —nos dijo Luis al medio minuto de que su padre se fuese.

—Ah, pues menos mal, porque yo personalmente no tengo ninguna gana de morir —dijo Lucas.

—Ni tú ni nadie —añadió Eric.

—Entonces, ¿David está muerto? —le pregunté yo bastante intrigada y sorprendida.

—No. David no está muerto, está escondido. Le dije a mi padre que le había asesinado, eso fue lo que él me dijo que tenía que hacer. Pero, en vez de eso, lo que hice fue contarle parte de la historia y recomendarle que se escondiese.

—Hiciste bien. Ya decía yo que no podías ser mala persona —le dije contenta de que no fuese real lo que acabábamos de presenciar—. Pero ¿y qué ha sido de la chica asesinada y de las personas que han desaparecido?

—A la chica que conocimos en el mercadillo la asesinó Leo y después mi padre me lo presentó para que nos hiciésemos amigos. También me mandó matar al resto de personas a las que les enviamos las lágrimas, pero no fui capaz. Así que, en vez de matarlos, también decidí contarles parte de la historia y esconderlos, por lo menos hasta que todo pasase. Les dije que, si querían continuar con vida, nadie podía saber que seguían vivos, ya que mi padre me vigilaba. Y para no

enseñarle los cuerpos, le dije que los había quemado vivos, ya que mi elemento es el fuego, y solo con mi mente puedo hacer arder cualquier cosa.

—Vaya, pues sí que es potente ese poder —añadió Eric—. Bueno, me alegro mucho de que no sea verdad todo lo que nos acabas de contar hace nada, porque la verdad es que estaba un poco que no me lo creía.

—Vale. ¿Y ahora cuál es el plan? ¿Dónde están escondidos David y el resto de personas?

—Están todos en un escondite que encontré en la selva. De hecho, incluso me parece mejor escondite que donde estaba nuestra nave.

—O sea, que están a salvo —dije ya con voz relajada.

—Sí, están a salvo, por lo menos más que nosotros.

—Pues, tío, me alegro de que de verdad estés con nosotros —le dije mientras le daba un abrazo.

—Yo también me alegro. Nunca me he sentido como mi padre. Nunca he tenido ningún interés en hacer daño a alguien para sentirme más poderoso después. La verdad es que nunca le he llegado a entender. Y no sé por qué he nacido siendo su hijo.

—Pues, a lo mejor, porque solo así podías ayudarnos a salir de aquí y ganar esta batalla —le dijo Eric, como metiéndonos a todos un poco de prisa.

—No sé, puede ser. Bueno, mi plan es destruir esta máquina. ¿Os apuntáis?

—Nos apuntamos —dije contestando por todos los demás.

—No sé cuánto tiempo tardará en venir mi padre o cualquier otro de mis compañeros.

—Sí, pues vamos a darnos prisita —dijo Lucas.

—¿Y cómo la rompemos? —pregunté yo.

—Muy buena pregunta —me dijo Luis—. La verdad es que no tengo ni idea. Nadie me ha contado mucho acerca de esta máquina. Solo me han dicho que sirve para controlar las mentes de todas las personas de la Tierra, que ya está comenzando en todo el mundo la implantación de los DNI y que, en unas horas, cuando todo el mundo tenga implantado su DNI, la máquina se pondrá en funcionamiento.

—Bueno, pues simplemente es hacer que eso no ocurra —añadí.

—Ja, ja, ja —se rio Luis—. Si todo fuese tan fácil...

—Pues si no es fácil, por lo menos vamos a hacer que lo parezca —añadió Eric.

—Bien. ¿Qué os parece si todos la atacamos de golpe? —preguntó Luis.

—A mí me parece bien, pero tú, siendo fuego y yo agua, como vayamos a la vez, creo que no va a hacer mucho efecto.

—Pues yo la intento hacer arder, mientras los demás y tú pensáis que es un saco de boxeo.

—De acuerdo —afirmó Eric—. Tú haz arder el tubo, mientras nosotros tres destrozamos las máquinas de abajo.

—Me parece bien —dijo Luis.

Así que, como se nos habían caído las granadas, por lo que ya no podíamos hacerlas estallar, nos pusimos manos a la obra. Mientras Luis intentaba retorcer el tubo con las manos y hacerlo arder, nosotros, utilizando todas nuestras fuerzas, intentamos romper todas las máquinas de abajo. Pero, en vez de conseguir romper la máquina, lo que conseguimos fue que se encendiese una luz roja y saltasen las alarmas.

—Uy, ¿y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Pues yo por mí nos escondemos —me contestó Eric.

—No tenía ni idea de que la máquina tenía una alarma —comentó Luis con cara de arrepentido.

—Bueno, pues así ya lo sabemos para otra vez —le dije de broma para tranquilizarle.

La sala en la que estábamos era inmensa, por lo que echamos a correr en dirección contraria por donde habíamos venido. Llegamos a otra puerta y, como al igual que las demás no tenía ningún tipo de cerradura, la abrimos rápidamente y entramos en la siguiente sala. Que, por cierto, la siguiente sala era una discoteca igual de grande que la sala anterior.

—¿Y qué pinta aquí una discoteca? —preguntó Lucas con extrañeza.

—Pues que los chungos también tienen derecho a divertirse —le contestó Luís—. ¿O tú qué crees? ¿Que solo se divierten los buenos?

—No, hombre. Pero al lado de esta máquina vuestra tan poderosa, que también haya justo al lado una discoteca...

—Todo es posible.

Continuamos corriendo a través de la discoteca hasta que salimos de ella, abrimos la puerta para pasar a la siguiente sala, y nos encontramos con una grandísima y preciosa piscina. El sitio tenía pinta de ser un balneario superflipante. Además, todo era de unos intensos colores plateados y dorados, y uno de los bordes de la gran piscina estaba lleno de grandes sofás de estos colores.

—Qué bien vivís, ¿eh? —le comenté a Luis.

—Ya ves, pero yo, como tenía que estar con vosotros todo el rato, pues me he perdido este tipo de cosas.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Ya tendrás oportunidad de disfrutar de ellas. Entonces, todo esto es una nave espacial, ¿no? Porque la máquina esa tan grande con la que quieren controlarlos a todos solo ocupa una parte de aquella sala.

—Sí, estamos en una nave espacial. Pero, claro, en este caso, esta es mucho más grande que la que utilizamos para bajar a la Tierra.

—Ya veo, y también es mucho más grande que un hotel diez veces el nuestro.

—Mi padre quería utilizar esta nave para que le ayudásemos a conquistar el máximo número de mundos de esta galaxia.

—¡Caray! ¡Pues sí que es ambicioso el tío! —exclamó Lucas.

—Sí, es la persona más ambiciosa que he conocido en mi vida —añadió Luis.

Justo en aquel instante, cuando continuábamos corriendo en dirección contraria a la gran máquina, apareció un grupo de diez oscuros, que venían de la dirección opuesta a donde se encontraba la discoteca.

—¿Qué haces corriendo con estos desgraciados? —le preguntó a Luis uno de los oscuros, el cual me daba que era el que le había cortado la cabeza a Rell, ya que en vez de brazos tenía unas cuchillas tan afiladas que parecían catanas.

—Pues no sé. ¿A ti qué te parece que puedo estar haciendo? —le preguntó Luís.

—Nos has traicionado —afirmó el de las cuchillas—. Tu padre no se va a poner nada contento cuando se entere.

—Pues, entonces, mejor que no se entere, ¿no?

—¿Tú eres el que le ha cortado la cabeza a Rell? —le pregunté con odio.

—No tengo ni idea de quién es Rell, pero sí que le he cortado antes la cabeza a un tío bastante cachas, justo cuando estabais haciendo senderismo por la isla.

—Mi padre dijo que no atacaseis a nadie hasta que no llegasen a la nave —le dijo Luis con voz de enfado.

—Ya lo sé, pero quería darle un poco más de emoción al paseíto que estaban haciendo, para que luego no fuese la sorpresa toda tan de golpe.

—Pues ya sabes que a mi padre eso no le ha hecho ninguna gracia.

—No digas tonterías. Mucha menos gracia le va a hacer saber que su propio hijo le ha traicionado. Así que, como seguro que sois vosotros los que habéis hecho saltar la alarma, vamos a acabar con esto.

—Sabes que soy mucho más poderoso que tú —le advirtió Luis—. Sabes que si quiero puedo terminar con tu vida sin el más mínimo esfuerzo.

—Sí, lo sé. Pero también sé que no tienes cojones para hacerlo. Si no, no te habrías cambiado al bando de estos subnormales.

Nada más decir eso, comenzamos una nueva lucha, aunque como Luis era tan poderoso, no necesitó que le ayudásemos mucho. Enseguida, con las manos, elevó a los diez en el aire, y con su mente hizo que de repente todos ellos comenzasen a arder.

—¿Y ahora qué me dices? —le preguntó Luis al de las cuchillas mientras este ardía—. ¿Tengo cojones o no tengo cojones?

Ninguno de los diez le contestó, sino que en vez de eso chillaron como locos de dolor, lo que creo que hizo que Luis los volviese a dejar en el suelo y parase el fuego.

—No tienes cojones —contestó Ozono una vez dejó de arder.

Los diez oscuros tenían grandes quemaduras en distintas partes del cuerpo. Una vez cayeron al suelo, se vio que los diez se encontraban bastante destrozados. Pero, en ese momento, Ozono, nada más decir aquella frase, se acercó a mí creo que para hacerme algo similar a lo que le había hecho a Rell. Menos mal que, por suerte, Luis, aunque no nos había dicho nada, también tenía el poder de la velocidad, por lo que pudo detenerle antes de que llegase a tocarme. Lo elevó del suelo con la mano y esta vez sí que hizo que los diez ardiesen hasta que perdiesen la vida.

Yo, la verdad, es que me giré un poquillo porque me había parecido una escena muy desagradable y aproveché también para meterle varias patadas a la pared, ya que el hecho de que el de las cuchillas hubiese intentado matarme me había llenado de rabia.

—Luis, muchas gracias por salvarme la vida —le dije mientras le daba un abrazo una vez me hube relajado un poco.

—Nada, para eso están los amigos. Bueno, será mejor que nos vayamos, porque si han saltado las alarmas seguro que vienen más.

—¿Y qué podemos hacer entonces para destruir esa máquina? —preguntó Eric—. ¿Tenéis alguna bomba o algo que la pueda hacer estallar?

—Sí, aquí hay todo tipo de cosas que estallan, pero eso no va a funcionar.

—¿Entonces cómo vamos a destruir la máquina? —preguntó Eric un poco desesperado.

—Creo que la única forma es entender cómo funciona y desactivarla. Necesitamos a un ingeniero.

Capítulo 16

Nuestro plan había cambiado. Nos habíamos dado cuenta de que, si queríamos destruir la máquina o, por lo menos, impedir que esta pudiese llegar a funcionar, no nos quedaba otra que ir en busca de David, ya que, si aparte de los oscuros había alguien capaz de desactivarla, ese era él. Así que no nos quedaba otra que salir de aquella isla e ir a la selva, concretamente al escondite donde se encontraba David y el resto de personas a las que Luis y David les habían lanzado sus lágrimas.

—Bueno, chicos. Ya veis, de vuelta a la tierra otra vez —comenté—. A ver qué tal se nos da esquivar a todos los oscuros.

—Sí, a ver qué tal —dijo Luis—. Yo espero no encontrarme con mi padre. Así que, ¿qué os parece si salimos por el lado contrario?

—Por mí perfecto —contestó Eric—. Yo tampoco tengo ganas de volver a ver a tanto oscuro junto.

—Pero, eso sí, tenemos que andar bastante hasta llegar al otro lado —advirtió Luis—. Aunque, bueno, volando, siempre es mucho más rápido que caminando.

Nos pusimos en marcha. Primero recorrimos todo el camino que nos quedaba de la nave. La verdad es que la nave era una mansión muchísimo más grande que cualquiera de los palacios y de las plataformas que había en el Reino de las Hadas. Pasamos por un gigantesco gimnasio que tenía unas máquinas y unos aparatos incluso más raros que los que había en nuestro escondite de la cascada, y también pasamos por un cine, por un parque de atracciones que, eso sí, no era como los de la Tierra o los del Reino de las Hadas, ya que esos eran al aire libre y este estaba completamente cerrado. También pasamos por un centro comercial, por una playa artificial y por un casino. Hasta que, finalmente, conseguimos salir a la superficie.

—¡Por fin! —dijo Lucas con satisfacción una vez salimos a la superficie—. No entiendo cómo es que no han puesto otra salida antes.

—Porque arriba está la montaña, por lo que las únicas salidas que hay son a los lados —le aclaró Luis.

Por suerte, no había ninguno de los oscuros en aquella parte de la isla, así que pudimos atravesar el mar sin ninguna dificultad. Una vez llegamos a tierra, nos dirigimos a la selva, al escondite donde se encontraban David y el resto de personas.

Ya allí, vi que el escondite estaba en una gran montaña de rocas gigantes, ya que abajo del todo había un hueco por el que podía pasar hasta una persona del tamaño de Eric.

—¿Y cómo es que tienes esa habilidad para encontrar todos esos escondites? —le pregunté a Luis un poco extrañada por el buen escondite que había encontrado.

—Lo que hace estar tanto tiempo dando vueltas por la selva.

Cuando entramos, lo primero que había era una pequeña cueva, pero, según avanzábamos, una gran luz iba apareciendo, la gran cueva desaparecía y en su lugar había un bonito jardín, donde pudimos ver que sentados y tumbados sobre unas rocas se encontraban David y el resto de personas.

—Es chulo este sitio, ¿eh? —dije en voz alta para que David y los demás nos viesen.

—¡Shiada! —exclamó David mientras se levantaba a saludarme—. No sabía si te volvería a ver.

—Pues yo la verdad es que tampoco.

—¿Y quién es este tío tan grande? —preguntó David refiriéndose a Eric.

—Me llamo Eric. Soy el que ha estado entrenando a Shiada todo este tiempo.

—¿Cómo que entrenando? —preguntó David extrañado.

—Tío. Como no tenía mucho tiempo, porque me tocaba ir a pelear, no me dio tiempo a contártelo. Pero, vamos, que Shiada y yo, bueno, yo sobre todo, somos muchísimo más poderosos de lo que te imaginas.

—¿Cómo que sois muchísimo más poderosos? ¿Poderosos como los superhéroes o qué?

—Sí, más o menos.

El resto de personas que estaba allí, que por cierto eran siete, tampoco sabían nada, así que como pudimos les hicimos un resumen. Para lograr que se lo creyesen, les tuvimos que hacer varias demostraciones. Luis quemó varias botellas de plástico a la vez y los elevó a todos en el aire, mientras que los demás y yo volamos por el aire y a mí me dio por elevar a tres metros del suelo toda el agua que había en una pequeña laguna que tenía el jardín.

—¿No os parece demasiado flipante lo que nos estáis contando? —nos preguntó David.

—Sí. Y también lo que acabas de ver con tus ojos yo diría que es demasiado flipante —le contestó Eric.

—Sí. Y me lo creo por eso, porque lo estoy viendo con mis propios ojos que, si no, ya os estaba mandando a todos al psiquiátrico. Porque Luis nos habló de asesinos, no de extraterrestres ni de superhéroes.

—O sea, que unos seres que no son de este mundo quieren dominarnos a todos y manipularnos como ellos quieran —resumió Javi, que se trataba de un hombre de unos treinta y tantos años y que formaba parte del grupo al que le habíamos enviado las lágrimas.

—Básicamente —le contestó Eric.

—Pues habrá que hacer algo para evitar que eso suceda.

—Sí, pero tranquilo, que de eso nos estamos encargando nosotros —le dije a Javi pensando en que, como alguno de ellos fuera a la isla, no iba a poder regresar.

—Me da igual que no tengamos superpoderes, ni superfuerza, ni que no podamos volar, ni ninguna de esas cosas. Pero se trata de nuestra vida y de la vida de los que nos rodean, así que vamos a ayudar sí o sí.

—Habéis visto en las noticias que a partir de mañana comenzarán a ir a las casas para realizar la implantación del nuevo DNI —comenzó hablando Eric, ya que Luis les había dejado un aparato para por lo menos poder ver la televisión—. Así que, si nuestro plan fracasa, todavía tenemos la opción de que vosotros consigáis convencer a la gente para que ninguno acepte la imposición del nuevo DNI.

—Me parece una buena opción, pero no tengo ni idea de qué hacer para transmitir mi mensaje a tantas personas. Puedo ir a cualquier cadena, pero no creo que me dejen decir nada. Porque si les cuento la verdad van a pensar que estoy como una cabra.

—Sí, eso sí —afirmó Eric—. Y tu vida va a correr un peligro tremendo como consigas hacer eso. Así que estaría bien que uno de nosotros fuese con vosotros.

—¿Pero no se suponía que no podíamos contar nada de esto a nadie? ¿Que los humanos todavía no estaban preparados para conocernos? —le pregunté a Eric sin entender muy bien.

—Sí, pero ya no tenemos elección. Y se lo acabamos de contar a siete humanos.

—Sí, eso sí —reconocí—. Pues nada, si queréis correr riesgos para colaborar en algo mucho más grande que vosotros, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—¿Y quién vendría con nosotros? —preguntó Sofía, una de las chicas que pertenecían al grupo

de los que le mandamos las lágrimas.

—¿Algún voluntario? —preguntó Eric.

—Quien los acompañe va a tener muchísimas más posibilidades de sobrevivir que el resto —añadí.

—Pues, qué pena, porque según me habéis dicho, a mí me toca ir a la isla sí o sí. Si lo hubiese sabido, lo mismo no me da por hacerme ingeniero —comentó David.

—Tú tranquilo, que te vamos a proteger —le dijo Eric.

—Lo podemos echar a suertes entre los cuatro, a ver quién de nosotros se queda en tierra —dijo Lucas refiriéndose a Eric, Luís, él y yo.

—No —le dijo Eric—. Mejor echarlo a suertes entre vosotros, que yo sí o sí voy a volver a la isla.

—Echarlo solo entre los dos —añadió Luis—. Yo también voy a volver a la isla. Sobre todo, porque mi padre se va a mosquear mucho como no me encuentre.

Así que lo echamos a cara o cruz entre Lucas y yo, a ver cuál de nosotros iba a la isla y cuál salía en la televisión. Yo, sinceramente, prefería 100 000 veces salir en la televisión, ya que tenía grabada en mi mente la imagen de cuando a Rell le habían cortado la cabeza, y para mí volver a ese sitio era como volver al lugar menos agradable en el que había estado en mi vida. Pero el resultado no fue el que a mí me habría gustado, ya que a Lucas le tocó ir a la televisión y a mí volver a la isla.

—¡Esperad! —dijo Eric, que parecía que acababa de tener una idea—. Cuantos más de nosotros vayan a la isla, mejor, así que vosotros seréis nuestra segunda opción. Si morimos y nuestro plan fracasa, todavía podéis intentar salvar a la humanidad.

—¡Qué pena! Con la ilusión que tenía yo de salir en la televisión —dijo Lucas de broma.

—¿Y cómo sabremos si vuestro plan ha tenido éxito o no? —preguntó Javi.

—Dadnos 10 horas y, si antes de ese tiempo estamos aquí, habremos tenido éxito y no tendréis que hacer nada, pero si antes de 10 horas no hemos vuelto, id a la televisión.

—De acuerdo. Lo veo bien —dijo Javi.

Así que, otra vez, Eric, David, Lucas, Luis y yo volvimos a la isla. A ver qué es lo que había pasado desde que nos fuimos. Yo esperaba que la gran mayoría de los de nuestro grupo siguiesen vivos, y principalmente que Caspea continuase viva, ya que, desde que entramos en la nave espacial, no la habíamos vuelto a ver.

Fuimos por el mismo sitio por el que habíamos salido la vez anterior, es decir, para entrar a la nave por el lado contrario a donde estaba teniendo lugar la batalla. Una vez dentro, nos dirigimos los cinco al lugar donde se encontraba la gran máquina. Y tengo que decir que, durante todo el viaje de vuelta a la isla, estuve rezando para que no nos volviésemos a encontrar de nuevo con Inderto, aunque sentía que ese deseo no iba a ser posible.

Y así fue, no se hizo posible. Nada más llegar a la gran sala donde estaba la máquina, el primer ser con el que nos encontramos fue Inderto e iba acompañado de otros tres extraterrestres, que a saber de qué planeta eran los tres oscuros, ya que tenían un aspecto que imponía bastante. A mí por lo menos me asustaron un poco cuando los vi. Los tres deberían de ser del mismo planeta, porque eran prácticamente iguales. Su aspecto era una mezcla entre pulpo gigante, cocodrilo y tiburón blanco. Daba la sensación de que se trataba de tres bestias muy poderosas.

—¿Se puede saber qué haces con estos mocosos? —le preguntó Inderto a su hijo con una voz que daba a entender que estaba muy enfadado—. ¡Me has traicionado! Has dejado desatendido tu

puesto. Y no solo no has acabado con la vida de estos tres sinvergüenzas, sino que encima te has ido con ellos.

—Todo esto tiene una explicación —le dijo Luis a su padre, yo creo que sin saber muy bien qué decir.

—¡Qué coño va a tener una explicación! —exclamó furioso su padre mientras le agarraba fuertemente del cuello—. ¡A mí ya no me engañas más! No te voy a matar porque eres mi hijo, aunque acabas de perder todo aquello que te había prometido. Porque, ¿qué es lo que te ha pasado para que me des la espalda? ¿Qué es lo que he hecho para que me traiciones de esta manera? Eres el único hijo del ser más poderoso del mundo, y acabas de echar a perder todo lo que eso implica. ¡Acabas de tirar tu vida a la basura!

—O, a lo mejor, acabo de empezar a vivir realmente mi vida.

Y nada más decir Luis esta frase, Inderto le metió un puñetazo en el ojo que hizo que este se le quedase totalmente morado.

—Te has convertido en una vergüenza de hijo. No te pareces en nada a mí.

—¡Pues claro que no me parezco! Y tú siempre has sido una vergüenza de padre. Que yo haya elegido ser tu hijo no significa que tenga que ser como tú. Tengo derecho a tomar mis propias decisiones, tengo derecho a vivir mi propia vida y, sobre todo, tengo derecho a no seguir el camino de oscuridad que tú has decidido seguir.

Al terminar de decir esto, Inderto le metió otro fuerte puñetazo en la cara. Nosotros mientras intentamos ayudar a Luis, pero las tres bestias nos lo impedían.

—Como primer castigo, ahora mismo vas a ver cómo mueren estos tres subnormales, que ya tenían que llevar muertos un buen rato.

—¡No pienso dejar que los mates!

—No te queda otra —le contestó su padre mientras lo agarraban las tres bestias.

Así que, Inderto, alzando las manos, nos elevó del suelo a una notable distancia. Y, desde esa posición, hizo el mismo movimiento que había hecho anteriormente Luis con sus manos y comenzó a ahogarnos. Así que otra vez volví a sentir esa sensación tan desagradable de no ser capaz de respirar por mí misma.

—¡No los mates, por favor! —exclamó Luis—. Si les dejas ir, te serviré de por vida en todo lo que quieras.

—Me vas a servir de todas las maneras quieras o no, así que no me cuentes tonterías. Ten los ojos muy abiertos, porque en este instante hay cuatro seres que van a comenzar a arder.

Y eso fue lo que sucedió, pero solo una décima de segundo, porque en ese preciso instante utilicé mi poder del agua para evitar que nos quemase a cualquiera de los cuatro. No sé muy bien de dónde saqué aquella agua, pero en ese momento los tres nos vimos totalmente envueltos en ella. Esto hizo que Inderto utilizase más fuerza en su poder del fuego y, por esa misma razón, yo tuve que ponerle más fuerza a mi poder del agua. Pero como ya sabéis, Inderto era un ser extremadamente poderoso, lo que hizo que llegase un momento en el que sintiese que todo ese poder que yo tenía no fuese suficiente. Vi que el darlo todo de una manera tan a lo bestia empezaba a ser insuficiente para frenar la posibilidad de arder vivos. Y eso que Luis también me estaba intentando ayudar cómo podía, sobre todo intentando que ardiesen las tres bestias que lo tenían agarrado, y a la vez intentando evitar que ardiésemos nosotros. Esto hacía que su padre tuviese que hacer justo lo contrario a lo que estaba haciendo él.

Cuando llegué un momento en el que sentía que ya lo había dado absolutamente todo, que todas mis fuerzas ya se habían agotado y que el fuego iba a aparecer, ocurrió algo que ninguno de

nosotros se esperaba. Rápidamente, una fortísima luz de energía cayó sobre mí, dejando un grandísimo resplandor blanco en toda la sala. En ese momento tuve una sensación muy parecida a la que sentí cuando Caspea y Eric me dieron los poderes, solo que, esta vez, la sensación fue muchísimo mayor, y sentí cómo gran cantidad de luz comenzaba a recorrer todo mi cuerpo, centrándose en mis ojos, los cuales, de repente, se me iluminaron como si acabase de encender dos potentes linternas. En aquel momento sí que puedo decir con plena seguridad que me sentí más poderosa que nunca.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Luis—. Shiada, ¿estás bien?

—Pues la verdad es que me siento superbien.

En ese momento, nada más hablar, conseguí vencer a todo el fuego que estaba creando Inderto y, además, también conseguí que este dejase de ahogarnos. Parecía que aquel rayo de energía me acababa de hacer, por lo menos, tan poderosa como Inderto. O, al menos, esa era la sensación que tenía, porque nunca en mi vida había sentido tanto poder como el que estaba sintiendo en aquel instante.

—Leo tenía que haber acabado contigo antes de que esto pasase —dijo Inderto furioso—. Pues que sepas que yo maté a tu padre.

—¿Perdona? —pregunté sin entender lo que acababa de decir—. Mi padre nunca le ha hecho daño a nadie, ni tiene nada que ver en esto. Es mentira lo que me dices.

—No me refiero al padre que tú crees que es tu padre. Me refiero a tu verdadero padre, al que, como te acabo de decir, yo maté.

—¿A qué viene esa tontería? —le pregunté muy enfadada—. Mi padre verdadero es el que siempre he conocido.

—Eso es lo que pensáis tú y él, pero pregúntaselo a tu madre, a ver qué te dice ella.

En ese instante, de la rabia que sentí, me lancé como loca a por él y comenzó una nueva lucha entre los dos, lo que provocó que las otras tres bestias y mis tres amigos también se uniesen al combate. No fue una pelea como las típicas en las que solo se dan patadas y puñetazos. Fue una lucha en parte haciendo eso, pero sobre todo utilizando todos nuestros poderes. Menos mal que la sala era amplia, porque armamos una buena. David no era tan poderoso como los demás, así que le echamos todas las manos que pudimos para que las bestias no acabasen con su vida, ya que, aparte de ser alguien a quien queríamos de verdad, por lo menos Luis y yo, era la única persona capaz de destruir la máquina, por lo que en ese momento estaba en juego algo mucho más grande que todos nosotros y era preferible que cualquiera de nosotros perdiésemos la vida a que la perdiese David. Bueno, al menos eso era lo que nosotros pensábamos en ese momento. Lo mismo había más formas de destruir aquella máquina.

—¡Proteged a David con vuestra vida! —les dije a todos para que lo tuviesen muy en cuenta.

—Gracias —me dijo David.

Enseguida nos quedamos Eric luchando contra una de las bestias, Lucas contra otra, Luis contra otra, yo contra Inderto, y David nos iba echando una mano como podía y nosotros se la íbamos echando a él al mismo tiempo.

Las bestias esas tan raras, entre las cosas que hacían, lo que más me llamó la atención es que no sé si tenían algún poder que les repudiese los dientes o qué, pero eran capaces de lanzar gran parte de su dentadura contra nosotros que, por cierto, eran auténticas cuchillas. Así que teníamos que estar muy atentos, no fuese que se nos clavase en el cuerpo alguno de aquellos afilados cuchillos, porque por muy duro que fuese nuestro cuerpo, aquellas cuchillas salían disparadas tan fuertemente que se nos clavaban. De hecho, a varios de nosotros nos llegó a dar alguna que otra. A

Eric se le clavó una en la mano derecha; a Lucas le pasó rozando la oreja y por poco se la arranca; a Luis y a David no les clavarón ninguna, y a mí me llegaron dos, una me dio en la pierna izquierda y otra me dio en el hombro derecho, aunque esta última realmente no iba para mí. Vi que hubo un momento en el que David quedó desprotegido y al alcance de una de las feroces bestias, por lo que esta aprovechó para lanzar sus colmillos, así que corrí lo más rápido que pude y aparté a David poniéndome yo delante para que a él no pudiesen llegarle ninguno de los colmillos, y uno de ellos se me clavó en el hombro. Me lo tuve que sacar al igual que me había sacado el de la pierna. La verdad es que luego salía bastante sangre, pero creo que, gracias a nuestros poderes, no salía ni de cerca la suficiente como para desangrarnos, y las heridas se nos curaban mucho más rápido que a cualquier hada o ser humano. Además, que como estaba con la adrenalina, apenas sentía dolor, y creo que los demás, por como continuaban luchando, tampoco.

—¿Qué ha pasado con el resto de los nuestros? —le preguntó Eric a Inderto como pudo, ya que, aunque no estuviesen luchando juntos, estaban tan cerca que se podían oír.

—Pues que ahí siguen, luchando, como nosotros ahora mismo. Aunque muchos de ellos ya han dejado de estar en este mundo y creo que, por suerte, bastantes más de tu bando que del mío. Así que mi ejército es mucho más fuerte que el tuyo.

—Eso no pienso creérmelo hasta que no lo vea con mis propios ojos.

—¿Y quién dices que es mi verdadero padre? —le pregunté a Inderto interrumpiéndoles la conversación.

—Tu verdadero padre es alguien que nunca ha pertenecido al Reino de las Hadas, pero que, un día, después de salir muy herido de una gran batalla, fue a dar a la plataforma en la que se encontraba tu querida madre. En aquel entonces éramos amigos, pero él no tenía ni idea de que me iba a convertir en el mayor traidor.

—¿Y cómo sucedió todo eso? —le pregunté llena de rabia y a la vez de curiosidad.

—Verás. Tu padre y yo proveníamos de un lugar mucho más evolucionado, donde habitaban seres mucho más poderosos que cualquiera de los que te puedes encontrar en la Tierra o en el Reino de las Hadas. Tu padre y yo éramos grandes guerreros, pero hubo una gran batalla que tuvo lugar muy cerca del Reino de las Hadas. Estaban invadiendo un planeta y tu padre y yo decidimos ir a ayudar a los que vivían en él. Pero los extraterrestres que lo estaban invadiendo eran más fuertes de lo que pensábamos y caímos, fuimos derrotados.

—¿Os vencieron los extraterrestres?

—Sí, pero no solo a nosotros, sino que todo el planeta fue destruido. Tu padre estaba muy mal herido, y yo no tenía en mis manos nada con qué curarle. Así que, antes de que el planeta estallase, conseguí lanzarle al famoso Reino de las Hadas con la esperanza de que allí lo curasen. Ese tiempo que perdí hizo que los extraterrestres que estaban destruyendo aquel planeta me hiciesen su prisionero.

—¿Y cómo es que pasaste de ser su amigo a acabar con su vida?

—Porque solo fue un secuestro al principio. Enseguida vieron algo en mí que les hizo ver que yo no era tan diferente a ellos, y me comenzaron a enseñar y a transmitir una serie de cosas que hicieron que mi avaricia, mi codicia y mi deseo de tener el poder absoluto de todo se disparase totalmente. Así que volví a mi lugar de origen y ahí comencé mi revolución en contra de la luz.

—¿Y mataste a mi padre? —le pregunté llena de ira.

—Sí. Intentó impedírmelo y no me quedó otra que acabar con su vida. Mi ambición por el poder siempre había sido muy grande, pero aquellos seres me ayudaron a que todavía se incrementase mucho más.

—¿Y cómo se llamaba mi padre?

—Shidón. Yo le asesiné justo unos días antes de que tú nacieras.

No sabía por qué, pero sentía que lo que me estaba contando Inderto era totalmente cierto, así que al decir él esa última frase, me volví a cargar de mucha más rabia y la lucha entre los dos tomó mucha más acción que la que tenía antes. En aquel momento era consciente de que me encontraba ante el salvador y a la vez el asesino de mi verdadero padre, el cual no tenía ni idea de quién era.

—Yo no lo sabía —me dijo Luis que, al igual que el resto, había escuchado la conversación—. Lo siento, Shiada.

—No pasa nada.

—Ahora, gracias a mí sabes de dónde viene tu nombre, y también que, si no fuese por mí, no habrías ni siquiera llegado a nacer.

—Me da igual. Eres el asesino de mi padre.

—Sí, y también soy su salvador.

Continuamos luchando, hasta que, de repente, cantidad de seres de los oscuros llegaron a la sala. Muchos de ellos estaban heridos y todos tenían un aspecto que se notaba que ninguno pertenecía a nuestro bando.

—¿Cuántos siguen vivos de los nuestros? —preguntó Eric.

—Muy pocos —le contestó con malicia uno de los oscuros que acababan de llegar.

—No aguanto más. No hemos vuelto a ver a Caspea. Voy a ver qué ha pasado.

—Vamos contigo —le contesté, aunque luego lo pensé y con tanto extraterrestre del bando contrario me parecía bastante difícil.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Lucas.

—No tengo ni idea —le contesté.

—Confíad en mí —dijo Luis—. Shiada, haz lo mismo que yo.

Luis alzó sus manos y de ellas salió tanta energía que todos los oscuros, incluido Inderto, salieron volando en la dirección opuesta a la que estábamos nosotros.

—¡No os vais a salir con la vuestra! —chilló Inderto mientras sacaba también su energía para contrarrestar la de Luis.

Pero, en aquel momento, yo saqué también toda mi energía, consiguiendo así que el poder de Inderto ya no supusiese ningún problema para nosotros. Así que, gracias a eso, salimos corriendo de aquella sala, dejando atrás a todos los oscuros. A ver qué es lo que había pasado mientras nosotros no estábamos.

Capítulo 17

Salimos de la nave al precipicio donde se suponía que estaban todos nuestros compañeros, por lo menos los que quedaban vivos. Y así era. Todavía vimos a muchos que continuaban luchando, pero, por desgracia, el número había disminuido notablemente y había muchos más oscuros que seres de la luz en pie.

Lo primero que hicimos al ver el panorama fue utilizar todos nuestros poderes para terminar con la vida de todos los oscuros que quedaban allí. Y tengo que decir que, gracias a la lucecita esa que me acababa de caer del cielo, nos resultó bastante fácil acabar con todos. De hecho, solo tuvimos que utilizar nuestros poderes Luis y yo.

—¿Dónde están el resto de nuestros compañeros? —le preguntó Lucas a Sofía, que era una de las pocas compañeras que continuaban en pie y su aspecto era exactamente igual que el de las sirenas de los cuentos.

—Si no están aquí, es que no han sobrevivido. Tienen que estar abajo del precipicio, porque he visto caer a muchos —le contestó Sofía mientras se la caían las lágrimas.

—Bueno. Tú tranquila, que parece que lo peor ya ha pasado —la tranquilizó Lucas—. Reúnete con el resto y nosotros, cuando subamos, vamos a destruir la máquina. Así que, si queréis, esperarnos aquí.

—No, vamos con vosotros —le dijo Perizo, que era otro de los compañeros que habían sobrevivido y tenía aspecto de erizo.

De este modo, nos juntamos todos los que estábamos vivos y descendimos por el precipicio con la esperanza de que alguno de los que había caído continuase con vida. Una vez abajo, flipamos con la cantidad de cuerpos que había en el suelo. Creo que solo habíamos sobrevivido la décima parte de todos los que éramos. Aunque, por lo menos, creo que había más cuerpos en el suelo de oscuros que de seres de la luz. Por lo que se podía deducir que el número de oscuros era superior al nuestro.

Fuimos pasando entre los cuerpos y, por suerte, había varios que estaban muy malheridos, pero que todavía continuaban con vida. Entre ellos vimos a Marina y a Caspea, cuyo aspecto no parecía muy bueno.

—¡Caspea! —exclamó Eric—. Tranquila, te vamos a sacar de aquí. Ya solo nos queda vencer a unos pocos más y destruir la máquina.

—¿Inderto está muerto? —preguntó Caspea sin apenas poder hablar.

—No, sigue vivo. Pero resulta que el amigo de Shiada es su hijo y está de nuestro lado. Y, también, por lo visto, Shiada es la hija de alguien muy poderoso que murió antes de que ella naciera.

—¿Cómo se llamaba?

—Shidón —le contesté adelantándome a Eric.

—Lo conocí.

—¿Quién fue? —le pregunté a Caspea muy intrigada.

Pero no me pudo llegar a contestar, ya que justo en ese momento sus ojos se cerraron para no volver a abrirse.

—¡No! ¡No te vayas, Caspea! —empezó a chillar Eric con todas sus fuerzas, y también los demás, incluida yo.

En aquel momento me sentí llena de tristeza. Ya eran muchas las pérdidas que teníamos que asimilar, y Caspea había pasado muchísimo tiempo conmigo, no había sido mi entrenadora, pero desde que la conocí, siempre había estado a mi lado, siempre me había apoyado y siempre había podido contar con ella para cualquier cosa.

Pero, según me había dicho ella, la realidad es que nunca perdemos a nuestros seres queridos. Si no era en otra vida, en el más allá seguro que nos volveríamos a encontrar. Además, que en aquel momento no teníamos tiempo para muchos llantos, todavía nos quedaba el ser más poderoso y una gran máquina por destruir. Así que nos secamos las lágrimas y nos pusimos en marcha, ya solo nos quedaba un paso más por dar.

Volamos lo más rápido posible hasta llegar de nuevo a la sala donde se encontraba la máquina y el resto de los oscuros.

—¿Dónde están los oscuros? —nos preguntó Inderto nada más vernos.

—Se acaban de ir al otro lado. O sea, que yo creo que en vuestro caso se han ido al infierno —le contesté.

—Te vas a enterar de esto, pequeña mocosa.

—Pues vamos a comprobar de qué me voy a enterar —le dije mirándole con cara desafiante.

De esta forma, comenzó de nuevo otra batalla, aunque esta vez con mucha menos gente que en la batalla inicial. Luis me dejó que fuese yo la que luchase contra Inderto, que no creo yo que a él le hiciese mucha gracia luchar contra su propio padre.

Continuamos protegiendo a David entre todos como pudimos. Y, por lo menos en esa batalla, la cosa estaba mucho más igualada en número que en la batalla anterior. Luis luchaba sin utilizar su poder del fuego, creo que porque no quería sentirse mal después por haber quemado vivos a sus antiguos compañeros, aunque ya lo había hecho hacía un buen rato. Mientras que yo sí que utilizaba mi energía y mi poder del agua para intentar ahogarlos, pero Inderto no me lo permitía. Al igual que él intentaba quemar a todos mis compañeros, pero ni Luis ni yo se lo permitíamos. Creo que la gran mayoría, en general, de tantas horas de lucha, ya iban estando un poco cansados. Pero estábamos ante esa última oportunidad, solo nos quedaba ese paso por dar y evitaríamos que las mentes de toda la humanidad fuesen controladas.

A mí, principalmente, el hecho de pensar en eso, en que la libertad de millones de personas estaba en nuestras manos, era lo que más me impulsaba a que, aunque estuviese agotada y muerta de cansancio, luchase como si estuviese en los primeros minutos de la batalla. El hecho de preguntarme para qué estaba haciendo eso en aquel momento me proporcionaba una energía y una fuerza que hasta ahora nunca había sentido. Aparte de que nunca había sido tan poderosa como lo era ahora. Y estaba muy segura de que esa luz que me había caído desde el cielo hacía un rato estaba muy relacionada con quien era mi padre o, mejor dicho, con quien había sido. Me habría encantado conocerlo, pero parecía que, por lo menos en esa vida, eso era algo que ya no iba a ser posible.

Luchamos y luchamos durante largo rato y el número de seres que continuábamos vivos cada vez iba disminuyendo más y más. Hasta que llegó un momento que de nuestro grupo solo quedamos Lucas, Eric, David, Sofía, Luis y yo que, por suerte, quitando a Caspea, eran las personas que más quería de mi equipo. Mientras que del otro bando quedaban tres oscuros e Inderto.

—Ahora sí que os superamos en número —le dije a este.

—Sí. Pero la máquina todavía está aquí, a punto de empezar a funcionar a un nivel mundial. Las

personas que hemos contratado están ya poniéndoles el nuevo DNI a toda la gente que habita la Tierra.

—Pues siento decirte que eso no va a hacerles ningún efecto, porque esta maquinita en nada va a ser destruida.

—Siento decirte que es indestructible.

—No sé yo... Mejor vamos a averiguarlo, a ver si tienes razón.

Nada más decir aquellas palabras, lancé mi energía con todas mis fuerzas contra aquella máquina, contra la principal responsable de toda la batalla que había tenido lugar. Intenté mover el tubo dorado con todas mis fuerzas, pero este estaba muy bien sujeto, por lo que apenas podía moverlo. Luis, en cuanto me vio, también intentó ayudarme utilizando su energía, pero ni siquiera entre los dos fuimos capaces de tirarlo al suelo. Aunque sí que lo pudimos mover bastante, eso sí.

—Ya os he dicho que es indestructible. Yo, de ser vosotros, no perdería tanto el tiempo.

—¿Y por qué no nos echas un cable para comprobar si de verdad es indestructible o no?

—¡A mí no me vaciles, mocosa! —me contestó Inderto con voz amenazante.

—Y a mí no me hables de esa manera.

Como vimos que no había forma de tirar el tubo dorado, continuamos luchando. Murieron tres oscuros, por lo que ya solo quedaba Inderto. Pero, por desgracia, también murió uno de nuestros compañeros, Sofia. La mataron rajándole la garganta.

—¡Nooo! —gritamos todos cuando murió, aunque Eric, sobre todo, que era con el que mejor se llevaba.

—Tranquilos, que nos volveremos a ver. Confiad en vosotros, que ya no queda nada para conseguirlo —dijo justo antes de morir.

Así que nada más morir Sofia, Eric mató al oscuro que había acabado con su vida.

—Papá, ya no queda nada más que hacer, solo quedas tú.

—Quedamos yo y esta máquina indestructible. Así que lo suficiente para que no lo logréis.

—Ya no tienes nada que hacer, por lo que lo mejor es que nos digas cómo terminar con esto —le dije por si acaso colaba.

—Esto va a terminar con vosotros en el cementerio.

Nada más decir eso, se lanzó a luchar contra todos nosotros.

—Te estás flipando un poco. Somos cinco contra uno —le comenté mientras se lanzaba a por nosotros.

—No, me estoy quedando corto. Soy el ángel caído más poderoso que jamás haya existido.

—Y nosotros somos las nuevas generaciones, así que no tienes nada que hacer. Encima somos cinco y tú solo uno, además, con una vibración más densa, que no sé cómo no te conviertes en una roca.

Comenzamos a luchar todos contra él. Al mismo tiempo, David se encargaba de descifrar el funcionamiento de aquella máquina mientras yo lo protegía de Inderto. Tanto Inderto como Luis, con solo pensarlo, podían hacer que cualquiera de nosotros ardiese, y yo, por otro lado, podía hacer que cualquiera de nosotros se ahogase.

Fue una lucha intensa, ya que Inderto, aunque solo era uno, era el más poderoso de todos contra los que habíamos luchado hasta ahora. Y al mismo tiempo, Luis y yo íbamos haciendo caso a todo lo que nos iba diciendo David con respecto a la máquina. Inderto en todo momento estaba intentando impedirnos que realizásemos cualquier cosa, pero el hecho de que él solo fuese uno y nosotros cuatro, hacía que no pudiese impedirnoslo.

Hasta que llegó un momento, cuando gracias a lo que nos iba diciendo David ya habíamos

dejado bastante más desprotegida a la máquina, a Inderto le dio por sacar todas sus fuerzas y echar toda su energía sobre nosotros, por lo que Luis y yo, para que eso no nos matase, tuvimos que comenzar a hacer lo mismo contra él. Esto dio lugar a que entre nosotros se formase una gigantesca bola de energía, la cual cada vez se iba haciendo más y más grande.

—¡Papá, para! ¡Esto va a estallar! —le gritó Luis a su padre, aunque este no le hizo ningún caso.

Inderto parecía que no se daba cuenta de que le estábamos ganando. La bola de energía cada vez iba estando más cerca de él.

—Papá, déjalo, que ya no tienes nada que hacer, y esto no tiene por qué acabar así. No sigas haciendo más daño. Todavía puedes aprender de tus errores, todavía puedes utilizar todo tu poder para dar más luz a este mundo.

—Hijo, sabes de sobra que yo nunca haría eso.

—Sé de sobra que tú sí que lo harías, sobre todo porque tú antes no eras la persona que eres ahora. Todavía puedes corregir tus errores, todavía puedes volver a ser bueno. Si tú quieres, esto no tiene por qué acabar así.

De repente, por la cara de Inderto, me dio la sensación de que este reflexionaba acerca de lo que le decía su hijo.

—He hecho demasiadas cosas malas. Es imposible reparar todo el daño que he causado.

—Pues el momento de empezar a repararlo es ahora.

Inderto, mientras continuaba expulsando toda su energía, se quedó reflexionando unos instantes. Después de eso nos dijo algo que hizo que me sorprendiese tremendamente:

—Shiada, tu padre está vivo.

—¿Cómo? —le pregunté muy extrañada.

—Por lo menos yo no fui capaz de acabar con su vida.

—¿No le mataste?

—No, no lo maté. Pero le traicioné mandándolo con los que me tuvieron a mí prisionero. Eres la hija del que fue y siempre ha sido mi mejor amigo. Eres la hija del único al que he considerado mi hermano. Hijo, te quiero. Me alegro de que no seas como yo.

Nada más decir aquellas palabras, Inderto se colocó lo más cercano posible a la máquina y, de repente, dejó de sacar más energía. Lo que provocó que, en aquel instante, toda esa energía que Luis y yo estábamos sacando le diese totalmente a él y a la gigantesca máquina que había detrás. Todo esto dio lugar a una explosión que nos tiró a todos al suelo y, de hecho, creo que hasta que nos quedamos inconscientes por un buen rato.

Cuando abrí los ojos vi que Lucas, David y Eric seguían dormidos, pero Luis ya se había despertado y estaba sentado llorando frente a donde se suponía que estaba la máquina y su padre. Me di cuenta de que tanto su padre como la máquina habían dejado de existir.

—Justo cuando parecía que volvía a ser él mismo, coge y se suicida —dijo Luis con bastante pena en el rostro.

—Lo siento. Cuando os volváis a encontrar, seguro que continúa siendo quien de verdad es. ¿Tú le conociste cuando era bueno? ¿O cuando parecía bueno?

—No. Y mi madre tampoco. Pero, según me contó ella, sí que sabía que en el pasado lo fue. Por lo visto él llegó a hablarle hasta de tu padre que, por lo visto, antes de que todo pasase, siempre habían sido muy buenos amigos; según mi madre, eran como hermanos. Aunque, al igual que tú,

tampoco sabía hasta ahora que seguía vivo. Bueno, la verdad es que no tenía ni idea de si seguía con vida o no, mi madre nunca me habló de eso.

—Ya. Yo, hasta hace nada, ni siquiera sabía que existía. Siempre había creído que mi padre era mi padre. Pero bueno, el mundo siempre nos puede seguir sorprendiendo.

—Sí, a mí me ha sorprendido que hayamos conseguido salir vivos de esta.

—Sí, y sobre todo que lo hemos conseguido. Bueno, aunque en realidad ha sido tu padre el que ha destruido la máquina.

—Él la creó y ahora ha sido el que ha terminado con ella.

En ese momento, el resto de nuestros compañeros comenzaron a despertarse. Primero se despertó Eric y, a los pocos minutos, Lucas y, finalmente, David.

—¿Qué tal? ¿Cómo estáis? —les pregunté cuando se hubieron despertado todos—. Menuda siestecita, ¿no? Yo es la primera vez que me quedo dormida después de una explosión.

—Nosotros también —dijo Lucas—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Inderto? ¿Y la máquina?

—Mi padre ha muerto y al hacerlo ha destruido la máquina —le contestó Luis todavía con tristeza en la voz.

—Siento mucho que hayas perdido a tu padre —le dijo David.

—Bueno, no pasa nada. Más adelante nos volveremos a encontrar. Por lo menos, antes de irse hizo algo increíble por este mundo.

—Sí, eso sí —afirmó Eric—. La verdad es que tu padre se acaba de convertir en la persona que más me ha sorprendido en toda mi vida y, por suerte, ahora ha sido para bien. Nunca habría pensado que el mayor ángel caído de todos los tiempos llegaría a hacer algo así.

—No, ni tú ni nadie —comentó Lucas—. Bueno, pues parece que problema resuelto. Así que, ¿qué toca ahora?

—Yo quiero volver al Reino de las Hadas y encontrar a mi padre verdadero, si es que sigue vivo.

—Me parece buen plan —me dijo Lucas asintiendo con la cabeza.

—Pero, vamos, que esto es una cosa que es solo mía, ¿eh? No hace falta que nadie me ayude, que me imagino que cada uno tendrá sus planes.

—Sí. Bueno, yo la verdad es que también tengo ganas de volver a mi planeta —comentó Lucas.

—Y yo al Reino de las Hadas —comentó Luis.

—Yo también —afirmó David.

—Y yo no sé si lo sabéis, pero vengo de otra dimensión —dijo Eric—. La luz me envió únicamente para esta misión.

—Pues yo la verdad es que intuía que no eras de esta dimensión —le dijo Lucas.

—Buena intuición.

—Pero seguiremos siempre en contacto, ¿no? —les pregunté—. Después de esta experiencia que hemos vivido...

—Sí. Las grandes tragedias siempre tienden a unir más a las personas —comentó Lucas.

—Por supuesto —me contestó Eric—. Yo os haré visitas de vez en cuando.

—Y yo creo que también iré de vez en cuando a visitar el Reino de las Hadas, que me pillá cerca de mi planeta. Bueno, según lo que entienda cada uno por cerca —dijo Lucas.

—Nosotros tres tenemos más facilidad para vernos —dijo David refiriéndose a Luis y a mí.

Así que salimos los cinco juntos de aquella nave y, una vez que miramos al cielo, vimos que el escudo energético había desaparecido.

—¿Qué pasa? ¿Como ha muerto Inderto ya no hay escudo? —preguntó Lucas.

—Eso parece —le respondió Eric.

—Pues qué guay. Así podemos volver a casa con más facilidad.

Nos despedimos y cada uno regresamos volando a nuestro hogar. Eric, de repente, desapareció; Lucas se fue volando a su planeta, y David, Luis y yo regresamos volando al Reino de las Hadas. Pero, eso sí, antes de nada, fuimos a la selva donde se encontraban las siete personas escondidas y les dimos la buena noticia de que la humanidad ya estaba a salvo, por lo menos de momento. Así que una inmensa felicidad y sensación de alivio recorrió todas sus caras. Después de eso, ya sí que por fin regresamos a nuestro hogar. Yo ya tenía muchas ganas de volver para ver a mis padres, al resto de mi familia y a todos mis amigos, pero sobre todo tenía muchas ganas de volver porque había muchas preguntas que quería hacer a mi madre. La idea de que mi verdadero padre pudiese estar vivo no se me iba de la cabeza.

Capítulo 18

—Bueno, ¿qué tal chicos? ¿Os ha molado la experiencia? —les pregunté a Luis y a David cuando estábamos a punto de llegar a nuestra casa—. Ha sido emocionante, ¿eh?

—Ja, ja, ja —se rio David—. Sí, a mí por lo menos el hecho de estar a punto de morir me ha dado un subidón que no te haces a la idea.

—Ha sido una gran experiencia —dijo Luis—. Creo que ninguno de nosotros somos la misma persona que éramos cuando salimos de aquí.

—Sí, yo pienso lo mismo —afirmé.

—Y una cosa, chicos, lo de que soy el hijo del ángel caído que creó el escudo energético, mejor que quede entre nosotros.

—Sí, sí, tú tranquilo —le dije a Luis—. A mí tampoco me apetece contar ahora la gran batalla que hemos tenido ni que tengo unos poderes que me hacen extremadamente poderosa. Aunque, se supone que desde el reino nos habrán visto todo lo que hemos hecho, ¿no?

—No, no nos han visto. Mi padre me dijo que cuando atravesásemos el escudo iba a utilizar sus poderes para que no nos pudiesen ver desde arriba y para que no pudiésemos crear belleza en la Tierra.

—Ah, vale. Eso explica muchas cosas.

—Y los poderes no les habéis perdido, ¿no? —preguntó David.

—Pues al final, con tanta historia, parece ser que no. Yo por lo menos los sigo teniendo, tanto los que me dieron primero como los que me dieron después. Será que como premio nos los habrán dejado —dije mientras sacaba agua de las nubes y creaba una bola grande de agua enfrente de nosotros.

—No sé, pero yo tampoco los he perdido. En mi caso, siempre los he tenido. Lo raro es lo tuyo —dijo refiriéndose a mí—, que de repente te caiga del cielo una luz y tengas tanto poder.

—Sí, es bastante extraño. De hecho, fue muy parecido a la primera vez que me mandaron los poderes. Pero, bueno, lo hablaré con mi madre a ver qué cosas me cuenta, ya que por lo visto tiene mucho que decirme.

—Si al final decides ir a buscar a tu padre, que sepas que puedes contar conmigo —me dijo Luis.

—Y conmigo —añadió David.

—Gracias, chicos.

Por fin llegamos a nuestro hogar, al Reino de las Hadas. Nada más llegar a la plataforma Estrella, una cantidad inmensa de hadas nos recibieron. Parecía que todas las hadas habían vuelto a estar alegres. En cuanto llegamos, la gente no paraba de preguntarnos cosas del tipo: «¿Qué habéis hecho todos estos meses en La Tierra?», «¿Sabéis por qué no os hemos podido ver?», «¿Cómo habéis conseguido destruir el escudo energético?», «¿Qué cosas habéis visto?», «¿A cuánta gente habéis conocido?», «¿Qué tal son los humanos?», «¿Habéis hecho amigos humanos?». Pero antes de contestar a todas esas preguntas, les dije lo siguiente:

—Lo primero que quiero decir es que no pienso volver a lanzar ninguna lágrima sobre la Tierra a no ser que sea algo absolutamente necesario. Al bajar, nos hemos dado cuenta de que con tanta lagrimita no estábamos dejando que las personas de la Tierra creciesen por ellas mismas.

—Estoy de acuerdo. Yo pienso hacer lo mismo —me apoyó Luis.

—Y yo también —añadió David.

Así que esto hizo que las preguntas todavía se incrementasen más. Estuvimos contestando hasta que por fin nos encontramos con nuestros padres y nuestros mejores amigos.

—Hija, ¿cómo estás? —me preguntó mi padre—. Te hemos echado mucho de menos.

—Sí, yo también.

—¿Y cómo os ha ido? ¿Habéis hecho muchas cosas? —me preguntó mi madre—. No sabemos por qué, pero no os hemos podido observar...

—Sí, hemos tenido aventurillas. Y, pues no sé, yo adivina no soy. Pero mejor que no nos hayáis observado, que eso es invadir nuestra intimidad.

—¿Aventurillas? —me preguntó Paula, que era mi mejor amiga.

—Sí. Ha estado emocionante la cosa. Ya os contaré.

Después de un largo rato hablando con cantidad de hadas, me despedí de todos, incluidos David y Luis, que se fueron a sus casas con sus respectivas familias, y yo me fui a mi casa con mis padres. Una vez en casa, continuaron haciéndome preguntas, y yo, que ya me estaba empezando a cansar de tanta preguntita, les iba contestando según me daba, a veces les decía la verdad y a veces no, que no tenía ninguna gana de contarles la gran batalla que había tenido, por lo menos a mi padre. A mi madre, cuando tuviese ocasión, ya veríamos a ver.

Por fin, en un momento en el que mi padre se fue a duchar, tuve ocasión de hablar con mi madre:

—¿Qué sabes de mi verdadero padre? —le pregunté de repente.

—Tú siempre tan directa —me contestó mi madre, haciendo que fuese yo la que se extrañase por su contestación, ya que parecía que se esperaba que se lo preguntase—. Ví caer la luz del cielo, así que supuse que algo te debió de pasar.

—¿Perdón?

—La luz que te ha caído del cielo tenía la capacidad de hacerte uno de los seres más poderosos que existen ahora mismo.

—¿En serio? —le pregunté muy extrañada—. Pues me mola esa idea, ¿eh? Lo de los más poderosos. A ver, un poquito ya me lo imaginaba, porque tantísimo poder que he sentido de repente me parecía muy difícil de superar. ¿Y cómo sabías tú eso?

—Tu verdadero padre se llama Shidón, de ahí que te llames así.

—Sí, eso me han dicho. ¿Y mi padre? O sea, con el que vivimos, ¿sabe algo de esto?

—No, él no sabe nada. Y no tengo intención de que llegue a saber algo.

—Vale, pues no le decimos nada.

—Lo siento mucho, hija, el no habértelo contado. Tenía miedo de que se cumpliera la profecía.

—Pues no se ha cumplido, así que cuéntamelo ahora. Y háblame también un poco más de esa profecía.

—Vale. Siéntate. Te voy a contar todo lo que sé. Aunque no creo que me dé tiempo antes de que se duche tu padre. Si no, otro día continuamos.

Nos sentamos las dos en uno de los sofás que había en la sala y comenzó a contarme la historia de quién era mi verdadero padre, ya que además estaba segura de que, si descubría quién era él, estaría mucho más cerca de saber quién era yo o, mejor dicho, de quién podía llegar a ser, ya que sabía que dentro de mí y dentro de cualquier otro ser de la galaxia todavía nos quedaba muchísimo más por descubrir.

Biografía de la autora

Beatriz López-Terradas Rodríguez (Madrid,1993) estudió la carrera de Fisioterapia, pero presta atención a todo lo que tenga que ver con la salud, la sanación y la actividad física, por lo que sigue en formación continua en todos esos temas.

Por otro lado, también siente atracción en las áreas artísticas, por lo que estudia interpretación además de escribir novelas.

Su primera novela, *Vamos a romper las normas* (Amazon KDP Select, 2019), es una explosión de vitalidad y de inconformismo en la que se puede apreciar la originalidad de la escritora al describir el mundo en el que los personajes han sido encajados sin sentirse del todo adaptados. Al igual que en *Una historia de hadas, humanos y quién sabe qué más*, los protagonistas se cuestionarán si el mundo conocido es verdaderamente lo que a simple vista parece.

